This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

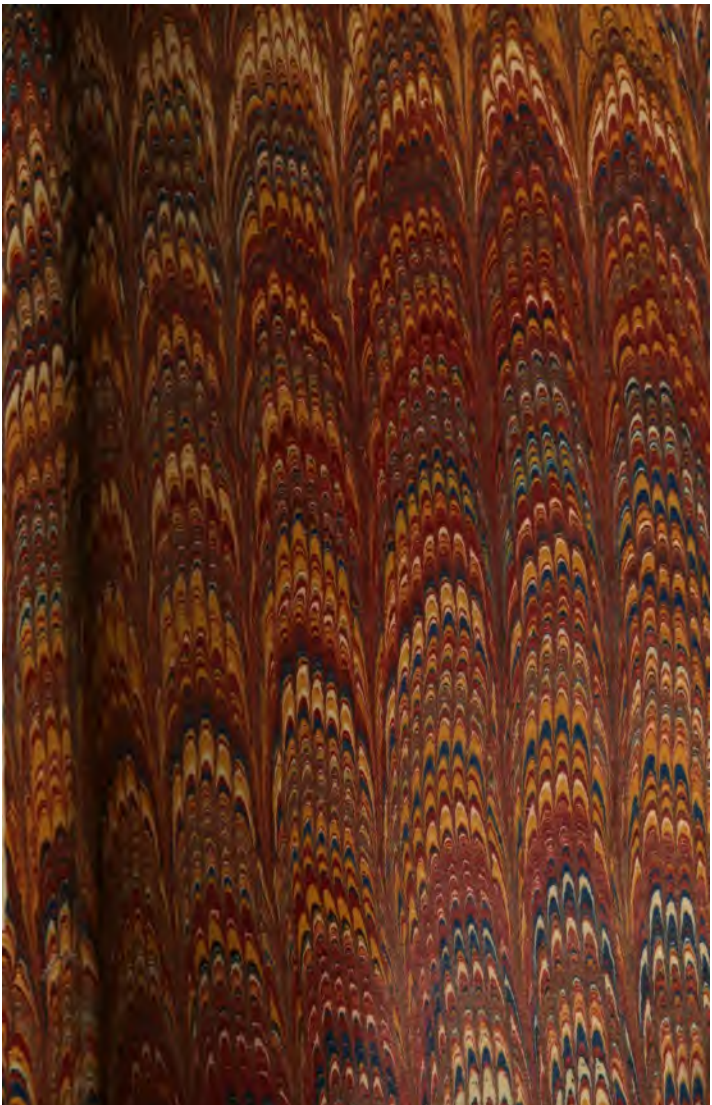
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

J 5268



Lot 450 in the sale of
Richard Ford's Spanish books.

London: S. Leigh Sotheby & John
Wilkinson, 9 May 1861

Richard Ford
Sept. 27. 1833
en Madrid

POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA HASTA NUESTROS DIAS,

RECOGIDAS Y ORDENADAS

por Don Manuel Josef Quintana.

Nueva edicion aumentada y corregida.

TOMO I.

MADRID:
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.
1830.

0288.

Como propietario de esta obra el editor perseguirá á quien la reimprima sin su anuencia.

ADVERTENCIA

SOBRE ESTA NUEVA EDICION.

La coleccion de poesías que ahora se reimprime salió á luz veinte años ha en 1808. El período de tiempo que ha corrido desde entonces, no ha sido en verdad muy oportuno para esta clase de estudios; mas sin embargo, la edicion primera estaba apurada poco despues de acabarse la guerra de la independencia, y alguna otra se ha despachado tambien que se ha hecho fuera de España. Esto, unido al aprecio que han hecho de la obra algunos humanistas acreditados, ha persuadido al editor que habia acertado á desempeñar á gusto del público el objeto que se propuso. Los mismos fines de utilidad literaria subsisten ahora que entonces; y por lo mismo ha creido que hacia un nuevo servicio á las musas castellanas reimprimiendo otra

vez la coleccion con aquellas mejoras y adiciones que el tiempo y la experiencia aconsejaban como útiles ó necesarias.

Lo primero en que ha puesto su cuidado es en limpiar la edicion presente del sin número de erratas que desfiguraban la primera, hasta un punto verdaderamente vergonzoso. En esta parte ninguna impresion moderna se ha presentado al público mas defectuosa y pecadora. El conjunto singular de circunstancias que á la sazon se reunieron para producir este mal, sería aqui prolijo de expresar, é inoportuno tambien. Lo que ya realmente interesa á los lectores es tener los versos selectos de nuestros poetas en su verdadero y genuino sentido, mediante una atenta correccion; y esto es lo que se ha hecho con todo el esmero de que el editor es capaz.

Algunas poesías, aunque pocas, se han añadido á las antiguas. No podia en esta parte hacerse aumento ninguno de importancia sin alterar la economía y plan primitivo de la obra. Mas como esta razon no alcanza á las composiciones del siglo XVIII, del cual cabalmente faltaban

las mejores, esta parte de la coleccion ha recibido ahora un aumento tan considerable, que la constituye casi enteramente nueva. No existen ya por desgracia los motivos de circunspeccion y de reserva que hubo al principio para terminar la coleccion en las poesías de Cadalso, Melendez, Cienfuegos, Jovellanos y otros escritores señalados vivian todavía entonces, y no era decente hacer en sus obras un escrutinio, por ventura poco agradable á ellos mismos, y seguramente ofensivo á los demas de quienes nada se elijiese. Pero ahora ya, muertos ellos, se puede, sin nota de envidia ni de lisonja, proceder á este escojimiento, y de la manera que se ha hecho con los autores antiguos, presentar al público lo que se estime conducente para el gusto, la admiracion ó el ejemplo.

Esta extension que se ha dado á la obra, ha ocasionado tambien la disposicion nueva y aumento que se ha dado á la introduccion. La restauracion del buen gusto en el siglo XVIII, el diverso carácter que toma en él la poesía, las causas que á ello influyen, los efectos que se

siguen, la apreciacion, en fin, de la índole y mérito de los escritores que mas han sobresalido en esta época, exijian un examen mas detenido y prolijo que la imperfecta y sumaria indicacion hecha anteriormente. Se ha dado, pues, á estos objetos la atencion y el espacio correspondientes á su importancia, y se ha colocado este trabajo al frente del tomo que comprende las poesías del mismo siglo, donde tiene su lugar mas proporcionado y oportuno.

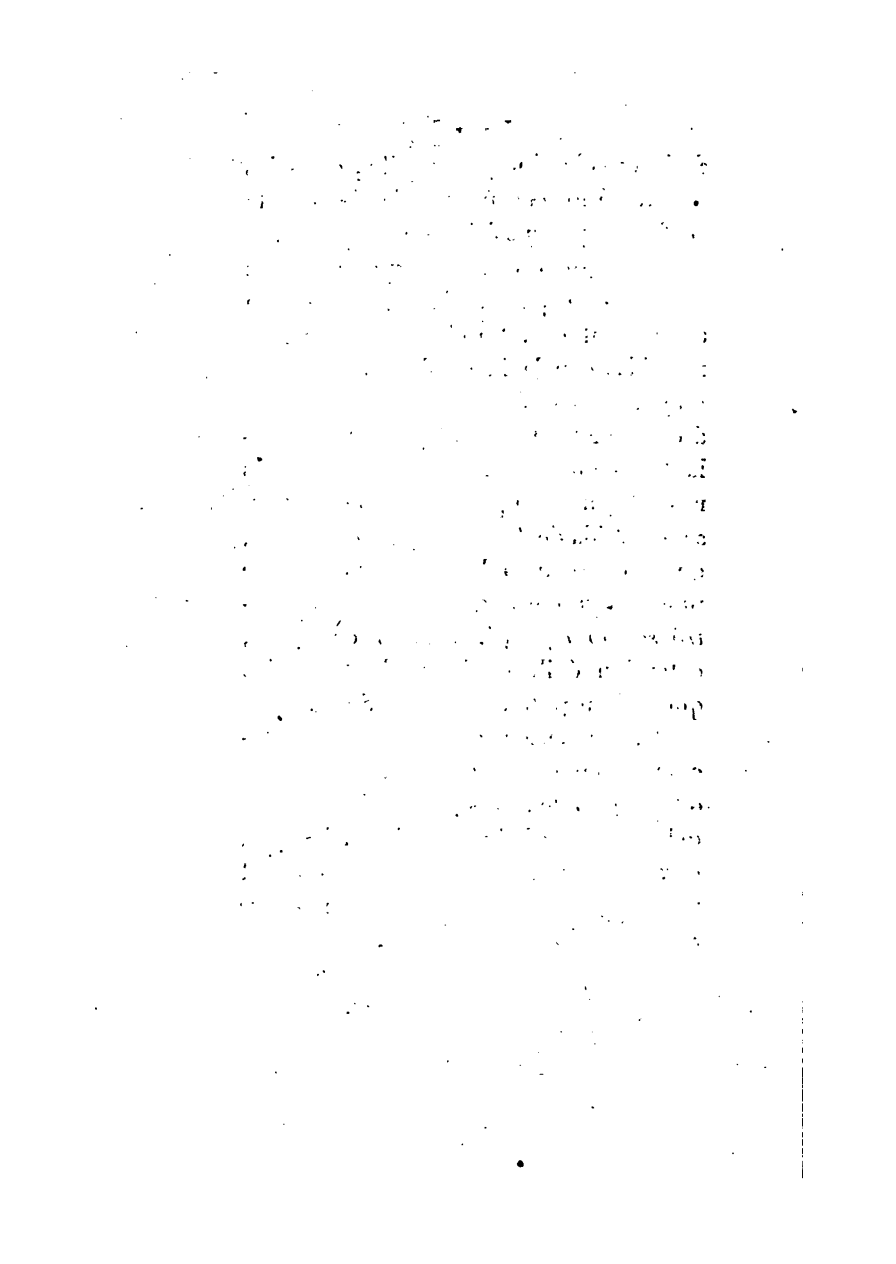
Van tambien al fin de cada tomo algunas notas y observaciones críticas y literarias, no sobre todas las piezas, sino solo sobre aquellas que dan ocasion á consideraciones útiles. Los maestros y peritos en el arte pueden excusar su lectura, porque el editor no ha tratado en ellas de atraerse su atencion y sus elogios con ideas nuevas y profundas. El único objeto que ha llevado en este trabajo, es contribuir á formar el gusto de los jóvenes que empiezan á dedicarse á esta amena parte de la literatura, y servirles como de guia para que aprendan á sentir y discernir, unas veces los primores y defectos

de la versificacion y del estilo, otras los aciertos ó los extravíos en la eleccion de las formas y disposicion de los planes.

Tales son las mejoras y alteraciones con que estas poesías clásicas se publican ahora de nuevo. En el caso de que sean recibidas con la benevolencia y aprecio que la primera vez, el editor se animará á concluir los trabajos, ya bastante adelantados, que tiene hechos sobre los otros ramos de nuestra poesía; y esta coleccion será seguida de *La Musa épica castellana*, que comprenderá los mejores trozos de nuestros grandes poemas, y de un *Teatro selecto español*, diverso en forma, extension é ilustraciones de todos los que se han publicado hasta ahora.

Si por ventura algunos hombres excesivamente graves y severos extrañasen este género de tareas, como si desdijesen del caracter, edad y situacion del editor, él se contentará con recordarles aquel pasaje tan conocido de Ciceron: —*Hæc studia* adolescentiam *alunt*, senectutem *oblectant*, secundas res *ornant*, adversis *perfugium ac solatium præbent.*

20 de junio de 1828.



A

D. Juan Melendez Valdes.

No dudo, amigo mio, que muchos, viéndome poner al frente de una coleccion de obras agenas el nombre de Melendez, condenen este obsequio como poco correspondiente á los estrechos y antiguos vínculos que nos unen. V. me empezó á amar desde mi infancia, tuvo de mi educacion un cuidado casi paternal, me dió las primeras lecciones de buen gusto y me inspiró hácia la poesía esta aficion viva y sostenida que he conservado hasta ahora. Muy ageno de aquella odiosa superioridad que los que vienen antes suelen comunmente afectar con los que llegan despues, V. ha sido siempre el primero á hacerse favorable ilusion sobre mis progresos, y á aplaudir con bondadosa indulgencia cualquiera paso que he dado en la carrera. La naturaleza y las cir-

cunstancias, que no favorecen á todos de un mismo modo, ni les prestan alas para poder volar igualmente, no han dejado que mis escritos correspondan á estímulos tan generosos; ni á un modelo tan cabal: pero á lo menos siempre habré debido á mi pasion por un arte tan sublime, el amor al estudio y á la sabiduría, y en el ejercicio delicado que proporciona al entendimiento las horas mas deliciosas de mi vida. Tales son los beneficios con que estoy obligado á V.; beneficios cuya memoria es tan continua en mi corazon como su repeticion en mis labios: y si para el reconocimiento público que hago de ellos he preferido esta obra, es porque yendo unido á los rasgos inmortales de nuestros principales autores, pienso que asi se extienda y perpetúe mas con gloria mia.

¿Y donde, pregunto yo á mi vez, estará mejor el nombre de Melendez que al frente de unas poesías, que él ha sabido tan diestramente imitar y tan frecuentemente vencer? ¿A quien dedicarse mejor las obras de nuestros líricos antiguos, que al primero de los líricos modernos; al que ha dejado tantos modelos

de perfeccion, y al que tiene, viviendo, la satisfaccion de ser citado y reputado como un clásico, dentro y fuera de su pais? Estos motivos ya no son particulares á mí solo; son comunes á cuantos aman y honran las Musas españolas; y todos aprobarán, creo yo, el homenaje que hago aquí, no solo al eminente poeta, sino al hombre amable y bueno que ha sido amigo, hermano, elojiador de todos sus compañeros en el arte, y jamas se ha mostrado detractor ó envidioso de ninguno.

Mil causas han retardado la conclusion de la coleccion que ahora publico, sin embargo de haber corrido algunos años desde que empezé á recojer y á ordenar las poesías que comprende. Pero deseando entregarme con mas desahogo á la obra histórica que tengo empezada (*), he querido quedar enteramente desembarazado de esta otra empresa. Movióme á entrar en ella la utilidad de los que no quieren ó no pueden dar á nuestros poetas la atencion prolija que se necesita, para buscar y disfrutar lo bueno que contienen. El extranjero que desea enterarse

(*) Las vidas de los españoles célebres.

del gusto y caracter de la poesía castellana, el jóven que empieza á dedicarse á ella, el aficionado que lee versos por distraccion y no por estudio, las mugeres, en fin, que no atienden sino á la flor de las cosas, agradecerán, tal vez, que se les excusen el dispendio y la fatiga de adquirir y recorrer muchos volúmenes, para leer lo que cómodamente puede ser reducido á muy pocos. . . . . .

Bien sabe V. que ninguna de las colecciones últimamente publicadas se ha dirijido á estos fines. Debemos al Parnaso español *el conocimiento de muchas composiciones inéditas ú olvidadas; pero esta compilacion, ademas de ser demasiado voluminosa, tiene el inconveniente de estar hecha sin órden ni discernimiento alguno. La que despues empezó, y no acabó, don Juan Bautista Conti, ejecutada á la verdad con gusto exquisito y buena disposicion, se destinó principalmente á dar á conocer á los italianos el mérito de nuestra poesía. Contentóse, pues, su autor con publicar y traducir en toscano las composiciones líricas y bucólicas mas señaladas del siglo XVI, y al-*

*gunas de los Argensolas: pero nada incluyó de Balbuena, de Jáuregui, de Lope, de Góngora, ni de otros igualmente célebres en nuestro Parnaso, quedando por consiguiente la coleccion en extremo insuficiente y diminuta. Por último, la que lleva el nombre de don Ramon Fernandez, aunque se resiente de haber sido abandonada muy desde el principio de las manos hábiles que la empezaron, es útil, ó mas bien necesaria, á los que se dedican á cultivar este ramo de nuestra literatura, porque su objeto fue la reimpresion de los mejores líricos españoles, cuyas ediciones antiguas se habian hecho muy raras; pero esto mismo manifiesta la diversidad de su uso y aplicaciones, comparada con la presente. Omito hacer mencion de algunas otras que se han publicado fuera de España, porque ni por el número de las piezas que contienen, ni por su eleccion, ni por su disposicion, ni en fin, por aspecto alguno cumplen con el objeto que se proponen *.*

(*) Desde el tiempo en que esto se escribia, han salido á luz fuera de España diferentes colecciones, mas bien hechas y á todas luces recomendables. Seña-

El plan seguido en la mia es el que concilia mejor la variedad con el órden, el de los tiempos. Despues de una corta muestra de la poesía castellana en el siglo XV, se empieza por Garcilaso, y se sigue por los demas poetas hasta Cadalso, dándose las composiciones cortas mas generalmente estimadas de cada uno. Van enteras las muy conocidas; pero en las que no lo son tanto se ha suprimido tal cual pasaje; bien que con la mayor circunspeccion, y solo cuando la decencia lo prescribía, ó lo aconsejaba la necesidad de conservar el efecto de la obra,

---

lase entre todas la que con el título de *España poética* acaba de publicar en París D. Juan Bautista Maury, por la particularidad de dar en ella traducidas en versos franceses las poesías que comprende, con el intento de dar á conocer en Francia el gusto, caracter y mérito de nuestros poetas. Con igual objeto, respecto de la Italia, hizo años pasados la suya el conde D. Juan Bautista Conti; pero eran otras y harto mayores las dificultades con que tenía que luchar el señor Maury para salir con su empresa. Decir que las ha vencido con una destreza incomparable, y que en su obra ha hecho prueba de un talento eminente como poeta, de un gusto exquisito y delicado como crítico, y de una amenidad y cortesanía propias de un caballero, parecería aquí el lenguaje de la amistad y del agradecimiento, no siendo en todo rigor, sino el de la verdad y de la justicia.

destruido á las veces por alguna extravagancia. De estas supresiones hubiera dado razon en las observaciones críticas que pensaba poner al fin de cada tomo, donde los lectores hubieran hallado las noticias particulares á cada composicion, y mi juicio sobre sus bellezas y sus defectos. Pero esto pedia por su delicadeza mas tiempo y atencion que la que me permitían las circustancias actuales; y de todas las ilustraciones que me propuse al principio, solo he podido bosquejar en la Introduccion la historia de la poesía castellana, limitándola á los géneros y autores comprendidos en la obra.

Estos son en suma, amigo mio, el plan y propósito de la coleccion que presento á V. Bien conocí al emprenderla que en ella me aguardaban mas molestia y peligro que satisfaccion y gloria: pero ademas del provecho particular que yo sacaba de este nuevo estudio que hacia, me alentó á proseguir la esperanza de la utilidad que tal vez producirá á los demas. Ella puede contribuir á formar el gusto de la juventud, á generalizar mas la aficion á las artes del bien decir, harto

descuidadas entre nosotros; y á traer sobre nuestras cosas mas aprecio y estimacion de parte de los extranjeros, los cuales se quejan del poco esmero que hemos tenido en allanarles los caminos de nuestra literatura.

V. fue el primero que me puso en las manos los padres de la poesía castellana: V. me enseñó á juzgarlos sin desprecio injusto y sin fanatismo extravagante: reciba V., pues, con la bondad indulgente que acostumbra, este monumento que les levanto; y permita que grave al pie de él los títulos de estimacion y cariño que me han unido á Melendez.

M. J. Quintana.

15 de octubre de 1807.

INTRODUCCION.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del principio de nuestra poesía, y sus progresos hasta Juan de Mena.

Se ha convenido generalmente en dar á la poesía el primer lugar entre las artes de imitacion. Ya se mire la antigüedad de su origen, ya la extension de los objetos que la ocupan, ya la duracion y el agrado de sus impresiones, ya en fin las utilidades que produce, siempre resaltan su dignidad y su importancia, y la historia de sus progresos tiene que ir unida siempre á la de los otros ramos que componen la ilustracion humana. Dícese que ella y la música han civilizado á los pueblos; y esta proposicion, que en rigor es exagerada y aun falsa, manifiesta por lo menos el influjo que una y otra han tenido en la formacion de las sociedades. Las lecciones que los primeros filósofos dieron á los hombres, las primeras leyes, los sistemas mas antiguos, todos se escribieron en verso, al paso que la fantasía de los poetas con el halago de sus pinturas, y la pompa de las funciones que ideaban, interrumpia con una distraccion apacible y necesaria la fatiga de los trabajos campestres.

Es cierto que la poesía despues no se presenta con la dignidad consiguiente al ejercicio absoluto y exclusivo de estos diversos ministerios: pero

conserva todavía un influjo tan poderoso en nuestra instruccion, en nuestra perfeccion moral y en nuestros placeres, que podemos considerarla como dispensadora de los mismos beneficios, aunque bajo diferentes formas. Ella sirve de atractivo á la verdad para hacerla amable, ó de velo para defenderla; enseña á la infancia en las escuelas, despierta y dirige la sensibilidad en la juventud, ennoblece el espíritu con sus máximas, le engrandece con sus cuadros, siembra de flores el camino de la virtud, y abre el templo de la gloria al heroismo. Tantas ventajas unidas á tanto halago han excitado en los hombres una admiracion y una gratitud eternas.

Su ocupacion primaria y esencial es pintar á la naturaleza para agradar, como la de la filosofía explicar sus fenómenos para instruir. Así, mientras que el filósofo, observando los astros, indaga sus proporciones, sus distancias y las reglas de su movimiento; el poeta los contempla, y traslada á sus versos el efecto que en su imaginacion y en sus sentidos hacen la luz con que brillan, la armonía que reina entre ellos, y los beneficios que dispensan á la tierra. La dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesía es enorme, aun cuando, por la prontitud de sus progresos en algunos géneros, no parezca tan grande á primera vista. Desde la máxima vaga, ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida, y los cuadros complicados y sublimes de la Ilíada ó la Eneida; desde el carro y las heces de Tespis hasta el grande espectáculo que ofrecen la Ifigenia ó el Tancredo, la distancia es inmensa, y solo pueden

superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio.

Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con mas prontitud, y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos mas grandes y combinaciones mas acabadas. Tal fue la suerte de la Grecia, donde el Genio de la poesía, contando apenas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con menos brillo y perfeccion, fue la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbarie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y el buen gusto. Otros pueblos, menos dichosos, luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles mas tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos á fuerza de tiempo y de fatiga. Una gran parte de las naciones modernas se halla en este caso, y entre ellas es preciso contar tambien á nuestra España.

Precedió aquí, como en casi todas partes, el verso escrito á la prosa; siendo el *Poema del Cid*, hecho á mediados del siglo doce, el primer libro que se conoce en castellano, y al mismo tiempo la obra primera de poesía. Comenzaba ya entonces en medio de la confusion de lenguas, cansada por la invasion de los bárbaros del norte, á tomar alguna forma aquel romance, que despues habia de presentarse con tanto brillo y magestad en los escritos de Garcilaso, Herrera, Rioja, Cervantes y Mariana. Á considerar la obra por el argumento

solo, pocas habria que la aventajasen, del mismo modo que pocos guerreros podrian disputar á Rodrigo de Vivar la palma de las proezas y el heroismo. Su gloria, que eclipsó entonces la de todos los Reyes de su tiempo, ha pasado de siglo en siglo hasta ahora, por medio de la infinidad de fábulas que la admiracion ignorante ha acumulado en su historia. Consignada en poemas, en tragedias, en comedias, en canciones populares, su memoria, semejante á la de Aquiles, ha tenido la suerte de herir fuertemente y ocupar la fantasía: mas el héroe castellano, superior sin duda al griego en esfuerzo y en virtudes, ha tenido la desgracia de no encontrar un Homero.

Ni era posible encontrarle al tiempo en que el rudo escritor de aquel poema se puso á componerle. Con una lengua informe todavía, dura en sus terminaciones, viciosa en su construccion, desnuda de toda cultura y armonía; con una versificacion sin medida cierta y sin consonancias marcadas; con un estilo lleno de pleonasmos viciosos y de puerilidades ridículas, falto de las galas con que la imaginacion y la elegancia le adornan; ¿cómo era posible hacer una obra de verdadera poesía, en que se ocupasen dulcemente el espíritu y el oido? No está sin embargo tan falto de talento el escritor, que de cuando en cuando no manifieste alguna intencion poética, ya en la invencion, ya en los pensamientos, y ya en las expresiones. Si, como sospecha don Tomas Sanchez, editór de éste y de otros poemas anteriores al siglo XV, no faltan al del Cid mas que algunos versos del principio; no deja de ser una muestra de juicio en el autor haber descargado su obra de todas las particularidades de la vida de su héroe,

anteriores al destierro que le intimó el Rey Alfonso VI. Entonces empieza la verdadera gloria de Rodrigo, y desde allí empieza el poema; contando despues sus guerras con los moros y con el Conde de Barcelona, sus conquistas, la toma de Valencia, su reconciliacion con el Rey, la afrenta hecha á sus hijas por los Infantes de Carrion, la solemne reparacion y venganza que el Cid toma de ella, su enlace con las casas reales de Aragon y de Navarra, donde finaliza la obra, indicando ligeramente la época del fallecimiento del héroe. En la série de su cuento no le faltan al escritor vivacidad é interés, usa mucho del diálogo, y á veces presenta cuadros, que no dejan de tener mérito en su composicion y artificio. Tal es entre otros la despedida de Rodrigo y Ximena en San Pedro de Cardeña, cuando él parte á cumplir su destierro. Ximena postrada en las gradas del altar donde se celebra el oficio divino, hace al Eterno una oracion pidiendo por su esposo, que concluye así:

Tú eres Rey de los Reyes é de todo el mundo padre:
A tí adoro é creo de toda voluntad,
E ruego á San Peydro que me ayude á rogar
Por mio Cid el Campeador que Dios le curie de mal.
Cuando hoy nos partimos, en vida nos faz yuntar.
La oracion fecha la Misa acabada la han:
Salieron de la Eglesia ya quieren cavalgar.
El Cid á Doña Ximena ibala abrazar
Doña Ximena al Cid la manol' va á besar,
Lorando de los ojos que non sabe que se far.
E él á las niñas tornólas á catar,
A Dios vos acomiendo, fijas;
E á la mugier, é al Padre spiritual.
Agora nos partimos, Dios sabe el ayuntar:
Lorando de los oios que non viestes á tal;
Asie' parten unos d' otros como la uña de la carne.
Mio Cid con los sos vasallos pensó de cavalgar.

A todos esperando la cabaza tornándo va.
A tan grand sabor fablo Minaya Alvar Fanez:
Cid do son vuestros esfuerzos?
En buen ora nasquiestes de madre:
Pensemos de ir nuestra via, esto sea de vagar:
Aun todos estos duelos en gozo se tornarán;
Dios que nos dió las almas, consejo nos dará.

Hay sin duda gran distancia entre esta despedida y la de Hector y Andrómaca en la Ilíada; pero es siempre grata la pintura de la sensibilidad de un héroe al tiempo que se separa de su familia, es bello aquel volver la cabeza alejándose, y que entonces le esfuercen y conhorten los mismos á quienes da el ejemplo del esfuerzo y la constancia en las batallas. Aun es mejor en mi dictamen, por su graduacion dramática y su artificio, el acto de acusacion que el Cid intenta á sus alevosos yernos delante de las cortes congregadas á este fin. El choque primero de los infantes y los campeones de Rodrigo en el palenque no deja de tener animacion y aun estilo.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
Abaxan las lanzas abueltas con los pendones,
Enclinaban las caras sobre los arzones,
Batien los caballos con los espolones,
Tembrar querie la tierra dod' eran movedores.
. . . . . .
Martin Antolinez mano metió al espada:
Relumbra tod' el campo.

No ha quedado noticia de quien fue autor de este primer vagido de nuestra poesía. En el siglo siguiente florecieron dos escritores, en quienes se descubre ya el adelantamiento y progresos que habian hecho la versificacion y la lengua. Una y otra tienen en los poemas sagrados de *don Gonzalo de Berceo* y en el de Alejandro de *Juan Lorenzo* mas fluidez, mas trabazon, y for-

mas determinadas. La marcha de estos autores, aunque penosa, no es tan arrastrada y seca como la del poema precedente. La diferencia que hay entre los dos poetas posteriores es, que *Berceo* por la naturaleza de sus argumentos, la mayor parte leyendas de santos, fuera de su narracion, y de algunos consejos morales, consiguientes al estado que tenia, y á la materia que trataba, no presenta riqueza de erudicion, ni variedad de conocimientos, ni fantasía en la invencion. *Juan Lorenzo* al contrario, se eleva mas con su asunto, y manifiesta una instruccion tan extensa en historia, mitología y filosofía moral, que hace á su obra ser la mas importante de cuantas se escribieron en aquella época. Los versos siguientes sobre un objeto mismo pueden ser muestra del estilo de uno y otro.

Yo Maestro Gonzalo de Berceo nomnado
Yendo en romería caecí en un prado
Verde é bien sencido, de flores bien poblado,
Logar cobdiciadvero para un home cansado.
Daban olor sobeio las flores bien olientes,
Refrescaban en home las caras é las mientes,
Manaban cada canto fuentes claras corrientes,
En verano bien frias, en ivierno calientes.

BERCEO.

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso,
Quando facen las aves un solaz deleytoso,
Son vestidos los prados de vestido fermoso,
Da suspiros la duenna la que non ha esposo.
Tiempo dolce é sabroso por bastir casamientos;
Ca lo tempran las flores é los sabrosos vientos,
Cantan las doncellas, son muchas a convientos,
Facen unas á otras buenos pronunciamientos.
Andan mozas é vieias cobiertas en amores,
Van coger por la siesta á los prados las flores,
Dicen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tiénense por mejores.

LORENZO.

Reinaba entonces en Castilla *Alfonso X*, príncipe á quien la fortuna para completar su gloria debió dar mejores hijos y vasallos menos feroces. La posteridad le ha puesto el sobrenombre de *Sabio*; y sin duda alguna le merecia el hombre extraordinario que en un siglo de tinieblas pudo reunir en sí las miras paternales y benéficas de legislador, las combinaciones profundas de matemático y astrónomo, el talento y conocimientos de historiador, y los laureles de poeta. Él fue quien puso en el debido honor la lengua patria, cuando mandó que se extendiesen en ella los instrumentos públicos que antes se escribian en latin. Mariana, poco favorable á este Rey, asegura que esta providencia fue la causa de la profunda ignorancia que se siguió despues. ¿Pero qué se sabia antes? El latin de que se usaba era tanto y mas bárbaro que el romance: los nuevos usos á que éste se aplicaba por aquella resolucion, la dignidad y autoridad que adquiria, era fuerza que influyesen en su cultura, pulimento y progresos. ¿Puede por ventura creerse que estas utilidades de la lengua no tuvieron influjo ninguno literario; ó que hay ilustracion y literatura nacional cuando la lengua propia no se cultiva? Considérese pues la asercion de Mariana como hija de las preocupaciones un poco pedantescas del siglo en que vivia; y nosotros, aun prescindiendo de la conveniencia política de dicha ley, mirémosla como una de las causas que, influyendo en la mejora de la lengua, debió tambien influir en el adelantamiento de nuestra poesía.

Hay un libro entero de Cantigas ó letras para cantarse, compuestas en dialecto gallego por

este Rey, de que pueden verse muestras en los *Anales de Sevilla* de Ortiz de Zúñiga; otro intitulado *el Tesoro*, que es un tratado de piedra filosofal, á lo que se cree, pues hasta ahora no se ha podido en gran parte descifrar, y tambien se le atribuye el de las *Querellas*, del cual no se conservan mas que dos estancias. Uno y otro están escritos en versos de doce sílabas, con los consonantes cruzados: versificacion á que se dió el nombre de *coplas de arte mayor*, y que fue un verdadero adelantamiento para la poesía; pues la marcha que tenia el verso alejandrino, usado por Berceo y por Lorenzo, era insufrible por su monotonía y pesadez. Cotéjense con los versos que van citados estas coplas con que empieza el libro de *el Tesoro*.

Llegó pues la fama á los mis oidos
Quen tierra de Egipto un sabio vivia,
E con su saber oí que facia
Notos los casos que no son venidos:
Los astros juzgaba, é aquestos movidos
Por disposicion del cielo failaba
Los casos que el tiempo futuro ocultaba
Bien fuesen antes por éste entendidos.
Codicia del sabio movió mi aficion
Mi pluma é mi lengua con grande humildad
Postrada la alteza de mi magestad,
Ca tanto poder tiene una pasion:
Con ruegos le fiz la mi peticion,
E se la mandé con mis mensageros,
Averes, facienda é muchos dineros
Allí le ofrecí con santa intencion.
Repúsome el sabio con gran cortesía:
Magüer vos, Señor, séais un gran Rey;
Non paro yo mientes en aquesta ley
De oro nin plata nin su gran valía:
Serviros, Señor, en gracia ternia,
Ca non busco aquello que á mí me sobró,
E vuestros haveres vos fagan la pro
Que vuestro siervo Mais vos querria

De las mis naves mandé la mejor,
E llegada al puerto de Alexandría,
El físico astrólogo en ella salia,
E á mí fue llegado cortés con amor:
E habiendo sabido su grande primor
En los movimientos que face la esfera,
Siempre le tuve en grande manera,
Ca siempre á los sabios se debe el honor.

Todavía son mejores en estilo, número y elegancia las dos coplas con que empezaba el libro de las *Querellas*.

A tí Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano é amigo é firme vasallo,
Lo que á mios homes por cuita les callo
Entiendo decir plañendo mi mal:
A tí que quitaste la tierra é cabdal
Por las mias faciendas en Roma é allende;
Mi péndola vuela, escúchala dende,
Ca grita doliente con fabla mortal.
¡Cómo yace solo el Rey de Castilla
Emperador de Alemania que foé,
Aquel que los Reyes besaban el pie,
E Reynas pedian limosna é mancilla!
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo é tres dobles peones,
El que acatado en lejanas naciones
Foé por sus Tablas, é por su cochilla.

Parece que hay la diferencia de un siglo entre versos y versos, entre lengua y lengua; y lo mas raro es que para encontrar coplas de arte mayor que tengan igual mérito, así en la diccion como en la cadencia, es preciso saltar casi otros dos siglos, y buscarlas en Juan de Mena. (*)

(*) Algunos eruditos dudan de que estas dos obras pertenezcan al tiempo y Autor á que se atribuyen; y el adelantamiento que presentan la versificacion y el lenguage forma una presuncion muy fuerte á favor de esta opinion.

Si el movimiento que dió este gran Rey á las letras hubiera sido auxiliado por sus succesores, la ilustracion española contando dos siglos de antelacion, contaria tambien mas grados de perfeccion y mas riquezas. No lo consintió la naturaleza feroz de aquellos tiempos crueles. Empezó á arder la llama de la guerra civil en los últimos años de Alfonso con la desobediencia y alzamiento de su hijo, y siguió casi sin interrupcion por un siglo entero, hasta que llegó al último grado de atrocidad y de horrores en el reinado borrascoso y terrible de Pedro. Los hombres de Castilla en esta miserable época parece que no tenian espíritu sino para aborrecer, ni brazos sino para destruir: ¿cómo era posible que en medio de la agitacion de aquellas turbulencias pudiese lucir tranquilamente la antorcha del ingenio, ni oirse los cantos de las Musas? Así es que solo se cuenta en ella un cortísimo número de poetas; *Juan Ruiz*, arcipreste de Hita; el Infante don *Juan Manuel*, autor del Conde Lucanor; el judío *don Santo*, y *Ayala* el cronista. Los versos de estos escritores unos se han perdido, otros existen todavía inéditos; habiendo salido solamente á la luz pública los del arcipreste, que por fortuna son tal vez los mas dignos de conocerse.

El argumento de sus poesías es la historia de sus amores, interpolada con apólogos, alegorías, cuentos, sátiras, refranes, y aun devociones. Venia éste autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron despues, en facultad de inventar, en vivacidad de fantasía y de ingenio, en abundancia de chistes y de sales: y si hubiera tenido cuenta con elegir ó seguir metros mas determinados y fijos, y su diccion fuera menos informe y

pesada, esta obra sería uno de los monumentos mas curiosos de la edad media. Pero la rudeza de las formas exteriores hace insufrible su lectura. Sean muestras de su versificacion y estilo las coplas siguientes, en que el poeta pide á Venus que interponga su favor para con una dama á quien amaba; la cual era, segun la pinta,

De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Donegil muy lozana, plasentera et fermosa,
Cortés et mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa et risueña, amor de toda cosa.....
Señora Doña Venus; muger de Don Amor,
Noble dueña, omillome yo vuestro servidor,
De todas cosas sodes vos el Amor Señor,
Todos vos obesdecen como á su facedor.
Reyes, Duques, et Condes, é toda criatura
Vos temen é vos sirven como á vuestra fechura,
Complid los mios deseos, é dadme dicha é ventura,
Non me seades escasa, nin esquiva, nin dura.....
So ferido é llagado, de un dardo so perdido,
En el corazon lo trayo encerrado et escondido;
Non oso mostrar la laga, matarme ha si la olvido,
E aun desir non oso el nombre de quien me ha ferido.
El color he perdido, mis sesos desfallescen,
La fuerza non la tengo, mis ojos non parescen,
Si vos non me valedes mis miembros desfallecen.

Venus, entre otros consejos, le dice:

Toda muger que mucho otea, ó es risueña,
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue verguenña,
Apenas de mil una te desprecie.....
Si la primera onda de la mar ayrada
Espantase al marinero quando viene turbada,
Nunca en la mar entrarie con su nave ferrada:
Non te espante la dueña la primera vegada.
Con arte se quebrantan los corazones duros,
Tómanse las cibdades, derríbanse los muros,
Caen las torres altas, dízanse pesos duros,
Por arte juran muchos, por arte son perjuros!
Por arte los pescados se toman so las ondas, etc.

Podríanse citar otros trozos mucho mas picantes, entre ellos la descripcion del poder del dinero, que tiene una mordacidad y una libertad, de que dificilmente se hallarán ejemplos en otros escritores de dentro y fuera de España en aquel tiempo, aunque entrase en la comparacion el independiente Dante; ó la chistosa apología y alabanza de las mugeres chicas, que empieza:

Quiero vos abreviar la predicacion;
Que siempre me pagué de pequeño sermon;
E de dueña pequeña, et de breve rason;
Ca de poco et bien dicho se afinca el corazon, etc.

pero bastan á mi propósito los ejemplos citados. Alguna vez el poeta, cansado acaso de la monotonía y pesadez, varía del metro que generalmente usa, y introduce otra combinacion de rimas en cantigas que mezcla con su narracion; como por ejemplo la siguiente:

Cerca la tablada
La sierra pasada
Fallem con aldara
A la madrugada.
Encima del puerto
Coidé ser muerto
De nieve é de frio;
E de ese rocío,
E de grand helada.
A la decida
Dí una corrida;
Fallé una serrana,
Fermosa, lozana,
E bien colorada.
Dixe yo á ella,
Homillome, bella, etc.

Don Tomas Antonio Sanchez ha publicado las obras de casi todos los autores mencionados, con

ilustraciones excelentes así para dar noticia de ellos, como para la inteligencia del texto, que la ancianidad y rudeza del lenguage y los vicios de los códices han obscurecido á porfia. Allí estan como en una armería estas venerables antiguallas; objetos preciosos de curiosidad para el erudito, de investigaciones para el gramático, de observácion para el filósofo y el historiador; pero que el poeta, sin gastar tiempo en estudiarlos, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.

ARTÍCULO II.

De nuestra poesía hasta el tiempo de Garcilaso.

Uno y otro se presentan ya más formados y vigorosos en los versos escritos por los poetas del siglo XV; y no es de extrañar este progreso, si se atiende á la muchedumbre de circunstancias que entonces concurrieron para favorecer á la poesía. Los juegos florales establecidos en Tolosa á mediados del siglo anterior, y traidos por los Reyes de Aragon á sus estados en fines del mismo, el concurso de ingenios que contendian por ganar los premios señalados en estas solemnidades; las ceremonias observadas en ellas; la consistencia y consideracion dada al arte de trobar, la aficion de los Príncipes, los libros antiguos mas generalmente conocidos, las luces que ya brotaban por todas partes, y deshacian la caliginosa niebla de tantos siglos bárbaros, la imitacion de la Italia que mas feliz y mas pronta se habia ilustrado primero; todo contribuyó poderosamente á la acogida que logró esta arte;

la primera que se cultiva cuando los pueblos se acercan á su civilizacion. Así al echar la vista á los antiguos Cancioneros donde estan recogidas las poesías de esta época, lo primero que se admira es la muchedumbre de autores, y lo segundo su calidad. Juan el II, que se complacia mucho en oir los decires rimados, y á veces tambien rimaba, introdujo este gusto en su corte, y casi todos los grandes á imitacion suya, ó le protegian ó le cultivaban. Coplas hacia el Condestable don Álvaro, coplas el Duque de Arjona, coplas el célebre don Enrique de Villena, coplas el Marques de Santillana, coplas en fin otros ciento, tanto ó mas ilustres que ellos.

La forma que se habia dado á la versificacion era mucho menos imperfecta que la de los siglos anteriores. Prevalecian las coplas de arte mayor, y los versos octosílabos sobre la pesadez fastidiosa del alejandrino: las rimas cruzadas herian mas agradablemente el oido, y no le aturdian con las groseras martilladas del sonsonete cuadruplicado; y el período poético mas despejado y rotundo venia de cuando en cuando al espíritu con las pretensiones de la gracia y la elegancia. Suavizóse un poco el austero semblante que el arte tenia, y dejando los largos poemas, las leyendas de devocion, y la série pesada y fastidiosa de preceptos áridos y secas sentencias, se dedicó á argumentos mas proporcionados á sus fuerzas; y la pintura del amor, y el tono de la elegía eran lo que mas comunmente se sentia en sus acentos. En fin, la lectura de los escritores latinos, mas generalizada ya, les enseñaba unas veces el modo

de imitar, otras les proporcionaba alusiones, símiles, y exornaciones con que engalanar sus versos.

Entre el crecido número de poetas que entonces florecieron, el que mas descuella sobre todos por el talento, saber y dignidad de sus escritos es *Juan de Mena*. Éste elevó en su *Laberinto* el monumento mas interesante de nuestra poesía en aquel siglo, y con él dejó muy lejos de sí á los otros escritores. El poeta en esta obra se supone con el intento de cantar las vicisitudes de la Fortuna, y al tiempo que teme las dificultades de la empresa se le aparece la Providencia, que le introduce en el palacio de aquella divinidad, y le sirve de guia y de maestra. Allí primeramente ve la tierra cuya descripcion geográfica hace, y despues se descubren las tres grandes ruedas de la Fortuna, donde voltean los tiempos pasados, presentes y venideros. Cada rueda se compone de siete círculos, emblemas alegóricos del influjo que los siete planetas tienen en la suerte de los hombres, por las inclinaciones que les dan, y en cada uno hay gentes innumerables que tuvieron la disposicion del planeta á quien el círculo pertenece; los castos á la Luna, los guerreros á Marte, los sabios á Febo, y así de los demas. La rueda del tiempo presente está en movimiento, las otras dos paradas; y á la de lo futuro cubre un velo de tal modo, que aunque aparecen formas é imágenes de hombres, no deja distinguirlos bien. Concebida la obra bajo este plan, se divide naturalmente en siete órdenes; y el poeta, describiendo lo que ve, ó conversando con la Providencia, pinta todos los personages

importantes de que tiene noticia ; cuenta los hechos célebres, asigna sus causas, manifiesta cuanto sabe en historia, mitología y filosofía moral y política, y deduce de cuando en cuando preceptos y máximas excelentes para la conducta de la vida y gobierno de los pueblos. Así, el *Laberinto*, lejos de ser una coleccion de coplas frívolas ó insignificantes, donde á lo mas que hay que atender es al artificio del estilo y de los versos; debe ser mirado como la produccion de un hombre docto en toda la extension que aquel tiempo permitia, y como el depósito de todo lo que se sabia entonces.

Si la invencion de este cuadro, que sin duda tiene grandiosidad y filosofía, perteneciese exclusivamente á nuestro poeta, su mérito seria infinitamente mayor, y no se le pudiera negar el don del genio en una parte tan principal. Pero siendo ya conocidas entre nosotros las terribles visiones de Dante y los triunfos de Petrarca, el esfuerzo de espíritu necesario para crear el plan y argumento del *Laberinto* aparece mucho menor, no habiendo hecho *Mena* mas que imitar á estos escritores, variando el sitio de la escena en que coloca su mundo alegórico. Los pensamientos son nobles y grandes, las miras justas y honestas. Se le ve tomar fuerzas de su asunto, y apostrofar aqui al Monarca castellano, advirtiéndole que sus leyes no sean telas de araña, y que deben contener igualmente á los grandes que á los pequeños; en otra parte pedirle que reprima el horror que iba introduciéndose en los lares domésticos de envenenarse los esposos; ya indignarse de la barbarie con que se habian quemado los libros de

don Enrique de Villena (*); ya mostrar los estragos y desórdenes de Castilla, como castigo del reposo en que los grandes dejaban á los infieles, por atender solamente á su ambicion y á su codicia.

Los pedazos que van al frente de esta coleccion manifestarán el caracter de su fantasía, de su versificacion, de su estilo y su lenguage. Él se expresa generalmente con mas fuerza y energía que gracia y delicadeza: su marcha es desigual; sus versos, á veces valientes y numerosos, decaen otras por falta de cadencia y de medida: su estilo animado, vivo y natural en partes, de cuando en cuando toca en hinchado ó en trivial: en fin, la lengua en sus manos es una esclava que tiene que obedecerle, y seguir de grado ó fuerza el impulso que le da el poeta. Ninguno ha manifestado en esta parte mayor osadía ni pretensiones mas altas: él suprime sílabas, modifica la frase á su arbitrio; alarga ó acorta las palabras, y cuando en su lengua no halla las voces ó los modos de decir que necesita, acude á buscarlos en el latin, en el francés, en el italiano, en donde puede. Aun no acabado de formar el idioma, prestaba ocasion y oportunidad para estas licencias, que se hu-

(*) *Otra y aun otra vegada yo lloro*
Porque Castilla perdió tal tesoro
No conocido delante la gente.
Perdió los tus libros sin ser conocidos,
Y como en exequias te fueron ya luego
Unos metidos al ávido fuego
Y otros sin orden no bien repartidos:
Cierto en Atenas los libros fingidos
Que de Protágoras se reprobaron,
Con cerimonia mayor se quemaron
Cuando al senado le fueron leidos.

bieran convertido en privilegios de la lengua poética, si hubieran sido mayores los talentos de aquel escritor, y mas permanente su crédito. Los poetas de la edad siguiente puliendo la rudeza de la diccion, haciendo una innovacion en los metros, y en los asuntos de sus composiciones, no conservaron la noble libertad y las adquisiciones que en favor de la lengua habian hecho sus antecesores. Si en esto los hubieran seguido, el lenguage castellano, y sobre todo el lenguage poético, tan numeroso, tan vario, tan magestuoso y elegante, no envidiaria flexibilidad y riqueza á otro ninguno.

El *Laberinto* ha tenido la suerte de todas las obras, que saliendo de la esfera comun, forman época en un arte. Se ha impreso y reimpreso diferentes veces, muchos le han imitado, y algunos críticos respetables le comentaron, entre ellos el Brocense. Así ha pasado hasta nosotros, si no leido en su totalidad con placer por la rudeza del lenguage y monotonía de la versificacion, por lo menos registrado con gusto, citado con oportunidad, y mentado siempre con estimacion. Mayor respeto se hubiera conciliado, si el autor al proponerse escribir sobre las cosas de su tiempo, se manifestase mas ageno y distante de las maquinaciones y partidos que entonces habia en Castilla. Este era el medio de verlas mejor y de juzgarlas con mas independencia. Juan de Mena á la verdad no era contínuo en la corte; pero el cronista del Rey, el amigo de don Álvaro de Luna, el corresponsal de los principales señores, no podia llenar debidamente la obligacion que habia tomado sobre sí. El poema que hoy hacia debia verse

mañana por el Condestable, por el Almirante, por el Marques de Santillana, ó por cualquiera de los demas Ricos hombres, todos aficionados á la poesía; pero mas opuestos todavía entre sí en gustos, intereses y pasiones. ¿Cómo era posible explicarse con entereza y verdad? (*) Así es que su vigoroso espíritu, no empleando mas que la mitad de su fuerza, se quedó muy lejos de la dignidad y altura á que de otro modo pudiera fácilmente elevarse.

Los otros poetas mas distinguidos de este siglo fueron el *marques de Santillana*, uno de los caballeros mas generosos y valientes que hubo en él, hombre docto, y poeta fácil y dulce en los amores, cuerdo y grave en las sentencias; *Jorge Manrique* que floreció despues, y que en sus coplas á la muerte de su padre dejó el trozo de poesía mas regular y puramente escrito de aquel tiempo; *Garci Sanchez de Badajoz* que escribió coplas con mucho calor y agudeza; en fin *Macías* anterior á todos, autor de solas cuatro canciones, pero que no será olvidado jamas por sus amores y muerte deplorable. (**)

(*) Él mismo da á entender en su obra la circunspeccion y reserva á que le veía obligado. Véase la orden de Mercurio *copla* 92, y la epístola 20 del *Centon Epistolario del bachiller Cibdad Real.*

(**) Macías era gentil hombre del maestre don Enrique de Villena. Entre las damas que servian á este señor, habia una de quien se prendó el poeta, y de cuyo amor no pudieron arrancarle ni el verla casada con otro, ni las reprensiones del maestre, ni en fin la prision en que este le mandó custodiar. El esposo lleno de celos se concertó con el alcaide de la torre en que estaba su rival, y halló modo de arrojarle por una ventana la lanza que llevaba, y atravesarle con ella. Cantaba entonces Macías una de las canciones que ha-

Se engañaria cualquiera que buscase en los cancioneros antiguos una poesía constantemente

bia hecho á su dama, y así espiró con el nombre de ella y del amor en los labios. Las dos calidades de trobador y de amante unidas en él le hicieron un objeto solemne y casi religioso entre los poetas del tiempo. Los mas de ellos le celebraron, y su nombre, á que se unió el dictado de *enamorado*, quedó como proverbial para designar la fineza de los amantes. No disgustará á los lectores ver aquí las coplas que Mena le destinó en el *Laberinto*.

Tanto anduvimos el cerco mirando
A que nos hallamos con nuestro Macías,
Y vimos que estaba llorando los dias
En que de su vida tomó fin amando:
Llegué mas acerca turbado yo cuando
Vi ser un tal hombre de nuestra nacion,
Y vi que decia tal triste cancion,
En elegíaco verso cantando.
«Amores me dieron corona de amores
Para que mi nombre por mas bocas ande,
Entonces no era mi mal menos grande
Cuando me daban placer sus dolores:
Vencen el seso sus dulces errores,
Mas no duran siempre segun luego aplacen,
Y pues me hicieron del mal que vos hacen
Sabed al amor desamar amadores.
Huid un peligro tan apasionado,
Sabed ser alegres, dejad de ser tristes,
Sabed desservir á quien tanto servistes,
A otro que á amores dad vuestro cuidado:
Los cuales si fuesen por un igual grado
Sus pocos placeres segun su dolor,
No se quejára ningun amador
Ni desesperára ningun desamado.
Bien como cuando algun malhechor
Al tiempo que hacen de otro justicia,
Temor de la pena le pone cobdicia
De allí en adelante vivir ya mejor,
Mas desque pasado por aquel temor
Vuelve á sus vicios como de primero;
Así me volvieron á do desespero
Amores, que quieren que muera amador.»

animada, interesante y agradable. Despues de haber visto tal cual composicion, en que la indulgencia con que se lee suple á las veces por el mérito que en gran parte le falta, el libro se cae de las manos, y no se vuelve á coger con facilidad. Es cierto que frecuentemente se encuentra un pensamiento ingenioso, una imagen oportuna, y una copla bien construida; pero allí mismo se tropieza al instante con puerilidades, bajezas, trivialidades, versos informes, rimas indeterminadas. Se ve luchar al escritor con la rudeza de la lengua, con la pesadez de la versificacion; y á pesar de los esfuerzos que hace, vencido de la dificultad, no atinar ni con la verdadera expresion ni con la bella armonía. Conocian y manejaban á Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano y demas poetas antiguos; pero si á veces se servian de ellos con oportunidad, mas frecuentemente sacaban de estas fuentes incoherentes alusiones, y una erudicion que degenera en impertinente y pueril pedantería. (*) No

(*) Esta cancion de Santillana, no desprovista enteramente ni del afecto ni de gracia, puede ser ejemplo de como estos escritores se aprovechaban de la erudicion.

Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadosa Aleto
E pavoroso Metelo;
Que yo jamas olvidase
Tu virtud,
Vida mia, y mi salud,
Nin te dejase.
El César afortunado
Cesará de combatir,
E hicieran desdecir
Al Pridmides armado;
Antes que yo te dejára,

acertaban á imitar de ellos la sencillez de sus planes, y el admirable artificio con que en sus composiciones sabian desenvolver y vigorizar un pensamiento, y sostener y graduar el efecto desde el principio hasta el fin. Por último, los versos, aunque mas tolerables que los del tiempo antiguo, tenian el gran inconveniente de la mo-

Idola mia;
Ni la tu filosomía
Olvidára.
Sinón se tornará mudo
E Tarsides virtuoso,
Sardanápalo animoso,
Torpe Salomon é rudo:
En aquel tiempo que yo,
Gentil criatura,
Olvidase tu figura
Cuyo so.
Ethiopia tornará
Umeda, fria é nevosa,
Ardiente Scitia é fogosa,
E Scila reposará;
Antes que el ánimo mio
Se partiese
Del tu mando é señorío,
Nin pudiese.
Las fieras tigres harán
Antes paz con todo armento;
Habrán las arenas cuento,
Los mares se agotarán;
Que me haga la fortuna
Si non tuyo,
Nin me pueda llamar suya
Otra alguna.
Ca tú eres caramida;
E yo so fierro, señora,
E me tiras toda hora
Con voluntad non fingida;
Pero non es maravilla,
Ca tu eres
Espejo de las mugeres
De Castilla.

notonía, y de no poderse acomodar á la variedad, elevacion y grandeza que deben tener los periodos poéticos segun las imágenes, afectos y pensamientos que encierran.

ARTÍCULO III.

Desde Garcilaso hasta los Argensolas.

Se atribuye generalmente á *Juan Boscan* la introduccion en nuestra poesía de los endecasílabos y artificio de la versificacion italiana. Andres Navagero, embajador de Venecia en España, aconsejó á *Boscan* esta novedad, que empezada por él, y seguida de Garcilaso, Mendoza, Acuña, Cetina y otros buenos ingenios, hizo enteramente mudar de semblante el arte. No porque ya no se conociesen antes de él los endecasílabos en Castilla. Hay algunos en el conde Lucanor escrito en el siglo XIV, y el marques de Santillana en el XV compuso muchos sonetos al modo que los italianos. Pero estos ensayos no habian tenido consecuencia; y solo al tiempo de *Boscan* fue cuando se dedicaron generalmente á esta clase de versificacion. Y si bien yo creo que mas influjo tuvo en esto la relacion íntima que ya por aquel tiempo habia entre las dos naciones, que la autoridad de un poeta mediano como *Boscan*; todavía sin embargo es muy glorioso para él haber sido autor de tan feliz revolucion, y contribuir con su ejemplo y sus esfuerzos á establecerla.

Pero los que se hallaban bien con la versificacion antigua, levantaron al instante el grito contra la innovacion, y trataron á sus fautores como reos de lesa poesía, y alevosos á la

patria. Al frente de ellos *Cristóbal de Castillejo* en las sátiras que escribia contra los *Petrarquistas* (que así los llamaban) comparaba esta novedad á las que Lutero introducia entonces en la Fe; y haciendo comparecer en el otro mundo á *Boscan* y á Garcilaso ante el tribunal de Juan de Mena, Jorge Manrique y otros trobadores del tiempo anterior; ponia en su boca el juicio y condenacion de las nuevas rimas. Á este fin supone que *Boscan* dice un soneto, y Garcilaso una octava delante de sus jueces, y luego añade:

Juan de Mena como oyó
La nueva troba pulida,
Con tentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida.
Y dijo; segun la prueba
Once sílabas por pie,
No hallo causa porque
Se tenga por cosa nueva,
Pues yo tambien las usé.
Don Jorge dijo: no veo
Necesidad ni razon
De vestir nuestro deseo
De coplas, que por rodeo
Van diciendo su intencion.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta troba á la verdad
Por el contrario denota
Obscura prolijidad.....
Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trobadores.
Muy melancólicas son
Estas trobas á mi ver,
Enfadosas de leer,
Tardías de relacion,
Y enemigas de placer.

Si Juan de Mena y Manrique hubieran podido manifestar entonces algun sentimiento, fuera el de no hallar establecida ya la versificacion nueva cuando escribieron. El genio fogoso y atrevido del uno, el grave y sesudo del otro, habrian hallado para la expresion de sus pensamientos y pinturas un instrumento á propósito en el endecasílabo. Hubieran conocido al instante que las coplas de arte mayor reducidas á sus elementos eran una combinacion contínua y cansada de versos de seis sílabas; que los octosílabos aconsonantados servian mas para el epígrama y el madrigal que para la grande poesía, y que las coplas de pie quebrado, esencialmente opuestas á toda armonía y á todo placer, no debian sostenerse. Esto no lo podia conocer *Castillejo*: escribia sí la lengua castellana con propiedad, facilidad y pureza; pero el númen, la invencion, las imágenes altas y animadas, la fuerza del pensamiento, el calor de los afectos, la variedad, la armonía; todas estas dotes sin las cuales, ó á lo menos sin muchas de ellas, nadie es considerado poeta, todas le faltaban. Así no es de extrañar que encastillado en sus coplas, suficientes para la expresion de los pensamientos agudos é ingeniosos en que abundaba, desconociese la necesidad que tenia nuestra poesía de la versificacion nueva para salir de su infancia. Esta tenia mas libertad y soltura, daba oportunidad para variar las pausas y las cesuras, y presentaba á la infinita variedad de formas que tiene la imitacion, la muchedumbre de combinaciones que puede recibir la colocacion de los versos largos y cortos. Tales ventajas se lograban con el nuevo sis-

tema, y todas fueron reconocidas por los nuevos ingenios que las adoptaron; pero para ello era preciso tener la cualidad de poeta, y *Castillejo*, rigorosamente hablando, no la tenia.

Esta circunstancia era para la disputa mucho mas necesaria de lo que parece: pues aunque no hubiese la grande diferencia que existia entre unos y otros metros, siempre llevaria la palma aquel partido que pusiese en su favor mejores versos, y composiciones mas agradables. En tal posicion el solo talento de *Garcilaso* debia anonadar, como lo hizo, y convertir en polvo á todos los copleros. ¡Cosa verdaderamente extraña, por no decir admirable! un jóven que muere á la edad de treinta y tres años; entregado á la carrera de las armas, sin estudios conocidos, con solo su particular talento auxiliado de su aplicacion y buen gusto, saca de repente á nuestra poesía de su infancia, la encamina felizmente por las huellas de los antiguos y de los mas célebres modernos que entonces se conocian; y rivalizando á veces con ellos, la engalana con arreos y sentimientos propios, y la hace hablar un lenguage puro, armonioso, dulce y elegante. Su genio, mas delicado y tierno que fuerte y elevado, se inclinó de preferencia á las imágenes dulces del campo y á los sentimientos propios de la égloga y la elegía. Tenia una fantasía viva y amena, un modo de pensar decoroso y noble, una sensibilidad exquisita; y este feliz natural, ayudado del estudio de los antiguos, y de la comunicacion con los italianos, produjo aquellas composiciones, que aunque tan pocas, se conciliaron al instante una estimacion y un respeto, que

los tiempos siguientes no han cesado de confirmar.

Deseáran algunos que se hubiese entregado mas á sus propias ideas y sentimientos; que estudiando igualmente á los antiguos no se dejase llevar tanto del gusto de traducirlos, y que no abandonase las imágenes y afectos que su excelente talento le sujeria por las imágenes y afectos agenos; que ya que en la mayor parte es un modelo de cultura y de elegancia, hubiera hecho desaparecer algunos rastros que tiene de la rudeza y desaliño antiguo; por último quisieran que la disposicion de sus églogas tuviese mas unidad, y hubiese mas conexion entre las personas y objetos que intervienen en ellas. Pero estos defectos nó pueden contrapesar las muchas bellezas que aquellas poesías contienen; y es privilegio concedido á todos los que abren una nueva carrera el poder errar sin que su gloria padezca. *Garcilaso* es el primero que dió á nuestra poesía alas, gentileza y gracia, y para esto se necesitaban mas talento y mas fuerza sin comparacion alguna, que para evitar las faltas en que la necesidad, su juventud, y la flaqueza indispensable en la naturaleza humana le hicieron caer.

Á las prendas sobresalientes que tiene como poeta, se añade la de ser el escritor castellano, que manejó en aquel tiempo la lengua con mas propiedad y acierto. Muchas voces y frases de sus contemporáneos, muchas de otros autores posteriores han envejecido ya y desaparecido: el lenguage de *Garcilaso* al contrario, si se exceptuan algunos italianismos que su contínuo trato con aquella nacion le hizo contraer, ca-

tá vivo y floreciente aun, y apenas hay modo de decir suyo que no se pueda usar oportunamente hoy dia.

Tantas especies de mérito reunidas en un hombre solo, excitaron la admiracion de su siglo que le dió al instante el título de príncipe de los poetas castellanos: los extrangeros le llaman el Petrarca español: tres escritores célebres le han ilustrado y comentado, entre ellos Fernando de Herrera; infinitas veces se ha impreso, y todos los partidos y sectas poéticas le han respetado. Sus bellos pasages corren de boca en boca por todos los que gustan de pensamientos tiernos y de imágenes apacibles; y si no es el mas grande poeta castellano, es el mas clásico á lo menos, el que se ha conciliado mas aplauso y mas votos, aquel cuya reputacion se ha mantenido mas intacta, y que probablemente no perecerá mientras haya lengua y poesía castellana.

El impulso dado por *Garcilaso* fue seguido de algunos buenos ingenios de su tiempo, que fueron *don Hernando de Acuña*, *Gutierre de Cetina*, *don Luis de Haro*, *don Diego de Mendoza* y otros pocos, pero todos muy desiguales á él; y para encontrar un escritor en que el arte hiciese algun progreso es preciso buscarle en *Fr. Luis de Leon*. Este hombre doctísimo, versado en toda clase de erudicion, inteligente en las lenguas antiguas, enlazado con relaciones de amistad á todos los sabios de su tiempo, fue uno de los escritores á quienes la lengua castellana debió mas por el nervio y propiedad con que la escribia; y el que dió á nuestra poesía un caracter no conocido hasta él. Las

canciones y sonetos de Garcilaso estaban escritos en el tono elegíaco y sentimental de Petrarca, y sola su *Flor de Gnido* era la composicion en que se acercó mas al caracter de la poesía lírica antigua. *Luis de Leon* lleno de Horacio, á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda; y en una diccion natural y sin aparato supo manifestar elevacion, fuerza y magestad. Su profesion y su genio le inclinaban mas al género lírico moral que al heróico, sin embargo de que su *Profecía del Tajo* manifieste lo que hubiera podido hacer en este último; pero en aquel dejó unas cuantas odas excelentes, que se acercan mucho, si no igualan, á los modelos que se propuso imitar. Su principal mérito y su caracter en ellas es el de producir pensamientos magestuosos y fuertes, imágenes grandes, sentencias profundas, sin que le cuesten ningun esfuerzo, y con la mayor sencillez. La diccion y el estilo son animados, puros y abundantes como que salen de un manantial rico y limpio. No es tan feliz en la versificacion: aunque dulce, fluido y gracioso en ella, carece de gravedad, y desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud. Á este defecto se añade otro, mayor todavía en mi dictamen, que es el de que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona: lánguido entonces y prosáico ni toca, ni mueve, ni enagena; y solo le queda el mérito de su diccion y su estilo, que son sanos siempre y puros, aun cuando no tengan vida ni color.

Á este mismo tiempo pertenecen en mi opinion las poesías de *Francisco de la Torre*, pu-

blicadas por Quevedo en 1631. Nadie dudó entonces que estas obras fuesen de un poeta anterior al editor; pero casi en nuestros dias un hombre de mucho mérito (don Luis Velazquez) las reimprimió con un discurso al frente en que aseguró eran una produccion de Quevedo; el cual habia querido publicar con nombre ageno sus versos amatorios. La absoluta ignorancia en que se está de la calidad y circunstancias del tal *Francisco de la Torre*; el ejemplar de Lope de Vega que habia publicado con el nombre de Burguillos, poesías conocidamente suyas; la semejanza de estilo que creía ver Velazquez entre estos versos y los de Quevedo, con otras razones menos importantes fueron los fundamentos de esta opinion, que por entonces se siguió sin contradiccion alguna.

Pero estas pruebas no pasan de meras conjeturas, que ademas de no afianzarse en hecho ninguno positivo, quedan desvanecidas al instante que se examinan la naturaleza y caracter de aquellas poesías. El que no sepa distinguir los versos de Quevedo de los de Garcilaso, ú otro cualquiera poeta de la época anterior, ese solo podrá confundir con él á *Francisco de la Torre*. No son bastante prueba de semejanza unos cuantos versos rebuscados en las obras de uno y otro, sacados de su lugar, confundidos entre sí, y que ni aun de este modo tienen, si bien se miran, la semejanza de estilo que se supone. Para saber si las poesías de *Francisco de la Torre* pueden ser ó no de Quevedo, es preciso despues de leer las primeras, buscar en la Erato ó Euterpe del segundo las poesías que allí se dan por pastoriles; entonces es

cuando se palpa la enorme diferencia que hay entre uno y otro, ya se mire la diccion, ya el estilo, ya los versos, ya las imágenes, ya la composicion, ya el todo. No es posible equivocarlos; como no es posible equivocar jamas á las mugeres que son bellas naturalmente con las que se martirizan para parecerlo.

Con efecto, estas poesías de *Francisco de la Torre* son de los frutos mas exquisitos que dió entonces nuestro Parnaso. Todas pastoriles, sus imágenes, sus pensamientos y su estilo no desdicen nunca de este caracter, y guardan la propiedad mas rigurosa con él. Sus dotes mas eminentes son la sencillez de la expresion, la viveza y ternura de los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Ningun poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una tórtola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caida, le sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ternura. Las imitaciones de los antiguos en que estas poesías abundan, estan refundidas tan naturalmente en su caracter y estilo, que se identifican enteramente con él. Es lástima que á la pureza de su lenguage no añadiese mayor cuidado en la elegancia, que á veces padece por expresiones y voces triviales y prosáicas. Á veces tambien la locucion se manifiesta obscura por dislocaciones ú omisiones de expresion, acaso hijas del descuido y corrupcion de los manuscritos. Por último, se echa de menos en sus églogas variedad, conocimiento del arte del diálogo, oposicion y contraste entre las situaciones de los interlocutores: el poeta que pinta y

siente con tanta delicadeza y fuego cuando habla por sí mismo, no acierda á hacer hablar á los otros, y se pierde en descripciones uniformes y prolijas, que al fin cansan y fastidian.

Hasta ahora la poesía conservaba las galas naturales y sencillas que habia tomado de Garcilaso; y si bien Luis de Leon le dió alguna elevacion y grandeza, se inclinaba mas á los argumentos que piden un estilo medio, como son los que presenta la naturaleza campestre. Tenia ornamentos de gusto, pero sin ostentacion ni riqueza; y su lenguage era mas puro y gracioso que magestuoso y brillante. Mantenedores de este caracter natural, modesto y sencillo fueron *Francisco de Figueroa*, que en su égloga de *Tirsi* dió el primer ejemplo de buenos versos sueltos castellanos; *Jorge de Montemayor*, que con su Diana introdujo el gusto y la aficion á las novelas pastorales; y *Gil Polo* uno de sus continuadores, que menos feliz que él en la invencion, le aventajó mucho en los versos, y casi llegó á obscurecerle. Pero pasando de estos escritores á los andaluces, (*) ya se ve al arte mudar de gusto, tomar un tono mas elevado y vehemente, enriquecer y engalanar la diccion, y manifestar la intencion de sorprender y arrebatar; en suma, aspirar al *meus divinior atque os magna sonaturum*, por donde Horacio caracteriza la verdadera poesía.

Al frente de estos autores debe sin disputa nombrarse á *Fernando de Herrera*, hombre á quien la elocucion poética debe mas que á nin-

(*) Luis de Leon, aunque natural de Granada, se formó y vivió en Salamanca; y por consiguiente no contradice á esta observacion general.

guno. Su talento era igual á su estudio; y familiarizado con las lenguas latina, griega y hebrea, se dedicó, á imitacion de los grandes escritores antiguos, á formar un lenguage poético que compitiese en pompa y riqueza con el que ellos usaron en sus versos. Es verdad que ya no estaba él en la situacion de Juan de Mena, y que no tenia facultades para suprimir sílabas, sincopar frases, mudar terminaciones. Esta parte física de la lengua estaba ya fijada por Garcilaso y sus imitadores, y no podia sufrir alteracion. Pero la parte pintoresca podia recibir, y de hecho recibió de él grandes mejoras: valióse mucho de las palabras compuestas que ya habia, introdujo otras nuevas, restableció muchos adjetivos olvidados, á que dió nuevo vigor y frescura, por la oportunidad con que los aplicó, y usó en fin de mas frases y modos de decir separados de la lengua usual y comun que ningun otro poeta. Á este esmero añadió otro no menos esencial; que fue el cuidado de pintar al oido, por medio de la armonía imitativa, haciendo que los sonidos tuviesen analogía con la imagen. Él los rompe ó los suspende, los arrastra penosamente ó los precipita de golpe, ya los hace rozarse con aspareza, ya tocarse con blandura; en fin, unas veces corren fluidos y fáciles, otras penetran el oido con sosegada y apacible melodía. Estas dotes que tienen los versos de *Herrera* en el mecanismo de su lenguage, los hacen distinguir de la prosa en tal manera que, descompuestos y rotos, perdida su medida y su cadencia, son los que mas conservan el caracter pintoresco y divino que les dió el poeta.

Si de las formas exteriores se pasa á las dotes esenciales, puede decirse que nadie sobrepuja á *Herrera* en fuerza y osadía de imaginacion, muy pocos en el calor y vivacidad de los afectos, y ninguno le iguala, si se exceptúa á Rioja, en dignidad y en decoro. La mayor parte de sus poesías se reducen á elegias, canciones y sonetos en el gusto de Petrarca. Fue este poeta el primero que, separándose del modo con que los antiguos habian pintado al amor, dió á esta pasion un tono mas ideal y mas sublime. Él la acrisoló de la flaqueza de los sentidos, convirtiéndola en una especie de religion; y redujo su actividad á estar contínuamente admirando y adorando las perfecciones de la cosa amada, á complacerse en sus penas y martirios, y á contar los sacrificios y privaciones por otros tantos placeres. *Herrera*, apasionado toda su vida á la condesa de Gelves, dió á su amor el heroismo del amor platónico, y con los nombres de *Luz*, de *Sol*, de *Estrella* y de *Eliodora*, le consagró una pasion fogosa, tierna y constante; pero acompañada de tal respeto y tal decoro, que el pudor no podia alarmarse de ella, ni la virtud ofenderse. En todos los versos que dedicó á este objeto hay mas adoraciones, mas enagenacion de sí mismo, que esperanzas y deseos. Tiene este gusto un inconveniente, que es dar en una metafísica nada inteligible, en un alambicamiento de penas, dolores y martirios muy distante de la verdad y de la naturaleza, y que por lo mismo ni interesa ni conmueve. Á este mal, que de cuando en cuando se deja notar en *Herrera*, se anade que su diccion, demasiado estudiada y esmerada,

peca casi siempre por afectacion, y no pocas veces por obscuridad. El estilo y lenguage del amor quieren ir mas descargados y ligeros para ser graciosos y delicados. Así *Herrera*, que sin duda amaba con vehemencia y con ternura, parece, al decir sus sentimientos, mas ocupado del modo de expresarlos, que del deseo de interesar con ellos; y á esto debe atribuirse que sea de nuestros poetas el que menos versos amorosos ha hecho propios para andar en boca de las gentes.

Pero en donde esta diccion rica y poética luce á la par de su imaginacion ardiente y vigorosa es en la oda elevada, donde *Herrera*, feliz imitador de la poesía griega, hebrea y latina, supo llenarse de su fuego, y rivalizar con ella. Este género en su origen estaba muy distante de las ideas ordinarias. El poeta, poseido de una exaltacion que no estaba en su mano ni moderar ni regir, cantaba sus versos junto á las aras de los templos, en los teatros públicos, al frente de los ejércitos, en las grandes solemnidades nacionales. El numen que le inspiraba le hacia volar entonces á otras regiones, y ver cosas escondidas al comun de los hombres. Desde allí, en un lenguage de fuego, y por todas sus circunstancias maravilloso, hacia descender la verdad de lo alto en grandes y fuertes lecciones para los pueblos; abria las puertas del destino, y anunciaba lo futuro; entonaba himnos de gratitud y de alabanza á los dioses y á los héroes; ó, llenando de furor patriótico y guerrero á los escuadrones armados, los llamaba á los combates y á la victoria. En tal posicion el poeta lírico no debia parecer un hombre como los demas: su agitacion, su lenguage, los nú-

meros á que le reducia, la música con que le cantaba, la audacia de sus figuras, la grandeza de sus pensamientos, todo debia contribuir á considerarle en aquellos momentos de entusiasmo como un ser sobrenatural, un intérprete de la divinidad, una Sibila, un Profeta.

Tal fue en la antigüedad el caracter de la oda, que despues las naciones modernas han introducido con mas ó menos buen éxito en su poesía. Pero, despojada del canto, y alejada de las solemnidades y concurrencias numerosas, no ha sido mas que un débil reflejo de la inspiracion primera. Los grandes poetas modernos han creido que, para restituirle el caracter exaltado y divino que tuvo en su origen, era preciso trasplantarla otra vez al pais en que nació, y llenarla de las ideas, imágenes, y aun frases antiguas. Fue *Herrera* el primero que la concibió así entre nosotros: Horacio habria adoptado con gusto su cancion á don Juan de Austria: el himno por la batalla de Lepanto respira en todas partes aquel fogoso entusiasmo, y está adornado de las imágenes ricas, y frases atrevidas que caracterizan la poesía hebráica; y la cancion elegíaca al rey don Sebastian, animada del mismo espíritu que el himno, está llena de la melancolía y agitacion que debia producir en una imaginación viva aquella catástrofe miserable. Hasta en canciones poco interesantes por su asunto y su composicion se hallan vuelos osados y dignos de Píndaro: sobresaliendo siempre aquel esmero en la diccion, aquella poesía de estilo, por la cual jamas podrán confundirse tres versos suyos con los de otro ningun poeta. Servirán de maestra en es-

ta parte los siguientes sacados de su cancion á san Fernando, que no es de las mejores.

Cubrió el sagrado Betis, de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el océano extendiendo.

Al citar Lope de Vega estos versos, como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo; lleno de entusiasmo exclamaba: *Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.*

Sus paisanos le dieron el renombre de *Divino*, y de todos los poetas castellanos, á quienes se dió este título, ninguno le mereció sino él. Á pesar de esta gloria, y de las alabanzas de Lope, su estilo y sus principios tuvieron pocos imitadores entonces; y hasta el restablecimiento del buen gusto en nuestro tiempo, no se ha conocido bien el mérito eminente de su poesía, y la necesidad de seguir sus huellas para elevar la lengua poética sobre la lengua vulgar. Imitóle *don Juan de Arguijo* en sus sonetos, descargando un poco el estilo del excesivo ornato que tiene en Herrera; pero quien le mejoró infinitamente mas fue *Francisco de Rioja*, sevillano tambien como los otros dos, y discípulo de la misma escuela, aunque floreció bastantes años despues.

Igual en talento á Herrera, y superior en gusto, *Rioja* hubiera fijado sin duda los verdaderos límites entre la lengua prosáica y la poética, si hubiese escrito mas, ó se conservasen sus composiciones. ¿Cómo es posible que un hombre de tan grande ingenio, y que vivió tantos años, no escribiese mas que una cancion, una epístola, trece silvas, y unos cuantos sonetos? Mas fácil de creer es que sus escritos se perdiesen en las diferentes vicisitudes que tuvo su vida, ó que yazcan olvidados entre los muchos monumentos literarios que entre nosotros luchan todavía con el polvo y los gusanos. Lo poco suyo que ha quedado es suficiente sin embargo á darnos idea de su caracter poético, sobresaliente entre los otros por la nobleza y severidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particularmente es el acierto con que construye sus períodos; los cuales ni dan en secos por la brevedad, ni se arrastran penosamente por prolijos; defecto grande y frecuente en los mas de nuestros poetas, cuyas cláusulas no bien distribuidas fatigan el aliento cuando se recitan. Bien sé que aun en estas pocas composiciones hay resabios del prosaismo de los poetas del siglo XVI, y del falso oropel de los del siguiente; pero, ademas de que son rarísimos, debe tenerse presente que no limó él ni dispuso estos versos para publicarlos, disculpa bastante

de mayores yerros. Por mucha importancia que se les quiera dar, no podrán quitar la primacía que gozan entre nuestros tesoros poéticos las delicadas silvas á las flores, la magnífica cancion á las ruinas de Itálica, y la casi perfecta epístola moral á Fabio.

Al último tercio del siglo XVI corresponden otros poetas, célebres entonces, pero de mérito y órden muy inferior á los ya nombrados; *Juan de la Cueva*, que pertenece mas bien á la historia de la comedia, entre cuyos primeros corruptores se le cuenta comunmente: *Luis Barahona de Soto*, autor del poema *las Lágrimas de Angélica*, aplaudido mucho en su tiempo, y de nadie leido ahora: *Pedro de Padilla*, escritor recomendable por la pureza de la diccion y fluidez de los versos, pero pobre de imaginacion y de calor, y algunos otros que, aunque menos señalados, no dejaron de contribuir á los progresos del arte. Á esta época pertenece *Pablo de Céspedes*, pintor, escultor y poeta, en cuyas bellas octavas sobre la pintura respira frecuentemente el estilo vigoroso y pintoresco de Virgilio. Pertenece en fin á la misma *Vicente Espinel*, inventor de la *quinta* en la guitarra, y de las *décimas* en la versificacion, que de su nombre se llamaron *Espinelas*. Aunque este poeta carecia de gusto y de doctrina, manejaba la lengua con tanto despejo y pureza, tenia tanto talento y tan buen oido, y sus períodos poéticos son por lo regular tan sueltos, llenos y sonoros, que no es de extrañar la grande estimacion en que sus contemporáneos le tuvieron; y su ejemplo contribuyó poderosamente á dar á los versos mas facilidad, mas número y abundancia.

ARTÍCULO IV.

De los Argensolas y otros poetas hasta Góngora.

Ninguno de los autores de este tiempo igualó á los *Argensolas* en circunspeccion y en cordura, en facilidad de rimar, y en correccion y propiedad de lenguage. Son tan sobresalientes en esta última parte, que Lope de Vega decia de ellos que habian venido á Castilla desde Aragon á enseñar la lengua castellana. Su erudicion, la severidad de su doctrina, sus conexiones, la grande proteccion que les dispensó el conde de Lemos, fueron las causas de aquella especie de magisterio que ejercieron sobre sus contemporáneos, y de aquella superioridad reconocida y confirmada por las alabanzas que de todas partes se les prodigaban. Dióseles el título de Horacios españoles; y siempre se les reputó como poetas de primer orden, conservando una opinion casi tan intacta como la del mismo Garcilaso.

Sin intentar disminuir la justa estimacion que se les debe, ni contender con sus muchos apasionados, yo diria que su fama me parece mucho mayor que su mérito; y que si la lengua les debe mucho por el esmero y la propiedad con que la escribian, la poesía no tanto, donde su reputacion está al parecer mas afianzada en los vicios que les faltan, que en las virtudes que poseen. En el género lírico son fáciles, cultos, ingeniosos, pero generalmente desnudos de entusiasmo, de grandiosidad, de fan-

tasía. Tampoco en los amores tienen la gracia y la ternura que la poesía erótica pide, y si se exceptua algun otro soneto de *Lupercio*, no puede citarse en esta parte composicion ninguna de ellos que merezca llamar la atencion, y encomendarse á la memoria de los amantes. No hablaré de la *Isabela* y la *Alejandra*, porque todos convienen, hasta los menos doctos, que estas composiciones no tienen de tragedias mas que el nombre y las muertes friamente atroces con que se terminan. Su caracter sesudo, la índole de su espíritu mas ingenioso y discreto que florido y expansivo, la sal y el gracejo que á veces sabian esparcir, tenian mas cabida en la poesía satírica y moral, donde realmente han sido mas felices. Hay en ellos infinidad de rasgos, preciosos algunos por la profundidad y valentía, y muchos por aquella ingeniosidad de pensamiento, aquella facilidad y propiedad de expresion, que los constituye proverbiales.

. . . . . .

Y el vulgo dice bien que es desatino
El que tiene de vidrio su tejado
Estar apedreando al del vecino.

. . . . . .

La grave autoridad de la moneda
Del áspero desden nunca ofendida,
Porque jamas oyó respuesta aceda.

. . . . . .

Los lechos conyugales y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa:
El agraz virginal de las alumnas
En las prensas arroja aun no maduro
Sin aguardar tardanzas importunas.
Descoyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño.

. . . . . .

Así tal vez fiada en su hermosura
La adúltera gentil con los fingidos

Zelos de su consorte se asegura.
Ya se desmaya y turba los sentidos,
Dentro del pecho desleal suspira,
Los ojos á llorar apercibidos.
Culpa á los siervos con la limpia ira
De los zelos legítimos bramando:
Su noble esposo crédulo la mira
Enternecido, y obligado, y dando
Satisfaccion inutil á su aleve,
La abraza y pide el corazon mas blando.
Y con los labios abrasados bebe
De su Porcia las lágrimas atroces
Que de los ojos bien mandados llueve.
Cuyo llanto, o marido, cuyas voces,
Te dirá su escritorio, si son fieles,
Si con curiosidad lo reconoces.
¡O santo Dios! ¡Qué trazas, qué papeles
Pérfidos has de hallar!
. . . . . .
Y si es de plata, ó nielado el jarro,
Con el rostro de un sátiro en el pico;
¡Aplacarte ha la sed mas que el de barro!
Pues la seguridad con que lo aplico
A la sedienta boca de agua lleno;
¿Darámela en palacio un vaso rico?
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia.

Estos pasages, sacados de varias sátiras de *Bartolomé*, y otros muchos de mérito igual ó superior, que pudieran citarse así de él como de *Lupercio*, prueban su feliz disposicion para esta clase de poesía. Se los ha comparado á Horacio, y sin duda tienen con él mas semejanza, sin embargo de la preferencia que Bartolomé daba á Juvenal. (*) ¡Pero á cuanta distancia no

(*) *Pero cuando á escribir sátiras llegues,*
A ningun irritado cartapacio
Sino al del casto Juvenal te entregues.
Porque nadie á los gustos de palacio
Tomó el pulso jamas con tanto acierto;
Con permision de nuestro insigne Horacio.

estan de él! La vivacidad, la soltura, a variedad, la concision, la mezcla exquisita y delicada de censura y de alabanza, el abandono amable, y la efusion amistosa que encantan y desesperan en su admirable modelo; todas les faltan, y acusan la condescendencia excesiva ó el defecto de gusto con que sus contemporáneos les dieron el título de Horacios. La facilidad de rimar les hacia encadenar tercetos sin fin, en que si no se encuentran ripios de palabras, hay muchos de pensamientos. Esto hace que sus sátiras y epístolas parezcan frecuentemente prolijas, y aun á veces cansadas. Horacio, por ejemplo, hubiera aconsejado á *Lupercio* que abreviase la entrada de su sátira á la Marquesilla, y otros muchos pasages prolijos que hay en ella; á *Bartolomé* que suprimiese en la fábula del Aguila y la Golondrina la larga enumeracion de las aves, inútil é importuna para un poeta, superficial y escasa para un naturalista; hubiera en fin advertido á uno y otro, que los rasgos satíricos, semejantes á las flechas, deben llevar plumas y volar, para herir con ímpetu y certeza. Es triste por otra parte ver que no salgan jamas de aquel tono desabrido y desengañado que una vez toman; sin que la indignacion hácia el vicio los exalte, ni la amistad ó admiracion les arranque un sentimiento ni un aplauso. Elige uno amigos entre los autores que lee, como entre los hombres que trata: yo confieso que no lo soy de estos poetas, que á juzgar por sus versos, parece que nunca amaron ni estimaron á nadie.

Discípulo del menor Argensola fue *Villegas*, que si al talento natural hubiera hermanado al-

guna parte del juicio y sensatez de su maestro, nada dejára que desear en los géneros que cultivó. Él fue el primero que nos dió á conocer la anacreóntica; y si en sus cantinelas y monóstrofes se ofende á veces el gusto con los falsos conceptos, los equívocos y retruécanos que encuentra, mas frecuentemente se agrada con la vivacidad, la ligereza y la gracia que la anima, con aquella libertad y travesura tan propias de un muchacho, con aquella cadencia en fin, y aquel acento que halagan y cautivan el oido, y hacen perdonarlo todo. No sucede lo mismo con sus versos mayores: fácil generalmente y numeroso en ellos, rima con deshago y maestría, y descubre de cuando en cuando un seso y una doctrina muy superiores á sus pocos años. ¿Pero que son idilios sin sencillez y sin afectos, elegías sin melancolía ni ternura, odas sin elevacion ni entusiasmo? Aun cuando estuviesen libres de estos defectos capitales, siempre perderian mucho de su valor por la contínua afectacion y pedantería, por las locuciones viciosas, antítesis y falsas flores de que abundan. (*)

(*) *¿Pues qué diré del ganadero Anquises?*
Mas pregúntalo á Venus Citerea
Quien es el hortelano de sus lises,
O el pincel en el Ida de su idea:
¿Agrícola de mares no era Ulises,
Pues como de Calipso gozó dea?

¡Que ridícula gerigonza! ¿Podrá nadie creer que estos versos son del mismo autor, y de la composicion misma donde se hallan estos otros?

Ven, pues, serrana, ven y no te escondas,
Serás, con ser esposa de este rio,
Tetis feliz de las mejores ondas

Otra novedad intentó, que pedia para arraigarse mas fuerzas que las suyas. Probóse á componer sáficos, exámetros y dísticos castellanos: y aunque las muestras que publicó no sean del todo infelices, especialmente en los sáficos por su analogía con nuestro endecasílabo, no ha tenido despues quien le siga en esta empresa. Pide el exametro una prosodia mas determinada y fija que la que tiene nuestra lengua para contentar el oido; y por lo mismo su imitacion es tanto mas dificil, por no decir imposible. Sin duda hubiera ganado el arte en el establecimiento de esta novedad; pero para ello se necesitaba que hubiese estado entonces en sus principios; que la lengua dócil y flexible se prestase á la voluntad del poeta, y que éste tuviese un genio colosal que subyugase á los otros, y les hiciese una ley de versificar como él. Era mal tiempo de introducir otros ritmos aquel en que se conocian tan bellos versos endecasílabos de Garcilaso, Leon y Herrera; y la consistencia y fijacion que tenian la lengua y la poesía, no las permitian retroceder á su infancia, como era preciso para adiestrarse en el manejo de la versificacion latina.

La reputacion de este poeta no correspondió entonces á las esperanzas orgullosas de que se alimentaba cuando publicó su libro. En él insultó á Cervantes, motejó á Góngora, se burló de Lope de Vega; y, creyéndose un astro superior que iba á eclipsar á sus contemporáneos, se representó al frente de sus Eróticas como sol

Que bajan á dar lustre al mar sombrío;
Mira que es justo que al amor respondas
Con dulce agradecer, no con desvío.

naciente que amortigua con sus rayos á las estrellas, llevando el arrogante lema: *Sicut sol matutinus: Me surgente, quid istæ?* Aun cuando hubiera reunido en sí los talentos de Horacio, Píndaro y Anacreonte en toda su extension y pureza, de lo que estaba muy lejos, siempre era imperdonable esta jactancia, que ni aun puede disculparse con sus pocos años. El público es siempre mayor que cualquiera escritor por grande que sea; y es preciso presentarse delante de él con modestia, á menos de querer pasar ó por loco ó por necio. *Villegas* pues irritó impertinentemente á sus iguales, no hizo sensacion ninguna en el público, y se atrajo los sarcasmos groseros y mordaces de Góngora, y la reprension justa y moderada de Lope. (*) Sepultado en olvido hasta la aparicion del Parnaso español, en cuya coleccion tuvo gran lugar, fue reimpreso por aquel tiempo con un discurso al frente en que su autor don Vicente de los Rios le atribuyó la primacía de la poesía lírica entre nosotros. Semejante condescendencia en un hombre de la erudicion y gusto exquisito de Rios pareció tan extraña como excesiva. Las Eróticas á la verdad, consideradas como produccion de un jóven de 23 años, son

(*) *Anacreonte español, no hay quien os tope*
Que no diga con mucha cortesía,
Que ya que vuestros pies son de elegía,
Que vuestras suavidades son de arrope.....
Con cuidado especial vuestros antojos
Dicen que quieren traducir del griego,
No habiéndolo mirado vuestros ojos.

GÓNGORA.

Aunque dijo que todos se escondiesen,
Cuando los rayos de su ingenio viesen.

LOPE.

una muestra bien extraordinaria de talento; pero de aquí al lugar preeminente en que las coloca aquel elegante humanista, hay una distancia muy grande. Así es que una crítica mas severa y mas justa no ha conservado despues á Villegas la palma que tan liberalmente le concedió su biógrafo.

Habian cultivado nuestros poetas hasta este tiempo casi todas las especies de versificacion italiana. La octava numerosa y rotunda, el terceto exacto y laborioso, el artificioso soneto, la impertinente sextina, la cancion en sus infinitas combinaciones, el verso suelto, aunque por lo comun pésimamente manejado (*), eran los instrumentos de sus composiciones todas; las cuales venian á ser reflejos mas ó menos luminosos de la poesía antigua y la toscana. Algunas coplas y trobas se hacian, bien que poquísimas, en que duraba el gusto anterior á Garcilaso; pero cuando el uso del asonante se generalizó en el último tercio del mismo siglo XVI, el gusto y aficion á los *Romances* se generalizó tambien, y con ellos se continuó, y como que vino á perpetuarse la antigua poesía castellana. (**)

Desnudos verdaderamente del artificio y violencia á que precisaba la imitacion en los otros géneros, cuidándose poco sus autores de que se

(*) La égloga de *Tirsi*, de Figueroa, y la traduccion del *Aminta* por Jáuregui son las únicas excepciones de esta decision general, y los únicos ejemplares que pueden citarse entre nuestros antiguos poetas de versos sueltos bien construidos.

(**) Este juicio de nuestros *Romances* ha sido publicado ya por el colector en otro opúsculo suyo; así como el de Quevedo, que sigue mas adelante, aunque con alguna alteracion.

pareciesen á odas de Horacio ó á canciones de Petrarca, y componiéndose mas bien por instinto que por arte, los *Romances* no podian tener el aparato y la elevacion de las odas de Leon, Herrera y Rioja. Pero ellos eran propiamente nuestra poesía lírica: en ellos empleaba la música sus acentos; ellos eran los que se oían por la noche en los estrados y en las calles al son del arpa ó la vihuela; servian de vehículo y de incentivo á los amores, de flechas á la sátira y á la venganza; pintaban felizmente las costumbres moriscas y las pastoriles, y conservaban en la memoria del vulgo las proezas del Cid y otros campeones. En fin, mas flexibles que los otros géneros se plegaban á toda clase de asuntos, se valian de un lenguage rico y natural, se vestian de una media tinta amable y suave, y presentaban por todas partes aquella facilidad, aquella frescura, propias solamente de un caracter original que procede sin violencia y sin estudio.

Hay en ellos mas expresiones bellas y enérgicas, mas rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demas de nuestra poesía. Los *Romances* moriscos principalmente estan escritos con un vigor y una lozanía de estilo que encantan. Aquellas costumbres en que se unian tan bellamente el esfuerzo y el amor, aquellos moros tan bizarros y tan tiernos, aquel pais tan bello y delicioso, aquellos nombres tan sonorosos y tan dulces, todo contribuye á dar novedad y poesía á las composiciones en que se pintan. Los poetas despues se cansaron de disfrazar las galanterías con el trage morisco, y se acogieron al pastoril. Entonces á los desafios,

cabalgatas y divisas sucedieron los campos, los arroyos, las flores, las cifras en los árboles; y lo que con esta mudanza perdieron en vigor los *Romances*, lo ganaron en amenidad y sencillez.

La invencion en unos y en otros es bellísima, y admira ver con cuan poco esfuerzo, y con qué brevedad describen el sitio, el personage y los sentimientos que le agitan. Aquí es el alcaide de *Molina* que entra alarmando á los moros contra los cristianos que les talan los campos; allá es el malogrado *Alatar* que, en medio de la pompa fúnebre que le trae, entra sangriento y difunto por la misma puerta que el dia anterior le vió salir lleno de lozanía; ya es una simplecilla, que habiendo perdido los zarcillos que le dió su amante, se aflige pensando en las reconvenciones que la esperan; ó bien es un pastor, que solo y desdeñado, se ofende de ver que dos tórtolas se besen en un álamo, y las espantará piedras.

Los defectos de estas composiciones nacen de la misma fuente que sus buenas prendas, ó, por mejor decir, son el exceso ó el abuso de ellas mismas. Su facilidad y soltura se convierten muchas veces en abandono y desaliño; su ingeniosidad en afectacion; los equívocos, los conceptos, las falsas flores se introdujeron en ellos con tanta mayor libertad, cuanto mas ayudaban tales juguetes á la galantería que las tenia por discreciones; y porque parecian mas disimulables en unas obras que se hacian como jugando. No pueden determinarse fijamente los autores principales de esta poesía; pero la buena época de los *Romances* es aquella en que Lope de Vega, Liano y otros mil desconocidos aun no se

habian acabado de corromper con el pésimo gusto que despues lo ahogó todo; comprende la juventud de Góngora y de Quevedo, y termina en el príncipe de Esquilache, que fue el único que despues de ellos acertó á dar á los *Romances* el colorido, la gracia y ligereza que antes tuvieron. Pero si este gusto por una parte contribuyó á popularizar la poesía, y darle mayor amenidad y soltura, y á sacarla de los límites de la imitacion á que los anteriores poetas la habian reducido; influyó tambien para descorregirla y desaliñarla, convidando á este abandono la misma facilidad de su composicion. Así es que los poetas que florecieron á fines del siglo XVI y principios del siguiente, mas numerosos, mas fáciles, mas amenos, y sobre todo mas originales que los anteriores, serán al mismo tiempo mas descuidados, y tendrán menos artificio, menos esmero, y menos pureza y correccion en su diccion y en su estilo.

Vivian en este tiempo los tres poetas que mas amenidad, mas abundancia y facilidad han poseído. El primero es *Balbuena*, nacido en la Mancha, educado en Méjico, y autor del *Siglo de oro* y del *Bernardo*. Nadie desde Garcilaso ha dominado como él la lengua, la versificacion y la rima, y nadie al mismo tiempo es mas desaliñado y desigual. Su poema, semejante al nuevo mundo donde el autor vivia, es un pais inmenso y dilatado, tan feraz como inculto, donde las espinas se hallan confundidas con las flores, los tesoros con la escasez, los páramos y pantanos con los montes y selvas mas sublimes y frondosas. Si á veces sorprende por la soltura del verso, por la novedad y viveza de la

expresion, por el gran talento de describir en que no conoce igual, y aun tal vez por la osadía y profundidad de la sentencia; mas frecuentemente ofende por su prodigalidad importuna, y por su inconcebible descuido. El mayor defecto del *Bernardo* es su extension excesiva, siendo moralmente imposible dar á una obra de cinco mil octavas la igualdad y elegancia continuada que son precisas para agradar. Las églogas del *Siglo de oro* no tienen los defectos de composicion que el poema, y gozan en la estimacion pública el lugar mas próximo á las de Garcilaso. Sin duda le merecen, atendida la propiedad del estilo, la facilidad de los versos, la oportunidad y frescura de las imágenes, y la sencillez de la invencion. Si sus pastores no fueran á veces tan rudos; si hubiera tenido un cuidado mas constante con la elegancia en la diccion, y con la belleza en los incidentes; si pusiera en fin mas variedad en la versificacion, reducida casi enteramente á tercetos, no dudo que el buen gusto le concediera en esta parte una absoluta primacía.

El segundo de estos poetas es *Jduregui*, célebre por su traduccion del *Aminta*, poeta florido, versificador elegante y numeroso. Este escritor es el que con mas facilidad y cultura ha expresado sus pensamientos en verso; pero tenia poco nervio y espíritu, y era tambien escaso en la invencion. Su gusto en sus primeros tiempos fue muy puro, como sus *Rimas* lo manifiestan. Mas despues de haber sido uno de los mas acérrimos impugnadores del cultismo, se dejó al fin arrastrar de la corriente, y en su traduccion de la *Farsalia*, y en su *Orfeo* se abandonó á to-

das las extravagancias de que antes se burlaba.

Pero el hombre que recibió de la naturaleza mas dones de poeta, y el que mas abusó de ellos fue sin duda *Lope de Vega*. Don de escribir su lengua con pureza, con claridad suma y con elegancia; don de inventar, don de pintar, don de versificar de la manera que queria, flexibilidad de fantasía y de espíritu para acomodarse á todos los géneros y á todos los tonos, una afluencia que jamas conocia estorbo ó escasez; memoria enriquecida con una lectura, si no acendrada, por lo menos grande; aplicacion infatigable que aumentaba la facilidad que naturalmente tenia. Con estas armas se presentó en la arena, no conociendo en su ambiciosa osadía ni límites ni freno. Desde el madrigal hasta la oda, desde la égloga hasta la comedia, desde la novela hasta la epopeya todo lo recorrió, todos los géneros cultivó, y en todos dejó señales de desolacion y talento.

Avasalló el teatro, llamó á sí la atencion universal, los poetas de su tiempo fueron nada delante de él. Su nombre era el sello de aprobacion para todo: las gentes le seguian en las calles; los extrangeros le buscaban como un objeto extraordinario; los monarcas paraban su atencion á contemplarle. Hubo críticos que alzaron el grito contra su culpable abandono, envidiosos que le murmuraban, infames que le calumniaron. Ejemplo triste, añadido á los otros muchos que prueban que la envidia y la calumnia nacen con el mérito y la celebridad: puesto que ni la amable cortesanía del poeta, ni la apacibilidad de su genio, ni el gusto con que se prestaba á alabar á los otros, pudieron

desarmar á sus detractores, ni templar su malignidad. Pero ninguno de ellos pudo arrebatarle el cetro que tenia en sus manos, ni la consideracion que tantos y tan célebres trabajos le habian adquirido. Su muerte fue un luto público, su entierro una concurrencia universal: hay un libro de poesías españolas hechas á su muerte, otro de italianas; y viviendo y muriendo siempre estuvo oyendo alabanzas, siempre cogiendo laureles, admirado como un portento, y aclamado *Fenix de los ingenios.*

¿Qué queda al cabo de dos siglos de toda aquella pompa, de aquellos ruidosos aplausos que entonces fatigaron los ecos de la fama? Al ver que de tantas poesías y poemas como compuso, es muy raro, quizá ninguno, el que puede leerse entero, sin que á cada paso choque por su repugnancia; que su obra mas estudiada y querida, su *Jerusalen* (*); es un compuesto de absurdos, donde lo poco bueno que se encuentra hace todavía mas deplorable el abuso de su talento; que de tantos centenares de comedias apenas habrá una que pueda llamarse buena; en fin que de tantos millares de versos como su incansable vena produjo, son tan pocos los que han quedado grabados en las tablas del buen gusto; no puede menos de exclamarse, ¿dónde estan pues los cimientos de aquel edificio de

(*) *Mientras que llega el fiador que obligo*
De la Jerusalen, de aquel poema
Que escribo, imito, y con rigor castigo.
EPISTOLA A GASPAR DE BARRIONUEVO.

¿Que ideas pues tenia de gusto, de correccion, de orden, de elegancia el hombre que con tanto estudio y esmero produce una obra tan desatinada?

gloria levantado en obsequio de un hombre solo por el siglo en que vivia, y que asombra y da envidia á la imaginacion que les contempla desde lejos?

No era posible que tuviesen otro resultado trabajos hechos con tal precipitacion, con semejante olvido de todos los buenos principios, y de todos los grandes modelos; sin plan, sin preparacion, sin estudio ni atencion á la naturaleza. La necesidad de escribir precipitadamente para el teatro, donde él habia acostumbrado al público á novedades casi diarias, descompuso y como que relajó todos los resortes de su ingenio, llevando la misma priesa y el mismo abandono á todos sus demas escritos (*). Así es que, á excepcion de algunas poesías contadas en que la buena inspiracion del momento podia aprovecharse en él, en todas las otras hay faltas imperdonables de invencion, de composicion y de estilo. ¡Facilidad fatal que corrompió en él todo cuanto bueno habia! Ella le hizo desdeñar la claridad, el número, la elegancia, la sencillez, la afluencia y aun la fuerza de que tambien estaba dotado; dando lugar á figuras impropias, á alusiones históricas ó fabulosas pedantescas é importunas, á explicaciones frias, y

(*) *Si no me embarazára el libre cuello*
De la necesidad el fiero yugo
Por lo que al cielo plugo;
Yo viera en mi cabello
Algun honor que á la virtud se debe,
Que diera verde lustre á tanta nieve.
Del vulgo vil solicite la risa
Siempre ocupado en fábulas de amores:
Asi grandes pintores
Manchan la tabla aprisa.

prolijas de lo mismo que ya ha dicho; en fin, á la flojedad, á la llaneza, á la falta de tono insufrible en que degeneran la rica abundancia y la candidez amable de su diccion y sus versos.

Era pues bárbaro, se dirá, el siglo que consentia tales extravíos, y que daba tanto aplauso á un escritor tan defectuoso. No era bárbaro, aunque sí condescendiente con exceso. Hubo entonces muchos buenos ingenios que deploraban este desórden; pero no podian contrastar el aura popular que la clase de trabajos de *Lope* se llevaba consigo, y que en algun modo su talento autorizaba. La general dulzura y fluidez de su poesía, la claridad de su expresion inteligible casi siempre al menos docto, el lenguage de la galantería fina y culta que él inventó, y puso en uso en las comedias; el decoro y aparato con que autorizó la escena (*); los rasgos de sensibilidad viva y delicada que de cuando en cuando presenta; el papel sobresaliente y brillante que las mugeres hacen generalmente en sus obras; en fin su imperio absoluto en el teatro donde los aplausos tienen mas solemnidad y energía, todas son circunstancias que concurren á disculpar al público de entonces, el cual no era injusto en admirar mas á quien mas placer le daba. (**)

(*) *Pintar las iras del armado Aquiles,*
Guardar á los palacios el decoro
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo;
¿A quién se debe, Claudio?

(**) Muerto él, Calderon, Moreto y otros que en vida suya se hubieran contentado con el título de sus

ARTÍCULO V.

De Góngora y Quevedo, y sus imitadores.

Para dar á la poesía castellana el tono y el vigor que le iban faltando, apenas fueran suficientes Horacio y Virgilio con la grandeza de su ingenio, la perfeccion de su gusto, y la alta proteccion que disfrutaron. Dos hombres se aplicaron entre nosotros á esta empresa; los dos de gran talento, pero de un gusto depravado, y de diferentes estudios. Sus vicios, que participan alguna vez de sus buenas prendas, tuvieron la propiedad de un contagio, y produjeron consecuencias mas fatales que el mal mismo que intentaron remediar.

El primero fue *don Luis de Góngora*, padre y fundador de la secta llamada de los *cultos*. Todos saben que despues de un siglo de

discípulos, le obscurecieron en la escena, sin embargo de que su nombre fue siempre respetado como escritor. Este respeto se iba disminuyendo mucho con la observácion mas atenta de los buenos principios, y de los grandes modelos; hasta que últimamente algunas de sus comedias representadas con aplauso y concurrencia general han vuelto á restablecer su reputacion vacilante. En francés se ha hecho en estos últimos años una muy buena traduccion de algunas poesías suyas por el señor marques de Aguilar; y en Inglaterra un hombre tan respetable por su dignidad y caracter, como por su erudicion, filosofía y buen gusto (Milord Holland) ha publicado una disertacion excelente sobre su vida y sus obras. Alternativa por cierto bien extraña, y que prueba á lo menos, que aun cuando *Lope* sea un escritor muy imperfecto, está sin embargo muy lejos de ser un objeto poco interesante en la historia de nuestras letras. . . . . .

adoraciones que logró en los secuaces de su estilo, Luzan y los demas humanistas que restablecieron el buen gusto, se aplicaron á destruir la secta, desacreditando á su fundador; y para ellos Góngora y poeta detestable fue todo uno. Mas esto era injusto, y deben distinguirse siempre en este autor el poeta brillante, ameno y lozano del novador extravagante y caprichoso. Su genio independiente era incapaz de seguir ni de imitar á nadie: su imaginacion en extremo fogosa y viva no veía las cosas de un modo comun, y el colorido débil y pálido de los otros poetas no puede sufrir comparacion con la bizarria, si asi puede decirse, de su expresion y su estilo. ¿En cual de ellos se encontrarán períodos poéticos iguales, que en riqueza de lenguage, en lozanía y en número, puedan competir con los siguientes?

Rey de los otros rios caudaloso
Que en fuma claro en aguas cristalino,
Tosca guirnalda de robusto pino
Ciñe tu frente y tu cabello ondoso.
. . . . . .
Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre,
Sigue con apacible mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora:
Suelta las riendas á Fabonio y Flora.....

¿En cual imágenes mas delicadas, mas oportunas y mas naturalmente expresadas que estas?

La dulce boca que á gustar convida.....
Amantes, no toqueis si quereis vida
Que entre el un labio y otro colorado
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.
. . . . . .

Dormid, que el dios alado
De vuestras almas dueño
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.
. . . . . .
Ondeábale el viento que corria
El oro fino con error galano,
Cual verde hoja de álamo lozano
Se mueve al rojo despuntar del dia.

No hay en todo Anacreonte un pensamiento tan gentil como el de aquella cancion en que, presentando unas flores á su amada, le pide tantos besos como heridas le habian dado las abejas que las guardaban. Si de la poesía italiana se pasa al romance castellano y á las letrillas, *Góngora* es el rey de este género, que de nadie ha recibido tanta gracia, tantas galas, tanta poesía. Su mérito es tal en esta parte, y los buenos ejemplos tan comunes, que no dejan para demostrarlo otro trabajo que el de escoger. Este trozo bastará al intento, sacado del romance de Angélica y Medro.

Todo es gala el africano,
Su vestido espira olores;
El bruñido arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus.
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuelta el cabello sin orden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si lo coge.....
Todo sirve á los amantes;
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
Los árboles pabellones,

La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores,
Los troncos les dan cortezas
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de marmol
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
No hay blanco chopo sin mote,
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.

¿Como un hombre que poseía esta fuerza y esta abundancia, pudo despues abandonarse á los delirios lastimosos que le perdieron sin que le quedase ni una sombra de sus excelentes disposiciones? Creyendo que el lenguage de la poesía se enervaba, y reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono; aspiró á extender los límites de la lengua y de la poesía, y dióse á inventar un nuevo dialecto, que remontase el arte de la llaneza rastrera, á que, segun él, estaba reducido. Este dialecto se habia de distinguir por la novedad de las palabras ó de su aplicacion, por la extrañeza y la dislocacion de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras: y no solo compuso en él sus *Soledades* y su *Polifemo*, sino que afeó del mismo modo casi todos sus sonetos y canciones, salpicando tambien con él bastantes pasages de sus romances y letrillas.

Si *Góngora* á las excelentes disposiciones que tenia hubiese juntado la instruccion y el buen gusto que le faltaban; si hubiera hecho de su lengua el estudio profundo que Herrera, y meditado sobre los recursos que presentaba el idioma, atendidos su caracter, su caudal y su armonía, tal vez consiguiera lo que deseaba, y

tendria la gloria de ser un restaurador del arte, y no el oprobio de haberle corrompido. Pero le sucedió lo que á todos los que quieren levantar un edificio sin cimientos; dió consigo en un abismo de extravagancias y delirios; en una gerigonza detestable, tan opuesta á la verdad como á la belleza, y que al paso que fue seguida de una muchedumbre de ignorantes, fue reprobada de cuantos conservaban todavía un poco de juicio y sensatez.

Quiso, dice Lope de Vega, *enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas, ni hasta su tiempo vistas..... Bien consiguió lo que intentó á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo..... A muchos ha llevado la novedad hácia este género de poesía, y no se han engañado; pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia; porque con aquellas transposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas, se hallan levantados á donde ellos mismos no se conocen, ni sé si se entienden. Lipsio escribió aquel nuevo latin, de que dicen los que le saben que se han reido Ciceron y Quintiliano en el otro mundo..... Todo el fundamento de este edificio es el trasponer, y lo que le hace mas duro es el apartar tanto los substantivos de los adjuntos donde es imposible el paréntesis..... esto es una composicion llena de tropos y figuras; un rostro colorado á manera de los ángeles de la trompeta del juicio, ó de los vientos de los mapas..... Las voces sonoras, las figuras esmaltan la oracion;*

pues si el esmalte cubriese todo el oro; no sería gracia de la joya, sino fealdad notable. Y en otra parte dice: *Sin andar á buscar tantas metáforas de metáforas, gastando en afeites lo que falta de facciones, y enflaqueciendo el alma con el peso de tan excesivo cuerpo. Cosa que ha destruido gran parte de los ingenios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne, que escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia, fue leido con general aplauso, despues que se pasó al culteranismo lo perdió todo.*

No contento con estas demostraciones de severidad este hombre apacible, que apenas conocia la malignidad ni la hiel, creyó que debia perseguir aquel contagio á sangre y fuego, y en sus comedias, en las poesías burlescas de Burguillos, en el *Laurel de Apolo*, y en otras mil partes burló y maldijo semejante poesía, que él caracterizaba de *invencion odiosa para hacer bárbara la lengua* Auxiliáronle en esta guerra Jáuregui, Quevedo y algun otro; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y ellos mismos al fin se vieron precisados á ceder al contagio. Pues aunque no se les pueda llamar cultos en todo rigor, adoptaron algunos de los elementos que componian el dialecto, como fueron las transposiciones violentas, las hipérboles extravagantes, y las figuras incoherentes. *Góngora* entre tanto, que no habia conocido jamas ni sujecion ni freno alguno, vomitaba contra sus adversarios los dicterios groseros que su mordacidad le sujeria, y fiero y orgulloso con el aplauso de los ignorantes, gozaba en su interior de toda la gloria de un triunfo. Á esto se añadió la recomen-

decion que daban á su partido el célebre predicador *Fr. Hortensio Paravicino*, por el influjo grande que tenia con los teólogos y oradores sagrados, y el malogrado *Conde de Villamediana*, por el favor secreto y poderoso con que se le suponia en palacio. Los dos imitaron á *Góngora*, y arrastraron consigo á otros escritores de menor crédito, propagándose así este bárbaro lenguage hasta mediados del siglo pasado, en que Luzán y los demas buenos críticos lograron al cabo desterrarle enteramente.

Al mismo tiempo que los cultos vinieron los conceptistas, los equivoquistas, y los friamente sentenciosos; entre quienes descuella *don Francisco de Quevedo*, así por su mérito, como por su influjo en el nacimiento y progresos de estas sectas diversas. *Quevedo* para algunos es el padre de la risa, el tesoro de los chistes, la fuente de las salas, el inventor de tantas frases y refranes felices; en una palabra, el maestro de la agudeza y de la jocosidad. Para otros al contrario es un hombre ominoso á la belleza y decoro del ingenio: su espíritu, dicen, en vez de ser festivo, es chocarrero; él ha empobrecido la lengua, privándola de infinitos modos de decir que antes nobles y decentes, son ya por culpa suya bajos é indecorosos; y si alguna vez divierte, es por la extravagancia original de sus delirios. Estos dos juicios tan encontrados son al mismo tiempo verdaderos, y considerando atentamente el caracter de este escritor, se vé cuanto fundamento tienen unos y otros para sus críticas y sus aplausos. *Quevedo* era extremado: de la misma manera que nadie en lo serio ostenta una gravedad tan seca, y

una moral tan austera; nadie en lo jocoso muestra un humor tan festivo, tan libre y tan abandonado. La eleccion de sus asuntos se resiente tambien de esta contrariedad. Alguaciles, escribanos, terceras, maridos fáciles, rufianes y mugercillas componen generalmente el fondo de sus bufonadas, y es preciso confesar que muchas veces los zahiere maestramente. Teólogo y estoico por otra parte, traduce á Epitecto, comenta á Séneca, interpreta la Escritura, y se enreda en vanos laberintos de metafísica: trabajos perdidos, que en su mayor parte ya no se leen, y que apenas tienen otro mérito que el de su erudicion inmensa.

De esta contradiccion nace tal vez el esfuerzo y la violencia con que procede en los dos géneros. Su estilo en prosa como en verso, en lo serio como en lo jocoso, es siempre cortado, sin trabazon ninguna, sin progresion, y sacrificando casi siempre la naturaleza y la verdad á la exageracion y á la hipérbole. Su imaginacion era vivísima y brillante, pero superficial y descuidada; y el genio poético que le anima, centellea y no inflama, sorprende y no conmueve, salta con ímpetu y con fuerza, pero no vuela ni toma nunca una elevacion sostenida. La manía, ó mas bien la rabia de expresar las cosas con novedad, le hará llamar *ley de arena* á la orilla del mar, al amor *guerra civil de los nacidos*, *rústico libro escrito en esmeralda* á los troncos donde estan gravadas las cifras de los amantes. En los versos burlescos amontonará las alusiones forzadas, los equívocos y los despropósitos. Un jaque para denotar cuan sentida ha sido su desgracia, dirá que le han

llorado *soga á soga*, y no hilo á hilo: dirá que ha tenido mas *grillos que el verano*, *mas guardas que el monumento*, *mas registros que el misal*. Yo bien sé que Quevedo se divierte frecuentemente con lo que escribe, y delira porque quiere; sé que los equívocos tienen su lugar propio en estas composiciones, y que nadie los ha usado con mas felicidad que él. Pero todo tiene su término; y amontonados con semejante prodigalidad, en vez de agradar causan fastidio.

La misma incorreccion y mal gusto que hay en su estilo, compuesto de frases y voces altas y nobles, unidas á otras triviales y bajas, se halla en sus imágenes y pensamientos, los cuales se ven mezclados unos con otros sin economía, sin juicio y sin decoro. El soneto siguiente hará ver esta miserable confusion mejor que descripcion ninguna.

Falleció César fortunado y fuerte:
Ignoran la piedad y el escarmiento
Señas de su glorioso monumento;
Porque tambien para el sepulcro hay muerte.
Muere la vida, y de la misma suerte
Muere el entierro rico y opulento:
La hora con oculto movimiento
Acalla el grito que la fama vierte.
Devanan *sol y luna noche y dia*
Del mundo la robusta vida; ¿y lloras
Las advertencias que la edad te envia?
Risueña enfermedad *son las Auroras*,
Lima *de la salud es su alegria*,
Licas, sepultureros *son las horas.*

A pesar de estos defectos, que sin duda alguna son grandes, Quevedo será leido con estimacion, y admirado justamente en muchos pa-

sages. En primer lugar sus versos son de ordinario llenos y sonoros, sus rimas ricas y fáciles. Y aunque este mérito, el primero que debe tener un poeta, no sea el principal; nuestro escritor sabe acompañarle de muchos rasgos, excelentes unos por la viveza de los colores, otros por la robustez y el vigor. Su poesía nerviosa y fuerte va impetuosamente á su fin; y si sus movimientos se resienten demasiado de los esfuerzos, afectacion y mal gusto del escritor; se la ve marchar no pocas veces con una fiereza, una audacia, y una singularidad que sorprende. Sus versos de cuando en cuando salen del fondo general, y sin necesidad del auxilio de los otros vienen á herir el oido con su vibracion fuerte y sonora, ó á grabarse en la mente por la profundidad de la sentencia que contienen, ó por la novedad y energía de la expresion. De nadie se pueden citar tantos bellos versos aislados como de él; de nadie períodos poéticos mas pomposos y valientes:

Todas matronas y ninguna dama.

. . . . . .

Joya era la virtud pura y ardiente.

. . . . . .

Fatigó su furor el emisferio.

. . . . . .

Faltar pudo su patria al grande Osuna.

. . . . . .

Vencida de la edad sentí mi espada.

. . . . . .

De amenazas del Ponto rodeado,
Y de enojos del viento sacudido,
Tu pompa es la borrasca, y su gemido
Mas aplauso te da que no cuidado.
Reinas con magestad, escollo osado,
En las iras del mar.

. . . . . .

De estéril osas acostar al suelo
Porque á los gritos tuyos no se mueve;
¿Presumes, necio, de mandar la nieve
Y al invierno tasar quieres el yelo?
. . . . . , ... !
Y antes que los desórdenes del vientre
Satisfagan sus ímpetus violentos,
Yermos han de quedar los elementos
Para que el orbe en sus angustias entre.

Al encontrar en sus obras estos pasages brillantes, despues de tributarles la justa admiracion que se les debe, no puede menos de sentirse un movimiento de indignacion, viendo el lastimoso abuso que *Quevedo* ha hecho de sus talentos, y empleados en equilibrios vanos y suertes de volteador, los vigorosos músculos y fuerzas de un Alcides.

Amigo de Quevedo fue *don Francisco Manuel Melo*, portugués, y escritor tan infatigable como activo político y guerrero. Manejaba con igual facilidad el idioma castellano que el suyo nativo; y poeta, historiador, moralista, autor político, militar y aun ascético; es sobresaliente en algunos de estos ramos, y en ninguno despreciable. El libro de sus versos es rarísimo, y aunque algunos le han hecho imitador de Góngora, tiene mas puntos de semejanza con Quevedo. El mismo gusto en versificar, la misma austeridad de principios, la misma afectacion de sentencias, la misma copia de doctrina. Tiene ademas con Quevedo la conformidad de haber publicado sus versos distribuidos por Musas, bien que tres de ellas están en portugués. Hay en el español colores mas brillantes y rasgos mas valientes; en *Melo* mas sobriedad y menos extravagancias. Su estilo aun-

que elegante y culto apenas tiene poesía; y sus versos amatorios carecen de ternura y de fuego, como sus odas de entusiasmo y de elevacion. Tampoco tenia índole para los muchos versos burlescos de que está lleno el gran volumen de sus poesías: mas cuando la materia es séria y grave, entonces su filosofía y su doctrina le sostienen, y su expresion iguala á sus ideas. Naturalmente inclinado á las máximas y á las sentencias, era mas á propósito para las poesías morales, para la epístola principalmente, en que la fuerza y la severidad del pensamiento se combinan mejor con una fantasía templada y poco profunda. En este género si no es siempre un gran pintor, es por lo menos castigado y severo en el lenguage y estilo, sonoro en los versos, grave y elevado en los pensamientos, moralista respetable en el caracter y en los principios. Sin embargo de estas prendas, los títulos de su gloria como escritor estan mas bien afianzados en sus obras prosáicas; en el *Eco político* por ejemplo, en su *Aula militar*, y sobre todo en la *Historia de las alteraciones de Cataluña*; la produccion mas sobresaliente de su pluma, y quizá la mejor obra de su clase que hay en castellano.

La poesía entre tanto agonizaba: martirizada por estos energúmenos no podia recobrar su belleza y su frescura con el auxilio de algunos pocos que todavía componian con circunspeccion y escribian con mas pureza. *Rebolledo* no tenia fuerza ni fantasía; y sus escritos no son otra cosa que una prosa rimada: *Esquilache* aunque con alguna mas gracia en los romances, lamido y amanerado, carecia tambien

del espíritu y nervio necesario para composiciones mas altas. *Ulloa* nada hizo bueno sino su Raquel: *Solis* en fin que se mostró alguna vez poeta en sus comedias, y frecuentemente en su historia; no es mas que un coplero en sus poesías líricas, que ya nadie lee. ¿Como pudieran las endebles fuerzas de estos escritores eunucos levantar el arte del abismo en que se hallaba? Ya no era posible: el mal gusto estaba sancionado y reducido á teoría en la obra extravagante y singular de Gracian *Agudeza y Arte de ingenio*, que es un arte de escribir en prosa y verso, fundado en los principios mas absurdos, y apoyado con ejemplos buenos y malos, confundidos entre sí de la manera mas repugnante. Este mismo *Gracian* es el que compuso un poema descriptivo sobre las estaciones con el título de *Selvas del año*; el primero, segun creo, que se ha escrito en Europa sobre este asunto, y sin duda alguna el peor. Para muestra de su estilo, y de la risible degradacion á que habia llegado la poesía, bastarán los versos siguientes sacados de la entrada del estío:

Despues que en el celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la Aurora:
Despues que en tan singular metamórfosi
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
A la gran multitud de astros lucientes,

Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirrubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo.

No hay mas que ver, ni mas que decir: todo el poema está escrito de este modo bárbaro y ridículo; y es una prueba tan evidente como triste de que ya no quedaban principios ningunos de imitacion, ni vestigios de elocuencia. Los ornatos propios del madrigal y del epígrama pasaron á los géneros mayores, y todo se volvió conceptos, retruécanos, equívocos y antítesis. Así acabó la poesía castellana: en su juventud mas tierna le bastaron para adorno las flores del campo con que la habia engalanado Garcilaso: en las buenas composiciones de Herrera y de Rioja se presenta con la ostentacion de una hermosa dama ricamente ataviada: en Balbuena, Jáuregui y Lope de Vega, aunque con alguna libertad y abandono, conserva todavía gentileza y hermosura; pero desfiguradas sus formas con las contorsiones á que la obligan Góngora y Quevedo, se abandona despues á la turba de bárbaros que acaban de corrompesla. Desde entonces sus movimientos son convulsiones, sus colores postizos, sus joyas piedras falsas y oropel grosero; y vieja y decrépita no hace mas que delirar puerilmente, secarse y perecer.

ARTÍCULO VI.

Reflexiones generales.

Si en este estado se echa una ojeada por los pasos que habia dado el arte en poco mas de un siglo que habia tenido de vida, se verá que na-

da habia dejado por intentar. Estaban traducidos todos, ó buena parte de los autores antiguos; se habian hecho poemas épicos de todas clases; el teatro habia tomado una extension, y presentaba una abundancia, que tuvo para comunicar de sus riquezas á los extrangeros; la oda en fin en todas sus especies, la égloga, la epístola, la sátira, la poesía descriptiva, el madrigal, el epígrama, todo se habia recorrido y cultivado.

Si esta extension y variedad hacen honor á su flexibilidad, aplicacion y osadía, nó es igual la felicidad de su desempeño en todas partes. Ya en primer lugar las traducciones son casi todas malas ó medjanas. ¿Quien puede decir de buena fe que la de la Odisea por *Gonzalo Perez*, la de la Eneida por *Hernandez de Velasco*, la de los Metamorfóseos por *Sigler*, pueden suplir por el original? ¿Gual es el hombre que teniendo algun gusto en el lenguage poético y en la versificacion, puede leer dos páginas de estas versiones, en que los ingenios mayores de la antigüedad estan convertidos en copleros triviales sin elegancia y sin armonía? Tenemos un buen número de poemas épicos; y aunque de ellos se pueden entresácar algunos trozos de buena poesía; no hay uno que se pueda mirar como una fábula bien ordenada, y que corresponda en su interés y dignidad á su título y argumento. (*) Es notorio que los defectos de

(*) Los dos poemas épicos castellanos que tienen mejor disposicion, y estan escritos mas correctamente son *La Gatomaquia* y la *Mosquea*; pero no me atrevo á decir si esto nos debe causar mas satisfaccion que vergüenza.

nuestras comedias sobrepujan mucho á sus buenas dotes. Mas felices en los géneros cortos, nuestras odas, elegías, sonetos, romances y letrillas se acercan mas á la perfeccion. Pero aun en estos, ¡ que olvido de decoro, que desaliño á veces; y á veces que de pedantismo, y cuanto falso gusto no hay que disimular! En los mejores escritores, en las composiciones mas esmeradas se ofende el espíritu de hallar frecuentemente junto á un acierto un desbarro, junto á una flor una espina.

Una cosa que se extraña en los buenos poetas del siglo XVI es que su genio poético no se alzase al nivel de las circunstancias que por todas partes le rodeaban. Las composiciones de Virgilio y de Horacio en Roma correspondian á la dignidad y magestad del imperio. Lucano despues, aunque muy distante de la perfeccion de sus predecesores, conservó en su poema el tono fiero y arrojado, conveniente al asunto que escribia y al entusiasmo patriótico que le animaba. Dante en su extraño poema se muestra inspirado por todos los sentimientos que el rencor de la faccion, las disensiones civiles y la exaltacion de los ánimos daban de sí. Petrarca, si en sus amores sacrificó á la galantería de su tiempo, en sus triunfos está al nivel de la altura y de la ilustracion á que ya iba subiendo entonces el espíritu humano. No así nuestros poetas. Los árabes arrojados de la península; el mundo desdoblado presentando un nuevo emisferio á la fortuna española; nuestras flotas yendo de un extremo al otro del océano, acompañadas de terror, y volviendo cargadas de las riquezas de oriente y occidente; la religion

cristiana desgarrada por la faccion de Lutero; Francia, Holanda, Alemania conmovidas y desoladas con la guerra civil y las disensiones religiosas; la potencia otomana arrollada en las aguas de Lepanto; Portugal cayendo en África para despues unirse á Castilla; la espada española agitándolo todo en la tierra por espíritu de heroismo, de religion, de ambicion y de codicia, ¿que tiempo hubo nunca mas lleno de prodigios, ni mas propio para exaltar la fantasía y el ingenio? Y sin embargo, las musas castellanas sordas, indiferentes á esta agitacion universal, apenas saben inspirar á sus favoritos otra cosa que moralidades vagas, imágenes campestres, amores y galantería. (*)

La falta de esta especie de grandeza se compensa en parte con una cualidad moral que distingue á aquellos poetas, y los recomienda infinito. Ni en Garcilaso, ni en Luis de Leon, ni en Francisco de la Torre, ni en Herrera se hallan muestras ningunas de rencor y envidia literaria, de indecencia grosera, ni de adulacion servil y descarada. Las alabanzas que alguna vez tributan al poder, se contienen en aquel justo comedimiento y decoro que las hace tolerables. Hasta que se corrompió el gusto literario, no empezó á manifestarse esta degradacion moral, compuesta de bajeza con los mayores, de insolencia con los iguales, y de olvido

(*) Tres canciones de Herrera y algun trozo poco importante no son mas que una excepcion de esta idea general. Ni el *Golfo de Lepanto*, ni la *Carolea*, ni la *Austriada*, ni el *Carlo famoso* se acercan con mucho á su argumento. En la *Araucana* misma, si hay algo bien pintado, no son los españoles, son los indios.

de todo respecto hácia el público : vicios harto contagiosos por desgracia, y que disfaman y destruyen la nobleza y dignidad de un arte que, por la naturaleza de su objeto y de sus medios, tiene algo de sobrehumano.

No puede negarse á una buena parte de nuestros autores talento admirable, erudicion extensa, y gran manejo en los clásicos antiguos; y sin embargo no es comun en ellos la elegancia sostenida y la perfeccion de gusto, que otros autores modernos han bebido en las mismas fuentes. Á esto contribuyeron muchas causas. Una de ellas es que estos poetas comunicaban poco entre sí: faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto; una legislacion literaria, que trazase la línea entre la hinchazon y la grandeza, la exageracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. Las universidades donde habia mas conocimientos, no podian serlo por la naturaleza de sus estudios, mas escolásticos que amenos. La corte donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito; pero vagante con Cárlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entonces, y mucho mas en tiempo de su successor, el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los príncipes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los duques de Ferrara, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias feli-

ces contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en ellas.

Otra causa es el lugar secundario que tenia la poesía en muchos de los que la cultivaban. Hacian versos para distraerse de otras ocupaciones mas serias, y el que hace versos para divertirse, no es por lo comun muy cuidadoso de la eleccion de asunto, ni muy esmerado en la ejecucion. ¡Suerte fatal, que ha cabido entre nosotros á la mas bella y mas difícil de todas las artes! La poesía que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy seria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion. Cuando se considera que Homero, Sófocles, Virgilio, Horacio, Taso, Racine, Pope y otros pocos mas han sido los mas grandes poetas y los mas laboriosos, no debe extrañarse que se hayan quedado tan detras de ellos los que aun suponiéndoles igual talento, no los han igualado ni en aplicacion ni en constancia.

Á este mal se añadió otro peor, nacido en gran parte de la misma causa. Muy pocos de nuestros buenos poetas publicaron sus obras en vida. Garcilaso, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Herrera, los Argensolas, Quevedo y otros han sido dados á luz despues de su muerte por sus herederos y amigos, con mas ó menos inteligencia. ¡Cuanto no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre, cuantas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y cuantos lunares de desaliño, de mal gusto y de obscuridad no hubieran hecho desaparecer!

Pero aun cuando por este motivo no les sea tan imputable la falta de perfeccion, no por eso deja de ser cierta. Ella ha dado motivo á la contrariedad de opiniones sobre el mérito de nuestros poetas antiguos, á quienes algunos reputan como modelos excelentes, mientras que otros los desprecian hasta el punto de creerlos indignos de leerse. En esto, como en todo, la parcialidad y las pasiones suelen llevar á los críticos mas allá del término que prescriben la verdad y la justicia; y ensalzar ó deprimir á los muertos, no viene á ser en ellos otra cosa, que una manera indirecta de ensalzar ó deprimir á los vivos. Mas, aun prescindiendo de esta circunstancia, puede decirse que esta enorme diferencia nace del diverso punto que se toma para la comparacion. Cotejados Leon, Garcilaso, Herrera, Rioja y otros pocos con las extravagancias monstruosas que Góngora y Quevedo introdujeron y autorizaron, no hay duda que los primeros deben parecer escritores clásicos, perfectos, dignos de imitarse y de seguirse; pero si á estos mismos se los compara con los grandes autores de la antigüedad, ó con los pocos modernos que se han acercado á ellos, ó les han excedido, viene ya á descubrirse la razon porque muchos los tratan con el excesivo rigor que se ha indicado. Yo, sin pretender dar por regla mi opinion particular, y juzgando por el efecto que en mí hace su lectura, diria que, aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía sin embargo producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular en gracia suya los descuidos y lunares que encuentro. Me

atreveria tambien á decir, que si nuestros poetas hubieran cultivado los géneros grandes de la poesía, la epopeya y el drama con el esmero y felicidad que la oda y demas géneros cortos, podríamos estar contentos del lote que nos cabia en esta amena parte de literatura. Añadiré en fin, que á mi juicio es absolutamente necesario leer y estudiar á estos poetas para aprender la pureza, la propiedad y la índole de la lengua, y para formar el gusto y el oido en el número y fluidez de los versos, y en la estructura del período poético castellano. No seria dificil, ni quizá fuera de propósito, manifestar en nuestras composiciones modernas el influjo que ha tenido en sus autores la admiracion exclusiva, ó el desprecio exajerado de los padres de la poesía española; pero estas aplicaciones, necesariamente odiosas, no entran ni en mi caracter ni en mis principios.

MUESTRAS

DE LA POESÍA CASTELLANA

EN EL SIGLO XV.

DE JUAN DE MENA. *

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA. *Laberinto. Orden de Marte. Copla* 160.

Aquel que en la barca parece sentado
Vestido en engaño de las bravas ondas,
En aguas crueles ya mas que nó hondas
Con mucha gran gente en la mar anegado,
Es el valiente, nó bien fortunado,
Muy virtuoso, perínclito Conde
De Niebla, que todos sabeis bien adonde
Dió fin al dia del curso hadado.
Y los que lo cercan por el derredor,
Puesto que fuesen magníficos hombres,
Los títulos todos de todos sus nombres
El nombre les cubre de aquel su señor:
Que todos los hechos que son de valor
Para se mostrar por sí cada uno,
Cuando se juntan y van de consuno
Pierden el nombre delante el mayor.

* Cordobés: murió en 1456.

Arlanza, Pisuerga, y aun Carrion,
Gozan de nombres de rios; empero,
Despues de juntados, llamámoslos Duero,
Hacemos de muchos una relacion:
Oye por ende pues la perdicion
De solo el buen Conde sobre Gibraltar;
Su muerte llorada de digno llorar
Provoque tus ojos á lamentacion.
En la su triste hadada partida,
Por muchas señales que los marineros
Han por auspicios y malos agüeros,
Le fue denegado hacer su venida:
Los cuales veyendo con voz dolorida
El cauto maestro de toda su flota,
Al Conde amonesta del mal que denota,
Porque la via fuese resistida.
Ca he visto, dice, señor, nuevos yerros
La noche pasada hacer los planetas,
Con crines tendidos arder los cometas,
Y dar nueva lumbre las armas y hierros:
Ladrar sin herida los canes y perros,
Triste presagio hacer de peleas
Las aves nocturnas y las funeréas
Por las alturas, collados y cerros.
Ví que las gúminas gruesas quebraban
Cuando las áncoras quise levantar;
Y ví las antenas por medio quebrar,
Aunque los cárbasos no se desplegaban;
Los másteles fuertes en calma temblaban,
Los flacos triquetes con la su mezana
Vi levantarse, no de buena gana,
Cuando los vientos se nos convidaban.

En la partida del resto Troyano
De aquella Carthago del Byrseo muro,
El voto prudente del buen Palinuro
Toda la flota loó de mas sano:
Tanto que quiso el rey muy humano,
Desque lo vido llegar á Acheronte
Con Leucaspis acerca de Oronte,
En el Averno tocarle la mano.

Ya pues si se debe en este gran lago
Guiarse la flota por dicho del sage,
Vos dexarédes aqueste viage
Hasta ver dia no tan aciago:
Las deidades llevar por halago
Debédes, pues veis señales de plaga:
No dedes causa á Gibraltar que haga
En sangre de reyes dos veces estrago.

El Conde, que nunca de las abusiones
Creía, ni menos de tales señales,
Dixo: ni apruebo por muy naturales,
Maestro, ninguna de aquestas razones;
Las que me dices ni bien perfecciones,
Ni veras pronósticas son de verdad,
Ni los indicios de la tempestad
No vemos fuera de sus opiniones.

Aun si yo viera la menstrua luna
Con cuernos obscuros mostrarse fuscada,
Muy rubicunda y muy colorada;
Temiera que vientos nos diera fortuna:
Si Phebo dexada la Delia cuna
Igneo lo viéramos ó turbulento,
Temiera yo pluvias mezcladas con viento;
En otra manéra no sé que repugna.

Ni veo tampoco que vientos delgados
Mueban los ramos de nuestra montaña,
Ni fieren las ondas con su nueva saña
La playa con golpes mas demasiados;
Ni veo delphines de fuera mostrados,
Ni los marinos volar á lo seco,
Ni los caystros hacer nuevo trueco,
Dexar las lagunas por ir á los prados.
Ni baten las alas ya los alciones,
Ni tientan jugando de se rociar,
Los cuales amansan la furia del mar
Con sus cantares y lánguidos sones,
Y dan á sus hijos contrarias sazones.
Nido en invierno con nueva pruina,
Do puestos acerca la costa marina
En un semilunio les dan perfecciones.
Ni la corneja no anda señera
Por el arena seca paseando,
Con su cabeza su cuerpo bañando
Por preocupar la lluvia que espera,
Ni vuela la garza por alta manera,
Ni sale la fúlica de la marina.
Contra los prados, ni va ni declina
Como en los tiempos adversos hiciera.
Despliega las velas pues ¿ya qué tardamos?
Y los de los barcos levanten los remos
A vueltas del tiempo mejor qúe perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa levamos,
Qual otra en el mundo podrá ser alguna,
Presuma de vos y en mí la fortuna,
No que nos fuerza, mas que la forzamos.

Tales palabras el Conde decia,
Que obedecieron al su mandamiento,
Y dieron las velas infladas al viento,
No padesciendo tardanza la via:
Segun la fortuna lo ya disponia,
Llegaron acerca de la fuerte villa
El Conde con toda su rica cuadrilla
Que por el agua su flota seguia.

Con la bandera del Conde tendida
Ya por la tierra su hijo viniera
Con mucha mas gente que el padre le diera
Bien á caballo y á punto guarnida;
Porque á la hora que fuese la grida,
Súbitamente en el mesmo desate
Por ciertos lugares oviese combate
La villa que estaba desapercibida.

El Conde y los suyos tomaron la tierra,
Que estaba entre el agua y el borde del muro,
Lugar que en menguante es seco y seguro,
Mas con la creciente del todo se cierra:
Quien llega mas tarde presume que yerra,
La pavesada ya junta á las alas,
Levantan los trozos, crescen las escalas,
Crescen las artes mañosas de guerra.

Los Moros veyendo crescer los engaños,
Y viéndose todos cercados por artes,
Y combatidos por tantas de partes,
Allí socorriendo do ya han mas daños,
Y con necesarios dolores extráños
Resisten sus sañas las fuerzas agenas,
Y lanzan los cantos desde las almenas;
Y botan los otros que no son tamaños.

Bien como médico mucho famoso,
Que trae el estilo por mano seguido,
En cuerpo de golpes diversos herido
Luego socorre á lo mas peligroso;
Así aquel pueblo maldito sañoso,
Sintiendo mas daño de parte del Conde,
Con todas sus fuerzas juntando responde
Allí do el peligro mas era dañoso.

Allí disparaban lombardas y truenos,
Y los trabucos tiraban ya luego
Piedras y dardos y hachas de fuego,
Con que los nuestros hacian ser menos:
Algunos de moros tenidos por buenos
Lanzan temblando las sus azagayas,
Pasan las lindes, palenques y rayas,
Doblan sus fuerzas con miedos agenos.

Mientra morian y mientra mataban,
De parte del agua ya crecen las ondas,
Y cobran las mares soberbias y hondas
Los campos que ante los muros estaban:
Tanto, que los que de allí peleaban,
A los navíos si se retraían,
Las aguas crescidas les ya defendian
Tornar á las fustas que dentro dexaban.

Con peligrosa y vana fatiga
Pudo una barca tomar á su Conde,
La qual le levára seguro, si donde
Estaba bondad no fuera enemiga:
Padece tardanza, si quies que lo diga,
De los que quedan y irlo veían,
Y otros que ir con él no podian,
Presume qué voz doliente sería.

Entrando tras él por el agua decían:
Magnífico Conde, ¿y cómo nos dejas?
Nuestras finales y ultimas quejas
En tu presencia favor nos serían:
Las aguas las vidas ya nos desafian,
Si tú no nos puedes prestar el vivir,
Danos linage mejor de morir,
Daremos las manos á mas que debian.
O volveremos á ser sometidos
A aquellos adarves, magüer no debamos,
Porque los tuyos muriendo podamos
Ser dichos muertos, mas nunca vencidos;
Solo podremos ser redargüidos
De temeraria y loca osadía:
Mas tal infamia mejor nos sería
Que no so las aguas morir sepelidos.
Hicieron las voces al Conde á deshora
Volver la su barca contra las saetas
Y contra las armas de los mahometas;
Ca fué de temor piedad vencedora:
Habia fortuna dispuesto la hora,
Y como los suyos comienzan á entrar,
La barca con todos se ovo de anegar
De peso tamaño no sostenedora.
Los míseros cuerpos ya no respiraban,
Mas so las aguas andaban ocultos,
Dando y travendo mortales singultos
De agua la hora que mas anhelaban:
Las vidas de todos así litigaban,
Que aguas entraban do almas salian:
La pérfida entrada las aguas querian;
La dura salida las almas negaban.

¡O piedad fuera de medida!
¡O ínclito Conde! quisiste tan fuerte
Tomar con los tuyos en antes la muerte
Que con tu hijo gozar de la vida:
Si fé á mis versos es atribuida,
Jamas la tu fama, jamas la tu gloria
Darán en los siglos eterna memoria,
Será la tu muerte por siempre plañida.

DEL MISMO.

MUERTE DE LORENZO DÁVALOS. *Laberinto. Orden de Marte. Copla* 201.

Aquel que allí ves al cerco trabado,
Que quiere subir y se halla en el ayre,
Mostrando en su rostro doblado donayre,
Por dos deshonestas feridas llagado,
Es el valiente, no bien fortunado,
Muy virtuoso mancebo Lorenzo,
Que hizo en un dia su fin y comienzo:
Aquel es el que era de todos amado.
Él mucho querido del señor Infante
Que siempre le fuera señor como padre:
Él mucho llorado de la triste madre,
Que muerto ver pudo tal hijo delante.
¡O dura fortuna, cruel, tribulante!
Por tí se le pierden al mundo dos cosas,
Las vidas y lágrimas tan piädosas
Que ponen dolores de espada tajante.
Bien se mostraba ser madre en el duelo.

Que hizo la triste despues que ya vido
El cuerpo en las andas sangriento y tendido
De aquel que criára con tanto desvelo:
Ofende con dichos crueles al cielo,
Con nuevos dolores su flaca salud,
Y tantas angustias roban su virtud
Que cae la triste muerta por el suelo.
Rasga con uñas crueles su cara,
Hiere sus pechos con mesura poca;
Besando á su hijo la su fria boca
Maldice las manos de quien lo matára;
Maldice la guerra do se comenzára,
Busca con ira crueles querellas,
Niega á sí mesma reparo de aquellas,
Y tal como muerta viviendo se para.
Decia llorando con lengua rabiosa:
O matador de mi hijo cruel,
Matáras á mí, dexáras á él,
Que fuera enemiga no tan porfiosa:
Fuera á la madre muy mas digna cosa,
Para quien mata llevar menos cargo,
Y no te mostráras á él tan amargo,
Ni triste dexáras á mí querellosa.
Si antes la muerte me fuera ya dada,
Cerrára mi hijo con éstas sus manos
Mis ojos delante de los sus hermanos,
É yo no moriera mas de una vegada;
Moriré así muchas desaventurada,
Que sola padezco lavar sus heridas
Con lágrimas tristes y no gradecidas,
Magüer que lloradas por madre cuitada.
Así lamentaba la pia matrona, &c.

DEL MARQUES DE SANTILLANA. *

CANCION.

Querella de Amor.

Ya la gran noche pasaba
É la luna sescondia:
La clara lumbre del dia
Radiante se monstraba:
Al tiempo que reposaba
De mis trabajos é pena,
Oí triste cantilena
Que tal cancion pronunciaba:
Amor cruel é brioso,
Mal haya la tu alteza,
Pues no faces igualeza
Seyendo tan poderoso.
Desperté como espantado,
É miré donde sonaba
El que damor se quejaba
Bien como damnificado:
Ví un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha,
É cantaba tal endecha

* Nació en Carrion de los Condes año de 1398, y murió en 1458 en Guadalajara.

Con semblante atribulado:
De ledo que era, triste,
¡Ay Amor! tu me tornaste,
La hora que me tiraste
La señora que me diste.
Pregunté ¿por qué facedes,
Señor, tan esquivo duelo,
O si puede haber consuelo
La cuita que padescedes?
Respondióme: non curedes,
Señor, de me consolar;
Ca mi vida es querellar
Cantando así como vedes.
Pues me fallesció ventura
En el tiempo del placer,
Non espero haber folgura,
Más por siempre entristecer.
Díxele: segunt paresce
El dolor que vos aqueja
Es alguna que vos dexa
É de vos no se adolesce.
Respondióme: quien padesce
Cruel plaga por amar,
Tal cancion debe cantar
Jamas, pues le pertenesce.
Cativo de miña tristura
Ya todos prenden espanto,
É preguntan ¿qué ventura
Es que matormenta tanto?
Díxele: non vos quexedes
Que non sois vos el primero,
Nin sereis el postrimero

Que saben del mal que avedes.
Respondióme: fallaredes
Que mi cuita es tan esquiva,
Que jamas en quanto viva
Cantaré, segunt veredes.
Pero te sirvo sin arte:
¡Ay amor, amor, amor!
Gran cuita de mí nunca se parte.
¿Non puede ser al sabidor,
Repliqué, de vuestro mal,
Nin de la causa especial
Por qué así fuistes ferido?,
Respondió: trueque y olvido
Me fueron así ferir,
Por do me convien decir
Este cantar dolorido:
Crüeldad, é trocamento
Con tristeza me conquiso;
Pues me lexa quien me priso,
Ya non sey amparamento.
Su cantar ya non sonaba
Segunt antes, nin se oia,
Mas manifiesto se via
Que la muerte lo aquejaba:
Pero jamas non cesaba,
Nin cesó con grant quebranto
Este dolorido canto
A la sazon que espiraba:
Pois placer non poso haber
A meu querer degradado;
Seray morrer, mas non ver
Meu bien perder coitado.

Por ende quien me creyere
Castigue en cabeza agena,
É no entre tal cadena
Do no salga si quisiere.

SONETO

Del mismo.

Lejos de vos, é cerca de cuidado,
Pobre de gozo, é rico de tristeza,
Fallido de reposo, é abastado
De mortal pena, congoja é graveza;
Desnudo de esperanza, é abrigado
De inmensa cuita, é visto d' aspereza,
La mi vida me huye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereza.
Ni son bastantes á satisfacer
La sed ardiente de mi gran deseo
Tajo al presente, ni á me á socorrer
La enferma Guadiana, ni lo creo:
Solo Guadalquivir tiene poder
De me sanar, é solo aquel deseo.

DEL MISMO.

Letrilla.

Moza tan fermosa
Non ví en la frontera
Como una vaquera
De la Finojosa.

Faciendo la via
De Calateveño
A Santa María,
Vencido del sueño
Por tierra fragosa
Perdí la carrera,
Do ví la vaquera
De la Finojosa.

En un verde prado
De rosas é flores
Guardando ganado
Con otros pastores
La ví tan fermosa,
Que apenas creyera
Que fuese vaquera
De la Finojosa.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean tan fermosas
Nin de tal manera,
Fablando sin glosa,
Si antes supiera
Daquella vaquera
De la Finojosa.

Non tanto mirára
Su mucha beldad
Porque me dexára
En mi libertad.
Mas dixe, donosa,
Por saber quién era
Aquella vaquera
De la Finojosa.

DE DON JORGE MANRIQUE. *

COPLAS.

A la muerte de su padre el Maestre Don Rodrigo.

Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando
Como se pasa la vida,
Como se viene la muerte,
Tan callando.
Cuan presto se va el placer,
Como despues de acordado,
Da dolor;
Como á nuestro parecer
Qualquiera tiempo pasado,
Fué mejor.
Y pues vemos lo presente
Como en un punto se es ido
Y acabado;
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
Por pasado.
No se engañe nadie, no,
Pensando que ha de durar
Lo que espera
Mas que duró lo que vió;
Porque todo ha de pasar
Por tal manera.

* Murió en 1479.

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,
Que es el morir:
Allí van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir:
Allí los rios caudales,
Allí los otros medianos
Y mas chicos:
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos,
Y los ricos.

Dexo las invocaciones
De los famosos Poetas
Y Oradores:
No curo de sus ficiones,
Que traen yerbas secretas
Sus sabores:
A aquel solo me encomiendo,
Aquel solo invoco yo,
De verdad,
Que en este mundo viviendo,
El mundo no conoció
Su deidad.

Este mundo es el camino
Para el otro, que es morada
Sin pesar;
Mas cumple tener buen tino,
Para andar esta jornada
Sin errar.
Partimos quando nascemos,
Andamos mientras vivimos,

Y allegamos
Al tiempo que fenescemos;
Así que cuando morimos
Descansamos.
Este mundo bueno fué,
Si bien usásemos del
Como debemos;
Porque, segun nuestra fé,
Es para ganar aquel
Que atendemos.
Y aun el Hijo de Dios
Para subirnos al cielo
Descendió
A nacer acá entre nos,
Y vivir en este suelo,
Do murió.
Ved de cuan poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor;
Que aun primero que muramos
Las perdémos.
Dellas deshace la edad,
Dellas casos desastrados
Que acaescen,
Dellas por su calidad
En los mas altos estados
Desfallecen.
Decidme, ¿la hermosura,
La gentil frescura y tez
De la cara,
La color y la blancura,

Cuando viene la vejez,
Qué se pára?
Las mañas y ligereza,
Y la fuerza corporal
De juventud,
Todo se torna graveza
Cuando llega al arrabal
De senetud.
Pues la sangre de los Godos,
El linage y la nobleza
Tan crecida,
¿Por cuantas vias y modos
Se pierde de su alteza
En esta vida?
Unos por poco valer,
¡Por cuán bajos y abatidos
Que los tienen!
Otros que, por no tener,
Con oficios no debidos
Se mantienen.
Los estados y riqueza,
Que nos dejan á deshora,
¿Quién lo duda?
No les pidamos firmeza,
Porque son de una señora
Que se muda.
Que bienes son de Fortuna,
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa.

Pero digo que acompañen,
Y llegen hasta la huesa
Con su dueño;
Por eso no nos engañen,
Que se va la vida apriesa
Como sueño.
Y los deleytes de acá
Son en que nos deleitamos
Temporales;
Y los tormentos de allá,
Que por ellos esperamos,
Eternales.
Los placeres y dulzores
De esta vida trabajada
Que tenemos,
¿Qué son sino corredores,
Y la muerte es la celada
En que caemos?
No mirando á nuestro daño
Corremos á rienda suelta
Sin parar:
Desque vemos el engaño,
Y queremos dar la vuelta,
No hay lugar.
Si fuese en nuestro poder
Tornar la cara hermosa
Corporal
Como podemos hacer
El alma tan gloriosa
Angelical,
¿Qué diligencia tan viva
Tuviéramos toda hora,

Y tan presta,
En componer la captiva,
Dejándonos la señora
Descompuesta?
Estos Reyes poderosos
Que vemos por escrituras
Ya pasadas,
Con casos tristes llorosos
Fueron sus buenas venturas
Trastornadas.
Así no hay cosa tan fuerte;
Que á Papas y Emperadores
Y Prelados
Así los trata la Muerte
Como á los pobres pastores
De ganados.
Dejemos á los Troyanos,
Que sus males no los vimos,
Ni sus glorias:
Dejemos á los Romanos,
Aunque oimos y leimos
Sus historias.
No curemos de saber
Lo de aquel siglo pasado
Qué fué de ello:
Vengamos á lo de ayer,
Que tambien es olvidado
Como aquello.
¿Qué se hizo el Rey Don Juan?
Los Infantes de Aragon
¿Qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan,

Qué fué de tanta invencion
Como trajeron?
Las justas y los torneos,
Paramentos, bordaduras
Y cimeras
¿Fueron sino devaneos?
¿Qué fueron sino verduras
De las eras?
¿Qué se hicieron las damas,
Sus tocados, sus vestidos,
Sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
De los fuegos encendidos
De amadores?
¿Qué se hizo aquel trobar,
Las músicas acordadas
Que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traian?
Pues el otro su heredero
Don Henrique ¿qué poderes
Alcanzaba?
¡Cuán blando, cuan halagüero
El mundo con sus placeres
Se le daba!
Mas verás cuan enemigo,
Cuán contrario, cuan cruel
Se mostró;
Habiéndole sido amigo,
¡Cuan poco duró con él
Lo que dió!

Las dádivas desmedidas,
Los edificios reales
Llenos de oro,
Las bajillas tan febridas,
Los henriques y reales
Del tesoro,
Los jaeces y caballos
De su gente y atavíos,
Tan sobrados,
¿Dónde iremos á buscallos?
¿Qué fueron sino rocíos
De los prados?
Pues su hermano el inocente,
Que en su vida sucesor
Se llamó,
¿Qué corte tan excelente
Tuvo, y cuánto gran señor
Que lo siguió?
Mas como fuese mortal,
Metiólo la Muerte luego
En su fragua.
¡Oh juicio divinal!
Cuando mas ardia el fuego
Echaste el agua.
Pues aquel gran Condestable,
Maestre que conocimos
Tan privado,
No cumple que dél se hable,
Sino solo que lo vimos
Degollado.
Sus infinitos tesoros,
Sus villas y sus lugares,

Y su mandar
¿Qué le fueron sino lloros,
Qué fueron sino pesares
Al dejar?
Pues los otros dos hermanos
Maestres tan prosperados
Como Reyes,
A los grandes y medianos
Trajeron muy sojuzgados
A sus leyes.
Aquella prosperidad,
Que tan alta fué subida
Y ensalzada,
¿Qué fué sino claridad,
Que cuando mas encendida
Fué amatada?
Tantos Duques excelentes,
Tantos Marqueses y Condes
Y Barones
Como vimos tan potentes,
Dí, Muerte, ¿dó los escondes
Y traspones?
Y sus muy claras hazañas,
Que hicieron en las guerras
Y en las paces,
Cuando tú, cruel, te ensañas,
Con tus fuerzas las aterras
Y deshaces.
Las huestes innumerables,
Los pendones, estandartes
Y banderas,
Los castillos inpunables,

Los muros, y baluartes
Y barreras,
La cava honda chapada,
O cualquier otro reparo,
¿Qué aprovecha?
Que si tú vienes ayrada
Todo lo pasas de claro
Con tu flecha.
Aquel de buenos abrigo,
Amado por virtuoso
De la gente,
El Maestre Don Rodrigo
Manrique tan famoso
Y tan valiente;
Sus grandes hechos y claros
No cumple que los alabe,
Pues los vieron;
Ni los quiero hacer caros,
Pues el mundo todo sabe
Cuales fueron.
Amigo de sus amigos;
¡Qué señor para criados
Y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados
Y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué gracia para donosos!
¡Qué razon!
Muy benigno á los sugetos,
Y á los bravos y dañosos
Un leon, &c.

SIGLO XVI.

POESÍAS DE GARCILASO.

ÉGLOGA PRIMERA.

Salicio, Nemoroso, Poeta.

POETA.

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente y Nemoroso
He de cantar, sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del Estado
Albano, agora vuelto á la otra parte
Resplandeciente, armado;
Representando en tierra al fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando

En ardiente ginete que apresura
El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luego verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras,
Antes que me consuma
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia
Que se debe á tu fama y á tu gloria,
Que es deuda general, no solo mia,
Mas de cualquier ingenio peregrino,
Que celebra lo digno de memoria,
El arbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra, que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto se canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido
Rayaba de los montes el altura
El sol, quando Salicio recostado
Al pie de un alta haya en la verdura,
Por donde un agua clara con sonido
Atravesaba el verde y fresco prado;
Él con canto acordado

Al rumor que sonaba
Del agua que pasaba
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente
La que de su dolor culpa tenia;
Y así como presente
Razonando con ella le decia:

SALICIO.

¡Oh mas dura que marmol á mis quejas,
Y al encendido fuego en que me quemo,
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas,
Que no hay sin tí el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
Ninguno en tal estado
De tí desamparado;
Y aun de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente:
Cual por el aire claro va volando,
Cual por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente:
Cual con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina:

Siempre está en llanto esta ánima mezquina,
Cuando la sombra el mundo va cubriendo,
O la luz se avecina:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe, que ser guardada
Eternamente solo á mí debiera:
¡Oh Dios! ¿por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:
Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba:
¡Ay cuanto me engañaba!
¡Ay cuan diferente era,
Y cuan de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondia!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mia:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuantas veces durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Ví mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado:
Y despues de llegado,
Sin saber de cual arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enagenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quien los volviste?
¿Por quien tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿do la pusiste?
¿Cual es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada yedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por dificil que sea y por incierto,
O qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendré por cierto;

O qué de hoy mas no temerá el amante
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enagenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el mas seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente;
Dando á quien diste el corazon malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido:
Que mayor diferencia comprehendo
De tí al que has escogido:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo; en mi majada
La manteca y el queso está sobrado;
De mi cantar, pues, yo te ví agradada
Tanto, que no pudiera el Mantuano
Títiro ser de tí mas alabado:
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo,

Que aun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura;
Y cierto no trocára mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocára mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condicion terrible
Siempre fuera tenido de tí en precio
Y no viera este triste apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado Estremo en el invierno?
¿Mas qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen,
Su natural dureza, y la quebrantan;
Los árboles parece que se inclinan;
Las aves que me escuchan, cuando cantan,
Con diferente voz se condolecen
Y mi morir cantando me adivinan:
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste:
Tú sola cómo mí te endureciste,
Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste,
Que bien podrás venir de mí segura:
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Ven, si por solo esto te detienes:
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar tambien le quede.

POETA.

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y, sospirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena:
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides, que tanto
No puedo yo, ni oso;
Que siento enflaquecer mi debil canto.

NEMOROSO.

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles que os estais mirando en ellas;
Verde prado de fresca sombra lleno;
Aves que aquí sembrais vuestras querellas;
Yedra, que por los árboles caminas
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me ví tan agena
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve yo contento y descansado,
¡O bien caduco vano y presuroso!
Acuérdome, durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
¡O miserable hado!
¡O tela delicada,
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Mas convenible fuera, aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es mas que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Do están agora aquellos claros ojos,
Que llevaban tras sí, como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?

¿Do está la blanca mano delicada
Llena de vencimientos y despojos,
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos, que vian
Con gran desprecio al oro
Como á menor tesoro,
¿A donde están? ¿A donde el blanco pecho?
¿Do la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia,
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento mas es verme atado
A la pesada vida y enbojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en carcel tenebrosa.
Despues que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude;
La mala yerba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena:

La tierra que de buena
Gana nos producia
Flores con que solia
Quitar en solo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable:
Y yo hago con mis ojos
Crecer llorando el fruto miserable.
Como al partir el sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa
Noche de tu partir en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine,
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.
Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse entre las hojas escondido
Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su dulce y caro nido
De los tiernos hijuelos, entre tanto
Que del amado ramo estaba ausente;
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta
Despide, y á su canto el aire suena;

Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas:
De esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte ayrada.
Ella en mi corazon metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda,
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo, y enojando
Con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo:
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.
Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño:
Que nunca de mi seno se me apartan:
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Mas que la llama ardientes,
Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno;
Juntándolos, con un cordon los ato:
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, escura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
A los ayrados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo que á la cruda
Inexorable diosa demandabas
En aquel paso ayuda;
¿Y tú, rústica diosa, donde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que comovida á compasion, oido
A los votos y lágrimas no dieras,
Por no ver hecha tierra tal belleza?
O no ver la tristeza,
En que tu Nemoroso
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, y ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¡Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos!
Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales pies pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda;
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides,

Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos;
Do descansar, y siempre pueda verte
Ante los ojos mios,
Sin miedo y sobresalto de perderte?

PORTA.

Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que solo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas
Al tramontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el dia.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte; y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

DE LA ÉGLOGA SEGUNDA.

ALBANIO.

Ora, Salicio, escucha lo que digo:
Y vos, o Ninfas deste bosque umbroso,
A do quiera que esteis, estad conmigo.
Ya te conté el estado tan dichoso
A do me puso amor, si en el yo firme
Pudiera sostenerme con reposo.
Mas como de callar y de encubrirme
De aquella por quien vivo me encendia,
Llegué ya casi al caso de morirme.
Mil veces ella preguntó qué habia,
Y me rogó que el mal le descubriese
Que mi rostro y color le descubria.
Mas no acabó con cuanto me dijese
Que de mí á su pregunta otra respuesta
Que un suspiro con lágrimas hubiese.
Aconteció que en una ardiente siesta
Viniendo de la caza fatigados,
En el mejor lugar de esta floresta,
Que es éste donde estamos asentados,
A la sombra de un árbol aflojamos
Las cuerdas á los arcos trabajados.
En aquel prado allí nos reclinamos,
Y del céfiro fresco recogiendo
El agradable espirtu respiramos.
Las flores á los ojos ofreciendo
Diversidad extraña de pintura,
Diversamente así estaban oliendo;

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
Que como de cristal resplandecia
Mostrando abiertamente su hondura:
El arena, que de oro parecia
De blancas pedrezuelas variada,
Por do manaba el agua se bullia.
En derredor ni sola una pisada
De fiera, ó de pastor, ó de ganado
A la sazon estaba señalada.
Despues que con el agua resfriado
Hubimos el calor y juntamente
La sed de todo punto mitigado:
Ella, que con cuidado diligente
A conocer mi mal tenia el intento,
Y á escudriñar el ánimo doliente;
Con nuevo ruego y firme juramento
Me conjuró y rogó que le contase
La causa de mi grave pensamiento:
Y si era amor, que no me rezelase
De hacelle mi caso manifiesto,
Y de mostralle aquella que yo amase:
Que me juraba que tambien en esto
El verdadero amor que me tenia
Con pura voluntad estaba presto.
Yo, que tanto callar ya no podia,
Y claro descubrir menos osaba
Lo que en el alma triste se sentia;
Le dije que en aquella fuente clara
Veria de aquella que yo tanto amaba
Abiertamente la hermosa cara.
Ella que ver aquesta deseaba,
Con menos diligencia discurriendo

De aquella con que el paso apresuraba;
A la pura fontana fué corriendo,
Y en viendo el agua, toda fué alterada
En ella su figura sola viendo.
Y no de otra manera arrebatada
Del agua rehuyó, que si estuviera
De la rabiosa enfermedad tocada:
Y sin mirarme, desdeñosa y fiera
No sé que allá entre dientes murmurando,
Me dejó aquí, y aquí quiere que muera.
Quedé yo triste y solo allí culpando
Mi temerario osar, mi desvarío,
La pérdida del bien considerando.
Creció de tal manera el dolor mio
Y de mi loco error el desconsuelo,
Que hice de mis lágrimas un rio.
Fijos los ojos en el alto cielo
Estuve boca arriba una gran pieza,
Tendido sin moverme en este suelo.
Y como de un dolor otro se empieza,
El largo llanto, el desvanecimiento,
El vano imaginar de la cabeza,
De mi gran culpa aquel remordimiento,
Verme del todo al fin sin esperanza
Me trastornaron casi el sentimiento.
Como deste lugar hice mudanza,
No sé ni quien de aquí me condujese
Al triste albergue y á mi pobre estanza.
Sé que tornando en mí, como estuviese
Sin comer ni dormir bien cuatro dias,
Y sin que el cuerpo de un lugar moviese;
Las ya desamparadas vacas mias

Por otro tanto tiempo no gustaron
Las verdes yerbas ni las aguas frias.
Los pequeños hijuelos, que hallaron
Las tetas secas ya de las hambrientas
Madres, bramando al cielo se quejaron.
Las selvas á su voz tambien atentas,
Bramando pareció que respondian
Condolidas dél daño y descontentas.
Aquestas cosas nada me movian,
Antes con mi llorar hacia espantados
Todos cuantos á verme allí venian.
Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros
Para ser de mi mal de mí informados;
Y todos con los gestos lastimeros
Me preguntaban cuales habian sido
Los accidentes de mi mal primeros.
A los cuales en tierra yo tendido
Ninguna otra respuesta dar sabia
Rompiendo con sollozos mi gemido;
Sino de rato en rato les decia:
Vosotros los de Tajo, en su ribera
Cantareis la mi muerte cada dia.
Este descanso llevaré, aunque muera;
Que cada dia cantareis mi muerte,
Vosotros los de Tajo, en su ribera.
La quinta noche en fin mi cruda suerte,
Queriéndome llevar do se rompiese
Aquesta tela de la vida fuerte,
Hizo que de mi choza me saliese
Por el silencio de la noche escura
A buscar un lugar donde muriese;

Y caminando por do mi ventura
Y mis enfermos pies me condujeron,
Llegué á un barranco de muy gran altura.
Luego mis ojos le reconocieron,
Que pende sobre el agua, y su cimiento
Las ondas poco á poco le comieron.
Al pie de un olmo hice allí asiento:
Y acordéme que ya con ella estuve
Pasando allí la siesta al fresco viento.
Y con esta memoria me detuve,
Como si aquesta fuera medicina
De mi furor y cuanto mal sostuve.
Denunciaba el aurora ya vecina
La venida del sol resplandeciente,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina:
Entonces, como cuando el cisne siente
El ansia postrimera que le aqueja,
Y tienta el cuerpo mísero y doliente;
Con triste y lamentable son se queja,
Y se despide con funesto canto
Del espíritu vital que dél se aleja;
Así, aquejado yo de dolor tanto,
Que el alma abandonaba ya la humana
Carne, solté la rienda al triste llanto,
¡O fiera, dije, mas que tigre hircana,
Y mas sorda á mis quejas que el ruido
Embrabecido de la mar insana!
Heme entregado, heme aquí rendido,
He aquí vences; toma los despojos
De un cuerpo miserable y afligido.
Yo pondré fin del todo á tus enojos;
Ya no te ofenderá mi rostro triste

Mi temerosa voz y húmidos ojos.
Quizá tú, que en mi vida no moviste
El paso á consolarme en tal estado
Ni tu dureza cruda enterneciste,
Viendo mi cuerpo aquí desamparado,
Vendrás á arrepentirte y lastimarte;
Mas tu socorro tarde habrá llegado.
¿Como pudiste tan presto olvidarte
De aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
Nudos en sola una hora desligarte?
¿No se te acuerda de los dulces juegos
Ya de nuestra niñez, que fueron leña
De estos dañosos y encendidos fuegos;
Cuando la encina desta espesa breña
De sus bellotas dulces despojaba,
Que íbamos á comer sobre esta peña?
¿Quien las castañas tiernas derrocaba
Del arbol á subir dificultoso?
¿Quien en su limpia falda las llevaba?
¿Cuando en valle florido, espeso, umbroso
Metí jamas el pie, que dél no fuese
Cargado á tí de flores y oloroso?
Jurábasme si ausente yo estuviese
Que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
Ni el prado yerba para tí tuviese.
¿A quien me quejo, que no escucha cosa
De cuantas digo, quien debria escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa.
Respondiéndome, prueba conhortarme,
Como quien probó mal tan importuno;
Mas no quiere mostrarse y consolarme.
¡O Dioses, si allá juntos de consuno

De los amantes el cuidado os toca,
O tú solo, si toca solo á uno!
Recibid las palabras que la boca
Echa con la doliente ánima fuera,
Antes que el cuerpo torne en tierra poca.
¡O Náyades de aquesta mi ribera
Corriente moradoras! ¡o Napeas,
Guarda del verde bosque verdadera!
Alce una de vosotras, blancas Deas,
Del agua su cabeza rubia un poco;
Así, Ninfa, jamas en tal te veas:
Podré decir que con mis quejas toco
Las divinas orejas, no pudiendo
Las humanas tocar cuerdo ni loco.
¡O hermosas Oreadas, que teniendo
El gobierno de selvas y montañas,
A caza andais por ellas discurriendo!
Dejad de perseguir las alimañas,
Venid á ver un hombre perseguido
A quien no valen fuerzas ya ni mañas.
¡O Driades! de amor hermoso nido,
Dulces y graciosísimas doncellas
Que á la tarde salis de lo escondido,
Con los cabellos rubios, que las bellas
Espaldas dejan de oro cohijadas;
Parad mientes un rato á mis querellas:
Y si con mi ventura conjuradas
No estais, haced que sean las ocasiones
De mi muerte aquí siempre celebradas.
¡O lobos, o osos, que por los rincones
De estas fieras cavernas escondidos
Estais oyendo agora mis razones,

Quedaos adios; que ya vuestros oidos
De mi zampoña fueron halagados,
Y alguna vez de amor enternecidos.
Adios, montañas: adios, verdes prados:
Adios, corrientes rios espumosos:
Vivid sin mí con siglos prolongados;
Y mientras en el curso presurosos
Ireis al mar á darle su tributo
Corriendo por los valles pedregosos;
Haced que aquí se muestre triste luto
Por quien viviendo alegre os alegraba
Con agradable son y viso enjuto:
Por quien aquí sus vacas abrevaba,
Por quien, ramos de lauro entretegiendo,
Aquí sus fuertes toros coronaba.
Estas palabras tales en diciendo,
En pie me alcé por dar ya fin al duro
Dolor que en vida estaba padeciendo:
Y por el paso en que me ves te juro
Que ya me iba arrojar de do te cuento
Con paso largo y corazon seguro;
Cuando una fuerza súbita de viento
Vino con tal furor, que de una sierra
Pudiera remover el firme asiento.
De espaldas como atónito en la tierra
Desde á gran rato me hallé tendido,
Que así se halla siempre aquel que yerra.
Con mas sano discurso, en mi sentido,
Comencé de culpar el presuroso
Y temerario error que habia seguido,
En querer dar con triste muerte al resto
De aquesta breve vida fin amargo,

No siendo por los hados aun dispuesto.
De allí me fuí con corazon mas largo
Para esperar la muerte cuando venga
A relevarme de este largo cargo.
Bien has ya visto cuanto me convenga
Que pues buscalla á mí no se consiente,
Ella en buscarme á mí no se detenga.
Contado te he la causa, el accidente,
El daño y el proceso todo entero;
Cumple tú tu promesa prestamente:
Y si mi amigo cierto y verdadero
Eres, como yo pienso, vete agora,
No estorbes un dolor acerbo y fiero
Al afligido y triste cuando llora.

DE LA ÉGLOGA TERCERA.

Tirreno, Alcino.

TIRRENO.

Flérida, para mí dulce y sabrosa
Mas que la fruta del cercado ageno,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO.

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto mas que la retama,

Y de tí despojado yo me vea
Cual queda el tronco de su verde rama;
Si mas que yo el murciélago desea
La escuridad, ni mas la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño
Deste dia, para mí mayor que un año.

TIRRENO.

Cual suele acompañada de su bando
Aparecer la dulce primavera,
Cuando favonio y céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Flérida mia
Viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO.

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino ayrada.

TIRRENO.

El blanco trigo multiplica y crece:
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece
A las fieras salvages su gobierno:
A do quiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos

Si de ello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO.

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del aire corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Venus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogiólo;
Do quiera que de hoy mas sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

CANCION.

El aspereza de mis males quiero
Que se muestre tambien en mis razones
Como ya en los efectos se ha mostrado:
Lloraré de mi mal las ocasiones;
Sabrá el mundo la causa porque muero,
Y moriré á lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
De un tan desatinado pensamiento
Que por agudas peñas peligrosas,
Por matas espinosas
Corre con ligereza mas que el viento,
Bañando de mi sangre la carrera:
Y para mas despacio atormentarme,
Llévame alguna vez por entre flores
A do de mis tormentos y dolores
Descanso, y de ellos vengo á no acordarme.
Mas él á mas descanso no me espera,
Antes, como me ve de esta manera,
Con un nuevo furor y desatino
Torna á seguir el áspero camino.
No vine por mis pies á tantos daños;
Fuerzas de mi destino me trajeron,
Y á la que me atormenta me entregaron:
Mi razon y juïcio bien creyeron
Guardarme, como en los pasados años
De otros graves peligros me guardaron.
Mas cuando los pasados compararon
Con los que venir vieron, no sabian
Lo que hacer de sí, ni do meterse,

Que luego empezó á verse
La fuerza y el rigor con que venian.
Mas de pura vergüenza constreñida
Con tardo paso y corazon medroso
Al fin ya mi razon salió al camino:
Cuanto era el enemigo mas vecino,
Tanto mas el recelo temeroso
Le mostraba el peligro de su vida:
Pensar en el temor de ser vencida
La sangre alguna vez le calentaba;
Mas el mismo temor se la enfriaba.
Estaba yo á mirar, y peleando
En mi defensa mi razon estaba
Cansada y en mil partes ya herida,
Y sin ver yo quien dentro me incitaba,
Ni saber como, estaba deseando
Que allí quedase mi razon vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
Cosa se me cumplió que desease
Tan presto como aquesta; que á la hora
Se rindió la señora
Y al siervo consintió que gobernase
Y usase de la ley del vencimiento:
Entonces yo sentime salteado
De una vergüenza libre y generosa:
Corríme gravemente, que una cosa
Tan sin razon hubiese así pasado.
Luego siguió el dolor al corrimiento
De ver mi reyno en mano de quien cuento
Que me da vida y muerte cada dia,
Y es la mas moderada tiranía.
Los ojos, cuya lumbre bien pudiera

Tornar clara la noche tenebrosa
Y escurecer el sol á mediodia,
Me convirtieron luego en otra cosa,
En volviéndose á mí la vez primera
Con la calor del rayo que salia
De su vista que en mí se difundia;
Y de mis ojos la abundante vena
De lágrimas al sol que me inflamaba
No menos ayudaba
A hacer mi natura en todo agena
De lo que era primero. Corromperse
Sentí el sosiego y libertad pasada,
Y el mal de que muriendo estó engendrarse,
Y en tierra sus raices ahondarse
Tanto cuanto su cima levantada
Sobre cualquier altura hace verse:
El fruto que de aquí suele cogerse,
Mil es amargo, alguna vez sabroso:
Mas mortífero siempre y ponzoñoso.
De mí agora huyendo voy buscando
A quien huye de mí como enemiga,
Que al un error añado el otro yerro:
Y en medio del trabajo y la fatiga
Estoy cantando yo, y está sonando
De mis atados pies el grave hierro.
Mas poco dura el canto, si me encierro
Acá dentro de mí, porque allí veo
Un campo lleno de desconfianza:
Muéstrame la esperanza
De lejos su vestido y su meneo;
Mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno á llorar mis daños, porque entiendo

Que es un crudo linage de tormento,
Para matar á aquel que está sediento,
Mostralle el agua porque está muriendo,
De la cual el cuitado juntamente
La claridad contempla, el ruido siente;
Mas cuando llega ya para bebella,
Gran espacio se halla lejos della.
De los cabellos de oro fué tejida
La red que fabricó mi sentimiento,
Do mi razon revuelta y enredada
Con gran vergüenza suya y corrimiento,
Sujeta al apetito y sometida,
En público adulterio fué tomada,
Del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto;
Pues no tengo con que considerallo;
Y en tal punto me hallo,
Que estoy sin armas en el campo puesto
Y el paso ya cerrado y la huida:
¿Quien no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido á tal extremo,
Que del grave dolor que huyo y temo
Me hallo algunas veces tan amigo,
Que en medio dél, si vuelvo á ver la vida
De libertad, la juzgo por perdida,
Y maldigo las horas y momentos
Gastadas mal en libres pensamientos.
No reina siempre aquesta fantasía;
Que en imaginacion tan variable
No se reposa un hora el pensamiento:
Viene con un rigor tan intratable
A tiempos el dolor, que al alma mia

Desampara huyendo el sufrimiento.
Lo que dura la furia del tormento
No hay parte en mí que no se me trastorne,
Y que en torno de mí no esté llorando;
De nuevo protestando
Que de la via espantosa atras me torne.
Esto ya por razon no va fundado
Ni le dan parte dello á mi jüicio,
Que este discurso todo es ya perdido;
Mas es en tanto daño del sentido
Este dolor, y tanto perjüicio,
Que todo lo sensible atormentado
Del bien, si alguno tuvo, ya olvidado
Está de todo punto, y solo siente
La furia y el rigor del mal presente.
En medio de la fuerza del tormento
Una sombra de bien se me presenta
Do el fiero ardor un poco se mitiga:
Figuráseme cierto á mí que sienta
Alguna parte de lo que yo siento
Aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomparable la fatiga,
Que si con algo yo no me engañase
Para poder llevalla, moriria;
Y así me acabaria,
Sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado mas perdido
Saco algun bien; mas luego en mí la suerte
Trueca y revuelve el órden: que algun hora
Si el mal acaso un poco en mí mejora,
Aquel descanso luego se convierte
En un temor, que me ha puesto en olvido.

Aquella por quien sola me he perdido:
Así del bien que un rato satisface,
Nace el dolor que el alma me deshace.
Cancion, si quien te viere se espantare
De la instabilidad y ligereza
Y revuelta del vago pensamiento;
Estable, grave y firme es el tormento,
Le dí, que es causa; cuya fortaleza
Es tal, que en cualquier parte que tocare,
Le hará revolver, hasta que pare
En aquel fin de lo terrible y fuerte,
Que todo el mundo afirma que es la muerte.

ODA

A la flor de Gnido.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese,
Y al son confusamente los trugese;
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;

Ni aquellos Capitanes,
En la sublime rueda colocados,
Por quien los Alemanes
El fiero cuello atados,
Y los Franceses van domesticados;
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
Tambien sería notada
El aspereza de que estás armada:
Y como por tí sola,
Y por tu gran valor y hermosura,
Convertida en viola,
Llora su desventura
El miserable amante en tu figura.
Hablo de aquel cautivo
De quien tener se debe mas cuidado,
Que está muriendo vivo,
Al remo condenado,
En la concha de Venus amarrado.
Por tí, como solia,
Del áspero caballo no corrige
La furia y gallardía,
Ni con freno le rige,
Ni con vivas espuelas ya le aflige.
Por tí con diestra mano
No revuelve la espada presurosa,
Y en el dudoso llano
Huye la polvorosa
Palestra, como sierpe ponzoñosa.
Por tí su blanda Musa,
En lugar de la cítara sonante,

Tristes querellas usa,
Que con llanto abundante
Hacen bañar el rostro del amante.
Por tí, el mayor amigo
Le es importuno, grave y enojoso:
Yo puedo ser testigo,
Que ya del peligroso
Naufragio fuí su puerto y su reposo;
Y agora en tal manera
Vence el dolor á la razon perdida,
Que ponzoñosa fiera
Nunca fué aborrecida
Tanto como yo dél, ni tan temída.
No fuiste tú engendrada,
Ni producida de la dura tierra;
No debe ser notada,
Que ingratamente yerra
Quien todo el otro error de sí destierra.
Hágate temerosa
El caso de Anaxárete y cobarde,
Que de ser desdeñosa
Se arrepintió muy tarde,
Y así su alma con su mármol arde.
Estábase alegrando
Del mal ageno el pecho empedernido,
Cuando abajo mirando,
El cuerpo muerto vido
Del miserable amante allí tendido:
Y al cuello el lazo atado,
Con que desenlazó de la cadena
El corazón cuitado,
Que con su breve pena

Compró la eterna punicion agena.
Sintió allí convertirse
En piedad amorosa el aspereza.
¡ O tarde arrepentirse !
¡ O última terneza !
¿ Como te sucedió mayor dureza ?
Los ojos se enclavaron
En el tendido cuerpo que allí vieron ;
Los huesos se tornaron
Mas duros, y crecieron,
Y en sí toda la carne convirtieron.
Las entrañas heladas
Tornaron poco á poco en piedra dura ;
Por las venas cuitadas
La sangre su figura
Iba desconociendo y su natura :
Hasta que finalmente
En duro mármol vuelta y trasformada,
Hizo de sí la gente
No tan maravillada,
Cuanto de aquella ingratitud vengada.
No quieras tú, Señora,
De Némesis ayrada las saetas
Probar, por Dios, agora ;
Baste que tus perfetas
Obras y hermosura á los poetas
Den inmortal materia,
Sin que tambien en verso lamentable
Celebren la miseria
De algun caso notable,
Que por tí pase triste y miserable.

SONETO I.

O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas.
¿Quien me dijera, cuando las pasadas
Horas en tanto bien por vos me via,
Que me habiais de ser en algun dia
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes,
Llevadme junto el mal que me dejastes;
Sino sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, porque deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

SONETO II.

Hermosas Ninfas, que en el rio metidas,
Contentas habitais en las moradas
De relucientes piedras fabricadas,
Y en colunas de vidrio sostenidas;
Agora esteis labrando embebecidas,
O tejiendo las telas delicadas;
Agora unas con otras apartadas
Contándoos los amores y las vidas:
Dejad un rato la labor, alzando
Vuestras rubias cabezas á mirarme,
Y no os detendreis mucho segun ando:
Que no podreis de lástima escucharme,

O convertido en agua aquí llorando,
Podreis allá despacio consolarme.

SONETO III.

Gracias al cielo doy que ya del cuello
Del todo el grave yugo he sacudido,
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello
La vida del amante embebecido
En su error, y en su engaño adormecido,
Sordo á las voces que le avisan dello.

Alegraráme el mal de los mortales:
Mas no es mi corazon tan inhumano
En aqueste mi error, como parece:

Porque yo huelgo, como huelga el sano;
No de ver á los otros en los males,
Sino de ver que dellos él carece.

NOTICIAS DE GARCILASO DE LA VEGA.

Nació en Toledo el año de 1503 de una familia muy ilustre, y fué caballero del Orden de Alcántara. Desde sus primeros años siguió las bánderas de Cárlos V, y se halló en todas las mas célebres acciones militares de su tiempo, alcanzando en ellas el renombre de esforzadísimo soldado, especialmente en la defensa de Viena, y en el sitio de Tunez, de donde salió herido. Vuelto á Nápoles despues de estos servi-

cios, incurrió en la desgracia del Emperador, por haber protegido los amores de un sobrino suyo que aspiraba á un enlace superior á su gerarquía; y fue desterrado á una Isla del Danubio. Mas luego, vuelto á la gracia del Príncipe, le acompañó al Piamonte mandando once banderas de infantería. Seguia el Emperador el alcance del ejército francés que se retiraba, y mandó que se escalase una torre de un lugar cerca de Frejus donde se defendian desesperadamente cincuenta paisanos franceses. Garcilaso subió de los primeros: pero herido de una piedra en la cabeza, cayó, y llevado á Niza, sobrevivió veinte y un dias al golpe, del cual murió á los treinta y tres años de su edad en 1536. Cárlos V, indignado de la pérdida de un joven que prometia tan grandes esperanzas, hizo pasar á cuchillo todos aquellos franceses.

Pero aunque su vida fué tan corta, su nombre durará cuanto dure la lengua castellana. El entusiasmo de su tiempo le dió el título de príncipe de los poetas españoles; la posteridad se le ha confirmado; y sus obras, aunque pocas, conocidas y leidas de todos los que aman nuestra lengua y poesía, son de cuantas han producido nuestros antiguos poetas, las que gozan de una reputacion menos controvertida.

POESÍAS

DE FRAY LUIS DE LEON.

ODA I.

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal rüido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jáspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera:
Ni cura si encarama
La lengua lisongera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?
¡O monte! ¡o fuente! ¡o rio!
¡O secreto seguro deleytoso!

Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuoso.
Un no rompido sueño,
Un dia puro, alegre, libre, quiero;
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.
Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De ódio, de esperanza, de recelo.
Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto:
Y como codiciosa
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre ayrosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo

Y con diversas flores va esparciendo.
El ayre el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso rüido,
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confian:
No es mio ver el lloro
De los que desconfian
Cuando el cierzo y el ábrego porfian.
La combatida antena
Cruge, y en ciega noche el caro dia
Se torna: al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfia.
A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, y la bajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme ayrada.
Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo á la sombra esté cantando.
A la sombra tendido
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente meneado.

ODA II.

Profecía del Tajo.

Folgaba el Rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
De Tajo sin testigo;
El pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! esa tu alegría
¡Qué llantos acarrea! y esa hermosa
Que vió el sol en mal dia
A España ¡ay! ¡cuán llorosa,
Y al cetro de los Godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males,
Entre tus brazos cierras;
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales:
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro; á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde á la venganza

Atento, y no á la fama,
La bárbara pujanza
En quien para tu daño no hay tardanza.
Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en Africa convoca
El moro á la bandera;
Que al ayre desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Inumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el dia, y le oscurece.
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves: ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden.
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Herculeo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno dá á la armada.
¡Ay triste! ¿y aun te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado

No ves ya el puerto á Hércules sagrado
Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
¡Ay cuánto de fatiga,
Ay cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre agena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino,
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte;
La siesta ¡ay! te condena,
O cara patria, á bárbara cadena.

ODA III.

Noche serena.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro ácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado,
El amor y la pena

Despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura,
La tiene en esta cárcel baja, escura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.
¡O! despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño!
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera;
Burlareis los antojos
De aquesta lisongera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto

Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna como mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
Y como otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
¿Quien es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reyna la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleytes rodeado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamas anochece:
Eterna primavera aquí florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleytosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

ODA IV.

A Felipe Ruiz.

¿Cuando será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda,
Que huye mas del suelo,
Contemplar la verdad pura sin duelo?
Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y ascondido.
Entonces veré como
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.
Veré las inmortales
Columnas do la tierra está fundada,

Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada.
Por que tiembla la tierra,
Por que las hondas mares se embravecen:
Do sale á mover guerra
El cierzo, y por que crecen
Las aguas del Oceano y descrecen:
De do manan las fuentes:
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpetuas corrientes:
De los helados frios
Veré las causas, y de los estíos:
Las soberanas aguas
Del aire en la region quién las sostiene;
De los rayos las fraguas;
Do los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno donde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el ayre todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el gallego insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra; humíllase la gente.
La lluvia baña el techo,
Envian largos rios los collados
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados,

Miran los labradores espantados.
Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.
Quíen rige las estrellas
Veré, y quíen las enciende con hermosas
Y eficaces centellas:
Porque están las dos osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.
Veré este fuego eterno
Fuente de vida y luz do se mantiene;
Y porque en el invierno
Tan presuroso viene:
Quíen en las noches largas le detiene.
Veré sin movimiento
En la mas alta esfera las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

ODA V.

A la Ascension.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto,
Y tú rompiendo el puro
Ayre, te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados,

Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A do convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quíen oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quíen le pondrá ya freno? ¿quíen concierto
Al viento fiero airado?
¿Estando tú cubierto
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
Aun de este breve gozo, qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

SONETO.

Agora con la Aurora se levanta
Mi luz, agora coge en rico nudo
El hermoso cabello, agora el crudo
Pecho ciñe con oro, y la garganta:
Agora vuelta al cielo pura y santa
Las manos y ojos bellos alza, y pudo
Dolerse agora de mi mal agudo:
Agora incomparable tañe y canta.
Así digo, y del dulce error llevado
Presente ante mis ojos la imagino,

Y lleno de humildad y amor la adoro.
Mas luego vuelve en sí el engañado
Ánimo, y conociendo el desatino,
La rienda suelta largamente al lloro.

EPITAFIO

Al túmulo del Príncipe Don Cárlos.

Aquí yacen de Cárlos los despojos;
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

COPLAS

A una desdeñosa.

Vuestra tirana esencion,
Y ese vuestro cuello erguido,
Estoy cierto que Cupido
Pondrá en dura sujecion.
Vivid esquiva y esenta,
Que á mi cuenta
Vos servireis al amor,
Cuando de vuestro dolor
Ninguno quiera hacer cuenta.
Cuando la dorada cumbre
Fuere de nieve esparcida,
Y las dos luces de vida
Recogieren ya su lumbre:
Cuando la ruga enojosa

En la hermosa
Frente y cara se mostrare,
Y el tiempo que vuela helare
Esa fresca y linda rosa:
Cuando os viéredes perdida,
Os perdereis por querer,
Sentireis que es padecer
Querer y no ser querida:
Direis con dolor, señora,
Cada hora:
¡Quien tuviera, ay sin ventura,
O agora aquella hermosura,
O entonces el amor de hora!
A mil gentes que agraviadas
Teneis con vuestra porfia,
Dejareis en aquel dia
Alegres y bien vengadas:
Y por mil partes volando,
Publicando
El amor irá este cuento,
Para aviso y escarmiento
De quien no sigue su bando.
Ay por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor graciosa y pura,
Que el no gozalla es perdella:
Y pues no menos discreta
Y perfeta
Sois que bella y desdeñosa,
Mirad que ninguna cosa
Hay que á amor no esté sujeta.
El amor gobierna el cielo,

Con ley dulce eternamente;
¿Y quereis vos ser valiente
Contra él? Acá en el suelo,
Da movimiento y viveza,
A la la belleza
El amor, y es dulce vida,
Y la suerte mas valida
Sin él es pobre tristeza.
¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale, si á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormis, señora,
En el solo y frio lecho?

NOTICIAS DE FRAY LUIS DE LEON.

Nació en Granada en el año de 1527. Tomó el hábito de San Agustin en el convento de Salamanca, donde profesó en 29 de enero de 1544. Siguió allí sus estudios con sumo aplauso, recibiendo el grado de doctor en Teología por aquella universidad, y ganando por oposicion al año siguiente de su grado, que fué en 1561, la cátedra que llamaban de Durando, y algun tiempo despues la de Escritura. Su gran conocimiento en lenguas orientales, y la

copiosa erudicion de que estaba dotado le hacian mirar como á uno de los mas sabios espositores de su tiempo. Pero esta misma reputacion le atrajo una grave persecucion de parte de sus émulos. Bajo el pretesto de que habia traducido el Libro de los Cantares al castellano, contra la prohibicion que habia entonces de hacer versiones de la Escritura en lengua vulgar, lograron sus inicuos enemigos que se le formase causa por la Inquisicion de Valladolid como sospechoso en la Fe. Cinco años estuvo preso en las cárceles de aquel Tribunal, al cabo de los cuales logró sincerarse de todos los cargos que se le hicieron, y salió libre y triunfante de la calumnia. Volvió á la universidad con júbilo de todos, y fue restituido á su cátedra y á sus honores. Su Religion le condecoró con varios empleos; y últimamente con el de provincial. Pero antes de egercerle, falleció en Madrigal de una enfermedad aguda que le arrebató á los 64 años de su edad en 23 de agosto de 1591. Don Francisco de Quevedo fue el primer editor de sus poesías, que se publicaron por él, dedicadas al Conde Duque, cuarenta años despues de la muerte de su Autor.

POESIAS

DE FRANCISCO DE LA TORRE *

Tirsi.

ÉGLOGA.

Al tiempo que la dulce primavera
A su primer estado reducia
El campo de belleza despojado,
Coronando de flores la ribera
Que el inclemente yerto invierno habia
Con sus yelos y nieves abrasado;
Bordando el verde prado
Con los vivos colores
De azules, blancas flores,
Vistiendo las desnudas plantas de hojas,
Cuales escuras-verdes, cuales rojas,
Entretegiendo el arboleda umbrosa,
Yedra con roble, vid con olmo hermosa:
En las concavidades de una piedra,
Que el presto curso de las aguas hace
En la ribera del Tesin florido,
Ornada toda de verbena y yedra,
Que á pura fuerza de las olas nace

* Autor desconocido.

En el yerto peñasco endurecido:
Lugar sacro, ofrecido
A las Ninfas sagradas
De sus claras moradas:
Al tiempo que la luz del claro Apolo
El cóncavo orizonte deja solo;
Para gozar del presto movimiento
Del animoso y encendido viento;
Aquí donde la fuente resonaba,
El ayre entre las flores se mecia,
Los valles resonaban sin aliento;
El viento su braveza suspendia,
Y las yerbas y rosas meneaba,
Dando á su perfeccion mas ornamento;
Donde el divino acento
De las bellas sirenas
De las aguas serenas
Del cristalino rio sosegado
Detenian el ánimo pasmado,
Haciendo la caduca vida eterna
Al regalado son de la voz tierna;
Cuando la clara luz del rojo Apolo
Por el profundo reyno de Neptuno
Al reyno de la Aurora descendia,
Dejando al mundo con su ausencia solo
Del rayo reluciente, que importuno,
Con mas ardor, que su sazon heria;
Los vientos encendia,
Las aguas aumentaba
Con las que derramaba
Tirsis cuitado, de quien es temida
Mas que su muerte su cansada vida,

Cuya probada, y rigurosa suerte
Le acrecienta la vida por la muerte.
De su dolor gravísimo vencido
Tales estremos suspirando hacia,
Que los peñascos duros ablandára,
Si consistiera en ellos el sentido,
Que en su ninfa terrible consistia,
Filis sin duda su enemiga cara:
Cuya belleza rara
No á Tirsi pastor solo,
Mas al divino Apolo
Dejar hiciera su dorada esfera
Por su hermosura rigurosa y fiera;
Cuando cobrando su perdido aliento,
Así soltó la triste voz al viento:
Agora que mi suerte me concede
Tiempo para llorar mi desventura,
Mayor ventura que del cielo espero,
Fuerza será que convertido quede
En una planta, en una piedra dura,
Pues que de mi remedio desespero.
Amor injusto y fiero,
Disimulado amigo,
Encubierto enemigo,
Que mi rendido y lastimado pecho
Un infierno de penas tienes hecho,
Por haberme mostrado escasamente
La gloria de tu cielo reluciente:
Si con el alma, con la vida y gloria
Que mi perdida libertad me daba,
Satisfice la gloria que me diste,
Y si de mis despojos y victoria

Ganada voluntad, firmeza esclava,
Corona y triunfo al enemigo hiciste:
¿Qué cruda furia triste
Persigue mi sosiego
Talando á sangre y fuego
El real de mi pecho saqueado
A mi contrario francamente dado,
Si basta ser como á prision rendido,
Sin ser como enemigo perseguido?
Allá tu poderosa mano vuelve,
Donde por el rigor del mar helado
No se puede extender tu ardiente fuego;
Que si como la siento, allí revuelve,
Poco será quedar tan abrasado
Como yo de llorar mis males ciego.
Pasa encendiendo luego
Aquel esento pecho
Que niega tu derecho
Despreciando soberbia y crudamente
La dulce ley de tu rigor clemente,
De cuyo rigoroso altivo brio
Tiene principio el grave llanto mio.
No pudo proseguir las justas quejas,
Que del injusto y fiero amor formaba
El desdichado Tirsi desamado,
Por llegar resonando á sus orejas
Un *ay* de rato en rato, que arrancaba
El corazon mas libre de cuidado:
Y habiendo apresurado
Por entre lo escondido
De un valle florecido
Siguiendo los suspiros dolorosos

Los tardos pasos menos perezosos;
Hallando la ocasion de aquel estruendo,
Descuidado de sí quedó advirtiendo.
La mano de alabastro sustentando
El claro cielo al suelo reclinado,
Aljofarando el prado florecido,
Como queda la mustia Clicie, cuando
Su claro amante queda transportado,
Una ninfa del sacro rio vido,
Cuyo dolor crecido
Vertido por los ojos,
Por últimos despojos
De la alma mas rendida que afligida,
Y mas aborrecida que rendida,
Declaraban la pena lamentable
Del espíritu suyo miserable.
Cuya belleza celestial mirando
Tan elevado se quedó advirtiendo
Como si la divina inmensa viera:
Y si del triste sentimiento blando,
Con que sus ansias iba despidiendo,
Al lastimado suyo no volviera,
No dudára que fuera
En piedra convertido,
Estando suspendido
En aquella vision maravillosa
A su sentido natural gloriosa:
Cuyo causado extraordinario espanto
No pudiera venir sino de tanto.
Y habiendo con suspiros dolorosos,
Con tristísimas lagrimas habiendo
Su gravísima pena declarado,

Deteniendo los vientos animosos,
Las sonorosas aguas deteniendo
Con un volver de ojos sosegado,
Al son dulce acordado
De una sonora lira
Amansando la ira
De los contrarios fieros elementos
Revueltos de la furia de los vientos,
Dijo aquellas palabras lastimadas
De un mar de llanto y penas escapadas.
Injustísimo amor, ¿por que consientes,
Que el triunfante contrario de mi vida
Desprecie los despojos ofrecidos?
Tú que los rigurosos accidentes
Que el alma triste tienen consumida
Tienes injustamente concebidos,
Abrasa los sentidos
Mas helados que nieve
De un libre que se atreve,
En solo su flaqueza confiado,
Resistir tu poder jamas domado.
Basta morir contino lastimada,
Sin vivir juntamente despreciada.
Tú que los abrasados corazones
Con hielo enciendes, y con fuego hielas,
Prendes, y libras milagrosamente;
Tú que las ardentísimas pasiones
De los amantes míseros consuelas
Con la esperanza que el dolor consiente,
Vuelve furiosamente
Tu no vencida mano
Al corazon tirano

Del riguroso endurecido pecho,
De sola su dureza satisfecho:
Y sienta tu potencia poderosa
Quien la desprecia como poca cosa.
Porque si justo, amor injusto, fueras,
Ya tuvieras pasado el pecho esento
Del fiero monstruo que adorando vivo:
Ya tuviera tu mano cruda y fiera
Ablandado el rigor del crudo intento
Que tu descuido tiene tan altivo.
Basta el cuerpo cautivo,
Sin rogar tanto en vano
Al vencedor tirano,
Que desprecia de un alma la victoria
Por ser para su brio poca gloria,
Por ser ¡ay triste! de quien él desama;
Que á tí te puede dar un alma fama.
Las derramadas lágrimas ardientes,
El ahinco del pecho levantado
Con las ansias del alma desamada,
Con otros mil contrarios accidentes
Que en un pecho de amor jamas tocado
Acabáran la vida fatigada;
La triste voz cansada
Apenas despedida
Del alma entristecida;
El aliento vital entorpecido,
El sentimiento sin ningun sentido;
Tanto con sus pasiones acabaron;
Que la divina ninfa desmayaron.
En el suelo cayó, como la rosa,
Que habiendo sido en el florido prado

Del nectar del Aurora sustentada,
Apenas la sazon del año hermosa,
Que sustentó su tiempo florecido,
Tras el invierno yerto fué pasada,
Cuando tras ella entrada
La sazon inclemente
De la calor ardiente
Los campos deleitosos abrasando,
Las sombras de los árboles negando,
Cuando de su color hermoso falta
Reclina la corona de hojas alta.
Y el cuitado pastor, que atento habia
Las dolorosas quejas escuchado
Con lágrimas de amor solemnizadas,
Viendo la ninfa desmayada y fria,
El color de su rostro demudado,
Luego salió de aquellas enramadas;
Y con voces turbadas,
Hermosa ninfa, dice,
¿Qué fortuna infelice
Turbó la nieve, y el cristal, y el ostro,
Colores vivas de tu bello rostro,
Que muestras tu belleza milagrosa,
Perdido el vivo de su luz hermosa?
Volvió luego la ninfa suspirando,
Y al desamado Tirsi conociendo,
No desdeñó su dulce compañía,
Y los cansados miembros levantando
Poco á poco se fueron recogiendo
A la parte del valle mas sombría:
Cuya caverna umbría
De plantas coronada,

De flores matizada,
Es deleitosa parte defendida
De la furia del ayre embravecida,
De los ardientes rayos, que el verano
Apolo tiende por el monte y llano.
De donde sobre mármoles de Paro
Como la nieve de la sierra helada
Una fuente clarísima salia,
Cuyo cristal mas puro, vivo y claro
Que el agua de la sierra despeñada,
El alameda fresca producia.
Donde, despues que habia
Por un camino usado
Los árboles regado,
Por unos yertos riscos empinados
Del curso de las aguas quebrantados,
Haciendo un ronco son de peña en peña
En el sagrado rio se despeña.
Cuya rara belleza contemplando
Del deleitoso valle convidados,
En torno de la fuente se sentaron;
Y sus penas gravísimas contando,
Uno del otro amante consolados,
El rigor de sus males aliviaron:
Cuando cerca escucharon
Un pastor lastimado
De su bien apartado
Que cantando divina y dulcemente
De aquella gloria que gozó presente,
A la fuente purísima venia
Buscando su querida compañía.
Y á cantar incitados juntamente

Del mandamiento de la ninfa hermosa,
Sus sonorosas liras acordadas,
Al rio deteniendo su corriente
Y al aura su presteza bulliciosa,
Dulcemente sonaron meneadas:
Las selvas admiradas
No resonaron tanto
Al sonoroso canto
Con que los dos pastores lastimados
Aliviaron cantando sus cuidados,
Como cuando las hiere Boreas crudo,
Noto furioso de piedad desnudo.
Pusieron fin al canto sonoroso
Y el claro sol al espacioso dia;
Acaso por oillos detenido;
Y dejando la fuente y valle umbroso,
Se fueron recogiendo en compañía
A su comun albergue conocido.
Cuyo techo florido
De plantas enramado
Habiéndose acabado,
La ninfa se dejó llevar del rio,
A su profundo cavernoso y frio;
Y los pastores, apartados della,
A su cabaña fresca, verde y bella.

CANCION PRIMERA.

La Tórtola.

Tórtola solitaria, que llorando
Tu bien pasado y tu dolor presente,
Ensordeces la selva con gemidos
Cuyo ánimo doliente
Se mitiga penando
Bienes asegurados y perdidos:
Si inclinas los oidos
A las piadosas y dolientes quejas
De un espíritu amargo,
(Breve consuelo de un dolor tan largo
Con quien amarga soledad, me aquejas)
Yo con tu compañía,
Y acaso á tí se aliviará la mia.
La rigurosa mano que me aparta
Como á tí de tu bien, á mí del mio,
Cargada va de triunfos y victorias:
Sábelo el monte y rio,
Que está cansada y harta
De marchitar en flor mis dulces glorias:
Y si eran trasitorias,
Acabáralas golpe de fortuna:
No viera yo cubierto,
De turbias nubes cielo que ví abierto
En la fuerza mayor de mi fortuna;
Que acabado con ellas
Acabáran mis llantos y querellas.
Parece que me escuchas, y parece

Que te cuento su mal, que roncamente
Lloras tu compañía desdichada:
El ánimo doliente
Que el dolor apetece
Por un alivio de su suerte ayrada,
La mas apasionada
Mas agradable de parece, en tanto
Que el alma dolorosa
Llorando su desdicha rigurosa
Baña los ojos con eterno llanto;
Cuya pasion afloja
La vida al cuerpo, al alma la congoja.
¿No regalaste con tus quejas tiernas
Por solitarios y desiertos prados,
Hombres y fieras, cielos y elementos?
¿Lloraste tus cuidados
Con lágrimas eternas,
Duras y encomendadas á los vientos?
¿No son tus sentimientos
De tanta compasion y tan dolientes,
Que enternecen los pechos,
A rigurosas sinrazones hechos,
Que los haces crueles de clementes?
¿En qué ofendiste tanto,
Cuitada, que te sigue miedo y llanto?
Quien te vé por los montes solitarios
Mustia y enmudecida y elevada
De los casados árboles huyendo,
Sola y desamparada
A los fieros contrarios,
Que te tienen en vida padeciendo:
Señal de agüero horrendo

Mostrarian tus ojos anublados,
Con las cerradas nieblas
Que levantó la muerte, y las tinieblas
De tus bienes supremos y pasados:
Llora, cuitada, llora
Al venir de la noche y de la aurora;
Llora, desventurada, llora cuando
Vieres resplandecer la soberana
Lámpara del Oriente luminoso:
Cuando su blanca hermana
Muestra su rostro blando
Al pastorcillo de su sol quejoso:
Y con llanto piadoso
Quéjate á las estrellas relucientes,
Regálate con ellas,
Que ellas tambien amaron bien, y dellas
Padecieron mortales accidentes.
No temas que tu llanto
Esconda el cielo en el nocturno espanto.
¿Dónde vas, avecilla desdichada?
¿Donde puedes estar mas afligida?
¿Hágote compañía con mi llanto?
¿Busco yo nueva vida
Que la desventurada
Que me persigue, y que te aflige tanto?
Mira que mi quebranto,
Por ser como tu pena rigurosa,
Busca tu compañía:
No menosprecies la doliente mia,
Por menos fatigada y dolorosa;
Que si te persuadieras,
Con la dureza de mi mal vivieras.

¿Vuelas al fin, y al fin te van llorando?
El cielo te defienda, y acreciente
Tu soledad, y tu dolor eterno.
Avecilla doliente
Andes la selva errando
Con el sonido de tu arrullo eterno:
Y cuando el sempiterno
Cielo cerrare tus cansados ojos,
Llórete Filomena
Ya regalada un tiempo con tu pena,
Sus hijos hechos míseros despojos
Del azor atrevido
Que adulteró su regalado nido.
Cancion, en la corteza de este roble
Solo y desamparado
De verdes hojas, verde vid y verde
Yedra quedad; que el hado,
Que mi ventura pierde,
Mas esteril y solo se me ha dado.

CANCION SEGUNDA.

La Cierva.

Doliente cierva, que el herido lado
De ponzoñosa y cruda yerba lleno
Buscas el agua de la fuente pura,
Con el cansado aliento y con el seno
Bello de la corriente sangre hinchado,
Débil y decaida tu hermosura:
¡Ay! que la mano dura
Que tu nevado pecho

Ha puesto en tal estrecho,
Gozosa va con tu desdicha, cuando
Cierva mortal, viviendo, estás penando
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho pasado del veloz montero:
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte:
Morirás en su seno, reclinando
La beldad, que la cruda mano esconde
Delante de la nube de la muerte.
Que el paso duro, y fuerte,
Ya forzoso y terrible,
No puede ser posible
Que le escusen los cielos; permitiendo
Crudos astros que muera padeciendo
Las asechanzas de un montero crudo,
Que te vino siguiendo
Por los desiertos de este campo mudo.
Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,
Del crudo amor vencido y maltratado:
Tú con el fatigado aliento pruebas
A rendir el espíritu doliente
En la corriente de este valle amado.
Que el ciervo desangrado,
Que contigo la vida
Tuvo por bien perdida,
No fué tan poco de tu amor querido,
Que habiendo tan cruelmente padecido,
Quieras vivir sin él, cuando pudieras

Librar el pecho herido
De crudas llagas y memorias fieras.
Cuando por la espesura deste prado
Como tórtolas solas y queridas,
Solos y acompañados anduvistes:
Cuando de verde mirto y de floridas
Violetas, tierno acanto y lauro amado,
Vuestras frentes bellísimas ceñistes:
Cuando las horas tristes,
Ausentes y queridos,
Con mil mustios bramidos
Ensordecistes la ribera umbrosa
Del claro Tajo, rica y venturosa
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;
Cuya muerte penosa
No deja rastro de contenta vida.
Agora el uno, cuerpo muerto lleno
De desden y de espanto, quien solia
Ser ornamento de la selva umbrosa:
Tú, quebrantada y mustia, al agonía
De la muerte rendida, el bello seno
Agonizando, el alma congojosa:
Cuya muerte gloriosa,
En los ojos de aquellos,
Cuyos despojos bellos
Son victorias del crudo amor furioso,
Martirio fué de amor, triunfo glorioso
Con que corona y premia dos amantes
Que del siempre rabioso
Trance mortal salieron muy triunfantes.
Cancion, fábula un tiempo, y caso agora
De una cierva doliente, que la dura

Flecha del cazador dejó sin vida,
Errad por la espesura
Del monte, que de gloria tan perdida
No hay sino lamentar su desventura.

ODA I.

Mira, Filis, furiosa
Onda, que sigue y huye la ribera
Y torna presurosa
Echando al punto fuera
Del agua el peso de la nao ligera.
Aquellas despojadas
Plantas, que son estériles abrojos,
Solian adornadas
De cárdenos y rojos
Ramos lucir ante tus bellos ojos.
Vino del Austro frio
Invierno yerto, y abrasó la hermosa
Gloria del valle umbrío,
Y derribó la hojosa
Corona de los árboles umbrosa.
Agora que el Oriente
De tu belleza reverbera, agora
Que el rayo trasparente
De la rosada Aurora
Abre tus ojos y tu frente dora:
Antes que la dorada
Cumbre de relucientes llamas de oro,
Húmeda y argentada,
Quede inútil tesoro
Consagrado al errante y fijo Coro;

Goza Filis del aura
Que la concha de Venus hiere; dado
Que apenas se restaura
El contento pasado,
Como el dia de ayer; y el no gozado.
Vendrá la temerosa
Noche, de nieblas y de vientos llena:
Marchitará la rosa
Purpúrea; y la azucena
Nevada, mustia tornará de amena.

ODA II.

¿Tirsis? ¿ah Tirsis? Vuelve y endereza
Tu navecilla contrastada y fragil
A la seguridad del puerto; mira
Que se te cierra el cielo.
El frio Boreas y el ardiente Noto
Apoderados de la mar insana,
Anegaron agora en este piélago
Una dichosa nave.
Clamó la gente mísera, y el cielo
Escondió los clamores y gemidos
Entre los rayos y espantosos truenos
De su turbada cara.
¡Ay que me dice tu animoso pecho;
Que tus atrevimientos mal regidos
Te ordenan algun caso desastrado
Al romper de tu oriente!
¿No ves cuitado, que el hinchado Noto
Trae en sus remolinos polvorosos
Las imitadas mal seguras alas
De un atrevido mozo?

No ves, que la tormenta rigurosa
Viene del abrasado monte donde
Yace muriendo vivo el temerario
Encelado, y Tifeo?
Conoce, desdichado, tu fortuna,
Y preven á tu mal: que la desdicha
Prevenida con tiempo no penetra
Tanto como la súbita.
¡Ay que te pierdes! Vuelve, Tirsis, vuelve:
Tierra, tierra, que brama tu navío,
Hecho prision y cueva sonorosa
De los hinchados vientos.
Allá se avenga el mar, allá se avengan
Los mal regidos súbditos del fiero
Éolo, con soberbios navegantes,
Que su furor desprecian.
Miremos la tormenta rigurosa
Dende la playa: que el airado cielo
Menos se encrüelece de continuo
Con quien se anima ménos.

ODA III.

¿Viste, Filis, herida
Cierva de la saeta, que temiendo
Nuevo daño, la vida
Cara pierde, vertiendo
La roja sangre que dilata huyendo?
¿Viste resplandeciente
Cielo, del cuerpo de las nubes suelto
Turbarse, y el ardiente
Soplo de Boreas vuelto,
Dejar el mundo en sombra y agua envuelto?

¿Viste de la empinada
Cumbre sacar á Febo la cabeza
Roja, y acelerada
Noche con gran tristeza
Salir escureciendo su belleza?
¿Viste volando hermosa
Garza señorearse deste Cielo,
Y salir de la odiosa
Mano, torciendo el vuelo,
Sacre que la derriba por el suelo?
¿Lucidas flores viste,
A quien, o Aurora, fuiste su Lucina,
Y viene el Euro triste,
Y á la tierra reclina
La corona de hojas mortecina?
Así fué mi ventura,
Y así, Filis, podria ser tu suerte:
No vivas tan segura
Del mal; que hasta la muerte
No hay estado tan firme, que sea fuerte.
Cuando Jupiter tira
A las alturas de la humilde tierra,
Jamas alcanza su ira
Al valle; que en la sierra
Yace penando quien le armó la guerra.
El ayre se embravece,
Y entre los verdes árboles bramando
Cobra fuerzas y crece,
Sopla, y está silvando,
Y en el suelo las flores regalando.

ODA IV.

Sale de la sagrada,
Cipro la soberana ninfa Flora,
Vestida y adornada
Del color de la Aurora,
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro
Las alturas huyendo
Un arroyuelo claro,
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bramando y salta;
Y codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando
Con la espuma que cuaja golpeando.
Viste y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona
De plantas, y florece
Las que apenas perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso Céfiro encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor, y aquel de olor sagrado.

Y reducido cuanto
Baña el mar, tiene el suelo, el cielo cria,
A mas bien con el llanto,
Que al asomar del dia
Viene haciendo la Aurora húmida y fria:
Todo brota y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.
Yo triste, el cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia;
Y que si rayo viere
De aquella luz del dia,
Furioso sea, y no como solia.
Renueva Filis esta
Esperanza marchita, que la helada
Aura de tu respuesta
Tiene desalentada.
Ven, primavera, ven, mi flor amada:
Ven, Filis, y del grato
Invidiado contento del aldea
Goza; que el pecho ingrato,
Que tu beldad afea,
Aquí tendrá el descanso que desea.

SONETO I.

Salve, sagrado y cristalino rio,
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.

Salve, y dilata tu ancho poderío
Por la orla sabea, y el dorado
Cerco de perlas, que el licor sagrado
Enriquece tu eterno señorío.
Y así tus ninfas te detengan, cuando
Pases por el estrecho deleitoso
De la concha de Venus amorosa;
Que saques la cabeza serenando
Este cerco de nubes espantoso,
En compañía de mi ninfa hermosa.

SONETO II.

¡Cuantas veces te me has engalanado,
Clara y amiga Noche! ¡Cuantas llena
De oscuridad y espanto, la serena
Mansedumbre del cielo me has turbado?
Estrellas hay que saben mi cuidado,
Y que se han regalado con mi pena:
Que entre tanta beldad, la mas agena
De amor tiene su pecho enamorado.
Ellas saben amar, y saben ellas
Que he contado su mal llorando el mio,
Envuelto en los dobleces de tu manto.
Tú, con mil ojos, Noche, mis querellas
Oye y esconde; pues mi amargo llanto
Es fruto inútil, que al amor envio.

SONETO III.

Bella es mi ninfa, si los lazos de oro
Al apacible viento desordena:

Bella, si de sus ojos anagena
El altivo desden que siempre lloro:
Bella, si con la luz que sola adoro
La tempestad del viento y mar serena:
Bella, si á la dureza de mi pena
Vuelve las gracias del celeste coro:
Bella, si mansa: bella, si terrible:
Bella, si cruda: bella esquiva y bella:
Si vuelve grave aquella luz del cielo
Cuya beldad humana y apacible,
Ni se puede saber lo que es sin vella,
Ni, vista, entenderá lo que es el velo.

SONETO IV.

Si lo que el alma me revela, cuando
Filis, contemplo la divina y rara
Beldad al mundo, mas que el cielo clara,
Que adoro ardiendo, y reverencio amando,
Con el acento doloroso y blando,
Que me quejo de tí, significára;
Parára al sol, las fieras humillára,
Arrebatára el cielo contemplando.
Mas como el rayo de tus bellos ojos
Otras tinieblas amanece agora
En el que fué mi ocaso escurecido,
Silencio eterno esconde el que te adora,
A quien los rayos de tu oriente rojos
Encubren nubes de perpetuo olvido.

SONETO V.

Viva yo siempre así con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le sorveda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tu dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido.
Por tí, cruel, olvidé mi ganado,
Y le dejé sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tú amaste):
Un cabritillo desde el collado
Monte ví yo llevar; lloré, y presente,
A mi dolor soberbia te gozaste.

SONETO VI.

Filis, mas bella y mas resplandeciente
Que el claro cielo y que el ameno prado,
Este gamo, de flores coronado,
Que á su madre quité, te ofrezco ausente.
Riyéndoseme agora dulcemente
Me le pidió Testilis: mas cansado
Me tienen ya sus risas, que un helado
Ceño me ha de perder eternamente.
A tí le doy, y á tí tambien te guardo
Dos tórtolas hermosas, y una bella
Garza, que ayer cogí del monte al rio.
Y si el amor de Tirsis por el mio
Quieres dejar, escoge tú de aquella
Manada mia un toro blanco y pardo.

SONETO VII.

Pastor que lees en esta y en aquella
Planta, *Fili y Damon que á Fili adora*,
Sabe que tanto fué piadosa agora
Fili á Damon, cuanto es terrible y bella.
¡Ay! yo la llamo, yo la ruego, y ella,
Mísero, no me escucha, y huye á la hora,
Y cuanto me huye mas, mas me enamora,
Que en ella puso su crueldad mi estrella.
Ayer llevando mi ganado al rio,
Al pie de un verde mirto entretejiendo
Violetas y amaranto la ví sola:
Ladró Melampo, y ella cruel huyendo,
Desamparando monte y valle umbrío,
Huyó de mí, y el viento socorrióla.

SONETO VIII.

Mi propio amor entiendo, que es la cierta
Causa que mi ganado sin contento
Se rige apena en pie; no lluvia ó viento,
Ni pasto amargo de montaña yerta.
Mas ¿qué cuidado es este, si la incierta
Muerte luchando con el alma siento,
Y, Filis cruda, nunca me arrepiento
De verte siempre de piedad desierta?
¡Oh si al menos sobre este monte yerto,
Adonde lloro de continuo tanto,
Aquel pino cubriese el cuerpo mio:
Y pasando por este valle umbrío,
Dijeses, Filis, con amargo llanto,
Allí yace mi triste amante muerto!

SONETO IX.

Esta es, Tirsis, la fuente do solía
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñía.
Aquí, Tirsis, la ví cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella:
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva de este monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra y de violetas tiernas.
Al prado y haya y cueva y monte y fuente
Y al cielo, desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

ENDECHAS.

I.

El pastor mas triste
Que ha seguido el Cielo,
Dos fuentes sus ojos,
Y un fuego su pecho;
Llorando caidas
De altos pensamientos,
Solo se querella
Riberas del Duero.
El silencio amigo,
Compañero eterno

De la noche sola.
Oye su tormento.
Sus endechas llevan
Rigurosos vientos,
Como su firmeza
Mal tenidos celos.
Solo y pensativo
Le halla el claro Febo,
Sale su Diana,
Y hállala gimiendo.
Cielo que le aparta
De su bien inmenso,
Le ha puesto en estado
De ningun consuelo.
Tórtola cuitada,
Que el montero fiero
Le quitó la gloria
De su compañero,
Elevada y mustia
Del piadoso acento,
Que oye suspirando
Entregar al viento:
Porque no se pierdan
Suspiros tan tiernos,
Ella los recoge,
Que se duele dellos;
Y por ser más dulces
Que su arrullo tierno,
De su soledad
Se queja con ellos.
¿Que ha de hacer el triste?
Pierda el sufrimiento,

Que tras lo perdido
No caerá contento.

II.

Corona del Cielo,
Ariadna bella,
Conocida estrella
Del nocturno velo.
Tú sola del coro
De las lumbres bellas
Oye mis querellas,
Pues tus males lloro.
Tú fuiste querida,
Y olvidada fuiste;
Yo querido y triste,
Quien me amó, me olvida.
El dolor estrecho
De mi suerte ayrada
Trae mi alma forzada
Dentro de mi pecho.
¿Que pretende el cielo
Tras agravio tanto,
Si al verter mi llanto
Le transforma en hielo?
¿Por ventura fuí
Tan terrible y duro,
Que miré seguro
El bien que perdí?
Mas mi dolor fiero,
Como ha de acabarme,
No viene á matarme

Sin mortal agüero.
¡Ay, del sin ventura,
Que ha de amar forzado!
Siempre al desdichado
Sigue suerte dura.

III.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura;
Tú, que el valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno;
Quejas inmortales
Hieren tus sentidos,
Que á bienes perdidos
No hay medianos males.
Vuelve donde mueras
Las fieras que dejas,
Que no son tus quejas
Para monte y cuevas.
En el valle, donde
Tu dolor te cela,
Nadie te consuela,
Nadie te responde.
Llora, Filomena,
Cierva herida brama,
Y Eco que te llama
Te cuenta tu pena.

Tu gloria fué tal,
Que hizo ser temida;
Pero tu caida
Fué temido mal.
Si mi compañía
Triste y desdichada
Por sola te agrada,
Oye mi agonía.
Cielos y hados crueles,
Monte y valle ofendido,
Los ayres enciendo,
Las aguas amanso.

IV.

Filis rigurosa
Sobre cuantas oria
La ribera fria
De Xarama hermosa:
Y si mi fiel lamento
Mas endurecida,
Que montaña herida
De alterado viento;
¡Ay que la razon
Que á llorar me fuerza,
Tu rigor la esfuerza,
Como á mi pasion!
Si Cielo piadoso
Por mí permitiera,
Que no me doliera
Tu desden rabioso,
Quejas inhumanas

No te endurecieran;
Porque á humana fueran
Canciones humanas:
Mas pues duro cielo
Con mi fé y mi llanto
Te endurece tanto,
No me sufra el suelo.
Mi dolor te canse,
Mi razon te indine,
Y el cielo se incline
Contra quien te amanse.
Triste y apartado
En esta ribera,
Piedra, planta ó fiera
Quede transformado.
Mis penas y enojos
Rompan con mi amor,
Y no haya pastor
Que cierre mis ojos;
Que tú, que mi vida
Tienes ya de suerte,
Que desea la muerte
Por aborrecida,
Tu dirás, en vano:
¡Ay pecho nevado,
Que mal que has tratado
Su amor soberano!
Tú, que con tu amor
Sueles piadosa
Por la selva umbrosa
Templar su dolor:
Y en sus ojos fries,

Ya para tí hermosos,
Volverlos furiosos,
Que lloran los mios;
Tú los fijarás
En la piedra escura
De mi sepultura,
Cuando no querrás.
Cuando la razon,
Que á llorar te obligue,
Aun no te mitigue
Con igual pasion:
Cuando fuentes frias
Laven el error,
Que causó el rigor
De mis agonías;
Cuando coronando
Mi sepulcro triste
Con la flor que viste
Flora el campo blando,
Suspiros despidas,
Quejas te oyga el Cielo,
Que este es el consuelo
De glorias perdidas.
Mas, ¡ay Filis! temo
Tu visto rigor,
Que de mi dolor
No es el bien supremo.
Cualquiera contento
Fuera bien crecido,
Pero lo sufrido
No tiene descuento.
Ni tú tratarás

De aliviar mi llanto,
Tú, á quien mi quebranto
No movió jamás.
Que pues tanta muerte
Nunca te ha movido,
La que tú has querido
No podrá moverte.

POESÍAS
DE FERNANDO DE HERRERA.

CANCION I.

A Don Juan de Austria.

Cuando con resonante
Rayo y furor del brazo impetuoso
A Encélado arrogante
Júpiter poderoso
Despeñó ayrado en Etna cavernoso;
Y la vencida tierra,
A su imperio rebelde, quebrantada,
Desamparó la guerra,
Por la sangrienta espada
De Marte, aun con mil muertes no domada;
En el sereno polo
Con la suave cítara presente
Cantó el crinado Apolo
Entonces dulcemente,
Y en oro y lauro coronó su frente.
La canora armonía
Suspendia de Dioses el Senado;
Y el cielo que movia
Su curso arrebatado,
El vuelo reprimia enagenado.

Halagaba el sonido
Al piélago sañudo, al raudo viento
Su fragor encogido,
Y con divino aliento
Las musas consonaban á su intento.
Cantaba la victoria
Del ejército etéreo y fortaleza,
Que engrandeció su gloria;
El horror y aspereza
De la titania estirpe y su fiereza.
De Palas Atenea
El gorgóneo terror, la ardiente lanza;
Del Rey de la onda egea
La indómita pujanza;
Y del hercúleo brazo la venganza.
Mas del Bistonio Marte
Hizo en grande alabanza luenga muestra,
Cantando fuerza y arte
De aquella armada diestra,
Que á la flegréa hueste fué siniestra.
A tí, decia, escudo,
A tí del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo
El escuadron sañoso
Con sierpes enroscadas espantoso.
Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte;
Y abrió con diestra suerte
El pecho de Peloro tu asta fuerte.
¡O hijo esclarecido
De Junо! ¡o duro y no cansado pecho!

Por quien cayó vencido,
Y en peligroso estrecho
Mimante pavoroso fué deshecho.
Tú cubierto de acero,
Tú estrago de los hombres indinado,
Con sangre hórrido y fiero,
Rompiste acelerado
Del ancho muro el torreon alzado.
A tí libre ya debe
Del recelo saturnio, que el profano
Linage, que se atreve
A alzar la osada mano,
Sienta su bravo orgullo salir vano.
Mas aunque resplandezca
Esta victoria tuya conocida
Con gloria, que merezca
Gozar eterna vida,
Sin que yaga en tinieblas ofendida:
Vendrá tiempo en que tenga
Tu memoria el olvido, y la termine;
Y la tierra sostenga
Un valor tan insine
Que ante él desmaye el tuyo, y se le incline.
Y el fertil occidente,
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,
Descubrirá presente
Con prez y honor de España
La lumbre singular de esta hazaña.
Que el cielo le concede
A aquel ramo de Cesar invencible,
Que su valor herede,
Para que al Turco horrible

Derribe el corazon y ardor terrible.
Vese el pérfido bando
En la fragosa, yerta, aérea cumbre,
Que sube amenazando
La soberana lumbre,
Fiado en su animosa muchedumbre.
Y allí, de miedo ageno,
Corre cual suelta cabra, y se abalanza
Con el fogoso trueno
De su cubierta estanza,
Y sigue de sus odios la venganza.
Mas despues que aparece
El jóven de Austria en la enriscada sierra,
Frio miedo entorpece
Al rebelde, y atierra
Con espanto y con muerte la impia guerra.
Cual tempestad ondosa
Con horrísono estruendo se levanta,
Y la nave medrosa
De rabia y furia tanta
Entre peñascos ásperos quebranta;
O cual de cerco estrecho
El flamígero rayo se desata
Con luengo sulco hecho,
Y rompe y desbarata
Cuanto al encuentro su ímpetu arrebata.
La fama alzará luego
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando su gloria,
Con puro lampo de inmortal memoria.
Y extenderá su nombre

Por do céfiro espira en blando vuelo,
Con ínclito renombre
Al remoto indio suelo,
Y á do esparce el rigor helado el cielo.
Si Peloro tuviera
Parte de su destreza y valentía,
Él solo te venciera,
Gradivo, aunque á porfia
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.
Si este al cielo amparára
Contra las duras fuerzas de Mimante,
Ni el trance recelára
El vencedor Tonante,
Ni sacudiera el brazo fulminante.
Traed, cielos, huyendo
Este cansado tiempo espacioso,
Que oprime deteniendo
El curso glorioso:
Haced que se adelante presuroso.
Así la lira suena,
Y Jove el canto afirma, y se estremece
El Olimpo, y resuena
En torno, y resplandece,
Y Mavorte dudoso se escurece.

CANCION II.

A la batalla de Lepanto.

Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.

Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero:
Sus escogidos Príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo; y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al ministerio injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros mas excelsos de la cima;
Y el arbol, que mas yerto se sublima,
Bebiendo agenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.
Temblaron los pequeños confundidos
Del ímpio furor suyo; alzó la frente
Contra tí, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante,
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazon de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en tí confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel insolente y desdeñoso:
¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?
¿Ó valieron sus pechos
Contra ellos con el Úngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?

¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la Luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas estan en su defensa:
Y aunque no; ¿quién hacerme puede ofensa?
Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,
Y me dan, por salvarse, ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen;
Sus fuertes á la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio;
Del Nilo á Eufrates fértil é Istro frio,
Cuanto el sol alto mira, todo es mio.
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima
Prevaleciendo en vanidad y en ira;
Este soberbio mira
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima;
Y en sus cuerpos cruël las fieras cebe
Y en su esparcida sangre el ódio pruebe:

Que hechos ya su oprobrio, dice: ¿donde
El Dios de estos está? ¿de quien se asconde?
Por la debida gloria de tu nombre;
Por la justa venganza de tu gente;
Por aquel de los míseros gemido
Vuelve el brazo tendído
Contra este, que aborrece ya ser hombre,
Y las honras, que celas tú, consiente;
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor á tu enemigo,
Y la injuria á tu nombre cometida
Sea el yerro contrario de su vida.
Levantó la cabeza el poderoso,
Que tanto odio te tiene, en nuestro estrago,
Juntó el consejo; y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de su sangre un grande lago;
Destruyamos á estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y portentosa Egito
Los Arabes y leves Africanos,
Y los que Grecia junta mal con ellos,
Con los erguidos cuellos,
Con gran poder, y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Jóven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sion querida siempre viva.
Cual leon á la presa apercibido,
Sin recelo los ímpios esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazon desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban:
Sus manos á la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.
Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos;
Que mil huyendo de uno se pasmaron:
Cual fuego abrasa selvas cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste.
Quebrantaste al cruel dragon, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,

Y sus brazos terribles no vencidos:
Que con hondos gemidos
Se retira á su cueva, do silbando
Tiembla con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu leon temiendo las hazañas,
Que, saliendo de España, dió un rugido,
Que lo dejó asombrado y aturdido.
Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varon y su grandeza,
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu dia es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza,
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro que á los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá á la luz del cielo,
Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde á la esperanza
Egicia, y gloria de su confianza;
Triste, que á ella pareces, no temiendo
A Dios, y á tu remedio no atendiendo:
Porque ingrata tus hijas adornaste,
En adulterio infame á una ímpia gente,
Que deseaba profanar tus frutos;
Y con ojos enjutos,

Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya: ¿quien, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?
Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro;
Que en tus naves estabas gloriosa
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacias guerra,
De temor la cubrias con suspiro;
¿Como acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quien pensó á tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
Y derribar tus ínclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento:
¿Quien ya tendrá de tí lástima alguna,
Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera en vicios sumergida?
¿Quien mostrará un liviano sentimiento?
¿Quien rogará por tí? Que á Dios enciende
Tu ira y la arrogancia, que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza.
Han vuelto contra tí á pedir venganza.
Los que vieron tus brazos quebrantados
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus ondas turbaron y llanura;
Viendo tu muerte oscura,
Dirán de tus estragos quebrantados:
¿Quien contra la espantosa tanto pudo?

El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su Príncipe Cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria
A su España concede esta victoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
Que despues de los daños padecidos,
Despues de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre, o nuestro Dios, nuestro consuelo;
Y la cerviz rebelde condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

SONETO I.

Al mismo asunto.

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado:
Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando el ímpio quebrantado.
Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra, que jamas vió el cielo,
Y mas dudosa y singular hazaña;
Y dí, que solo mereció la gloria,
Que tanto nombre dá á tu sacro suelo,
El joven de Austria y el valor de España.

CANCION III.

A la pérdida del Rey Don Sebastian.

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel dia fatal aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria:
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente,
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo de Oriente
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pásaron confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros, en tí, Libia desierta!
Y en su vigor y fuerzas engañados
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la incierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero!
Vino el dia cruel, el dia lleno

De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto
De gente y de placer el reyno ageno.
El Cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo Sol, preságo de mal tanto;
Y con terrible espanto
El Señor visitó sobre sus males,
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que con osados pechos y constantes
No busquen oro; mas con hierro ayrado
La ofensa venguen y el error culpado.
Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,
Mezquina Lusitania sin ventura.
Y con frente segura
Rompieron sin temor con fiero estrago
Tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los belígeros varones
Que conturbaron con furor la tierra?
Que sacudieron reynos poderosos?
Que domaron las hórridas naciones?
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,

Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Do el corazon seguro y la osadía?
¿Como así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un dia;
Y léjos de su patria derribados,
No fueron justamente sepultados?
Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;
Y extendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamás arbol alguno á su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,
A los impios y agenos entregado,
Por la raiz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramos, cuantas fueron,
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reyno lusitano,
Y se acabó su generosa gloria;
No estés alegre y de ufanía llena,
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,
Indina de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español corage,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultrage;
Y Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

SONETO II.

A Marco Bruto.

Yaces al fin, o del valor Latino
Última gloria, por tu fuerte mano;
Tentado habiendo reducir en vano
La libertad al orbe, de ella indino.
Tu virtud te guió, perdió el destino;
Pero pudo tu esfuerzo soberano
Mostrar, que fuiste capitan Romano,
Y solo sucesor de Bruto dino.
¡O si agena ambicion no te moviera
A desnudar el hierro, ó ya desnudo,
Siguiera á tus hazañas la ventura!
Que ninguno tu igual en Roma hubiera:
Mas trájote en desprecio el hado crudo
Del grave seso y la virtud segura.

ELEGIA I.

Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuan poco me ofendo de mi daño.
Vuelvo los ojos que el mejor sentido
Alumbra, y hallo una pequeña senda,
Do paso humano apena está esculpido.
Procuro, antes que el breve sol descienda
A encubrirse en el último Ocidente,
Llegar al fin de esta mortal contienda.
Y como quien se ve del daño ausente,
Que considera su temor pasado,
Y aun no descansa con el bien presente;
Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
En la seguridad nunca sosiego,
Y en el sosiego siempre estoy turbado.
Aquel vigor, aquel celeste fuego,
Que enciende mis entrañas, me levanta
De la oscura tiniebla y error ciego.
Veo el tiempo veloz que se adelanta,
Y derriba con vuelo presuroso
Cuanto el hombre fabrica y cuanto planta.
¡O cierto desengaño vergonzoso!
¡O grave confusion de nuestro yerro!
¡Claro enemigo, amigo sospechoso!
Tú me pusiste solo en un destierro,
De cuanto me podia dar contento,
Y por tí á la alegría el paso cierro.
¿Cuantas veces me diste al pensamiento
Ocasiones de gloria, si yo osára

Valerme del honor de tu tormento?
Fuéme la suerte en lo mejor avara;
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.
Ninguna en tantas penas que sostuve
Puso merecimiento al amor mio,
Cuando de merecer mas cerca estuve.
Acabe ya este grande desvarío,
O, pues no acaba, estas razones vanas
Que sin provecho á quien no escucha envío.
Tus mudanzas ¡o tiempo! soberanas,
Las cosas que revuelven y quebrantan,
Movibles, graves, firmes y livianas,
Me arrebatan el ánimo y levantan
De este cansado peso que contrasta,
Y en su diversa condicion me espantan.
La edad robusta huye apriesa y gasta
Las fuerzas, y se pierde la ufanía;
Y á tu furor ninguna fuerza basta.
¿Cuantas cosas mostró el sereno dia
Alegres, que tu furia apresurada
Entristeció en la noche y sombra fria?
Venció vencida Troya y derribada
Se alzó, y en su ruina se postraron
Los muros de Micenas estimada.
Las vencedoras llamas abrasaron
Las altas torres que labró Neptuno,
Y á Grecia sus cenizas acabaron.
El africano ejército importuno
A España sepultó en sangriento lago,
Y libre su furor dejó á ninguno.
Mas roto sufre igual el duro estrago

Por la mano Española; y al fin siente
El hierro, no una vez, la gran Cartago.
Y el que en el patrio suelo estrechamente
Vivia oscuro, osado se aventura
Por el remoto golfo de Ocidente:
Y con valor igual á su ventura
Bravas gentes sujeta y fieros pechos,
Sin rendirse al temor de muerte oscura.
Arcos y claros títulos estrechos
Son á su gloria inmensa; pues él solo
Vence los grandes hechos con sus hechos.
No descubre la luz del rojo Apolo
Tal vigor y osadía y brazo fuerte,
En cuanto cerca en uno en otro polo.
Tú, domador de toda humana suerte,
Al fin vences, abates su grandeza,
Y entregas á los brazos de la muerte.
Tú ejercitas ahora la riqueza,
Las armas del soberbio Turco fiero,
Y del Persa el valor y fortaleza.
Las celadas y escudos el ligero
Araxes vuelve en ondas espumosas,
Del bravo Trace y Medo caballero.
Osadas gentes, duras y sañosas,
A la ambicion de cuyo grande pecho
Es pequeño el imperio de las cosas,
Teñid en sangre el hierro, y el estrecho
Paso abrid; o crueles! á la muerte;
Vengad el daño á vuestras honras hecho.
No volvais la fiereza y brazo fuerte
Y el furor de la ira no vencida
Sobre nuestra desnuda y flaca suerte.

Que ya la gloria del valor perdida,
Nuestra virtud en ocio se remata;
Nuestra virtud que tanto fue temida.
Culpa de quien, pudiendo, la maltrata,
Y no le da lugar; antes procura,
Que muera á manos de la envidia ingrata.
La ardiente Libia es triste sepultura
Del destruido reino Lusitano,
Y eterna pena á su fatal locura:
Bañado en noble sangre el Africano
Campo rebosa, y con dolor suspira,
Lejos Atlante, y Ábila cercano.
El ímpio Cimbro osadamente aspira,
Y espera el cetro, y sin pavor seguro
A su marino claustro se retira.
El alto, fuerte, inexpugnable muro
Pasó la fuerza hispana, y puso á tierra
Cuanto halló el furor del fuego oscuro.
Mas ¡o infame remate de tal guerra!
Reina el vencido, y el engaño tanto
Puede, que al mismo vencedor destierra.
¡O cuanto en vano se ha expendido! o cuanto
Valor asconde aquel ingrato suelo,
Que al Turco de temor cubriera y llanto!
No ha visto, el que ve todo, inmenso cielo
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo y desleal nobleza,
Indina de sufrir vital aliento,
¿Do está la fe, que á la real alteza
Debes? ¿á do huyó de tu memoria?

¿A do la Religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? ¿contra el Rey? ¡o intento ciego,
Digno de vituperio y no de gloria!
¡O como crias en tu pecho fuego,
Que ha de abrasar tu patria generosa,
Sin que esfuerzo te valga ó humilde ruego!
Cual soberbio turbion de la fragosa
Alcazar se despeña de Apenino,
Tal va contra tí España poderosa.
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas; y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo, aunque procuro, á mi despecho,
Librarme de ellos, y mal grado mio
Voy con ellos adonde el mal me han hecho.
Oso temiendo, y con el mal porfio,
Y tal vez la razon lugar me deja
Contra mi ostinacion y desvarío.
Mas poco dura, porque al fin se aleja
En la ocasion que viene, y quedo ufano
De aquello que debiera tener queja.
¡Quien pudiera traer siempre á la mano
De la razon la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida:
Que todo cuanto pienso y cuanto veo,
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo.
¡Dichoso aquel á quien jamas inflama

Vano amor, ambicion, y lo que adora
Y teme el vulgo incierto siempre y ama!
Que el miedo y la esperanza engañadora
Con gran pecho seguro y sosegado
En todo trance doma, á cualquier hora,
Y de cuanto fatiga y da cuidado
A nuestros votos libre va, y paciente,
En todos los peligros no turbado.
Y no sufre su pecho ni consiente
Que algun liviano afecto le dé asalto,
Y ofenda su sosiego injustamente.
Antes mayor, más glorioso y alto
Que lo que alcanza fortaleza alguna,
Se ve y de ricos bienes menos falto,
Firme y constante, sin temer fortuna,
Con mesurado curso va contino,
Y cualquier ocasion le es importuna.
No lo ve en el dudoso torbellino
De las cosas el dia extremo; pero
Dispuesto sí á seguille en su camino.
Nosotros, turba vil, con afan fiero
Puestos en desear y amar estamos,
Y en servir á este bien perecedero.
En mil casos presentes peligramos;
Y en pocas ó ninguna vez concede
Nuestra ruda ignorancia que huyamos.
Nuestro valor tan cortamente puede,
Que caemos de la alta pesadumbre
Y alzarnos casi nunca nos sucede.
Él mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos, y el gozo y vano intento
Desprecia con aguda y pura lumbre.

Soplo airado no bate el yerto asiento
Del elevado Olimpo, si no alcanza
A su ensalzada cima el fiero viento.
Quien tan rastrera trae la esperanza
Desespere llegar á tal estado:
Que aunque tenga de sí mas confianza,
Al fin verá que en vano se ha cansado.

SONETO III.

Del mar las ondas quebrantarse via
En las desnudas peñas desde el puerto,
Y en conflicto las naves, que el desierto
Bóreas bramando con furor batía.
Cuando gozoso de la suerte mia,
Aunque afligido del naufragio cierto,
Dije: no cortará del Ponto incierto
Jamas mi nave la temida via.
Mas ¡ay triste! que apenas se presenta
De mi fingido bien una esperanza,
Cuando las velas tiendo sin recelo:
Vuelo cual rayo, y súbita tormenta
Me niega la salud y la bonanza,
Y en negra sombra cubre todo el cielo.

SONETO IV.

¿Do vas? ¿do vas, cruel? ¿do vas? refrena
Refrena el presuroso paso, en tanto
Que de mi grave afan el luengo llanto
Abre en prolijo curso honda vena.
Oye la voz de mil suspiros llena,

Y de mi mal sufrido el triste canto;
Que ser no podrás fiera y dura tanto,
Que no te mueva al fin mi acerba pena.
Vuelve á mí tu esplendor, vuelve tus ojos,
Antes que oscuro quede en ciega niebla,
Decia en sueño, ó ilusion perdido.
Volví, halléme solo y entre abrojos,
Y en vez de luz cercado de tiniebla,
Y en lágrimas ardientes convertido.

ELEGIA II.

Esta amorosa luz serena y bella,
Que en el usado curso al alma mia
Es eterno esplendor, y al cielo estrella:
Ésta, que en sombra oscura, en claro dia
Con el inmenso ardor me abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria:
De mi dolor, del grande agravio hecho
Con su valor me paga, y aunque muero,
Me hallo en mi tormento satisfecho.
Amor me trajo el mal, y en él espero
Volver al bien perdido; y si esto niega,
El sentido acabó el dolor primero.
Sulco el áspero mar en noche ciega,
Siguiendo porfioso mi deseo,
Que sin pavor al piélago se entrega.
Yo, que al fin naufragar al triste veo
Entre las altas ondas, ¿que esperanza
Buscar podré al temor con que peleo?
No procuro á mi daño seguranza
En la fortuna mia, ni pretendo

Mis cuitas mejorar en la mudanza.
Ni ya huyo, ni oso, ni defiendo
Mi alma del peligro, ni me escuso
Del mal que en mi cercana muerte entiendo.
Todo para mi pena se dispuso,
Y lo debo, pues dí ocasion en ello,
Su flecha cuando amor al pecho puso.
Mi osado orgullo, y mi lozano cuello,
La razon, y el gallardo pensamiento
Quedaron enredados de un cabello.
No siente en el insano, oscuro asiento,
Los cien brazos y cuerpo relazados,
Egeon con sus nudos mas tormento.
Las trenzas de oro crespo, ensortijado,
Que, cual cometa ardiente, resplandecen
Esparcidas con arte, ó sin cuidado.
De quien las tersas hebras se enriquecen
Del radiante hijo de Latona,
Y en color y en belleza se engrandecen.
Juntas en ricos cercos y corona,
Entre lucientes piedras anudadas,
Do mi ímpio Rey alegre se corona.
En sus hermosas vueltas y sagradas
El corazon llevaron, y herido
Halló el error y muerte en sus lazadas.
De allí quedé sujeto y sin sentido,
Sino para el dolor; y de alegría,
En cuanto amando viva, despedido.
Conmigo este mi afan y suerte mia
Temprano acabará con pena indigna,
Que no dura en dolor luenga porfia.
Pues consiente mi excelsa luz divina

Que celebre la gloria de su nombre,
Y al cuerpo humano el fuego suyo afina;
Hacer sublime espero su renombre,
Y que en sus fines últimos la aurora,
Y el negro Melo y frio mar lo nombre.
Ensalce al verde lauro en voz canora
El tierno, dulce y amador Toscano
La belleza y el bien que humilde honora;
Que yo canto, aunque el duro amor tirano
En mis entrañas fiero el ódio incita,
El valor de mi lumbre soberano.
Y si en mi pena y lástima infinita
Se me concede espacio de reposo,
Su memoria en el tiempo será escrita.
En tanto, á do alza Betis deleitoso
Las verdes cañas, y la ovosa frente
Del puro vaso de cristal hermoso,
Y con llena, espumosa, alta corriente
Entra donde Neptuno la ancha y honda
Ribera ocupa y ciñe de Ocidente;
En la rica, dorada y fértil onda
Haré los sacros juegos en su gloria,
Y que el coro de Náyades responda:
Y al árbol generoso de vitoria
Rendirá el tierno mirto, aunque mi canto
Por si no espera honrarse en tal memoria.
¡Guantas veces reí del blando llanto
De Laso, cuyo igual no sufre España,
Ni tiene á quien venere y precie tanto!
Cualquier dolor de amor, cualquier hazaña
Me pareció y aquel temor fingido,
Que ahora siento bien su fuerza extraña.

Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.
Pasóme el corazon, y con severo
Imperio me usurpó el dichoso estado
En que ufano cuidé vivir primero.
Quedé siempre cautivo y sojuzgado
De tales dos estrellas, que en el cielo
A todas la beldad han despojado.
Y en la purpúrea red y rico velo
De la hermosa frente ví mi vida
Presa, sin esperar algun consuelo.
Mas tal bien, y tal honra ví ofrecida
Á los trabajos míos, que contento
Justamente la dí por bien perdida.
De allí el soberbio y animoso intento
Oscuro de mi canto quedar pudo,
Que solo dió lugar á mi tormento:
Y aquel rayo de Júpiter sañudo,
Y los fieros Gigantes derribados,
Principio de mis versos grande y rudo;
Y el valor de Españoles, olvidados
Fincaron, que pudieron en mi pena
Mas mis nuevos dolores y cuidados.
Entre armas y entre hierro mal resuena
Cansado el noble espíritu amoroso
Del mal que su sosiego desordena.
Dichoso quien en verso generoso
Celebra las hazañas inmortales,
Y el vigor y el esfuerzo valeroso:
O quien en las regiones celestiales
Termina el vuelo, y de su cumbre mira

La vanidad y cosas de mortales.
Quien de una bella luz arde y suspira,
Quien se ve condenado al mal presente,
Que de su pensamiento no retira:
No puede contemplar al sol luciente,
Ni admirar la virtud y el nombre ageno;
Que amor tanto reposo no consiente.
Basta el dolor en que muriendo peno,
Si cabe esta memoria en el mal mio,
Y de mi gloria ausente el tiempo bueno.
Mas yo temo que yace en horror frio,
Que el ánimo es preságo de su daño,
Del olvido en que triste desconfio.
Fue siempre á mi deseo amor extraño,
Indució mi congoja y sentimiento,
Y me encubrió la sombra de mi engaño.
Mas pues que desconhorto el pensamiento,
O siga olvido, ó el desden me hiera,
Ya estoy hecho á cansar el sufrimiento.
Por do me lleva injusta suerte fiera,
Irán conmigo solos mis enojos,
Hasta el fin miserable que me espera;
Y siempre volveré los mustios ojos,
Donde quedó (y do yo quedar deseo)
Mi gloria, mi fortuna y mis despojos.
Si de ellos levantáre algun trofeo
Mi Luz, esperó ver, que por ventura
Tierna se muestre y mansa á mi deseo.
No es de roca engendrada alpestre y dura,
Es blanda y cortesmente piadosa,
Y causa mi pasion mi desventura.

En color de suave y pura rosa,
Dulces ojos y angélica armonía
Y noble trato y gracia deleytosa
No reyna crueldad; ni sër podria,
Que en celestial belleza se hallase
Deseo de la pena y muerte mia.
Si á los hondos estrechos me llevase
Amor del Indo Océano, ó perdido
En la Africana arena me abrasase;
Firme siempre estaria, no rendido;
Que en pecho, mas que fino diamante,
Está fijo el cuidado y esculpido.
Si puede ser, que Iperion levante
Primera luz de España, y que el corriente
Ganges no entre en el golfo resonante;
Esperar se podrá, que al pecho ardiente
Oprima el frio intenso de la nieve,
O mitigue su fuego vehemente.
La lluvia que en mi faz contino llueve,
Regalar puede bien el puro yelo,
Aunque apretar su fuerza aquilon pruebe.
Gracias humilde hago al alto cielo,
Que ya que me perdí en mi daño cierto,
Monstró en mi tiempo esta mi Estrella al suelo.
Amor, cuando el pesado cuerpo muerto
Mi espíritu dejáre, á mi luz bella
Presenta mi peligro descubierto;
Que una lágrima puede sola de ella
Renovarme la gloria de la vida:
¡Dichosa, si tal bien hallase en ella!
En tanto que mi suerte aborrecida

Me aqueja, cantaré desamparado,
Mi presente fortuna y la perdida,
De todas esperanzas apartado.

ELEGIA III.

Pues la luz, que escogí por cierta guia,
Sombra oscura del cielo me defiende,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya sobre mi nubloso horror desciende,
Y me aflige la suerte, y rinde á llanto,
Que el fuego que me abrasa ayrado enciende.
En lágrimas deshago el triste canto,
Y en ellas ya debria estar deshecho
El duro corazon que sufre tanto.
¿Que áspera condicion de fiero pecho
En tan siniestro caso me levanta,
Y me tuerce á sufrir tan ímpio hecho?
¿Como explicar podré congoja tanta,
Si faltan las palabras; si el efeto
Triste el sentido mísero quebranta?
¿Que podré ya temer? ¿que tierno afeto
Habrá que ablande en parte mi dureza,
Pues vivo en tal dolor con mal secreto?
¿Quien me impide mirar la gran belleza,
El celestial semblante y armonía
Que desterraban toda mi tristeza?
Ya para mí se ha oscurecido el dia;
Y pues en las tinieblas me lamento,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
El puro fuego, aquel divino aliento
Que en el blando y rendido pecho mio

Mi sol bello envió de su alto asiento,
Se altera con rigor en yelo frio,
Y acaba de la vida ya suspensa
La parte que estrenó mi desvarío.
Y la virtud de la alma y fuerza inmensa
Que me llevaba sin graveza al cielo,
Entorpecida está de nieve intensa.
Ya no pretendo yo encumbrar el vuelo
A algun favor; que estoy desconfiado,
Sin bien, oscuro, y derribado al suelo.
Queda solo este bien á mi cuidado
Renovar con dolor esta memoria;
Amor, lloremos mi dichoso estado.
¿A do el favor antiguo? ¿á do la gloria
De mi pasado tiempo y venturoso?
¿A do tantos despojos y vitoria?
Collados altos, bosque deleitoso,
Fuente abundosa, y agradable puesto,
Testigos de mi bien y mi reposo;
¿A do las luces y el semblante honesto,
El oro en rico cerco recogido
Con bello error en torno ó descompuesto?
¿A do el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de süave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?
¿A do la blanca mano y generosa
Que el yugo puso blandamente al cuello,
Y fue prenda á mi alma dolorosa?
¿A do el ardor luciente del cabello?
¿A do mas que el marfil y no tocada
Nieve, del pecho tierno el candor bello?
¿A do la perfeccion, nunca imitada

De aquella imagen viva y hermosura
Con envidia de todas admirada?
¿Que fuerza de astro, que cruel ventura
Puede apartarme el bien de mi deseo?
De mi grave temor ¿quien me asegura?
En un mesmo lugar estó, y no veo
La luz que á el alma da virtud crecida,
Y pierdo el bien que siempre ver deseo.
¡Grande dolor! pero en cuitada vida
Bien lo debe abrazar quien lo consiente,
Y sufre sustentar esta caida.
Si donde el sol se asconde de la gente,
O á do en rosado carro va á la Aurora
Con purpúreo celage y blanca frente,
Fortuna, de mi daño causadora,
Me llevase esta luz serena y bella
Que humilde reconozco por señora:
Aunque mil muertes me ofreciese en ella,
Por la tiniebla y claridad del dia
Buscando iria mi fatal estrella.
Y ahora una enemiga compañía
El paso al bien abierto me deshace;
Llora conmigo, amor, la pena mia.
En esta soledad me satisface
Cuanto es triste y á muchos insufrible,
Y todo extraño desconcierto aplace.
¿Quien espera en amor, si aborrecible
Su bien y su mal es en su mudanza,
Y cuanto mas alhaga mas terrible?
Si pudiese perderse la esperanza,
¡O cuan breve seria el ciego engaño
Que nace de amorosa confianza!

Porque descubriria el desengaño
Presente al cielo que mis cuitas mira
La vanidad y causa de su daño.
¡Mísero quien estima y quien admira
Simple tan frágil fuerza, y olvidado
De sí su perdicion busca y suspira!
Pues yo ausente aun no estoy desesperado;
Para que no desmaye el dolor crudo,
Amor, lloremos mi dichoso estado.
Mis quejas oiga el ímpetu sañudo
De Vulturno, y las lleve resonando
Do Iperion asconde el rayo agudo;
Y traspase de allí el caliente bando,
Y la llena region de fria nieve,
Mi cuidado y dolor multiplicando.
Mi daño alcance quien sulcando debe
Abrir el hondo lago de Neptuno;
Y quien, o Marte, á tu furor se atreve.
Si se halláre desdichado alguno,
Que tuvo bien, y lo perdió éste puede
Consuelo en mí tener mas oportuno.
Escrita mi infelice historia quede
En bronce; y llore de mi gloria muerta
Quejoso el mal que á tanto bien sucede.
Si algun amante en esta parte incierta
Llegáre, lleno de mortal fatiga,
Y con dolor herido y cuita cierta;
Señale en esta arena, y mustio diga:
Aquí no entra quien no es desdichado,
Y aquí la suerte á todo afan obliga.
En tanto que se acerca el impío hado,
Y nos escucha esta ribera fria,

Lloremos, ojos, mi dichoso estado.
Llore Betis los versos que me oia;
Y tú que no te ofendes de mis males
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Las aves con sus cantos desiguales
Acompañen la voz de mi lamento,
Y de esta fuente rotos los cristales.
No es mi queja mayor que mi tormento,
Que el corazon que tengo es bien bastante
Para cualquier profundo sentimiento.
Mas éste que padezco, va delante
A todos cuantos tiene el amor fiero,
Ni puede alguno ser su semejante.
Desconfio, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.
Testigo es de mis males el desierto
Que me ve en su desnuda y roja arena
Vencido de dolor y casi muerto.
Cándida Luna, que con luz serena
Oyes atentamente el llanto mio,
¿Has visto en otro amante otra igual pena?
Mírame en este solo y hondo rio
Lamentando mi mal con su rudo,
Y me cubre del cielo el manto frio.
Repara el carro instable á mi gemido;
Y pues amor tocó su esento pecho,
Duélete de quien ama tan perdido.
Así el dormido joven, satisfecho
Del hermoso fulgor de tu luz pura,
Amancille jamas tu alegre pecho.
Pues de nieblas la faz rompiste oscura,

Para mirar el tiempo ufano y lado,
Cuando pude esperar de mi ventura,
En este mal en que me vence el miedo,
Ofrece algun remedio á tanto daño,
Pues valerme en mis ansias nunca puedo;
Que en este mi infortunio, y mal estraño
Por ventura la suerte ofreceria
Algun flaco reparo á tal engaño.
Mas pues Diana sigue su alta via,
Y acogida á mis lágrimas me niega,
Llora conmigo, amor, la pena mia.
Ya que mudanza á tanto mal no llega,
Y roto del mar negro en la onda fiera,
Cruel fortuna á lástimas me entrega;
De este sonante rio en la ribera,
Esperaré, si soy de tal bien dino,
Que mi esquiva pasion conmigo muera.
Y seré en esta tierra triste indino
Ejemplo del dolor, que amor presenta
Al mas dichoso amante y mas mezquino.
Cubrirá mi sepulcro esta sedienta
Arena que el sol hiere en luengo dia,
Y un verso que declare así mi afrenta:
«Dió ausencia y soledad siendo su guia
A un mísero amador injusta muerte;
Amor que siempre fué en su compañía
Yace con él en una misma suerte.

ELEGIA IV.

Bien debes asconder, sereno cielo,
Tus luces, y tejer de oscuro manto
En torno luengamente el ancho velo;
Y España deshacerse en mustio llanto,
Y volver en un triste sentimiento
Siempre la dulce voz y alegre canto;
Y Betis remover del hondo asiento
Negras ondas, creciendo el mar hinchado
El curso de su mísero lamento;
Pues ¡o dolor tarde temido! el hado
Pudo ayrado robar la luz hermosa
Al suelo eternamente despojado.
Perpetua sombra y niebla tenebrosa
Desconhorte los pechos espantados
De dureza tan áspera y llorosa.
Acábense con éste los cuidados,
Las congojas antiguas, y el gemido
Por todos los sucesos desdichados.
El sol de hermosura esclarecido,
Rayo de la divina hermosura,
Yace en fria tiniebla oscurecido.
Quien pudo ver la luz suave y pura,
Clarísima Eliodora, de tus ojos,
Nunca esperó tan grande desventura.
Las ricas hebras, lúcidos manojos
De oro terso, sutil y ensortijado,
Son ya de muerte míseros despojos.
Vese el dulce color amortiguado,
Y sin vigor la bella y blanca frente,

Y queda el cuello apuesto derribado.
El blando trato, el corazon clemente,
La gracia generosa y cortesia,
La fe y modestia, y la virtud presente
Entrega un desdichado y cruel dia
En duros brazos de la muerte fiera,
Cuando menos al miedo se debia.
Esta engañosa vida lisongera,
Desierta, y en confuso error perdida,
Despues de tanto mal, ¿que bien espera?
Con esta triste y última partida
Es dulce vida ya la amarga muerte,
Y amarga muerte ya la dulce vida.
Ningun caso tan áspero ó tan fuerte
Estrago, y ningun ímpetu sañoso
Del cielo, que contrasta nuestra suerte,
Puede, aunque quebrantando proceloso
Arranque gruesos muros bien trabados,
Y se confunda el orbe temeroso,
Rendir los corazones levantados;
Que el valor glorioso los alienta,
Entre peligros mil nunca turbados.
Mas esta, que enemiga se presenta,
Y deshace cruel con ímpia mano
La verde flor, indigna de esta afrenta,
Al mas excelso pecho y sobre humano
Desnuda de la usada fortaleza,
Que contra su rigor se opone en vano.
Terrible mal, pero comun tristeza,
Que desbarata la ambicion profana,
Freno de vanas pompas y grandeza.
Contra esta furia rígida, tirana

Solo finca un reparo no ofendido,
Que es la ardiente virtud y soberana.
Rompa el cielo, en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido:
Tal es, que este furor y horror tremendo,
y cuanto conspirare por su daño,
Rendido ante ella quedará gimiendo.
Bien puede al hombre ciego y della estraño
Enflaquecer; y su memoria injusta
Acabar del olvido en lento engaño;
Mas nunca podrá haber victoria justa
De quien se aparta, y singular continuo
Sigue, y alcanza al bien con gloria augusta.
Dichoso aquel espíritu divino,
Que la alta frente descubrió seguro,
Sin temer el comun peligro indino.
Y al estrellado claustro y ardor puro
Encumbró el facil vuelo en paz, purgado
De corteza mortal y error oscuro.
Si amor, de la virtud jamas cansado,
Si piedad, si corazon honesto,
Si sufrimiento á penas enseñado;
Y si ánimo humillado y bien dispuesto;
Si trabajos de inmenso sentimiento;
Si á santas obras pecho firme y puesto,
Pueden de este apartado y grave asiento
Colocarte, o sin par bella Eliodora,
En los giros de eterno movimiento;
Tú serás en el cielo nueva Aurora,
Antes luciente sol, que muestre al dia
La riqueza y valor que en tí atesora.

Y cuando la desnuda noche fria
Oscurezca el fulgor, serás Lucero,
Que descubra en su horror serena via.
Y viendo el color tuyo verdadero,
Variado en la púrpura y la nieve
Y el oro, que igual nunca vió el Ibero;
Dirá, quien te mirare, si osar debe
En tanto mal ingrato á tu belleza,
¿El impio hado á tanto bien se atreve?
Tú jamas descansaste en la estrecheza
Que tu alma ofendia, y padeciste
Dolor, y siempre afanes y tristeza.
No quiso el claro Olympo, ni pudiste
Ya esperar mas trabajos, y dejaste
Alegre al cielo todo, á España triste.
Contigo arrebatado nos llevaste
El deseo de amor honesto y santo,
Con el que en nuestros pechos inflamaste.
Yo canté tu valor, y ahora canto
El premio merecido de tu gloria,
Aunque á la voz impide el tierno llanto.
Mas en mí no desmaya la memoria
De tu virtud, de quien el tibio olvido
Desespere ganar jamas vitoria;
Y veo, que es el llanto mal perdido;
Porque descansas libre ya y segura,
Y la ocasion de mi dolor olvido.
No podia tu inmensa hermosura,
Tu valor, tu divino entendimiento
Contento sosegar en sombra oscura;
Y desdeñando el duro ligamiento
Deslazaste, y en leve vuelo suelta

Pisas el cerco etéreo y firme asiento.
Si puede renovarte alguna vuelta
La memoria del suelo despreciado,
En dichosa alegría y bien envuelta;
Dá esfuerzo á este mi espíritu cuitado,
Para sufrir la acerba y luenga pena
De esta vida la lástima y cuidado:
Que ya de la esperanza se enagena,
Ya su intento engañado y error siente,
Y en tormento molesto se condena.
Que en tu honra inclinado el Ocidente,
El frio Ebro, el Tajo caudaloso
Venerará este dia humildemente.
El Betis, que contigo fue dichoso;
Pero ya desdichado que te pierde,
Y triste y sin el ancho curso hondoso;
En medio de su fértil campo verde
Hará que el coro todo se levante
De ninfas, que con dulce voz concuerde;
Y metiendo en el piélago de Atlante
La frente por su abierto y hondo seno,
Con ímpetu extendido, resonante,
Dará ocasion, que el mar de peñas lleno,
Alce el canto en tu gloria, rodeando
Sus bandas, de otra alguna voz ageno.
Hasta que el claro son multiplicando
Entre volviendo el paso en el Egeo,
En el último Euxîno reparando.
Y, si el cielo, presente á mi deseo,
No corta el hilo fragil de esta vida,
Y al canto aspira espíritu Febeo;
Espero tu memoria esclarecida

Hacer insigne ejemplo de la fama,
Prenda solo á mis lágrimas debida.
Y quien oir pudiere de tu llama
Viva el puro esplendor y la belleza,
Que por cuanto el sol cerca se derrama,
Culpará de sus hados la dureza
Que le negó admirar en este suelo
La luz excelsa de ínclita grandeza.
Alma dichosa, tú que al alto cielo
Enriqueces alegre, y gloriosa
Te cubres de purpúreo y sutil velo;
Vuelve á mirar á España lastimosa
En tu partida, que de bien ya agena,
Yace en terreno afecto congojosa.
Esta triste ribera, de afan llena,
Que vió desparecer su blanca Aurora,
Con mustio verso murmurando suena:
«La sublime y bellísima Eliodora,
Roto el cansado y grave peso frio,
Abrasada en la eterna luz, qué adora,
Es tutela del sacro Esperio rio.»

ÉGLOGA VENATORIA.

De aljaba y arco, tú, Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo, desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa

Al javalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazador
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de las fieras la braveza,
Te dejará por ella con tristeza.
A Endimion no dejes tú, Diana;
Queda con él, no siga el amor mio:
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio,
Mi dulce cazadora esté conmigo:
Este bosque es testigo,
Cuantas veces la llamo, y busco en vano
La aurora me oye sola sin su amante;
Y se ofrece delante,
Cuando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio;
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado;
¿Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento,
Al javalí sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Melanio que te adora:
Tal va Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.

¿Que Dios, ó Clearista, te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dejándome perdido,
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano ciego
Con mi daño su fuego.
Mas, tú habites el bosque oscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:
El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderán tambien conmigo.
O la ligera garza levantando
Mire al alcon veloce y atrevido,
O espere el javalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda lo ascondido
Del pecho solo lloraré primero,
El dolor en que muero.
Sin tí el veloz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dejas mísero y doliente;
Todo me agradará y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.
¿Por que huyes y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baja de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el rüido grave siento,
Por entre una y otra espesa rama

Que las hojas derrama,
Un feroz javalí se ha recogido:
Con el arco en la blanca y tierna mano
Baja, que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido
De mi venablo y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás victoriosa.
No fies, Clearista, en tu belleza;
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.
Antes muera que vea tu tristeza:
Mas ¿para que suspiro triste y lloro
Por quien á mis querellas es ingrata?
Si tu dureza mata
A quien te sigue, aquel que te aborrece
¿Que pena habrá que igualé con su culpa?
¿Pero quien no te culpa,
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo
Al fin doy en un ciego devaneo.
Mas vos, amores rojos, dulcemente
Dejad las ondas claras de Citera,
Y á mi ninfa herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente,
Sin fruto, inutil, en la edad primera.
Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
Cuando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento
Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del javalí terrible y violento
La alta frente, y del ciervo la ramosa,

Muéstrate á mis dolores piadosa.
Si contigo viviera, ninfa mia,
En esta selva tu sútil cabello
Adornára de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia,
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo: y te trajera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y á la sombra cantando tu belleza:
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado,
Entendiendo conmigo, lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.
¡Ah cuantas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeára,
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Cuando mas descuidada de mi fuego,
A tu boca el espíritu robára,
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo!
Esto preciara mas que ver el vuelo
Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al javalí mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido, y sin aliento
El ciervo que atras deja el presto viento.
No dudes, ven conmigo, ninfa mia:
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante;
Mas tengo amor y fuerza y osadía
Y tengo parecer de hombre valiente;

Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Iremos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al rüido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria envidiosos.
Mas si te agrada; y ¡oh si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aquí hay álamos verdes y crecidos,
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente,
Con murmurio suave y sosegado:
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven Clearista, ven ya, ninfa mia,
Este prado te llama y fuente fria.

IDILIO.

El sol del alto cerco descendia,
Y el paso lentamente apresuraba,
Y no espiraba la aura mansa y fria;
Cuando, suspenso el curso con que lava
El sacro muro, honor de Esperia y fama,
Betis la frente ovosa triste alzaba.
No viendo la cruel por quien derrama

Mil suspiros lloroso, en voz agena
Dijo, ardiendo de amor en fiera llama;
¿A donde estás? escucha de mi pena
La fuerza, que en tu ausencia reverdece,
Y á mayor mal me obliga y me condena.
Ven, ninfa, adonde el ciclamor florece,
Que en la entrepuesta yedra está sombrío,
Y do al timble igualando el pobo crece:
Que todo cuanto abraza este gran rio
Es mio, y será tuyo, si tu vienes.
Ven, ven, o Galatea, al llanto mio;
¿Que tardas? ¿por que, ingrata, te detienes?
No canses mi esperanza, que afligida
Penando en confusion y en miedo tienes.
Una guirnalda guardo retejida
De siempre ardientes rosas, blancas flores,
Y de violas blandas esparcida,
Que enlazada en tu frente con olores
Que cria el Oriente fortunado
Encenderás los Sátiros de amores.
Cubrirá de ostro asirio un estimado
Y rico manto el cuerpo bello y puro,
Envidia de las Näides y cuidado.
Consagraré á tu nombre un bosque oscuro
Con empinados árboles tendido
Que nunca ose cortar el hierro duro.
Mas esto, Galatea, si rendido
No ha tu altivo corazon, yo quiero
Prometer otro don mas escogido.
Las torres que el Tebano alzó primero
Mira á quien la cerulea y alta fuente
Y el curso inclina el mar de Atlante fiero;

Do vibra la asta Marte, que caliente
Bañó en la sangre maura, y lleno de ira
Pone á la Aurora el yugo y á Ocidente.
Donde valor, virtud el cielo inspira,
La grandeza el imperio glorioso,
Y felice fortuna siempre aspira,
En estos dará Febo poderoso
A sublimes espirtus noble aliento
Con industria y cuidado generoso.
Habrá quien cante humilde su tormento,
Quien belígero horror y aguda espada,
Y quien el dulce y rústico lamento;
Que aunque tú de pastores celebrada
Seas en Aretusa y Mincio frio,
Y del lascivo Sulmonés cantada;
Si atiendes á su alegre desvarío,
Te agradará en mis brazos blandamente
Su canto que suspira el dolor mio.
Ven pues, ven, Galatea; que el ardiente
Calor á estas mis ondas te convida,
Templadas con el céfiro presente:
Y en la secreta urna y ascondida
Trataremos de amor süave y blando,
Sin nunca desear mas dulce vida.
Cantando yo, tú ayudarás sonando,
Y la zampoña y canto confundido
Con lazo estrecho al fin ira cesando.
¡Dichoso yo, si alcanzo lo que pido!
Que sí lo alcanzaré, pues tu deseo
No aborrece los juegos de Cupido.
Aunque á la Siracusia ninfa Alfeo
Busque, y con lliá el Tebro venturoso

Y esté con Tiro el hórrido Ínipeo;
Ensalzaré yo el curso espacioso
Con puras ondas, esmaltado y lleno
De esmeraldas el suelo deleitoso.
Y el vaso de cristal y el claro seno
Coronaré con oro y perlas bellas,
La aura esparciendo espíritu sereno.
Infundirán propicias tus estrellas
Virtud al campo alegre y flor hermosa,
Y arderé yo inflamado en sus centellas.
¿Qué lira habrá, que cítara llorosa,
Que no se rinda humilde, y dé la gloria?
¿Que silvestre zampoña y amorosa?
Será eterna y sagrada tu memoria
En cuanto ciña el mar, y Cintio vea;
Pues das al amor mio esta victoria,
Mi dulce, bella, amada Galatea.

DE BALTASAR DE ESCOBAR,

en elogio de Herrera.

SONETO.

Así cantaba en dulce son Herrera,
Gloria del Betis espacioso, cuando
Iba las quejas amorosas dando
A la mansa corriente en su ribera;
Y las ninfas del bosque en la frontera
Selva de Alcides todas escuchando;
Y en cortezas de olivos entallando
Sus versos, cual si Apolo los dijera.

Y porque, Tiempo, tú no los consumas
En estas hojas, trasladadas fueron
Por sacras manos del castalio coro:
Dieron los cisnes de sus blancas plumas,
Y del rio las ninfas esparcieron
Para enjugallos sus arenas de oro.

NOTICIAS

de Fernando de Herrera.

De pocos literatos hay menos noticias que de este poeta Sevillano, á pesar de su celebridad. Es de admirar que habiendo sido uno de los hombres mas famosos por su saber, nos creyesen sus contemporáneos tan poco interesados en las particularidades de su vida, que nos hayan dejado ignorar cuando nació, cual fue su suerte, y cuando ó en donde murió. Francisco Pacheco nos dejó el retrato de su amigo Herrrera, y conservó parte de sus poesías, haciéndolas reimprimir en Sevilla despues de la muerte del autor en 1619. Ya en 1582 se habia publicado en dicha ciudad un tomo de sus versos, y en 1580 sus *Anotaciones á Garcilaso*. Por estos datos podemos venir en conocimiento de que Herrera debió nacer á princi-

pios del siglo 16, supuesto que vivió hasta una edad muy abanzada, y que ya había muerto en los primeros años del 17. Por una desgracia que se ignora pereció el manuscrito de las poesías que tenía preparadas para la prensa, y la misma suerte cupo á otros trabajos históricos y literarios á que se había dedicado en su vida, consagrada toda al estudio y al retiro.

POESIAS

DE FRANCISCO DE RIOJA. *

SILVAS.

I.

A la rosa.

Pura, encendida rosa,
Émula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Como naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dá el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La ejecucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,

* Sevillano: murió en 1659, de edad, segun se dice, muy abanzada. Fué racionero de la iglesia de Sevilla, Inquisidor en la Suprema, y grande amigo del Conde Duque de Olivares. Aunque bastante posterior á Herrera, se colocan sus poesías en este lugar, por ser de la misma escuela, y mas análogas en gusto y caracter á las de este autor, que á las de sus contemporáneos.

Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imagen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,
De la deidad que dieron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, esto no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

Al clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora
Miró al nacer mas blandamente Flora:
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Cuando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves
Con mas caliente rayo,

Tiendes igual las hojas abrasadas;
Mas ¿quien sabe, si á Flora el color debes,
Cuando debas las horas mas templadas?
Amor, amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente,
Y te dió el puro aliento soberano:
Que eres, flor encendida,
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo
Que corona nevada y tersa frente;
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Cuantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y suspiro,
Por quien suspiro y lloro,
En envidia y amor junto me enbiendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo,
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en carcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas que provoca
A suave deleyte al mas helado,
Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay! ¡o dolor! mas abrasado.
¿Diote naturaleza sentimiento?
¡O yo dichoso á habérseme negado!

Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel á quien envidias de favores
Nó alteran el sosiego.

III.

Al jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco estío!
¿Cual habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio:
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío:
Y si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera,
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do en la espuma el blando pie estampaba
De la playa arenosa
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pie ocupaba
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento

Liberal escondió en tu cerco alado,
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento,
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,
Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
É igual al mayor yelo resplandece.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleitoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imagen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Diona:
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles rojos,
Por emular los cercos de sus ojos
Cuando renace el dia
Fogoso en Oriente,

Y con color medroso en Occidente
De la espantable sombra se desvía;
Y el dulce olor te vuelve
Que apaga el frio y que el calor resuelve,
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale:
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

IV.

A la arrebolera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo,
Y tú á su eterna ley mal obediente
A no fáciles iras lo provocas:
Alzas la tierna frente,
¿Diré en llama ó en púrpura bañada?
De la gran sombra en el oscuro velo;
Y mustia y encogida y desmayada
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada,
Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada.
Si es, pues, de alto decreto,
Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Que te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto

De acrecentar instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á las profundas mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino:
Y en vez de la acogida,
Que en las piadas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime: ¿cual necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Que flor de las que en larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡Oh como es error vano,
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que ímpio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tu admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol te apaga,
¿Cuál mayor dicha tuya
Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡Oh cuantas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche obscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta diosa
De tus colores bellos,

Tintas para su frente y sus cabellos,
Deja el mar, ambiciosa,
Que por tu errar inmenso y dilatado
No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna,
Ni por mudar lugar tan apartado
Que otro sol le visite y otra luna.
Y pasa en ocio y paz aventurada
De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

V.

Al verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fueron
Y su vez agradable permitieron
Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido,
Remite el ayre el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes obscuras;
Y con luces mas vivas y mas puras,
Regalando las nieves,
Al blando pie de los parados rios,
Las prisiones de yelo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.

Viste de yerba el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudára el cierzo cano.
En la copia de flores que aparece,
Por los troncos desnudos,
Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño,
De los frutos que espera
En el copioso ramo y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el furor de los obscuros vientos
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos;
Mas antes ya serena y blanda gime
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,
Y en los prados amenos.
¡Oh como es el verano
Tiempo el mas genial y mas humano,
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡Oh cual número y cuanto trae de flores!
¡Oh cual admiracion en sus colores!
De la imagen de amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas
Que fueron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino
Son lustre y ornamento al blanco lino.

Do al gusto se ministra, coronando
La mesa regalada,
Y fruta sazonada
Con el puro rocío blanqueando.
¡Pues cual parece el búcaro sangriento
De flores esparcido,
Y el cristal veneciano,
A quien la agua de helaba
La tersa frente le dejó empañada!
¿A cual vaga lazada de oro crespo,
A cual púrpura y nieve
Por do las gracias y el amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡O florido verano!
Si á mi afeto se debe,
Camina á lento paso;
Deja el volar, deja el volar ligero
Para tiempo mas triste y mas severo.
Tú cándido y suave y blando espira,
Y tarde te retira.
Pero sordo y difícil á mi ruego,
Veloz pasas volando,
Al humano linage amonestando,
Viendo las rosas que tu aliento cria
Como nacen y mueren en un dia,
Que las humanas cosas,
Cuanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¡Y, tú, la edad no miras de las rosas!
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Que dulcemente engaña tu cuidado:

Toma ejemplo del tiempo que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dejes pasar en ocio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro;
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura?

VI.

A la riqueza.

¡O mal seguro bien! ¡o cuidadosa
Riqueza, y como á sombra de alegría
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance y se desvía
Del pobre estado y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano;
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
Cuando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondieron
En las entrañas de la tierra dura:
Mas ¿que halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva florecieron
El abeto y el pino,
Y trájolos al puerto
Y por campos de mar les dió camino.

Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y salistes del centro al ayre claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Salistes tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun cuando nos pagamos á la muerte
No cesan nuestros males:
Pues el cadaver que acompaña el oro
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido,
Y el último descanso y el reposo,
Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A cuantos armó el oro de crueza!
¡Y á cuantos ha dejado
En el último trance! ¡O dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí y vése manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al menos animoso
Para que te posea
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¡Que cosa habrá de males tan cercada;
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,

Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cánsome en vano; decir puedo,
Que si sombras de bien en tí se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

VII.

Fragmento.

El fuego que emprendió leves materias
Ligeras y atrevidas,
Cuanto fueron mas fáciles y aerias,
Cuanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfueran
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas, apenas tonante
De los cóncavos senos de la mina
El ayre se arrebata
Y en círculos de humo se dilata;
Cuando no se vé mas que la ruina,
Rotas columnas, y deshechas bases,
Ceniza y polvo obscuro
De la alta mole y del trabado muro.
¡Impia hazaña y fiera,
Por conseguir el natural intento,
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña!
¡Impía y atroz hazaña,
Y cruda condicion, dar al deseo
Imperio de tirano,

Y al vano afeto poderosa mano!
No así vagante llama
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe, y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa,
Y esforzada del viento
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio obscuro,
Émula de los astros:
Arde y esplende al rutilante puro
Cándido aparecer de la mañana,
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas:
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto oscurecida,
Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta;
Y vana y leve exhalacion huyeron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardieron.

SONETO I.

Aunque pisaras, Layda, la sedienta
Arena, que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el Aquilon me ofende,

Y del yelo y rigor la pluvia lenta.
Oye con que ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se extiende;
Y que apenas la puerta me defiende
Del soplo que en mi daño se acrecenta.
Pon la soberbia ¡ o Layda! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa;
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mustio invierno helado,
Ni de Bóreas la saña impetuosa.

SONETO II.

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Feho, cuando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues cuando en su lustre florecia,
Te dió el áspero tronco, y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño de verde y fresca lozanía,
Ornes agora en su funesto estado.

CANCION

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apenas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al ayre fueron
A su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impío honor de los Dioses cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro
¡O fábula del tiempo! representa
Cuanta fue su grandeza, y es su estrago.
¿Como en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Donde está el atleta fuerte?

Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio Divino,
De Silio peregrino,
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aun las piedras que de ellos escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pón atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destronados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Nemesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,

Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡ O patria de los Dioses y los Reyes !
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡ Ay ! ni por sabia á tí, ni á tí por fuerte.
¿ Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
Tanto aun la plebe á sentimiento inclina.
Esta corta piedad que agradecido
Huesped á tus sagrados Manes debo,
Te doy y consagro, o Itálica famosa:
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa

Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geróncio tu martir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cabaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:
Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

EPÍSTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al mas astuto nacen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido.
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar; como á la fiera

Corriente del gran Betis, cuando ayrado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanzó
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Austria fue, cuanto regia
Con su temida espada y fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede y pasa al bueno;
¿Que espera la virtud, ó en que confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno;
A donde por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;
Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro.
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: lo que desprecio he conseguido;
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun Príncipe inaine, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado!
Cese el ansia, y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas grecianas, las banderas
Del Senado y Romana Monarquía
Murieron y pasaron sus carteras.
¿Que es nuestra vida mas que un breve dia
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Que es mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡o ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
De la pasada edad ¿que me ha quedado?
¿O que tengo yo á dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, antes que llegue

Aquel forzoso término postrero!
Antes que aquesta mies inutil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue.
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron, y nosotros á porfia
En nuestro engaño inmóviles vivimos.
Temamos al Señor que nos envía
Lás espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fue criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh quien así lo entiende, cuanto yerra!
Esta nuestra porcion alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta;
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,

Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!
Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.
Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.
No porque así te escribo hagas concepto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
Basta al que empieza aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia que mensura
La duracion de todo á su talento;

Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.
No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.
¡Cuan callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Que gárrula y sonante por las cañas!
¡Que muda la virtud por el prudente!
¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,

Del cristal trasparente y luminoso.
Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡O muerte! ven callada
Como sueles venir en la saeta;
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.
Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.
No te burles de ver cuanto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brío.
¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:
¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

POESIAS

DE BERNARDO DE BALBUENA. (*)

ÉGLOGA PRIMERA.

Rosanio. *Beraldo.*

ROSANIO.

Dime, cabrero, ¿es tuyo aquel ganado
Con que te vide ayer pasar el rio?
¿O á soldada con Clónico has entrado?

BERALDO.

No: mas á Tirsis guardo su cabrío:
Dos cabras solamente tengo mias,
Y el cabron la mitad tambien es mio.

ROSANIO.

¿Como tan desmedradas las traías?
¿Tú no solias ser pastor lozano
Cuando las vacas de Alemon pacias?

BERALDO.

Ya pasó, compañero, ese verano,

(*) Nació en Valdepeñas en 1568: fue Abad de la Jamaica y Obispo de Puerto Rico, y murió en esta Isla en 1627. Publicó la *Grandeza Mejicana*, el *Bernardo*, poema épico, y el *Siglo de Oro*, de donde se han sacado estas poesías: las demas obras suyas se han perdido.

Y sucedieron tantas tempestades,
Que igualaron los montes con el llano.
Lleva el cielo tras sí las voluntades,
Y así nunca da vuelta que no sea
Ocasion de infinitas novedades.
Lo mismo que da en rostro, nos recrea;
Y aquello que parece mas durable
Ayer se desechó, y hoy se desea.

ROSANIO.

Pastor, si á dicha el tiempo es variable,
El ánimo del hombre no es de tiempo,
Y así le asienta mal el ser mudable.
A quien tanta mudanza le da el tiempo
No le llamaré yo corazon noble,
Llamarle he corazon de pasatiempo.

BERALDO.

Mas firme soy que envejecido roble,
Pastor; palma inmortal es mi cuidado,
Que no sabe quebrar por mas que doble.
Si en otro tiempo andaba descuidado,
Y solo con mis cabras me avenia,
Quizá que no seria enamorado:
Mas ahora yo pienso que daria
La mitad del ganado á quien me diese
Ver unos ojos que otro tiempo via.

ROSANIO.

Yo tambien, si alabarme pretendiese,
Mi Filis tengo, y soy enamorado,
Y aun holgaria que ella lo supiese.
Que cuando llevo á casa mi ganado,
Suele aguardarme sola en el camino,
Y me asombra si paso descuidado.

Rosas le llevo y flores de contino,
Y pongo mis guirnaldas á su puerta,
Y me huelgo hablar con su vecino;
Y de la primer fruta de mi huerta
Una cestilla le enviaré colmada,
Toda de flores y azahar cubierta.

BERALDO.

Esa, pastor, es aficion pintada;
Ni el verdadero amor cabe en el seno,
Ni deja el alma andar tan descuidada.
¿Yo no te ví pasar el sayo lleno
De paja, y todo tal, que me hiciste
Reir un grande rato con Fileno?
Y en mi cabron te digo que pusiste
Los ojos al pasar por cierto paso,
Que yo bien te miré, tú no me viste.

ROSANIO.

Seria por ventura, cuando acaso,
Cansado de coger fruta madura,
De mis huertos volvia paso á paso.
Mas si yo voy á ver la hermosura
De Filis, luego limpio mi vestido,
Y me cubro de rosas y frescura;
Y tan lozano voy por el ejido,
Quella, segun me dicen, por mirarme
Mil veces de su madre se ha perdido.
Si me siente cantar baja á acecharme;
Y esto, Filis, no es mucho, si el ganado
Se olvida de pacer por escucharme.

BERALDO.

Basta, pastor, que vives confiado.
¿Ya tú sabes juntar cañas con cera?

¿Tu voz en estas selvas ha sonado?
¿Yo no te oí un dia en la ribera
Una flauta sonar áspera y dura,
Y acompañarla de una voz grosera?

ROSARIO.

¿Quieres cantar conmigo por ventura?
¿Quieres que los dos juntos nos probemos,
Y tú salir quizá de esa locura?
Sendas preseas nuestras apostemos:
Un arco nuevo he de tener curioso,
De cuerno reforzados los extremos.
Todo de un palo índico oloroso
Con labores de estaño guarnecido,
Digno de cualquier brazo valeroso.
Y un carcax de lo mismo, do esculpido,
El mal logrado Adonis yace muerto
Al pie de un fiero javalí tendido.
Mas contigo haré nuevo concierto:
Es preciso mi arco, y no querria
Aventurar tal joya á caso incierto.
Sola una cabra tengo toda mia,
A criar dos cabritos enseñada,
Y ordeñarse dos veces cada dia.
Aquesta sí será de mi apostada:
Bien es el premio harto aventajado,
Señálame otra tú de tu manada.

BERALDO.

No cabra, mas un vaso delicado
Te apostaré de tanta hermosura
Que no te quejarás por agraviado.
Labrado es todo de madera oscura,
Clonio en el monte se halló la rama,

Del divino Cleandro es la hechura.
Es ébano, ó nogal quizá se llama,
Y bien cabe su entalle por famoso
Entre las cosas dignas de la fama.
Es todo el vaso un bosque deleytoso,
Y en medio dél tres diosas hermosísimas,
Delante un pastorcillo venturoso:
Así hechas las hojas sutilísimas,
Que con ellas parece que se enraman,
Y al pastor quieren parecer bellísimas.
A juzgar no sé que las trea le llaman,
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.
Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.

ROSANIO.

Tambien á mí otro vaso delicado
Cleandro me labró, tambien el mio
De ninfas y de bosques ilustrado.
Donde pintó de Orfeo el desafio
Que hizo con los montes que le oían,
Y á oir su canto se detuvo unirio.
Las selvas puso allí que le seguian,
Y los pinos tambien, que sin ruido
De las mas altas sierras descendian.
Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.
Cualquiera cosa apostaré de grado,
Escoge tú, que si mi cabra vieses,
No hay que alabar tu vaso delicado.

BERALDO.

Bien cantaria yo cuanto quisieses,
Mas somos compañeros, y algun dia
Juntos hemos segadó nuestras mieses.
Por tanto si querrás, en compañía,
Dejando ahora nuestro honor aparte,
Los dos cantemos la pastora mia.

ROSANIO.

Canta, que soy contento de ayudarte,
Que nada habrá que tu amistsd deshaga,
Aunque estaba resuelto de ganarte.

BERALDO.

El cielo con mi fe te satisfaga
La nueva obligacion en que me pones,
Pues solo amor con lo que obliga paga.
Oid, cielos, oid los ricos dones
Que en mi cielo encerrais; y tú, pastora,
Recibe nuestras puras intenciones.

ROSANIO.

Los nuevos resplandores de la aurora,
Las tiernas rosas, las doradas flores,
Cuanto en los senos del verano mora;
No son, pastora, mas que borradores
Do quiso retratarse tu belleza,
Dados como al descuido los colores.

BERALDO.

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría,
Las nubes llenas de oro y de riqueza;
Los mensageros del alegre dia,
La luz que siembran por la tierra y cielo,
Sin tí, pastora bella, es noche fría;

Tristeza, enfado, angustia y desconsuelo.

ROSANIO.

Pastor, si veo un monte en cuya cumbre
Dejó un cielo plantado
La primavera con alegres flores,
Que con la clara lumbre
Del nuevo sol dorado
Echa de sí mil varios resplandores,
Me parece que miro alguna cosa
Que es sombra del cabello de tu diosa.

BERALDO.

Los lazos con que amor cautiva y prende;
Las redes y marañas
Con que enreda mil almas y mil vidas;
El oro con que enciende
El fuego en las entrañas,
Que las deja en cenizas convertidas,
Dese cabello de oro ensortijado
Por nuestro bien, pastora, fue robado.

ROSANIO.

¿Has visto los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apenas deja verse,
O en llanos espaciosos
La nieve no pisada
Que abriendo el sol comienza á deshacerse?
Pues aun es mas hermosa y sin mancilla
La bella frente de tu pastorcilla.

BERALDO.

La bella frente de mi pastorcilla
Si yo quisiese ahora
Darla en comparacion justa y medida,

La plateada silla
De la rosada Aurora
Quedára en su retrato deslucida,
Amortiguado el sol replandeciente,
Y el dia en las ventanas del Oriente.

ROSANIO.

Unos arcos y venas van parejas
Por la blanca azucena
Que te parecerán oro escarchado;
Mas mirando las cejas
Y la frente serena,
Donde tu paraiso está cifrado,
Verás, no oro escarchado con el yelo,
Mas dos arcos de gloria en solo un cielo.

BERALDO.

Si hay dos arcos de gloria en solo un cielo,
Serán, pastora mia,
Los dos arcos triunfales de tus ojos,
Con que amor tira al suelo
Saetas de alegría,
Y le siguen mil almas por despojos:
¡Dichosos arcos, y dichosa vista,
Y mas dichoso el blanco á quien se tira!

ROSANIO.

El sol, la luna, el alba y el lucero,
Las doradas estrellas,
Los ejes de oro en que restriba el cielo,
El dia placentero
Bañado en luces bellas,
Lloviendo lumbre y gloria por el suelo,
Son, pastora; los bienes que á manojos
Saca amor por las puertas de tus ojos.

BERALDO.

Saca amor por las puertas de tus ojos,
Pastora de mi vida,
Cuanto bien por el mundo se reparte:
Fenecen los enojos
Y el alegría escondida
Brota al moverlos tú por cualquier parte;
¡Ay ojos mios, quien volviese á veros,
Sin nuevo sobresalto de perderos!

ROSANIO.

Quisiera aquí pintar de tu pastora
La boca soberana,
Conchuela en cuyos senos plateados
Un paraiso mora,
De adonde llueve y mana
La gloria que da amor á sus privados.
Donde lo menos que hay es el concierto
Del blanco aljofar en rubíes enjerto.

BERALDO.

Del blanco aljofar en rubíes enjerto,
Mas claro y mas lustroso
Que el que nace en conchuelas orientales,
El tesoro encubierto,
En el seno precioso
Do se crian mis bienes y mis males,
Es la riqueza que á la vista envia
Esa celestial puerta de alegría.

ROSANIO.

Has visto entre la nieve deshojada
Una encarnada rosa,
O algun rubí sobre marfil sentado,
O á la nieve mezclada

La hojuela olorosa
Del clavel rojo en carmesí bañado?
Pues aquesto es tinieblas y pobreza,
Belisa, puesto ante tu gran belleza.

BERALDO.

Belisa, puesto ante tu gran belleza
El cielo arrebolado,
El alba, la mañana y su frescura,
Las galas, la riqueza,
El primer mas cendrado
Que hay en los cofres de la hermosura,
Es comparar el sol con una estrella,
O con la noche escura el alba bella.

ROSANIO.

No mas, pastor, no mas, que se han pasado
Las horas y el frescor de la mañana,
Y el tiempo y la ocasion nos han burlado.

BERALDO.

Comenzamos labor muy soberana,
Y trasladó el pincel, que era del suelo,
De estampa celestial pintura humana.

ROSANIO.

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del Sol, fuente del dia,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.
Nuestro ganado busca el agua fria,
Y el pasto fresco en que pasar la siesta
Que entre silvestres árboles se cria.

BERALDO.

Ya el mio va subiendo por la cuesta:
Corre, pastor, recorre tu manada,

Y allá te aguardo al val de la floresta,
Cabe el pino, al bajar de la cañada.

ÉGLOGA II.

LEUCIPO.

¡Quien pudiera poner en la memoria
Hecha de aquel metal que son los ojos,
Solo un cuidado, y una sola historia!
Y sin mirar las cosas por antojos,
Ni de la paz cogiéramos la guerra,
Ni entre rosas nacieran los abrojos.
Yo sé cuando los pinos de esta tierra
Con delgadas palabras repetian
Mis cantares al tono de la sierra:
Y á las veces tambien me respondian,
Que pudieran decir de mis canciones,
Que con las de Sincéro competian.
Trocadas siento ya las condiciones:
Ya ni responden, ni escucharme quieren,
Que á todos gustos cansan mis razones.
Los que enfadados de vivir vivieren,
Lleguen á mi dolor, y allí atajados,
En ver otro mayor no desesperen.
Ninfas que entre las flores destos prados
Vivis en tiernas plantas convertidas,
Sin apartar de allí vuestros cuidados;
O ya en las claras aguas escondidas
Guardeis por dicha aquesta dulce fuente,
Guardad tambien mis lágrimas perdidas.
Cuando yo en medio de la siesta ardiente
Te busco, Filis, Filis deseada,

Y mi voz sola la cigarra siente:
Entro en el monte, dejo la cañada,
Subo al pinar y salgo por la sierra,
Y allí te llamo con la voz cansada.
Quémame el sol, abrásame la tierra:
Tú, mas sorda que el mar á mis razones,
Mas cruel haces con callar mi guerra.
No me bastó sufrir las sinrazones,
Los altivos desdenes de Tirrena;
Iguales sois las dos en condiciones
Aunque mas blanca tú que ella morena,
Aunque ella sea lirio, y tú seas rosa,
La una sea amapola, otra azucena;
No fies en beldad, Filis hermosa,
El lirio vive, la azucena muere,
Y todo pasa con la edad forzosa.
Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.
Ya sé que mis cuidados se reciben
En gusto entretenido y ocupado,
Y en el agua tus dedos los escriben.
Despréciaste de mí, luego te enfado:
Pues aunque no merezca ser querido,
No soy digno de ser tan despreciado.
Bien sabes que revuelvo en el ejido
Mil ovejas mas blancas que la nieve,
Siempre de leche y queso abastecido.
Ni cuando abrasa el sol, ni cuando llueve
Pasto verde le falta á mi rebaño,
Ora se seque el campo, ó se renueve.
Leche fresca me sobra todo el año,

Ni á mí el verano me acrecienta el queso,
Ni me hace el invierno ningun daño.
Pues en saber cantares yo confieso,
Que si Títiro ahora me escuchára,
Que no perdiera su opinion por eso.
Y en hacer una hortera, una cuchara,
Labrar un caramillo y un cayado,
Si yo quisiera, nadie me igualára.
Ni soy de gesto yo tan mal formado,
Si por dicha mi imagen no me miente,
Que venga á ser por feo desamado.
Ya yo me ví del Tajo en la corriente,
Que como á tí de acero me servia,
Y aun ahora me veo en esta fuente.
Y si acaso la imagen por ser mia
No me engaña, por esa de tu Alfeo,
La ventura, y no el rostro trocaria.
Sé tu jüez, que no por eso creo,
Que si alzases los ojos á mirarme
No pareciese tu narciso feo.
El cielo entre estos bienes quiera darme
Gozar estos cortijos mal labrados
Mil siglos de oro, sin de tí apartarme;
Y juntos por la sierra ambos ganados
Competir con los faunos en canciones,
Y componer guirnaldas por los prados.
Mas ¡ay! que Pan no escucha mis razones:
Febo en oir mi canto de corrido
Enjuga en mi zampoña ya los sones.
Su voz y mis cantares se han perdido,
La cera derretida se ha deshecho,
Y tres cañas de siete se han caido.

¿Por ventura mejor no hubiera hecho
De verdes mimbres una blanca cesta,
Que no gastar el tiempo sin provecho?
Ya en la ribera entrando va la siesta,
Quiero llevar al agua mi ganado;
Y otra Filis habrá quizá sin ésta,
Si aquesta sin razon me ha desechado.

ÉGLOGA III.

Arcisio. *Melancio.*

ARCISIO.

¿Dime, pastor, á un pecho alborotado
De un liviano temor, cualquier reposo
No bastará á dejarlo sosegado?
Mira que caso bajo y vergonzoso:
Pueda aquí la razon hacer su oficio
Y tú ser mas discreto que celoso.
Vuelve con paso llano á tu ejercicio;
Que vivir siempre á sombra de opiniones
Es levantar las cosas de su quicio.
Limpia y escombra el pecho de invenciones;
Que si una vez te haces señor de ellas,
Facil será romper las ocasiones.
Cuantos peces el mar, el cielo estrellas,
Aves el viento y los collados flores,
Tiene amor sinrazones y querellas.
¡Oh! no pongas el gusto en sus favores,
O estímalos en precio moderado,
Si te costáre un bien muchos dolores.

MELANCIO.

¿A un corazon de veras agraviado
Le das tú la razon por medicina?
¿Razon se admite en pecho lastimado?
Amor es ciego, á la razon no atina:
Si hiere el alma, ofusca el pensamiento;
El uno muere, el otro desatina.
Dame, pastor, tu libre entendimiento,
Y darte he en trueco yo todos mis males
Hechos ayre y sembrados por el viento.

ARCISIO.

Las grandes cosas piden sus iguales,
Ni rinde al diamante el hierro duro,
Ni el agua ablanda duros pedernales.
Para allanar ese encantado muro,
Que ahora á la razon le quita el paso,
Fuerzas son menester de ánimo puro.
Desear la vitoria es todo el caso:
En este punto tu salud se encierra,
De todo lo demas no hagas caso.
Yo ví pastor un dia en otra tierra
Que mil consejos á los hombres daba,
Para alcanzar vitoria desta guerra.
Si supiera decir lo que cantaba,
Yo pensára de cierto que á sanarte
Oirlo solamente te bastaba.

MELANCIO.

Trabaja, compañero, en acordarte,
Y canta en mi dolor un cantar nuevo,
Que las ninfas se gocen de escucharte.

ARCISIO.

Escucha ahora en tanto que yo pruebo

A acordarme mejor de sus canciones,
Que ya el principio en la memoria llevo.
Con ella se curaron mis pasiones,
Aunque ásperas y duras de tratarse,
Sanando á la razon buenas razones.

MELANCIO.

Comience pues tu canto á mejorarse:
Que tras el primer verso segun creo
Luego los otros suelen acordarse.

ARCISIO.

Cuando por dar contento á Melibeo
Fuí por otras riberas y cabañas
Cansado, y mas cansado mi deseo;
Pasé unas grandes selvas y montañas;
Y cuanto mas andaba, parecia
Que el fuego era mayor en mis entrañas.
Al fin por nuevas sendas hallé un dia,
Una nueva y fresquísima floresta
Donde un sabio pastor viejo vivia.
Y allí mientras pasábamos la siesta
Esto le oí cantar con voz divina,
Él haciendo una jaula, yo una cesta.
Pastor, si á desear salud te inclina
La pena y el dolor que te atormenta,
Y la razon tus pasos encamina;
Óyeme ahora sin que en tí se sienta
Flaqueza alguna, que es un sentimiento
Que al niño infama, y á la vejez afrenta.
Huye la ociosidad, ama el contento;
Que si amor busca gente descuidada,
La soledad levanta el pensamiento.
Echa en el hombro la industriosa hazada,

Labra tu viña, planta tus parrales,
La fresca vid al álamo arrimada.
Haz en tu huerto al agua sus canales,
Con esto agotarás la de tus ojos,
Quedando claros para ver tus males.
Ocúpate en arar nuevos rastrojos,
Y escardando en el trigo las espinas
Arrancarás del alma los abrojos.
Busca en las selvas entre flores finas
El cuidadoso enjambre edificando
En secos troncos sus sabrosas minas.
En esto irá tu corazon cobrando
Un alivio tan poco conocido,
Que aun sin él pensarás que estás penando.
Fíngete sano: ya me ha acontecido
Fingir que duermo, y con estar despierto
Hallarme, sin saber como, dormido.
Deja la ociosidad, esto es muy cierto,
Que la imaginacion de ella ayudada
Resucita al amor cuando mas muerto.
Si es nueva la pasion será arrancada
Con mas facilidad, que el tiempo deja
Seca la miel, la uva sazonada.
Tú ves aquella encina dura y vieja,
Un tiempo fue pimpollo ternezuelo,
Liviano de rendirse á cualquier reja.
No dilates los dias en su vuelo,
El mar crece, y si llegas á mañana
Mas caro ha de venderseté el consuelo.
El nuevo rio que en su fuente mana
Es fácil de atajar y darle vado,
Camina manso, y por su vega llana.

Llégasele un arroyo, y otro al lado,
Y soberbio, hinchado, y caudaloso
De su primera fuente va afrentado.
Aunque el amor es mal, es mal sabroso,
Y así nos remitimos á otro dia
Que siempre se apetece lo dañoso.
No pierdas tiempo, que por esta via
Lo que de diligencia no se gana
Pierde tu corazon de mejoría.
Herida he visto yo harto liviana
Peligrosa despues por dilatarse:
Quien hoy no puede, mal podrá mañana.
Cuando es nuevo el amor ha de atajarse,
Que por medio el furor de la corriente
Querer pasar el rio, es anegarse.
Pero si el mal en su vigor se siente
Ya del todo en el alma apoderado
A vieja amor, remedio diferente.
Si poco á poco al hueso ha penetrado,
Poco á poco tambien será expelido,
A vieja enfermedad nuevo cuidado.
Saca tus ovejuelas al ejido;
El fértil campo y el agricultura
Son medicina al pecho mas herido.
Ver los bueyes abrir la tierra dura,
Sembrar á logro cierto alegres prados,
Gozar la fruta y su primer dulzura:
Los árboles de flores estrellados,
Las sierpes de cristal que los enredan,
De cantorcillas aves visitados:
Vuelan las unas, y las otras quedan
Al murmurar del agua concertando

Los dulces cantos en que nos remedan.
Cual de quejas el ayre está sembrando
De zelos llena, y cual de triste olvido;
Hasta allí, ó falso amor, llega tu mando.
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
Y á su dueño espiar tras una mata
Podrá traerte un rato divertido.
Con esto un grande amor se desbarata;
Si prendes el zorzal y quedas sano,
La salud te se vende bien barata.
¿Hay gusto igual, si sales el verano
Sin sol el dia, el campo verde y tierno,
Que echar un par de liebres por el llano?
Pues en el blanco y encogido invierno
En tu cabaña al fuego recostado
¿Como te hallará su llanto eterno?
El zurron proveido, el rio al lado,
Tiernas castañas, y manteca fresca,
Las migas hechas, y el corral nevado.
Siembra tu pedernal fuego en la yesca,
Y el amor en tu pecho brasa viva;
Una se apaga y otra se refresca.
Mas en el alma su veneno priva,
Procura ser señor de tus pasiones
Que es lo que todo su poder derriba.
Ama el trabajo, huye de ocasiones,
Busca la ausencia y hallarás la vida,
Vete á la villa deja tus rincones.
El alma se te parte á la partida:
Ánimo, que vencer dificultades
Nos hace la vitoria mas cumplida.
Libres son las humanas voluntades,

El cielo las crió sin ligadura,
Y es todo lo demas curiosidades.
Esto, en lenguage lleno de dulzura
Y en tono mas alegre que no el mio,
Cantó el pastor sentado en la frescura.
Y porque vió que entraba su cabrío
Ya tras la nueva yerba por el monte,
Se fue tras él, y yo pasando el rio,
El sol pasó tambien nuestro orizonte.

ÉGLOGA IV.

Clarenio. Delicio. Toribio.

CLARENIO.

Dime, rústico y nuevo cabrerizo,
¿Como en mi ausencia á Delio te alabaste
De lo que tu zampoña nunca hizo?

DELICIO.

¿Yo me alabé, ó tú que le contaste
Que en el rio dos veces me venciste,
Y un cabrito por premio me llevaste?

CLARENIO.

La flauta que á Políbo le vendiste,
Aquí te quiero yo, responde, amigo,
Y dime sin pasion ¿donde la hubiste?

DELICIO.

Nunca entraria yo por el postigo
A hurtarla á Meliso, cual tú entraste
Por su zampoña, siendo yo testigo.

CLARENIO.

Si yo se la hurté, tú me ayudaste;
Mas para no ser tuyo el caramillo
Mucho perdiste, y poco aventuraste.

DELICIO.

Cuando yo te hallé tras el tomillo
Agachado de noche, y espiando,
Quizá andabas á caza de algun grillo.

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Cuan justamente Tirsis dió el jüicio,
En que aquel dia te vencí cantando.

DELICIO.

¿A mí tú me venciste? ¿ó con Galicio
Tu rústica zampoña resonaba,
Cual cordero llevado al sacrificio?

CLARENIO.

¿Quieres cantar á prueba? pues acaba,
Deja las burlas, vamos á las veras,
Veremos quien se ofende ó quien se alaba.

DELICIO.

Pon tú de haya aquellas dos horteras,
Que ayer ponias, yo este caramillo,
Hecho de pegajosas ajonjeras.

CLARENIO.

Mas pon tu remendado cerbatillo,
Yo mi mastin ahogador de lobos
Que tiemblan los mas bravos en oillo.

DELICIO.

Yo dos nuevos cayados de algarrobos
Pondré, pon tú el cordero, que perdido
Hallaste ayer al val de los escobos.

CLARENIO.

No aquel, mas sea este rabel polido,
Porque es de mi madrina la manada
Que me ves carear por el ejido.

DELICIO.

Alfeo deja la determinada
Nuestra contienda; vamos por Alfeo,
Que yo le dejé anoche en su majada.

CLARENIO.

Toribio cumplirá nuestro deseo;
Que es de juicio y seso mas maduro,
Y no lleva las cosas por rodeo.

DELICIO.

No te fíes por ahí pastor, te juro;
Ven, Toribio, al ruido de esta fuente,
Sal de la sombra del nogal oscuro.

CLARENIO.

No huyo yo, cabrero negligente:
Ven, Toribio, verás temblar mi canto
Al son que hace el agua en la corriente.

TORIBIO.

Cantad, que el cielo os cubra con su manto,
Y al son desde dulcísimo ejercicio
Se cuaje el suelo de oloroso acanto.

DELICIO.

Toribio, este pastor que entra en juicio
Conmigo ahora, como no le tiene,
Cobrarle piensa con agenо oficio.

CLARENIO.

Este que a competir conmigo viene,
Toribio, es un pastor que cuando canta
Algun novillo pensarás que suene.

DELICIO.

Triste ganado á quien tal voz espanta,
Que es cual lobo que ahulla su ruido,
Y él piensa que su canto nos encanta.

CLARENIO.

Seca deja la yerba y el ejido
La voz de este pastor; huid, pastores,
Canto tan duro, son tan desabrido.

DELICIO.

Ninfas, venid, gozad de mis primores,
Oireis mi dulce son antes que suene
El que os destierra dentre aquestas flores.

CLARENIO.

Haz, rústico salvagio, que se enfrene
Esa lengua mas áspera y mas ruda
Que del novillo que al arado viene.

TORRIO.

Aqueso no es cantar, mas guerra cruda:
Callad por Dios, y concertad el canto,
Dí tú, Clarenio, y la sentencia muda.

CLARENIO.

Toque mi voz el estrellado manto:
Tú, dulce Apolo, haz, como lo puedes,
Que al mundo cause mi zampoña espanto.

DELICIO.

Rústico Pan, así tu cuerpo enredes
Entre los brazos de una ninfa bella,
A honrar mi canto cabe mí te quedes.

CLARENIO.

¡Oh si mis versos una rubia estrella
Entre estas verdes matas escuchára,
O yo pudiera con mis ojos vella!

DELICIO.

Mi Filis, que es de hermosura rara,
Donde quiera que voy me va escuchando:
¡Oh si tambien ahora me escuchára!

CLARENIO.

Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luego se me esconde,
Y huélgase de verme andar buscando.

DELICIO.

Canto á su puerta, y Filis me responde,
Hiéreme por detras con el cayado,
Y luego se me vá no sé por donde.

CLARENIO.

Dos tórtolas hallé en su nido amado;
Esas pienso enviar á mi Amaranta
Luego que el dia asome por el prado.

DELICIO.

Una mina de miel me dió una planta:
Saqué una hortera para mi Tirrena,
Tambien mañana la enviaré otra tanta.

CLARENIO.

El panal mas sabroso á mi Filena
Es mi presencia, y mas cuando la envio
Una cestilla de manzanas llena.

DELICIO.

Cuando me aguarda Filis en el rio
Yendo á lavar sus paños, luego pierdo
En el monte por ella mi cabrío.

CLARENIO.

Si yo soñando á Fílida recuerdo,
Tal vez hay que en no verla cual soñaba
De mi ganado ni de mí me acuerdo.

DELICIO.

Fílida un dia á voces me llamaba:
Por zarzas fuí corriendo á ver que habia,
Y cuando allá llegué burlando estaba.

CLARENIO.

A mi me llamó Fílida otro dia:
Mas trájele en mis hombros fatigadas
Dos corderillas que perdido habia.

DELICIO.

Aquella que por selvas y quebradas
Seguir me hace amor, de mi se duele,
Bien que lo encubre, y borra las pisadas.

CLARENIO.

Tambien sé yo que mi pastora suele
Preguntar donde estoy, si no me halla,
Y llora porque vuelva y la consuele.

DELICIO.

Si yo hablo á Belisa, Filis calla,
Y se enoja y se va sin que aproveche
Quererla regalar, ni regalalla.

CLARENIO.

Cuando mas enojada me deseche
Filis, ya sé que me harán su amigo
Una hortera de miel y dos de leche.

DELICIO.

Mi huerto por podar es buen testigo
Que no ha pintado la primer manzana,
Y ésta será de mi Amaranta digo.

CLARENIO.

Cogida tengo de una vid temprana
A Filis una cesta de dulzura,
De tiernas uvas de color de grana.

DELICIO.

El granizo á la fruta no madura
Derriba, el lobo estraga los ganados,
Y á mí de Filis la aspereza dura.

CLARENIO.

Dulce es el fresco humor á los sembrados,
Y al ganado es la sombra deleytosa,
Y mas Tirrena á todos mis cuidados.

DELICIO.

Abre el clavel, desplégase la rosa,
Brota el jazmin, y nace la azucena,
En dando luz los ojos de mi diosa.

CLARENIO.

Si su beldad esconde mi Tirrena,
El jazmin cae, la azucena muere
Cuando de mas frescor y aljofar llena.

DELICIO.

Haz tú que el sol de Filis reverbere,
Y verás que el invierno desabrido
Con el florido abril competir quiere.

CLARENIO.

Vístase de mil flores el ejido:
Que si mi sol no abriere la mañana,
Todo queda en espinas convertido.

DELICIO.

Mas bella es mi Tirrena y mas lozana
Que las blancas ovejas de Taranto,
Y de árbol fertil la primer manzana.

CLARENIO.

Fresca es la fuente entre el florido acanto,
De rosas y violetas coronada;
Y mas es la pastora que yo canto.

DELICIO.

¡Oh si mi Galatea enamorada
Oyera aquí mi canto y sus primores,
Como fuera rendida y obligada!

CLARENIO.

Frescas guirnaldas de tempranas flores,
Ninfas, coronarán vuestros altares,
Si propicias guiais nuestros amores.

DELICIO.

Silvano, guarda fiel de los lugares,
Sea en tu altar pechero mi rebaño,
Si límite á mi mal le señalares.

CLARENIO.

A tí, Priapo, al renovar del año
El mio sudará templada leche,
Si pones fin á mi amoroso daño.

DELICIO.

Haz que mi canto Filis no deseche,
Y darte he, Apolo, en premio mi zampoña,
Sin que Belona della se aproveche.

CLARENIO.

Calla, rústico, que es tu voz ponzoña:
¿No miras como traes tu ganado
Maganto, sin pacer, lleno de roña?

DELICIO.

Pastor, este Clarenio descuidado,
Cuando acomete el lobo á su manada,
Él duerme, y se revuelve de otro lado.

CLARENIO.

De Driadas y Faunos la sagrada
Junta, olvidado el bayle, mis primores
Escucha en esta selva sosegada.

DELICIO.

Rústico, ¿tú no ves los bailadores
Sátiros como van de prado en prado
Tus locuras riendo y tus errores?

CLARENIO.

Corre, rudo pastor desacordado,
A algun charco, y allí de rana en rana
Aprende canto, y sonarás entonado.

DELICIO.

Y tú busca campoña mas galana
Para tocarla fuera de la sierra,
Que no es la que ahora tocas toda sana.

CLARENIO.

Dime, ¿cual es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela, y sin armarse
A la gente menuda hace la guerra?

DELICIO.

Dime tú ¿que animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una virgen enlazarse?

TORIBIO.

El cielo ya, pastores, no consiente
Pasar de aquí vuestro divino canto,
Aunque el bosque os escucha alegremente.
Nuestro frágil saber no sube á tanto,
Vosotros ya tocais divina historia,
Que á mí es invidia y á la selva espanto.
Callad, nuevos Apolos, y la gloria
De vuestras venas de oro suya sea,
Y á solo Apolo demos la victoria.
Y vuestra fama así crecer se vea,
Cual crece el año con sus nuevos meses,

El vivo fuego con la seca tea,
O con el ayre las maduras mieses.

ÉGLOGA V.

ARISTEO.

De Tirsis y Damon el dulce canto
Que en otro tiempo oyeron estos pinos,
Y á Erífile divina puso espanto;
Y por entre los robles mas vecinos
Las ninfas asomaron las cabezas,
Suspensas á cantares tan divinos:
Y las selvas desnudas de fiereza
Por aquel breve espacio se vistieron
De mayores frescuras y riqueza:
Al fin cuanto estos árboles oyeron,
Y lo que con suspiros y con llanto
En sus verdes cortezas escribieron:
Si el cielo diere fuerzas para tanto,
Cantaré aquí, y escribiré entre flores
De Tirsis y Damon el dulce canto.
Dos pastorcillos, que entre los pastores
A cantar y tañer acostumbrados,
El menor fuera aquí de los mayores;
Así cantar se oyeron por los prados,
Que por oir las vacas sus canciones
En la boca olvidaron los bocados.
Damon á quien en todas perfecciones
Hizo el cielo cumplido y acabado,
Así sembró en las selvas sus razones:

DAMON.

¿Qué haces, dí, zagal, aquí sentado?
¿Piensas que no podrá, si en él te cebas,
Acabarte en un hora tu cuidado?
¿Dejaste de coger las flores nuevas,
Y de álamos tejer una guirnalda,
Por hacer en tu mal cautivas pruebas?
Mira del monte la estrellada falda,
Que estrellas juzgarás que son sus flores,
Y su yerba finísima esmeralda.
Mira que ya en el campo los pastores
Sienten que la florida primavera
Resucita en las selvas sus primores.
Yo quiero ahora desta blanca cera
Remendar mi zampoña; tú, carillo,
Préstame si querrás tu podadera;
Que de aquí me han hurtado mi cuchillo,
O lo dejé do ayer corté un cayado,
O lo perdí quizás cogiendo un grillo.
Donde quiera que esté, lo habré buscado
Si no llueve esta tarde, como suele,
O me asombra algun lobo mi ganado.
Mas tú, pastor, que el cielo te consuele,
Y en el ardiente y caluroso estío
Erífile tu lengua y labios yele.
Mientras al fresco y apacible frio
Que corre aquí, templamos los ardores
Del sol, al pie de este laurel sombrío,
Canta, pues cantar sabes, tus dolores,
Que yo prometo en pago, compañero,
De coronar tu cítara de flores.
Y aun destas palmas tejeré un sombrero,

Que si lo enramas de laurel precioso,
Mas sombra te hará que un roble entero.
También allá en un valle temeroso
Donde canto de ave no se oía
Que turbase su acento sonoroso;
Y el mundo entre dos luces parecía
Estar suspenso, ni la noche vuela
Ni se puede decir perfecto el día;
Sin golpe oirse de mortal azuela
Con un nuevo hozino de mi mano
Labré de blanca haya una vihuela.
El suelo y las clavijas de avellano,
La voz es de laurel, y toda ella
De talle y artificio muy galano.
Esta es tuya de hoy mas, porque con ella
Espero que harás tal son al mundo,
Que Apolo more en él de amores della.
Y á tí en un nuevo canto furibundo
Tan trocada veremos tu llaneza,
Que se ahogue el primero en el segundo.
Ahora, en tanto que con la corteza
Del álamo silvestre te entretienes;
Y escribes tu tesoro en su pobreza;
Y en tanto que en el campo te detienes
Y usas de las abarcas y pellico
Y de leche y castañas te mantienes;
Y en tanto que de amores pobre y rico
Haces reliquias de un favor liviano
Que se lo lleva un pájaro en el pico;
Canta, pastor: que el cielo soberano
Al regocijo y al placer perdido
Te vuelva como puede de su mano.

ARISTEO.

Esto es lo que cantó Damon tendido
Sobre la yerba, ¿quien dirá, pregunto,
Lo que de Tirsis aprendió el ejido?
Musas, decidlo vos, que á tanto junto
Mi ánimo no basta, y fueron cosas
Dignas de ni quitar ni añadir punto.

TIRSIS.

Yo, selvas, cantaré las milagrosas
Palabras que pudieron darme vida,
A ser mis penas menos dolorosas.
Ya que de entera luz toda vestida
La luna sobre el mundo se descubre
En purísimas llamas encendida,
Aquí donde con negra sombra encubre
La noche en sueño y luto sepultada
La casta yerba que estas aras cubre;
Primero una cordera degollada
Con lumbre de laurel y azufre puro
Al silencio será sacrificada.
De aquí comenzará nuestro conjuro,
Ya aquí no hay que esperar sino la muerte,
El encanto es aquí lo mas seguro.
Y porque tú con ánimo mas fuerte
A semejantes cosas te apercibas,
Atento ahora mi cantar advierte.
De un negro rio aquí las aguas vivas
Tengo guardadas, para que con ellas
Ciertas palabras en mi sombra escribas.
De que serán testigos las estrellas,
Y la noche que oyendo está su canto;
Y la luna tambien que vuela entrellas

Y porque no te cieguen con espanto
Las sombras de los dioses que vinieren,
Forzados del apremio de mi encanto;
Asi los que del ayre descendieren,
Como los que en sepulcros escondidos
Están siempre escuchando á los que mueren,
Con esta yerba claros y lucidos
Te dejaré los ojos, y con ellos
Podrás aun conocer los no nacidos.
Y contando uno á uno tus cabellos,
Si te hallare nones, de tus males
Podrás creer que morirás por ellos;
Mas si en tu dicha los hallare iguales,
Sobre la tierra estéril y desnuda
Contaré de tus huesos las señales.
Luego do el agua sin correr se muda,
Bañado nueve veces de mi mano
Con la raiz de la encantada ruda;
Seguro cogerás por este llano
Las yerbas de virtud no conocida,
Que en él nacieron su primer verano;
Y con la vestidura desceñida,
Y descalzo el un pie, y en la cabeza
Esta corona de laurel ceñida,
Irás diciendo como yo una pieza
Ciertos cantares, si hallares dina
Tu lengua de cantarlos con pureza.
Que en nuevas hojas de inmortal encina
Escritos parecieron en el mundo,
De oculta mano, y de virtud divina;
Bastante cada cual sin el segundo
Para bajar la luna de su cielo;

Y dar luz á las gentes del profundo:
Encadenar los rios con el yelo,
Abrir la noche y encerrar el dia,
Y á las horas hacer parar el vuelo:
Vestir nuestros collados de alegría
En el invierno estéril, y el verano
Las rosas ahogar en nieve fria.
Y estos ya dichos, porque de tu mano
Cojas la libertad entre las flores,
Cual cojemos la fruta del manzano,
Con tres velos diversos en colores
Cercarás el altar que ya encendido
Con yerbas estará de tres colores;
De la casta verbena, y el florido
Arrayan, y del rojo y tierno acanto
En luna nueva de raiz cogido;
Y sobre todo, del incienso santo
El humo llevará en los ayres mudos
Tu dolor á los reinos del espanto.
Luego los miembros ligarás desnudos
De esta imagen que ves de limpia cera
Tres veces, con tres lazos y tres nudos;
Y atándola dirás de esta manera:
La que me tiene ahora así ligado
Ligada como yo de amores muera.
Y tres veces aquello pronunciado,
Tres veces cercarás el encendido
Altar donde se abrasa tu cuidado;
Que el número ternario es escogido
De los sagrados Dioses, y en su acento
Cierto divino olor está escondido;
Y á la imágen ligado el pensamiento,

Así dirás poniéndola en la llama:
Aquí contigo acabe mi tormento.
Y encendiendo en el fuego aquesta rama,
Filis, dirás, me abrasa en vivo fuego;
Y yo en este laurel quien me desama.
Y esto dicho verás que baje luego
Buscándote por sendas escondidas
Ciega, cual vives tú por ella ciego.
Que estas yerbas de Arcadia son traidas,
Allí tú las sembraste, Alfesibeo,
Y á tí, Aretusa, te las dió escogidas.
Allí nacieron, aunque aquí las veo,
Ya de verdor y fruto tan caído,
Que no podrán cumplir algun deseo.
Con su virtud en cisne convertido
Ví su primer pastor, y con su canto
Dejar de seco el campo florecido,
Bajar los pinos á escuchar su canto,
Trocar las mieses, y encantar los rios,
Y esto es lo menos, y lo mas no tanto.
Estas cenizas y carbones frios
Arroja por detras en la corriente,
Y aquí van, dí, los pensamientos mios.
Mientras coges la brasa, un fuego ardiente,
(Tirsis, tenlo á señal y dicha buena)
Hizo todo su altar resplandeciente.
No sé que pueda ser, mi perro suena:
¿Si viene Filis? ¿si nos han burlado?
Siempre juzgué por inmortal tu pena:
Siempre el bien del amante es bien soñado.

ÉGLOGA VI.

Ursanio. Tyrseo.

URSANIO.

No lo tendré, pastor, mas encubierto;
Así el cielo me ponga de su mano
En el punto y compas de mi concierto:
Un rostro vi, zarillo soberano,
No era del suelo, no, que á tal belleza
Muy atras queda todo ser humano.
Al oro que llovia su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo
Comparada, es tinieblas y pobreza.
¿Has visto cuando abril nos viste el suelo
De los esmaltes que el verano cria,
Desnudo ya del encogido yelo;
O cuando el cielo al despuntar el dia
El tierno alhófar cierne por las flores,
Y al sol viste de grana el alba fria?
Pues si vieses, Tyrseo, las colores
De sus mejillas, el jazmin y grana
Tienen de su primor por borradores.
Si la juzgases por pintura humana,
Yo quiero confesar que mi cuidado
Su asiento tiene en ocasion liviana.

TYRSEO.

Ursanio, cuando yo ví aquel dechado
De quien el cielo saca su belleza,
Belleza que jamas se vió en traslado;
Ví en él tan altas partes de riqueza,

Que no habrá joya fuera de su vista
Que en mis ojos no venga á ser pobreza.
Que en solo ella mi gloria y bien consista
No hay para que, pastor, encarecello,
Pues en mí es cosa tan sabida y vista.
Las madejuelas de oro por cabello
En el divino cuello enmarañado,
Mi alma y vida marañada en ello.
La ví, yo un dia en este verde prado,
Haciendo una guirnalda de mil flores,
Tejiendo quizá á vueltas mi cuidado.

URSANIO.

Dime, Tyrseo, ¿y sabe tú amores?
Que yo de corto nunca me he atrevido
A contarle á la mia mis dolores.

TYRSEO.

Vime al principio desto mal perdido:
A llorar me escondia entre mi pena,
Mi cuidado tambien allí escondido.
Rompiase de apretada la cadena
No acabo de entender cómo, cariño,
Mi suerte se trocó de mala en buena.
Tenia yo un manchado cervatillo
Que los tiernos corderos retozaba,
Criado á hoja y flores de tomillo.
De mi mismo zurron le regalaba:
Si acaso me escondia por el prado,
Con placenteras vueltas me buscaba.
Ror collar al erguido cuello echado
De mil conchuelas un sartal curioso,
Que me trocó un pastor por mi cayado.
En él de un fiero jayalí lerdoso

Por remate un colmillo, en blanco estaño
Ligado con engaste artificioso.
En hechura, en belleza, y en tamaño
La luna de dos dias ser dijeras
Si dejáras llevarte del engaño.
Con mi cabrío un dia á ver las eras
Saqué mi cervatillo regalado
De dijes lleno y burlas placenteras.
Llegó Filis en esto á mi ganado,
Cuando yo en mi dolor á mas perdido,
Y ella dél y de mí á menor cuidado,
Con un cabrito, aun no de un mes nacido:
Tal le vió retozando, que le tuvo
El gusto por un rato embebecido.
Yo viendo que con esto se entretuvo
La que en gloria mi alma entretenia
El breve rato que conmigo estuvo;
La ocasion le ofrecí de su alegría,
Para que recibiéndola hallase
En ella escrito cuanto en mí tenia.
Y aunque al principio Filis no pasase
Por el concierto, mi porfia hizo
Que ni el don ni el deseo despreciase.
Y pudo en ella tanto este hechizo,
Que haciendo principios en mi gloria,
Mil nubes de tristeza me deshizo.
Fuese luego alcanzando la victoria
Y á asegurarse fortuna de mi parte,
Y á verse mi ventura mas notoria.
¿De qué te sirve, Ursanio mio, cansarte?
Sabe que un don ablanda el duro acero,
Y que puede hasta el cielo levantarte.

URSANIO.

¿Que podrá dar un pobre ganadero,
O que tiene que dar, habiendo dado
Al primer lance el corazon entero?
Donde este rico don no es estimado
Por el mayor de cuantos pueden darse,
Ya es aquese querer amor comprado.
No es amor, ni es posible conservarse,
Que amor que al interés está rendido
Interés y no amor ha de llamarse.

TYRSEO.

Ursanio mio, no lo has entendido:
No es yerro que por dádivas te quieran,
Ni lo es comprar por ellas ser querido;
Si algun valor secreto no tuvieran
Para ablandar altivos corazones,
Nunca los Dioses á ellas se rindieran.
No quiero yo hacer tus pretensiones
Venir por interés á ser amado,
Mas que ganes audiencia por tus dones.

URSANIO.

Pastor, un vaso tengo delicado
El cuerpo de taray, el pie de pino,
De liso cedro el tapador labrado.
Es todo de un entalle peregrino,
Y puede sin escrúpulo igualarse
De todo lo criado á lo mas fino.
Quiso en él de propósito esmerarse
El gran Alcimedonte, de manera
Que solo en él su sello pudo echarse.
Pintó en su pie la alegre primavera,
Y al seco estío frente coronada

De espigas rójas de color de cera.
El frio otoño con la espalda helada,
En mosto envuelto, de uvas coronado,
La barba y cára sucia y enmostada.
El invierno el cabello rebujado,
Tal, que quien al estío no mirase
Tendria frio en verlo tan helado.
Y porque mas la obra se estremase,
Cada tiempo está dando la manera
Como la tierra en él ha de labrarse:
Cuando se ha de coger la sementera,
Cuando sembrar, podar, y hacer el vino,
Y otras cosas al fin de esta manera.
Pues en el tapador de cedro fino
Están doce estrellados aposentos,
Y en cada cuadro su dorado sino:
Los cielos con sus varios movimientos
Unos violentos, otros naturales,
Sobre sus ejes de oro por cimientos.
Cuantos clavos las puertas celestiales
Tienen para beldad y luz del mundo,
Allí alcanzan sus puntos y señales.
Y en el cuerpo del vaso sin segundo,
Por no cansarte, hallarás cifrado
Cuanto la luna encierra y el profundo.
Pues este mundo fragil y abrevíado
Que Alcimedonte aquí dejó esculpido,
De ningun labio ha sido deslustrado.
Helo siempre guardado y escondido,
Y ahora en el poder de mi pastora
Quedará con tal dueño enriquecido.
Ella sola merece ser señora

De todo lo que en él está entallado,
Y á ella se lo ofrezco desde ahora.

TIRSEO.

Ursanio, es ese don tan acabado,
Que no sé yo si á quien á darlo llega
Le queda mas que dar que haberlo dado.
Si tu grata pastora no te niega
La obligacion y fé de tal recibo,
Tuyo es el tiempo, á tu sabor navega.

URSANIO.

Entre esa confianza y temor vivo:
Con la frialdad de mi bajeza muero,
Con el calor de su valor revivo.

TIRSEO.

Pues dime, así se logren, compañero,
Cuidados tan honrados, ¿quién te hizo
De tu beldad gallardo prisionero?
¿Que nombre le dió el cielo, qué hechizo
Tan poderoso fué que á un pecho exento
La antigua libertad y brio deshizo?

URSANIO.

Levantóse tan alto el pensamiento,
Que aun ese nombre que en la lengua cabe
Quiso en el corazon tomar asiento.
Cerró el amor su cofre con la llave,
Y rompióla en cerrando, de manera
Que junto el cofre y el secreto acabe.
Y creeme, pastor, que si tuviera
Puerta por do salir habiendo entrado,
Sola la llave de tu gusto abriera.

TIRSEO.

Ahora, Ursanio, estimo tu cuidado,

En lo que con razon debe estimarse
El gran punto de un firme enamorado:
Que pechos que no saben conservarse
En guardar la importancia de un secreto,
Y con él y sus penas ahogarse,
Bien podrán alcanzar amor perfeto,
Mas no en mi estimacion, que ya se sabe
Que solo sienta amor en el discreto.
Y si lo es tu pastora honesta y grave,
No pondrá en tí mas punto de contento
Del que tardares en hallar la llave:
Y adios que se destempla mi instrumento.

ÉGLOGA VII.

Liranio. Graciolo.

LIRANIO.

Saca, pastor, y templa tu vihuela,
Y asida á mi rabel discantaremos;
Mira que el tiempo y nuestra vida vuela.
Y si en melancolías nos metemos,
Si no damos salida á las pasiones,
Espuelas á la muerte le ponemos.
Limpia y escombra el alma de invenciones;
Que es condicion de gente distraida
Traer puesta la vida en condiciones.
¿Quien hay tan libre que si trae metida
La fantasía en ocasiones vanas,
Le falte alguna en que perder la vida?
Contempla aquellas luces soberanas,

Que la preciosa estambre van hilando
Que tú entre ciega vanidad devanas.
El cielo en ejes de oro volteando,
Y en la incierta baraja de los dias,
Unos naciendo, y otros acabando.
Viene el verano envuelto en alegrías,
Y muere á manos de sus tiernas flores
El triste invierno con sus canas frias.
Siembra disgustos, cogerás dolores,
Que cuando salga la cosecha llena
Bien la habrán cultivado tus sudores.
Ara en el mar, y siembra en la arena,
Y en red procura de encerrar el viento,
Quien pretende hallar vida sin pena.

GRACIOLO.

Si yo viese, pastor, mi entendimiento
Escombrado de sombras contrahechas
Que tanto martirizan mi contento;
Si aquestas ataduras ya deshechas
Dejasen libre de su carga el cuello
En quien amor las puso tan estrechas;
Mi bien veria descubierto en vello,
Veria mis trabajos acabados,
Y no colgada el alma de un cabello.
Cantarian los montes mas callados;
Graciolo sus collados eterniza,
El mundo goza ya siglos dorados.
Y éste que todo el mundo tiraniza
De sí mismo corrido y afrentado
Iria sin triunfar de mi ceniza.
¡O cielos, llegue el dia deseado
Que enjugando á la orilla mi vestido

Seguro cuente el uracan pasado!

LIRANIO.

Antes, vaquero, se verá vestido
El seco campo de doradas flores
En medio del invierno desabrido,
Que deje de sembrar amor dolores,
Que es patrimonio suyo, y en su casa
Los que padecen mas son los mejores.
Oido he ya decir que el alma abrasa,
No sé, ni veo por qué de aquella suerte
Quieres gozar de vida tan escasa.
¿No te valiera mas entretenerte
En labrar tus cortijos olvidados,
Que en cultivar con lágrimas tu muerte?
¿Por ventura, pastor, pocos cuidados
De su cosecha el tiempo nos envia
Para andar entre amores ocupados?

GRACIOLO.

Mi regalo, mi bien, la gloria mia
Nace y se cria desta dulce pena;
Y el sol es feo á quien enfada el dia.
Maldigo, amor, mil veces tu cadena,
Tu bien incierto, tu engañoso trato
Que á no fingidas muertes nos condena.

LIRANIO.

Pastor, no llames al amor ingrato
Porque te cueste un gusto mil dolores,
Si á nadie lo ha vendido mas barato.
Así diz que se arriendan sus favores,
Que si todo en amor fuera contento,
A dos dias cansáran los amores.
Alza tu rostro, limpia el pensamiento,

Sacude el alma, corta á la medida
De sola tu ventura el sentimiento,
No la tendrás con tino aborrecida,
Ni gastarás en vanas pesadumbres
Las horas robadoras de la vida;
Ni perderás por mucho que te encumbres,
El seso con el bien desvanecido,
Ni colgado andarás de sus vislumbres.
Dale con tiempo al corazon rendido
Algun alivio, dale algun descanso:
Que bien basta un tormento á un afligido.

GRACIOLO.

Cielo sereno, al parecer tan manso
Como duro, cruel y riguroso
A mí que con querellas mil te canso;
Bien sabes tú, teatro deleytoso,
Cuantas veces la muerte he deseado
En este solitario bosque umbroso.
El rio, de mis quejas lastimado,
A veces en cristal se ha convertido,
Y á veces de dolor se ha despeñado.
Hacer acaso sobre un olmo un nido
A dos tórtolas ví en esta ribera,
Con ellas el amor entretenido.
Y yo llorando dije, ¡o quien me diera
Aquí la muerte, porque de mi vida
Jamas nueva en el mundo se supiera!

LIRANIO.

Error, sin fin, de gente distraida
Es el comun vivir destos que tienen
El alma en vanidades convertida.
A cada paso sin morir se mueren,

Olvidan un gran hato de ganado,
Y en ver unos cabellos se entretienen.
Un dia á Olimpo ví desesperado,
Y otro dia pensando que era muerto,
Ya no le conocia de trocado.
Lleve uvas mi parral, frutas mi huerto,
Y allá se lo haya con su amarga muerte,
Amor, quien busca en vano tu concierto.

GRACIOSO.

Dorado cielo, si en el bien de verte
Alguno se concede al que te mira . . . . .
Entre la luz que tu hermosura vierte;
Si algun Dios en tus sillas de oro aspira
A cuyo cargo esten los desdichados,
A quien el ciego amor sus flechas tira,
Desata destos miembros fatigados
Un alma triste, puesta por consuelo
A los que en él están mas agraviados.
Rayos, que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme
Matadme, y no me mate este recelo.
Silvestres fieras, mansas en oirme,
Bosque espeso, cansado de escucharme,
Y vosotros, serranos, de sufrirme:
Si no basta mi fin para llorarme,
Muevaos á compasion el ver que muero
Por quien tuvo en su mano el remediarme.
Y al corazon del pecho mas sincero
En que el amor abrió mortal herida
Con dardo agudo de bruñido acero;
A lo menos le dad á su medida
Sepulcro noble, rico y suntuoso,

A honra de la que en él está esculpida.
Y por mas solo y menos deleytoso,
Sea debajo de un ciprés copado
Que al viento forme un silvo temeroso.
O sea entre duros riscos quebrantado
El rigor grave de mi adversa suerte,
Que hoy me hace morir desesperado.
Celos, quien no ha gustado vuestra muerte,
Ni el alma por los ojos ha perdido,
No es mucho que á entender mi mal no acierte.
O celo, que del mismo amor nacido
Es tu oficio abrasar vida y contento
Y dejar el carbon mas encendido,
Eres muerte y dolor del pensamiento,
Fiero verdugo de inmortal contienda
Donde del bien y el mal nace el tormento.
Llévasme al fin por tan estrecha senda,
Que das imperfeccion en el cuidado
Donde apenas caber puede la enmienda.

LIRANIO.

Quien no teme, pastor, ser olvidado,
Quien no teme perder prenda divina,
Poco la estima, y poco le ha costado.

GRACIOLO.

Ya, Liranio, al siniestro lado inclina
Atlante el cielo, y sobre entrambos ejes
Su carro de oro en la mitad camina.
Razon es que tu canto y mi mal dejes
En las manos del sueño, y en tu choza
A descansar de mi dolor te alejes;
Que si en oirte el fresco campo goza
Una alegre y florida primavera,

Y entre sus flores el placer retoza,
En mí suena tu voz de otra manera,
Que lo que suele en otros ser contento,
Con eso quiere amor que pene y muera.

DIANIO.

Ya va en las selvas refrescando el viento;
Calla, pastor, y en sueño sepultado
Desnuda el alma desse pensamiento.
Aquel hogar que ves amortiguado,
Los pastores en torno del dormidos,
Todo con la ceniza fria nevado,
No ha mucho que en sonoros estallidos
Arderle viste con la llama al cielo,
Mas que oro sus carbones encendidos:
Pasóse aquella furia y vino el hielo,
Vistió de blanco su dorada brasa:
Así pasan las cosas deste suelo.
De aquese fuego que tu pecho abrasa
Tambien presto verás la llama altiva
Deshecha en humo, y por el suelo rasa:
Que amor y el tiempo todo lo derriba.

CANCION.

Aguas claras y puras,
En cuyo limpio seno
Ví la beldad mayor, que el mundo encierra:
Florestas y frescuras,
Bosque de álamos lleno,
Morada de los Dioses de esta tierra;
Oid la nueva guerra
En que amor me ha metido:

Y vos, ninfas divinas,
Que en aguas cristalinas
Gozais helado y transparente nido,
Salid fuera á escucharme
Mientras mi mal no acaba de matarme.
Si el rigor de mi suerte
Ya tiene difinido
Que en lágrimas de amor mi vida acabe;
Por premio de mi muerte
Seame concedido
Un don, que en mí la haga menos grave:
Si en la ventura cabe
De un vivir tan cansado,
Que el cuerpo frio y mudo
De la vida desnudo,
Aquí entre flores quede sepultado,
Y en esta fuente pura
Alcance su holganza mas segura;
Que yo espero algun dia,
Segun amor me advierte,
Que vuelva por aquí Cintia gozosa;
Y la nueva alegría
De mi sabida muerte
La haga menos grave, y mas hermosa:
Y ya no rigurosa,
De un piadoso celo
Y compasion llevada
Sobre mi tierra helada
Enjugará los ojos con su velo;
Y á ver esto cumplido
Quedará aquí mi espíritu escondido
A la sombra olorosa

De aquel arbol sentada
Ninfa de aquesta fuente parecia:
Y una rama hermosa
De jazmines nevada
A dar sobre sus hombros descendia:
Y allí flores llovia
Cual nieve por la sierra,
Unas á los cabellos,
Que el sol es menos que ellos;
Iban otras al agua, otras á tierra;
Y ella entre tantas flores,
Por todas partes derramando amores.
Yo viendo luz tan pura,
Suspenso y admirado
Bien creí que en el cielo me hallase,
Y con su hermosura
Entre flores echado
Sentí que amor el alma me robase;
Mas como se arrojase
Ya mi ganado al rio,
Fueme el perder forzoso
Rato tan deleytoso,
Y caminar sin mí tras mi cabrío:
Tal que al pasar el vado
A la orilla el zurron dejé olvidado.
Mientras que las estrellas
Habitarán el cielo,
Y del sol tomará lumbre la luna;
Y mientras ella y ellas
Enviaran al suelo
Los diversos sucesos de fortuna,
Sin que mudanza alguna

Deshaga esta memoria,
De mí será cantada
Beldad tan celebrada,
Y escrita en estos árboles su historia;
Porque en los ramos bellos
Crezcan sus loores como crecen ellos.
Cancion, si tanto de primor tuvieras
Como tienes de amor, yo me obligára
Que nadie por grosera te dejára.

POEMA

DE LA PINTURA.

POR PABLO DE CÉSPEDES. *

LIBRO I.

Mueve á la alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento,
Ardor, que nos parece ser divina
Inspiracion, de pretendido intento:
Si el despierto vigor, donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria el artificio soberano
Sin par, dó llegar pudo estudio humano.
Cual principio conviene á la noble arte
Del dibujo, que él solo representa
Con vivas líneas que redobla y parte
Cuanto el ayre, la tierra y mar sustenta:
El concierto de músculos, y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta:

* Cordobés: escultor, pintor, anticuario y poeta: fue racionero en la iglesia de Córdoba, nació en esta ciudad en 1538, y murió allí en 1608. El poema presente no se ha conservado entero; solo han quedado estos fragmentos, que se imprimen aquí segun el órden que últimamente les ha dado Don Juan Cean en su Diccionario.

El bello colorido, y los mejores
Modos con que florece y los colores.
Comenzaré de aquí. Pintor del mundo,
Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último dia del reposo,
A luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asiento luminoso
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura;
Con que tan lejos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
Y el translúcido esmalte soberano,
Con inflamadas luces y distintas:
Muestras tu diestra y poderosa mano
Cuando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del etéreo claustro
De la parte del ólice y del austro.
Al ufano pabon alas y falda
Decoro bordaste y de matiz divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce, y el záfiro alegre y fino:
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino;
Y la tierna amenísima, que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.
Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario velo:
Todo volante género atrevido,
Que el ayre y niebla hiende en presto vuelo:
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo:

De tí, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance: yo á tí solo invoco.
Un mundo en breve forma reducido *,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y la aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la parte exterior avive, y mueva
Los miembros frios de la imagen nueva.
Vistiólo de una ropa que compuso
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanca se muestre colorada.
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa, en bella confusion mezclada,
O del indio marfil trasflora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta.....
Primero romperás lo menos duro **
Deste arte poco á poco conquistando:
Procura un orden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando.
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.
Un dia y otro dia, y el contino
Trabajo hace práctico y despierto,
Y despues que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,

* *Pintura del hombre.* ** *Método de aprender.*

No cures atajar luengo camino,
Ni por allí te engañe cerca el puerto:
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.
Así la universal naturaleza
Cuantos produce al explendor del cielo
No primero los arma de firmeza,
Ni con osado pie huellan el suelo,
Que el sabor de la leche la terneza
Funde y condense del corpóreo velo;
Y como va creciendo, el alimento
Refuerza con igual mantenimiento,
Hasta que, ya crecida, llega al punto
Adulta edad, de mas perfecto estado:
El sustento dispone y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado.
No quieras adornar mas tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado,
Que cuanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.
Ya que la aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede segun esto sucederte
Menos el resto que el sudor primero:
Por ende, con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guía
La libre obstinacion de tu porfia.
La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,

Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamas pintado,
Que hizo el Buonarota de su mano
Divina en el Etrusco Vaticano. *
Cual nuevo Prometeo, en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto,
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.
Era perpétua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene,
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene:
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo
La afortunada edad del grande Augusto.
¡O mas que mortal hombre, Angel divino!
¿O cual te nombraré? No humano cierto
Es tu ser, que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel, vida y concierto.
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reyna virtud: á tí se debe
Honra, que en cierto dia el sol renueve.....
Será entre todos el pincel primero **

* *El juicio universal de Miguel Angel.*
** *Instrumentos para pintar.*

En su cañon atado y recogido
Del blando pelo del silvestre vero
(El bélgico es mejor y en mas tenido):
Sedas el javalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al mas crecido:
Será grande ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.
Un junco, que tendrá ligero y firme
Entre dos dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellos que cargó de tierra-firme
Entre oro y perlas navegante ufano;
De ébano ó de marfil asta que se entre
Por el cañon, hasta que el pelo encuentre.
Demas un tabloncillo relùmbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
O de aquel otro, que del triste amante
Imitáre el color en su madera:
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera:
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.
Un pórfido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos en sutil mixtura y rara:
De tres piernas la máquina de aliso,
De una á otra poco mas que vara,
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde á tu mano el cuadro alces ó bajes.
De macizo nogal y sazonado

Derecha regla que el perfil recuadra,
Tendrás tambien de acero bien labrado
(No faltará ocasion) la justa escuadra,
Y el compas del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra;
Que abriéndose ó cerrando no se sienta
El salto donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cuchillo acomodado
De sus pérfidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color; y otro delgado
Que corte sin sentir fino y agudo
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la tarpea roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero Galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno:
Un ancho vaso de metal sonoro
De frescas ondas trasparentes lleno,
Do molidos al olio en blando frio
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio, con que mas cómodo se pinta!
Con estas otra que á la par destina
A la letra y dibujo oscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma
Con el licor que da la fértil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento *
En este humor por siglos infinitos:
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores exquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los canoros gritos,
Con que celebra las famosas lides
Desde la India á la ciudad de Alcides.
¿Que fuera (si bien fue segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura y bella
De las cenizas del esposo muerto
La magnánima reyna, si en aquella
Noche oscura de olvido y desconcierto
La tinta la dejára; y los loores
De versos y eruditos escritores?
Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo,
Anfiteatros y arcos levantados
De poderosa mano y noble celo,
Por tierra desparcidos y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.
De Príamo infelice solo un dia
Deshizo el reyno tan temido y fuerte:
Crece la inculta yerba do crecia
La gran ciudad, gobierno y alta suerte:
Viene espantosa con igual porfia

* *Elogio de la tinta y su duracion.*

A los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en oscuro seno cuanto ha sido.
Humo envuelto en las nieblas, sombra vana
Somos, que aun no bien vista desparece:
Breve suma de números que allana
La Parca, cuando multiplica y crece:
Tirana suerte en condicion humana
Que con nuestros despojos enriquece,
Deuda cierta nacemos y tributo
Al gran tesoro del hambriento Pluto.
Todo se anega en el Estigio lago:
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos:
El ancho imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí, y deshechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.
Espantoso su nombre fue, espantoso
El hierro agudo á la ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno undoso,
Que en su sangre hervió de parte á parte:
Caverna ahora del leon velloso,
Do aspid sorda y cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.
Vos sentísteis tambien menos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor último daño.
¡O Numancia! ¡O Sagunto! que testigos

Ahora sois de humano desengaño:
Caísteis, mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza.
¡Que mucho si la edad hambrienta lleva
Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas!
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo.
Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y cuanto adorna el pavimento humano,
Y el mar, y cuanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena ó va á la mano
De la natura el gran poder segundo,
Pues todo cuanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.
¿Cuantas obras la tierra ávara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Donde el bronce labrado y oro? Y donde
Atrios y gradas del asirio templo,
Al cual de otro gran rey nunca responde
De alta memoria peregrino ejemplo?
Solo el tesoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.
No creo que otro fuese el sacro rio
Que al vencedor Aquiles y ligero
Le hizo el cuerpo con fatal rocío
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoroso brio

Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.
Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Cuando con paso audaz de ilustre intento
De la aurea eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpúreo asiento
La noble tinta del poeta Andino
Al magnánimo Eneas, no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

LIBRO II.

Y aunque en la proporcion generalmente*
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la mas corriente,
Que en las mayores obras eligieron:
Yo la ví y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar obscurecido,
Hasta donde adornado de su bello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y do mas bajo se avecina al cuello
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande o pequeña imagen que hicieres.....

* *Simetría del hombre.*

El estudio no menos, y el cuidado *
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones:
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigorosos fines.

El hermoso lebrel, el crudo alano,
Pintado ser de grande ornato hallo:
El javalí espumoso, el tigre hircano
Y otros en grande número que callo:
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriqueces la pintura
El aliento, caudal y hermosura.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre **
Por estudio mas alto ennoblecieran
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuánto muestra el vivo.

Que parezca en el ayre y movimiento
La generosa raza do ha venido:
Salga con altivez y atrevimiento,
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento

* *Simetría de los animales.*
** *Pintura del caballo.*

Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas; ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado,
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.
Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.
Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento

Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.
Tal las sueltas madejas extendias
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendias
El ayre y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcias
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de tu ninfa bella,
Saturno volador, delante de ella.
Tal el gallardo Cylaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban, y tales,
Fuego expiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales:
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles:
A los cuales excede en hermosura
El Cisne volador del señor mio,
Que la victoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brio.
Va delante á la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frio;
Y á cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la Pelasga lira.
Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece, harto
Mas vivo y puro que el diurno Electro:
Rendido el Persa, el Agareno y Partho

A su valor con sonoro plectro,
Si el cielo tiene aún quien venza y quiebre
De Smirna y Roma el presumir celebre.
Cuales en torno al carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones:
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud, cual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran marques de Priego.
Éste, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palmas sus altos fundamentos:
Luz de su ilustre patria levantada
Encima á cualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De cuanto alumbra el sol, y el mar rodea.
Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heróico intento,
Y el valor celebrar, ¿donde te enciendes
Tanto, y alzas tu voz al claro asiento?
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera,
Que ya tomaste, á proseguir primera.
Si enseñarte pudiese los concetos *
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los secretos

* *Perspectiva y escorzo.*

Que encierra en sí la docta perspectiva:
Como extendidos por el ayre y retos
Los rayos salen de la vista esquiva,
Como al término llegan de su intento,
Do paran, como en basa y fundamento.
Osaré confesar que alguna parte
El contino trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede:
De mirar donde acaba y donde parte
El corte de las líneas; y do quede
Señalado el escorzo, con certeza,
En breve forma, y con mayor belleza.
Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Asímismo escondiéndose á la mira,
Y desmiente á la vista una gran parte:
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta, que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.
Esto llaman escorzo, introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre,
De tierras extrangeras conducido,
Trajo con la arte misma el mismo nombre:
Hora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.
¿Que diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia

El golpe entre fingidos resplandores,
Al cual se rindió la Asia, y la porfia
De los Parthos huyendo vencedores;
Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba.
Bien hay donde extender la blanda vela
Por ancho campo, donde el fin no es cierto,
Y traer mil precetos que la escuela
Tuvo de los antiguos y concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide el deseado puerto:
Con todo descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.
Y para mayor luz sabrás, que hay una *
Industria, con que muchos han obrado,
Y acudiendo el favor de la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado,
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocaron en tal alto grado,
Tan firmes, que la fuerza no ha podido
Del tiempo obscurecerlas, ni el olvido.
Harás de cuatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse, un cuadro,
Y por iguales trechos señaladas
A la redonda sean del recuadro:
De señal á señal atravesadas
Vayan las hebras á encontrarse en cuadro;
Cual el vario axedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.
Podrás, como quisieres, la figura

* *Cuadrícula.*

En tabla ó en papel representarla,
En la cual se descubra en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla:
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo en siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibujo con razon consista:
Un trazo suba por derecho enhiesto,
Y corra por traves la ciega lista
Con otros tantos cuadros y señales,
Todas al justo, ó todas desiguales:

Y luego mirarás por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa
De aquella red que contrapuesta sea:
A tus cuadrados los perfiles casa
Con oscura ematite *, do se vea
El escorzo tan justo con efeto,
Igual en todo al imitado objeto.

Y pues ya sale y resplandece y dora **
Con belleza de luz del nuevo dia
El cielo oscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fria;
A vos llamo, y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte

* *Lapiz negro.* ** *Colorido.*

Habeis de los principios de aquesta arte.
Mas ¿ que me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz, y apenas llega?
¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir, que á solo estudio no se entrega:
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar tus ojos.
Busca en el natural, y (si supieres
Buscarlo) hallarás cuanto buscares:
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares:
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares,
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel é ingenio imita.
No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de contino en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cria sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfetas haz un todo.
En el silencio oscuro su belleza *,
Desnuda de afeytadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vias,
Para que la arte atienda á su lindeza.

* *Imágenes de la fantasía.*

Con nuevo ardor, cuando en las cumbres frias
La luna enviste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.
Las frescas espeluncas ascondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos rios,
Vivos lagos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas quede enriquecida.
Si dispusiese el soberano cielo *,
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Cuanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que después que de vuelta el leve vuelo
Del Tiempo, que consume y desgobierna
Cuanto produce y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso:
Será quizá que entre otros desvaríos,
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase los preceptos mios
Uno que alzarse á la virtud pretenda;
Y añadiendo al cuidado nuevos brios
Levantar á su antiguo honor emprenda
Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.
¿Como? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo
(Y pasaron mil años) ascondida,
En tanto que la niebla escura tuvo

* *Conclusion.*

De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas (como todas cosas) nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.
No asienta en nada el pie, ni permanece
Cosa jamas criada en un estado;
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago ayre y sonante, y cuanto crece
En la tierra y el mar de grado en grado,
Mueven como ellos, cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

POESIAS
DE VARIOS AUTORES.

CANCION

De don Diego de Mendoza. *

Ya el sol revuélve con dorado freno
Los ligeros caballos nuestra via,
Acabando la mas corta carrera:
Ya calienta, ya da nueva alegria
De la estrella mas fria el tibio seno:
Ya las nubes esparce por defuera:
Ya parte mas afuera
Del cielo, y apartada
Ve la luz demasiada:
Yo cautivo que muero, quiere amor
Que de mí huya el claro resplandor;
Y que siempre le siga como loco,
Teniendo al sol en poco,
Y que mu riendo busque mi dolor.
La ira del cruel y duro invierno
Huye so tierra, y los rabiosos vientos

* Nació en Granada por los años de 1500, y murió en Valladolid en 1575. Mas que por sus poesías es conocido por su historia *de la Rebelion de los Moriscos de Granada.*

No suenan ya por bosque ni montaña:
El cielo da los dias ya contentos,
Ya muestra la montaña el rostro tierno,
Ya sale á retozar por la campaña
La sabrosa compaña
Del viento delicado.
Yo ausente y olvidado
No mengua mi tristeza y desconsuelo;
Antes rompo las peñas con mi duelo,
Y los montes de duelo suspirando;
Mas poco cura el cielo
Que viva el triste desamado amando.
La verde yerba coronando viene
De varias flores la pintada tierra,
Que al estrellado cielo se parece:
Los tiernos ramos no tienen mas guerra
Con el soberbio viento, ni conviene
Temor del duro hielo que entorpece.
Ya ninguna perece
De las espesas hojas:
Y tú, fortuna, arrojas
Tanto dolor en mí, tanta agonía
Cuanto ellos hora tienen de alegría.
Cada cosa en su tiempo fin alcanza:
Y en la tristeza mia
No hay tiempo que remedie mi esperanza.
En el mar sosegado al manso viento
Tiende la vela alegre el marinero,
Seguro ya de la cruel tormenta;
En alta popa con navío ligero
Corta agua espumosa, y va contento,
Sin tener con las ciegas nubes cuenta,

Ni espera mas afrenta:
Y en mi vida importuna
Cualquier tiempo es fortuna;
Siempre me veo cubierto de cuidados
Que en lágrimas quebrantan sus nublados.
¡O enemiga fortuna! ¡o cruda suerte!
No son unos pasados
Cuando me llegan otros á la muerte.
El pastor amoroso embebecido
En la cumbre del monte está cantando,
O en la fresca arboleda y verde prado;
Y con sabrosa flauta remedando
La viva voz, ó ya el dulce sonido
Del agua clara y viento delicado,
Presente su ganado
Que escucha sus querellas:
Yo triste que con ellas
Vivo solo en lugar adonde oidas
No pueden ser de nadie ni sentidas,
Paso mi vida en doloroso llanto;
Y si hubiese mil vidas,
Todas las pasaria en otro tanto.
Bien sabes tú, cancion, qué primavera,
Qué sol es el que espera
Mi alma en esta ausencia:
Qué males en presencia
Me pueden dar mas conocido daño,
Y en tanta soledad aborrecer,
Huyendo como extraño,
Todo aquello que á todos da placer.

Del mismo autor.

LETRILLA.

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino,
Errado el camino,
No pudo volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mándenle escribir
Aunque no contenté,
Y si se arrepiente
Que no ha de huir.
Que quiera morir,
Y no pueda ser:
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se dejó prender.
Entró simple y ciega,
Mas no sin razon;
Hízose aficion
De lo que era juego.
Él encendió el fuego
En que habia de arder,

Cuando por amores
Se quiso prender.
Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores;
Y los miradores
Échenlo de ver,
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
Si acaso algun dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria
De envidia y porfia
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
Diga su cuidado,
No sea creido;
Antes que sea oido
Sea condenado.
Quiera ser mirado,
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *

CANCIONES MÍSTICAS.

PRIMERA.

La noche escura.

En una noche escura
Con ansias en amores inflamada,
¡O dichosa ventura!
Salí sin ser notada
Estando ya mi casa sosegada.
A escuras y segura,
Por la secreta escala disfrazada,
¡O dichosa ventura!
A escuras y encelada,
Estando ya mi casa sosegada.
En la noche dichosa,
En secreto que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz ni guia
Si no la que en el corazon ardia.
Aquesta me guiaba
Más cierta que la luz del medio dia,
Adonde me esperaba

* Nació en la villa de Hontiveros año de 1542, y murió en Ubeda en 1591. Fue el primer carmelita descalzo, y coadjutor de Santa Teresa en la reforma de la orden.

Quien yo bien me sabia
En parte donde nadie parecia.
¡O noche que guiaste!
¡O noche amable mas que el alborada!
¡O noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el amado trasformada!
En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros ayre daba.
El ayre de la almena
Cuando ya sus cabellos esparcia,
Con su mano serena
En mi cuello heria,
Y todos mis sentidos suspendia.
Quedeme y olvideme;
El rostro recliné sobre el amado;
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

SEGUNDA.

Didlogo entre el Alma y Cristo su esposo.

Esposa.

¿A donde te escondiste
Amado y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste

Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando y eras ido.
Pastores los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo mas quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras
Plantadas por la mano de mi amado!
¡Oh prado de verduras
De flores esmaltado!
Decid si por vosotras ha pasado.

Las criaturas.

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa.

¡Ay quien podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero:
No quieras enviarme
De hoy mas ya mensagero;
Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos mas me llagan,
Y déjame muriendo
Un no se que, que queda balbuciendo.
Mas ¿como perseveras
¡O alma! No viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas que recibes
De lo que del amado en tí concibes?
¿Por que, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por que asi le dejaste
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos
Pues eres lumbre dellos,
Y solo para tí quiero tenellos.
Descubre tu presencia
Y máteme tu vista y hermosura:
Mira que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡O cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos amado
Que voy de vuelo.

Esposo.

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma
Y al ayre de tu vuelo fresco toma.

Esposa.

Mi amado las montañas,
Los valles solicíta nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonorosos
El silvo de los ayres amorosos;
La noche sosegada
Procura, y los levantes de la Aurora;
La música callada,
La soledad sonora,
La cena que recrea y enamora.
Es su lecho florido
De cuevas de leones rodeado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.
En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salia

Por toda aquesta vega
Ya cosa no sabia,
Y el ganado perdí que antes seguia.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.
Y yo le dí de hecho
A mí sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya solo en amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el ejido
De hoy mas no fuere vista ni hallada
Direis que me he perdido;
Que andando enamorada
Me hize perdidiza y fuí ganada.
De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas
Y en un cabello mio entretejidas.
En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste:
Mirástele en mi cuello
Y en él preso quedaste
Y en mis dos blandos ojos te llagaste.
Cuando tú me mirabas
Tu gracia en mí tus ojos imprimian:
Por eso me adamabas,
Y en eso merecian

Los mios adorat lo que en tí vian.
No quieras despreciarme
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Despues que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.
Cogednos las raposas,
Que está ya florida nuestra viña:
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
Detente, cierzo muerto,
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto
Y corran sus olores
Y pacerá el amante entre las flores.

Esposo.

Entrádose ha la esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del amado.
Debajo del manzano,
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.
¡O vos, aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,

Aguas, ayres, ardores,
Y miedos de la noche veladores!
Por las amenas liras,
Y canto de sirenas os conjuro,
Que cesen vuestras iras
Y no toqueis al muro
Porque la esposa duerma mas seguro.

Esposa.

¡Doncellas de Judea!
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no querais tocar nuestros umbrales.
¡Escóndete, carillo!
Y mira con tu faz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las campañas
De la que va por ínsulas extrañas.

Esposo.

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado;
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
En soledad vivia
Y en soledad ha puesto ya su nido;
Y en soledad la guia
A solas su querido,
Tambien en soledad de amor herido.

Esposa.

Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura.
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura,
Entremos mas adentro en la espesura
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
Allí me mostrarias
Aquello que mi alma pretendia,
Y luego me darias
Allí ¡tú vida mia!
Aquello que me diste el otro dia.
El aspirar del ayre;
El canto de la dulce filomena,
El soto, y su donaire
En la noche serena
Son llama que consume y no da pena.
Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba
Y la caballería.
A vista de las aguas descendia.

DE FRANCISCO DE FIGUEROA. *

ÉGLOGA.

TIRSI.

Tirsi, pastor del mas famoso rio
Que da tributo al Tajo, en la ribera
Del glorioso Sebeto, á Dafne amaba
Con ardor tal, que fue mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del dia,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena
Rompiendo el ayre en semejantes voces:
Fiero dolor, que del profundo pecho,
De este tu propio antiguo usado nido,
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco, ¡o dolor fiero! afloja,
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas
Que en mis ojos cuajadas hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga.
Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,

* Natural de Alcalá de Henares: floreció despues de mediado el siglo 16.

En este tronco escriba mis querellas:
Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa
Y sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea:
Ó si esto no, serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores..... Dafne ingrata,
Que mientras vas con el sol nuevo alegre
Del espacioso mar las bravas ondas,
Que crecen con mis lágrimas mirando,
Ó en jardin deleytoso, al manso viento,
De cuidados de amor libre paseas;
Tú Tirsi, ¡ay Dios! tú Tirsi, un tiempo yace
Solo con su dolor en esta selva:
Que ya ni el verde prado ó fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce ó cara sino el llanto solo.
¡Cuantos pastores, cuantas pastorcitas
Amorosas oyendo mis gemidos
Conmigo consolándome han llorado!
¡Que me dijo una vez la blanca Alcea
Movida á compasion! ¡Que dijo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores!
Que cuando yo cantando, ella vencida
Del amor que me tiene, entre estas ramas
Escondida, tu nombre oyó en mis versos.
Dijo: ¡ay amargas voces, cuan impresas
Os tiene el corazon! Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Cual estrella cruel, cual fiera saña
Te mueve contra tí? Tú mismo buscas

Tu presto fin en tus mas tiernos años.....
¿No te ví, Tirsi, yo, ¡Ah que bien debo
Acordarme del dia! en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, cual prado en mayo,
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Que tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mí misma robarme? ¿A donde es ida
Tu gracia? ¿A donde la color del rostro?
¿A donde está la fuerza de tus ojos
Amorosos ó ayrados? ¿Quien te tiene
Parado tal, que si tu imagen viva,
Desde aquel para mí cuitado dia,
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va, son estos los misterios
De la diosa cruel, reyna de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama á Damon: Damon á Clori:
Arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato
Por Dafne: Dafne está entregada á Glauco:
En Glauco no hay amor..... Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que ayrado en vista,
Y muy mas dentro del corazon, la dije:
Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues mas con falsas nuevas.
Ella se fué, mas levantó primero
Los ojos lagrimosos hácia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza.

Pero bien se la doy: desde aquella hora
Imaginando estoy el como sea
Que por amar á Glauco, á Tirsi olvides.
De secreta virtud pequeña yerba,
No nace planta en este prado ó valle,
De quien no tenga yo cierta noticia,
Y la sepa apropiar á sus efetos.
¿Cuando nació jamas por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido jüez por ambas partes?
¿Cuando en fiesta quedé sin algun premio?
Testigos son esta zampoña y vaso,
Y ese collar que cuelga de tus pechos.
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
Mis ovejas que van presas del lobo
¿No te dieron un tiempo de sus partos?
¿No te dieron mi huertos fruta y flores?
¿Por que me ha de vencer pastor ageno,
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En que me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata!
Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por que quiero esperar que venga á pasos
Perezosos la muerte? Aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla. En esto prueba
A levantarse; pero no sostienen
Los pies débiles carga tan pesada.
Torna á caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre á la muerte
Perdiendo los espíritus vitales.
Mas presto torna á su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

DE JORGE DE MONTEMAYOR. *

CANCION.

Ojos, que ya no veis quien os miraba
Cuando érades espejo en que él se via,
¿Que cosa podeis ver que os dé contento?
Prado florido y verde do algun dia
Por el mi dulce amigo yo esperaba,
Llorad conmigo el grave mal que siento.
Aquí me declaró su pensamiento;
Oile yo cuitada,
Mas que serpiente ayrada,
Llamándole mil veces atrevido:
Y el triste allí rendido,
Parece que es ahora y que le veo,
Y aun ese es mi deseo.
¡Ay si ahora le viese, ay tiempo bueno!
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
Aquella es la ribera, éste es el prado,
De allí parece el soto, el valle umbroso,
Que yo con mi rebaño repastaba;
Veis el arroyo dulce y sonoroso
Do pacia la siesta mi ganado,

* Portugués: natural de Montemor: floreció á mediados del siglo 16: fue el que con su *Diana* introdujo el gusto de las novelas pastorales.

Cuando mi dulce amigo aquí moraba:
Debajo de aquella haya verde estaba,
Y veis allí el otero
A do le ví primero
Y do me vió: dichoso fué aquel dia,
Si la desdicha mia
Un tiempo tan dichoso no acabára.
¡O haya! ¡o fuente clara!
Todo está aquí, mas no por quien yo peno;
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
Aquí tengo un retrato que me engaña,
Pues veo á mi pastor, cuando lo veo,
Aunque en mi alma está mejor sacado:
Cuando de velle llega el gran deseo,
De quien el tiempo luego desengaña,
A aquella fuente voy que está en el prado.
Arrímomele al sauce, y á su lado
Me siento ¡ay amor ciego!
Al agua miro luego,
Y veo á él y á mí como le vía
Cuando él aquí vivia:
Esta invencion un rato me sustenta!
Despues caigo en la cuenta,
Y dice el corazon de ansias lleno,
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
Otras veces le hablo y no responde,
Y pienso que de mí se está vengando,
Porque algun tiempo no le respondia:
Mas dígole yo triste así llorando:
Hablad, Sireno, pues estais adonde
Jamas imaginó mi fantasía.
¿No veis, decí, que estais en la alma mia?

Y él todavía callado
Y estarse allí á mi lado.
En mi seso le ruego que me hable:
¡Que engaño tan notable,
Pedir á una pintura lengua ó seso!
¡Ay tiempo, en que en un peso
Estaba mi alma, y en poder ageno!
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
No puedo jamas ir con mi ganado
Cuando se pone el sol en nuestra aldea,
Ni desde allí venir á la majada
Sino por donde, aunque no quiera, vea
La choza de mi bien tan deseado,
Ya toda por el suelo derribada.
Allí me siento un poco, descuidada
De ovejas y corderos,
Hasta que los vaqueros
Me dan voces diciendo: ¡ola pastora!
¿En quien piensas ahora?
Y el ganado paciendo por los trigos:
Mis ojos son testigos
Por quien la yerba crece al valle ameno:
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
Razon fuera, Sireno, que hicieras
A tu opinion mas fuerza en la partida,
Pues que sin ella te entregué la mia:
Mas yo ¿de quien me quejo ya, perdida?
¿Pudiera alguno hacer que no partiera
Si el hado ó la fortuna lo queria?
No fue la culpa tuya, ni podria
Creer que tú hicieses
Cosa con que ofendieses

A este amor tan llano y tan sencillo;
Ni quiero prestamillo,
Aunque haya muchas muestras y señales:
Los hados desiguales
Me han anublado un cielo muy sereno:
Ribera umbrosa ¿qué es de mi Sireno?
Cancion, mira que vayas donde digo:
Mas quédate conmigo,
Que puede ser te lleve la fortuna
A parte do te llamen importuna.

DE GIL POLO.*

CANCIONES PASTORILES.

I.

En el campo venturoso,
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña,

* Valenciano: autor de *la Diana enamorada*: floreció despues de mediado el siglo 16.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:
Junto el agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia;
Pero á veces no podia,
Y el blanco pie se mojaba.
Licio, al cual en sufrimento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Mientras miraba el contento
De su pulida zagala.
Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:
Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo;
Y aunque mas placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.
Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno:
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.
Causa mi triste cuidado,
Que á mi pensamiento crea:

Porque ya está averiguadó,
Que si no es tu enamorado,
Lo será cuando te vea.
Y está cierto, porque amor
Sabe desde que me hirió,
Que para pena mayor
Me falta un competidor
Mas poderoso que yo.
Deja la seca ribera,
Do está el alga infructuosa:
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera
Enroscada y escamosa.
Huye ya, y mira que siento
Por tí dolores sobrados;
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento
Y tu peligro cuidados.
En verte regocijada
Celos me hacen acordar
De Europa, ninfa preciada,
Del toro blanco engañada
En la ribera del mar.
Y el ordinario cuidado
Hace que piense contino
De aquel desdeñoso alnado,
Orilla el mar arrastrado,
Visto aquel monstruo marino.
Mas no veo en tí temor
De congoja y pena tanta;
Que bien sé por mi dolor
Que á quien no teme al amor

Ningun peligro le espanta.
Guarte pues de un gran cuidado:
Que el vengativo Cupido
Viéndose menospreciado,
Lo que no hace de grado,
Suele hacerlo de ofendido.
Ven conmigo al bosque ameno,
Y al apacible sombrío
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el Estío.
Si el agua te es placentera,
Hay allí fuente tan bella,
Que para ser la primera
Entre todas, solo espera
Que tú te laves en ella.
En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo;
Que estando al abierto cielo,
El sol morena te para.
No escuchas dulces concentos;
Sino el espantoso estruendo
Con que los bravosos vientos
Con soberbios movimientos
Van las aguas revolviendo.
Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera
De las anegadas naves.
Ven á la dulce floresta,

Do natura no fué escasa:
Donde haciendo alegre fiesta
La mas calorosa siesta
Con mas deleyte se pasa.
Huye los soberbios mares;
Ven verás como cantamos
Tan deleytosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;
Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza á cantarlos,
Yo haré que los pastores
No digan cantos de amores,
Porque huelgues de escucharlos.
Allí, por bosques y prados,
Podrás leer todas horas,
En mil robles señalados
Los nombres mas celebrados
De las ninfas y pastoras.
Mas seráte cosa triste
Ver tu nombre allí pintado,
En saber que escrita fuiste
Por el que siempre tuviste
De tu memoria borrado.
Y aunque mucho estés ayrada,
No creo yo que te asombre
Tanto el verte allí pintada,
Como el ver que eres amada
Del que allí escribió tu nombre.
No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer;
¿Mas qué tormento ó pesar

Te puede, Ninfa, causar
Ser querida y no querer?
Mas, desprecia cuanto quieras
A tu pastor, Galatea:
Solo que en estas riberas
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.
¿Que pasatiempo mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruiseñor,
Coger la olorosa flor,
Y en clara fuente lavarse?
Pluguiera á Dios que gozáras
De nuestro campo y ribera,
Y porque mas lo preciáras,
Ójala tú lo probáras,
Antes que yo lo dijera.
Porque cuanto alabo aquí
De su crédito lo quito;
Pues el contentarme á mí
Bastará para que á tí
No te venga en apetito.
Licio mucho mas le hablára,
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbára,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.
Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

CANCION II.

Cuando con mil colores divisado
Viene el verano en el ameno suelo,
El campo hermoso está, sereno el cielo,
Rico el pastor, y próspero el ganado:
Filomena por árboles floridos
Dá sus gemidos:
Hay fuentes bellas
Y en torno de ellas
Cantos suaves
De ninfas y aves;
Mas si Elvinia de allí sus ojos parte,
Habrá contino invierno en toda parte.
Cuando el helado cierzo de hermosura
Despoja yerbas, árboles y flores,
El canto dejan ya los ruiseñores,
Y queda el yermo campo sin verdura.
Mil horas son mas largas que los dias
Las noches frias:
Espesa niebla
Con la tiniebla
Oscura y triste
El ayre viste;
Mas salga Elvinia al campo, y por do quiera
Renovará la alegre primavera.
Si alguna vez envia el cielo ayrado
El temeroso rayo ó bravo trueno,
Está el pastor de todo amparo ageno,
Triste, medroso, atónito y turbado:
Y si granizo ó dura piedra arroja,

La fruta y hoja
Gasta y destruye;
El pastor huye
A paso largo
Triste y amargo;
Mas salga Elvinia al campo, y su belleza
Desterrará el recelo y la tristeza.
Y si acaso tañendo está ó cantando,
A sombra de olmos ó altos valladares,
Y está con dulce acento á mis cantares
La mirla y la calandria replicando;
Cuando suave espira el fresco viento,
Cuando el contento
Mas soberano
Me tiene ufano
Libre de miedo
Lozano y ledo;
Si asoma Elvinia ayrada, así me espanto
Que el rayo ardiente no me aterra tanto.
Si Delia en perseguir silvestres fieras,
Con muy castos cuidados ocupada
Va de su hermosa escuadra acompañada
Buscando sotos, campos y riberas,
Napeas y Hamadríadas hermosas
Con frescas rosas
La van delante;
Está triunfante
Con lo que tiene:
Pero si viene
Al bosque donde caza Elvinia mia,
Parecerá menor su lozanía.
Y cuando aquellos miembros delicados

Se lavan en la fuente esclarecida,
Si allí Cintia estuviera, de corrida
Los ojos abajára avergonzados:
Porque en la agua de aquella transparente
Y clara fuente,
El mármol fino
Y peregrino
Con beldad rara
Se figurára;
Y al atrevido Actéon si la viera,
No en ciervo, pero en mármol convirtiera.
Cancion, quiero mil veces replicarte
En toda parte,
Por ver si el canto
Amansa un tanto
Mi clara estrella
Tan cruda y bella;
Dichoso yo si tal ventura hubiese,
Que Elvinia se ablandase, ó yo muriese.

DE PEDRO DE ESPINOSA. *

IDILIO.

Fábula del Genil.

Tambien entre las ondas fuego enciendes,
Amor, como en la esfera de tu fuego,

* Natural de Antequera: murió en 1650. Fué el que recogió varias poesías de su tiempo con el título de *Flores de poetas ilustres.*

Y á los Dioses de escarcha tambien prendes,
Como á Vulcano, con lascivo juego:
Del sacro Olimpo á Júpiter desciendes,
Y á Febo dejas (sin su lumbre) ciego,
Y á Marte pones con infame prueba,
Que de tu madre las palabras beba.
El claro Dios Genil sintió tus lazos,
Que á la náyade Cínaris adora;
Ella le hace el corazon pedazos,
Y él crece con las lágrimas que llora:
Corta las aguas con los blancos brazos
La ninfa que con otras ninfas mora
Debajo de las aguas cristalinas,
En aposentos de esmeraldas finas.
El despreciado Dios su dulce amante
Con las náyades vido estar bordando,
Y por enternecer aquel diamante,
Sobre un pescado azul llegó cantando:
De una concha una cítara sonante
Con destrísimos dedos va tocando:
Paró el agua á su queja, y por oilla
Los sauces se inclinaron á la orilla.
Vosotras, que mirais mi fuego ardiente,
Sereis (dice) testigos de mi pena,
Y del rigor y término inclemente
De la que está de gracia y desden llena:
Neptuno fué mi abuelo, y de una fuente,
Que es de una sierra de cristales vena,
Soy Dios, y con mis ondas fuera Tetis,
Si no atajára mi camino el Betis.
Vestida está mi márgen de espadaña,
Y de viciosos apios y mastranto,

Y el agua clara, como el ambar, baña
Troncos de mirtos y de lauro santo:
No hay en mi margen silbadora caña,
Ni adelfa; mas violetas y amaranto;
De donde llevan flores en las faldas,
Para hacer las Hénides guirnaldas.
Hay blandos lirios, verdes mirabeles,
Y azules guarnecidos alelíes;
Y allí las clavellinas y claveles
Parecen sementera de rubíes:
Hay ricas alcatifas, y alquiceles
Rojos, blancos, gualdados y turquíes,
Y derraman las auras con su aliento
Ámbares y azahares por el viento.
Yo, cuando salgo de mis grutas hondas
Estoy de frescos palios cobijado,
Y entre nácares crespos de redondas
Perlas mi margen veo estar honrado:
El sol no tibia mis cerúleas ondas,
Ni las enturbia el balador ganado;
Ni á las Napéas que en mi orilla cantan
Los pintados lagartos las espantan.
Allí del olmo abrazan ramo y cepa
Con pámpanos arpados los sarmientos:
Falta lugar por donde el rayo quepa
Del sol, y soplan los delgados vientos:
Por flexibles tarayes sube y trepa
La inesplicable yedra, y los contentos
Ruiseñores trinando; allí no hay selva,
Que en mi alabanza á responder no vuelva.
Mas ¿que aprovecha, o lumbre de mis ojos,
Que conozcas mis padres y riqueza,

Si despreciando todos mis despojos,
Te contentas con sola tu belleza?
Dijo, y la ninfa de matices rojos
Cubrió el marfil, y vuelta la cabeza
Con desden, da á entender que el Dios la enoja,
Y arroja el bastidor, y el oro arroja.
Quedó elevado así, como se encanta
El que escuchó la voz de la sirena:
Helósele su voz en la garganta,
Como cercado de engañosa hiena:
No tanto á vírgen temerosa espanta
Serpiente negra que pisó en la arena;
Ni al yerto labrador en noche triste
Rayo veloz que de temor le embiste.
En sí volvió del ya pasado espanto,
Cuando quiso el contrario del contento,
Y halló que ya las aguas de su llanto
Le llevaban nadando el instrumento:
La libertada cólera entretanto
Le obligó á que dijese, y el tormento:
¡O tú, hija de montes y de fieras!
Por fuerza has de quererme, aunque no quieras.
Dijo así, y codicioso del trofeo,
Al alcazar del viejo Betis parte,
Cuyo artificio atras deja el deseo,
Que á la materia sobrepuja el arte:
No da tributo Betis á Neréo;
Mas, como amigo sus riquezas parte
Con él; que es rey de rios, y los Reyes
No dan tributos, sino ponen leyes.
Vé que son plata lisa los umbrales,
Claros diamantes las lucientes puertas,

Ricas de clavazones de corales,
Y de pequeños nácares cubiertas:
Vé que rayos de luces inmortales
Dan, y que están de par en par abiertas,
Y los quiciales de oro muy rollizo,
Que muestran el poder de quien los hizo.
Columnas mas hermosas que valientes,
Sustentan el gran techo cristalino:
Las paredes son piedras transparentes,
Cuyo valor del Ocidente vino:
Brotan por los cimientos claras fuentes,
Y con pie blando en líquido camino
Corren cubriendo con sus claras linfas.
Las carnes blancas de las bellas ninfas.
De suelos pardos, de mohosos techos,
Hay doscientas hondísimas alcobas,
Y de menudos juncos verdes lechos,
Y encima colchas de pintadas tobas:
Maldicientes arroyos por estrechos
Pasos murmuran entre juncias y ovas,
Donde á los Dioses el profundo sueño
Cubre de adormideras y beleño.
Vido, entrando Genil, un vírgen coro
De bellas ninfas de desnudos pechos,
Sobre cristal cerniendo granos de oro
Con verdes crivos de esmeraldas hechos:
Vido, ricos de lustre y de tesoro,
Follages de carámbano en los techos,
Que estaban por las puntas adornados
De racimos de aljófares helados.
Un rico asiento de diamante frio
Sobre gradas de nacar se sustenta,

Donde preñadas perlas de rocío
Al alcazar dan luz, al sol afrenta:
El venerable viejo Dios del rio
Aquí con santa magestad se asienta,
Reclinado en dos urnas relucientes,
Que son dos caños de abundantes fuentes.
Ya que huyó la admiracion del fuego
Que abrasaba al amante despreciado,
Su queja al padre Betis cuenta luego,
No sé si mas lloroso que turbado:
Dió luz á su justicia, estando ciego
De lágrimas que amor habia brotado;
Y no hubo menester el Dios amigo
Ni mas informacion, ni mas testigo.
No será tu aficion con desden rota,
Le dice Betis, que tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla:
Granada de tus templos es devota;
Si hecatombe á mis templos da Sevilla;
Y por tí gozo ilustres vasallages
Desde el Hídaspes dulce al negro Arages.
En Colcos, junto á un ancho promontorio,
Hay unas grutas de alabastro fino,
Donde nació, entre arenas de abalorio,
Un triton, que á servir á Betis vino:
A este manda llamar á consistorio
A todos los del reyno cristalino,
Los cuales, al sagrado mandamiento,
Vienen venciendo por el agua el viento.
Ricas garnachas de riqueza suma
Unos visten de tiernas esmeraldas:

Otros, como á la garza facil pluma,
Cubren de escama de oro las espaldas
Con ropas blancas de cuajada espuma:
Otros vienen ceñidos con guirnaldas,
Brotando olor los cristalinos cuernos
De tiernas flores, y de tallos tiernos.

Cuantas viven en fuentes ninfas bellas
(Que burlan los satíricos silvanos,
Que arrojándose al agua por cogellas,
El agua aprietan con lascivas manos)
Vinieron, y á una parte las doncellas,
A otra los mozos, y á otra los ancianos;
Se sientan, cual conviene á tales huéspedes,
En blandas sillas de mojados céspedes.

Ya que corrió el silencio las cortinas,
Dando angosto camino al blando asiento,
Y las vistas suspensas y divinas
A Betis fueron penetrando el viento,
Y entre los labios de esmeraldas finas
Pararon, él con grave movimiento
Sacudió la cabeza sobre el pecho,
Y perlas sudó el suelo, y llovió el techo.

No con el mar de España tengo guerra,
Dice, ó saliendo de mi margen corva,
Quiero cubrir las faldas de la tierra,
Mientras teme dudosa que la sorba:
Ni pardo monte, ni cerulea sierra
De mi profundidad el paso estorba;
Mas hoy se casa un claro Dios divino,
Que ha merecido á Betis por padrino.

Tú, Genil, á quien ciñen mirto y lauro
(No cañaberas frágiles) tus sienes,

Y, como el Cindo del nevado Tauro,
Montes de plata por principio tienes:
Tú, aquel potente Dios, á quien el Dauro
Señor te hace de mayores bienes,
Pues que sus ninfas en liviano coro,
Para darte tributo cierren oro:
Hoy gozarás de Cínaris los brazos;
Y tú, ninfa, el valor de ser su esposa,
Y en legítimo fuego, y dulces lazos,
Dejareis á Acidálida envidiosa.
Dijo; y ella, huyendo los abrazos,
Volvió turbada la cerviz de rosa,
Naciendo al tierno llanto, que comienza,
Rojo color de virginal vergüenza.
No hay Dios, á quien el llanto no recuerde,
Si con la compasion hace su tiro;
Y así el aljofar que la ninfa pierde,
Costó mas de un sollozo y de un suspiro;
Y hubo alguno, que el crin del sauce verde
Tendió sobre la frente de safiro;
Mas los arroyos que á la puerta estaban,
Del desden de la ninfa murmuraban.
Como cuando en solícitos tropeles,
Por mayor magestad de sus castillos
Ricos de olor, vestidos de doseles,
Entre salvages cercas de tomillos,
Guardando rubias perezosas mieles
En urnas de panales amarillos,
Se oyeron las abejas en escuadra,
Así el rumor por la soberbia cuadra.
Lágrimas tibias de tus luces bellas
Llueves en tanto que Genil te imita,

¡O Cínaris! mas todas tus querellas
Betis mirando, el caso facilita:
Que el melindre, que es dado á las doncellas,
Piensa que el libre espíritu te quita;
Y así, queriendo hacer un monte llano,
La mano de Genil puso en tu mano.
Llenos de envidia noble se levantan
Los Dioses del sagrado coliseo,
Y con las lenguas de agua dulce cantan
Alegres: ¡himeneo! ¡himeneo!
Mas de improviso, sin pensar, se espantan,
Porque la ninfa, viendo el caso feo,
Y su virginidad así oprimida,
Quedó llorando, en agua convertida.

DE LUIS BARAHONA DE SOTO. *

ÉGLOGA.

Silvana, *Fenisia*, *Silveria*, *Pilas*, *Poeta*.

POETA.

Las bellas Hamadríades que cria
Cerca del breve Dauro el bosque umbroso,
En un florido y oloroso prado,
En un tan triste dia,
Cuanto despues famoso,
Por ser del pastor Pilas celebrado,
Hicieron que el ganado

* Natural de Lucena: floreció á fines del siglo 16.

De este pastor y de otros, que abrevando
Al mal seguro pie de la nevada
Sierra hallaron, estuviesen quedos,
Los versos y canciones escuchando,
Que en loor cantaron de una mal lograda
Ninfa, despues que con mortales bledos,
Tomillos y cantuesos
Cubrieron la preciosa carne y huesos.
De cedros, mirras, bálsamos y palmas,
De incienso y cinamomo desgajando
Flexibles varas, que despues tejidas
Por las hermosas palmas,
Se fueron transformando
En blandos canastillos, do las vidas
De sus tallos partidas
Las frescas rosas fueron despidiendo:
Y juntamente de un olor precioso,
Ellas y el mirto, y lirio azul y blanco,
Un aura delicada enriqueciendo,
Porque el Fabonio, al tiempo presuroso
No pareciese en solo voces franco,
De olor, sonido y lumbre
Poniendo al mundo en celestial costumbre.
Silveria, de Felicio celebrada,
Y la que celebró el pastor Silvano,
Reformador del bético Parnaso,
Y la que fué cantada
Del que ya gozó ufano
Del aire y cielo libertado y raso,
Dolidas mas del caso,
Las hebras de brocado á las espaldas
Sueltas, por sus gargantas despidiendo

La corriente, que dan á sus pastores,
Ceñidas por las sienes con guirnaldas
Vagas y bellas, al Amor prendiendo
Con nueva aljaba y nuevos pasadores,
Honraron con su acento
Y enriquecieron el delgado viento.
No preste aliento en olmos y avellanos
El céfiro apacible, ni nos siembre
De aljofar cristalina el verde suelo,
Ni nos hincha las manos
El meloso setiembre
Con dorado racimo ternezuelo,
Ni nos otorgue el cielo
Los madroños, bellotas y castañas,
Dulces manzanas y sabrosas nueces,
Ni alegres flores dé la primavera,
Ni á las silvestres cabras las montañas
Los verdes ramos den (cual otras veces),
Y la manada de hambrienta muera,
Si no fuere aplacada
Con humos la alma de la ninfa amada.
La oscura selva de árboles tejidos,
Cubierta de alcornoques y quejigos,
A quien la inexplicable yedra abraza,
Serán de mis gemidos
Fielísimos testigos,
Y del dolor que el alma me embaraza.
La parlera picaza,
Diversa en paso de las otras aves;
Y desde aquellos troncos la corneja,
Que solo mal agüero nos pregona,
Dirán que alegres versos y suaves

Por este siglo no ocupó su oreja
En cuanto abraza nuestra oblicua zona,
Ni se retumba el llano
Con mas que Tirsa frecuentada en vano.

SILVANA.

Pues que sus fuerzas y calor refrena
En encendido Febo, y la villana
Gente no teme de sufrir su lumbre,
Ni ronca voz resuena
De la cigarra vana
Que añade en los calores pesadumbre,
Y sobre la alta cumbre
El seco y frio temporal asoma,
Ocasionando túmulos funestos,
Y á Tirsa nos dá el cielo helada y yerta;
Mostremos el dolor que al alma doma
En las palabras y los tristes gestos,
Y la alegría con la ninfa muerta,
Siempre sea este dia
Honrado en llanto, y falto de alegría.
Solemnes pompas, versos funerales
Honren cada año la dichosa tierra
Que oculta y guarda los amados huesos:
Los castos animales
Y la blanca becerra
Con sangre ablanden los terrones tiesos:
Violetas y cantuesos
Ligustres, blancos lirios y azucenas,
Alelíes, rosas, trebol, madre-selva
Aquí marchitos dejen lustre y vida,
Y aqueste dia ofrezcan tristes penas,
No solo al rio, sierra, campo y selva,

Mas á la gente oculta y escondida
En Galos y Britanos,
Y cuantos hace el sol meridianos.

FENISA.

Si con sus rayos el noveno dia
La blanca Aurora al mundo oscuro diere,
Las nubes con su rostro destruyendo,
Una novilla mia
Al que mejor corriere,
Y dos al que luchare dar pretendo;
Y al otro, que blandiendo
El recio brazo, abarca mayor trecho,
Un toro de cerviz macizo y duro;
Y un buey hermoso al que mejor cantare;
Y al que de versos epitafio hecho
Sobre el sepulcro me escribiere, juro
Darle lo que él en mi manada amáre;
Y lo que es mayor gloria,
Nombre inmortal, y palma de victoria.
Vendrá bermejo el Dios de los pastores
Con bermellon y fina sangre ungido,
Que en vivas conchas se produce y cria,
Por ambos derredores
De sus sienes ceñido
Con las monteses ramas que solia:
Y vendrán á porfia
Pastores fuertes, diestros y zagales,
Cual por correr, cual por luchar, llevando
Dulce victoria, premio victorioso;
Pues los marchitos versos funerales
Las largas faldas ornarán, pintando
El túmulo funesto y doloroso,

Lleno de cipres verde,
Que enteramente su color no pierde.
Pon casta oliva y olorosa tea,
Con la sabina yerba y el incienso,
En sacros fuegos: quemaré el redaño
De no manchada ó fea
Cordera, cuyo censo
A tal sepulcro pagaré cada año.
Despues por fértil caño
De los colmados vasos la caliente
Leche, con sangre viva entreverada,
Haré mojar la víctima humosa,
Y la yema del vino, que la gente
De la rica Lucena dá á Granada,
La triste faz de la terrestre diosa
Vertida humedeciendo,
Vendrá los sacrificios consumiendo.

SILVERIA.

Si les es á las almas concedido,
Desnudas ya de corporales cargas,
Prestar oreja á los piadosos llantos,
Divina Tirsa, oido
Habrás nuestras amargas
Querellas, que suspensos tiene á tantos
Frutales, fieras, cantos:
Mas donde quiera que las tristes voces
Nuestras te hallen, ó en el cielo ilustre,
Ó al derredor de robles y manzanos,
Ó ya que elíseos aposentos gocès,
Pasada el agua lóbrega y palustre,
Ó junto al olmo de los sueños vanos,

Rogamos que recibas
En voces nuestras intenciones vivas,
Tu alma bella nuestras selvas, creo,
Hermosa ninfa, que andará lustrando
Con sosegado y saludable vuelo;
Y así de mi deseo
Las voces escuchando
Nos has de ver culpar de injusto al cielo.
Verás el verde suelo
De vergonzoso y triste no dar flores,
Ni los frutales apacibles frutos,
Ni claras aguas las delgadas fuentes,
Ni los zagales publicar amores,
Ni nuestros ojos sin dolor enjutos,
Ni las cabrillas, ni las de dos dientes
Pacer la tierna grama
Ni responder al hijo, si las llama.
Pues si las voces tristes comprehendes,
Y ves que el humo de las piedrazufres
No purga el hato y recental rebaño,
Y nuestro mal entiendes,
¿Por qué, mi Tirsa, sufres
Vivir los tuyos en notable engaño?
Pues uno y otro daño
Con solo respondernos sanarias,
Ó con mostrarnos tu hermosa cara,
Ó con dejarte ver por do pasares.
Pues tú eres, Tirsa, quien placer solias
Dar á la noche y reducirla clara,
Con rostro alegre y lícitos cantares;
Mas ya tu cantilena
Nos deja sola su memoria en pena.

SILVANA.

Tú con palabras dulces y elegantes
A las contiendas término pusiste:
Mil veces inclinabas á victoria
Pastores litigantes,
De suerte que saliste,
Contentos ellos, tú con igual gloria.
Y aun tengo en la memoria,
Que á veces en las ondas cristalinas
Mostraste tu cabeza orlada de oro,
Cantando versos del pastor Silvano:
A cuyo son debajo las encinas
El ganado de Pilas y Peloro
Rumió la yerba el uno y otro en vano:
Mil veces se arrojaron
Al agua, mas tus carnes no tocaron.
Yo vide al tiempo que la Aurora muestra
En este dia su rosada lumbre
Al triste Pilas húmedas mejillas,
A quien la mano diestra
De la doliente cumbre
Era coluna, y de ella las rodillas:
Que de estas florecillas
Con sus lamentos marchitó tal suma,
Y desgajó de robles tanta rama,
Rompiendo de las peñas tanta parte,
Cual suele Bóreas en la helada bruma,
Y cual el cierzo, que herido brama,
Con ardientes suspiros á invocarte
Se compelió, y cantados
Aquestos versos dijo mal limados:

PILAS.

Sin tu presencia, Tirsa, el fresco viento
Helado quema las fragantes yerbas,
Y el rubio trigo, que en el suelo echamos,
Perece en el momento:
Las uvas son acerbas
Que de las tiernas vides desgajamos,
Y en el lugar hallamos
De trigo, avena, y de cebada blanca
Ballico inútil, y del lino grama,
Y de lechuga dulce amargo cardo.
Ni nos alegran ya con mano franca
Ceres y Baco, y en perpetua llama
En todo tiempo me consumo y ardo,
Hasta que venga el dia
Que goce de tu eterna compañía.
Dos blancas reses, de vedejas llenas,
De cada cuatro cuartos poderosas,
Ejercitadas al palestre oficio,
De lirios y azucenas
Las frentes, y de rosas
Coronadas he puesto al sacrificio:
Y siempre es mi ejercicio
Honrar con premios el sepulcro amado,
Haciendo fiestas, ya con tallos tiernos,
Ya con sus flores, ya con dulces frutos.
Los toros y novillos he apartado
De sus becerras, que con los internos
Mugidos cercan los fúnebres lutos,
Al tiempo temeroso
Que el trabajado cuerpo va al reposo.
Descansa en paz, hermosa, casta y bella,

Y tierna carne, que el dorado Apolo
Con sacros versos te eterniza y canta;
Y la nocturna estrella,
Que rige el primer Polo,
Tu tierra huella con piadosa planta:
Y el Tauro se levanta
Antes que el sol, y de apio, pino y lauro,
Y de quejigo, premios virtuosos,
Guirnaldas hechas en tu fiesta ofrecen;
Y sus divinas aguas nuestro Dauro,
De leche y miel y de oro muy precioso
Sobre sus faldas siembra y enriquece,
Quedando el suelo honrado,
Que fue á tus huesos por sepulcro dado.
Loable envidia en las vecinas ninfas
Forzó á seguir de aquestos las pisadas,
Que en compás de alabastro y vidrio hechas
Las cristalinas linfas,
Con azahar templadas,
Con rosas y violetas contrahechas,
Y en cestas nada estrechas
De casia y amaranto y mirabeles,
Y de alheña y saúco tristes flores;
Y los cogollos brotadores tiernos
De plátanos, naranjos y laureles,
Presentan por los anchos derredores
De tu sepulcro, á quien por mil iviernos
Los genios apacibles
Harán tus blancos huesos inmovibles.

POETA.

El rojo Apolo entonces transmontando
Sembró de varias nubes el Poniente,

Ya azules, ya violadas, ya sangrientas,
Ya aquestas despintando,
Con tal de la aparente
Color de aquestas; y otras mal contentas,
Al rostro suyo atentas,
Así imitaban el metal bruñido
Del mismo Febo con las fimbrias de oro,
Cuando otras de la plata el lustre claro;
Y así las ninfas, el cantar rompido,
Volviendo al campo, do el oculto Moro
Riquezas guarda con el puño avaro,
Desnudas se metieron
En las encinas hueças do salieron.

DE VICENTE ESPINEL. *

FRAGMENTO DE UNA EPÍSTOLA.

Incendio y rebato en Granada.

¿A quien no hizo remover la planta
El gran terror de la ciudad famosa,
Que de Juan honra la reliquia santa?
¿Quien no tembló de ver una rabiosa
Ira del suelo; y aun quizá de arriba
Amenaza á los hombres espantosa?
Rompe y esuela, y al romper derriba

* Nació en Ronda en 1544, y murió en Madrid en 1634. Introdujo en la vihuela la cuerda quinta, y fué inventor de las décimas, que se llamaron de su nombre *Espinelas*.

De la pólvora el ronco trueno el muro
En que la miserable casa estriba.
Vuelan maderos por el ayre escuro
Sobre el humoso remolino; y vueltos
Del grave golpe, arrebatado y duro,
A cuales dejan en su sangre envueltos
Entre los brazos de la esposa amada,
A cuales del trancon los miembros sueltos.
Húndense casas al temblar Granada:
Vela, sonaba, en el Alhambra, vela,
Traycion, toca á rebato, hay ordenada.
Disparan todos: huye el mozo y vuela,
El viejo corre, la parida enfalda
Al niño, y lleva en brazos la hijuela:
Huye, esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda;
Que á nadie mueve el nacar ni esmeralda.
Un confuso alarido, ayuda, ayuda,
Suena de gritos: nadie á nadie llama,
Que no hay quien por salvarse al otro acuda.
Crece la sorda y tragadora llama:
Traspasa á Darro, y de un horrible estruendo
Pasó al molino, y dió la nueva á Alhama,
Piedras de nueve, y leños esparciendo,
Que amenazaban la soberbia cumbre,
Y á trechos van las torres combatiendo.
Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,
Que las Reales Casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.

Del Rey Chiquito la encantada estancia,
De alabastro, azul, y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia.
¡Mas que mucho, si el trueno incomportable
Parte asoló de la del gran Monarca,
Del gran Machuca fábrica admirable!
Vense rayos de toda la comarca:
Que el etna ardiente con la noche escura
Manifiesta y descubre cuanto abarca.
Dura el hambriento fuego, el daño dura,
Tiembla el Consejo, que al mayor le falta,
Que la Audiencia Real no está segura.
Cada cual de la dulce cama salta
A reparar los daños generales,
Aunque á hijos y esposa haga falta.
Mas ¿quien repara repentinos males,
Que los famosos y altos edificios
De Troya parecian ser señales?
Las puertas rotas, la clausura y quicios
De las vírgenes sacras, que al esposo
Cristo hacen perpetuos sacrificios.
Que de una laja el golpe ponderoso
De Catalina, en el convento santo,
El cuarto abrió del virginal reposo.
No atemoriza á las ovejas tanto
En el aprisco del cuidoso dueño,
Nocturno rayo del mortal espanto,
Cómo la arrojadiza piedra y leño
De Dios á las ovejas encerradas
Puso terror en lo mejor del sueño.
Cruzan las calles gentes á manadas,
Pasan y encuentran, sin saber por donde,

Del sin vida enemigo mal guardadas,
Que al uno en las entrañas se le esconde:
Tropella al uno, al otro desbarata,
Da en el primero, y al de atras responde:
Derriba, rompe, hiende, parte y mata:
Trastorna, arroja, oprime, estrella, asuela,
Envuelve, desparece y arrebata,
Consume, despedaza, esparce y vuela,
Traga, deshace, y sin piedad sepulta
A quien del daño menos se recela.
¿Que te movió, que no dejaste oculta,
Homicida sangriento, la endiablada
Invencion de que tanto mal resulta?
Que esa ánima cruel descomulgada
(En descubrirla pólvora) no pudo
Con aparente bien ser engañada.
Que un ánimo feroz, áspero y crudo,
Y un odio de Timon á los humanos
Movió el bestial entendimiento rudo:
Que sin ella vencieron los Romanos
Y engrandecieron sus excelsos nombres,
Con esfuerzo, valor, industria y manos.
Cuando del infernal hedor te asombres
Del azufre y la pólvora, el infierno
Verás que disfrazaste entre los hombres;
Que por tu daño en el tormento eterno
Quizá (ó me engaño) llevará la nueva
De tanto lloro y sentimiento tierno.
Si Falaris hiciera en tí la prueba
De tu invencion, ganára mayor gloria
Que por el Toro maldiciones lleva.

DE DON JUAN DE ARGUIJO. *

SONETOS.

I.

A Baco.

A tí de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Templas la fuerza del mayor cuidado:
Hora castigues á Licurgo ayrado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Hora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
O ya de tu Ariadna al alto asiento
Subas ufano la mortal corona;
Ven facil, ven humano al canto mio:
Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

* Natural de Sevilla, y Veinticuatro de esta ciudad: fué el protector mas generoso de los poetas de su tiempo: floreció á fines del siglo 16.

II.

Jupiter á Ganimedes.

No temas ¡ o bellísimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿ la piedad y el celo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy; no al aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae; olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

III.

Del Tiempo.

Mira con cuanta priesa se desvía
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del Destino
Vagues errando por incierta via.

Hágante agenos casos enseñado,
Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte ejemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el Tiempo corre, y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IV.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Bienes la primavera: da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fé la bella Flora.
Pasa ligero el sol adonde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere.
Luego el invierno en su rigor se extrema.
¡O variedad comun! ¡mudanza cierta!
¿Quien habrá que en sus males no te espere?
¿Quien habrá que en sus bienes no te tema?

V.

Apolo á Dafne.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria

De tu rigor y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva;
La antigua palma y abundante oliva
A tí de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de victoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
Dijo el burlado Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: ¡Dafne fiera! ¡mármol frio!
Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir el fuego mio.

VI.

Sisifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y cuando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la dificil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
Sufro peso mayor á tal porfia:
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuna memoria de mis males.

VII.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,
Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad, castiga el hecho.
Rompe con yerro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baja á la obscura sombra; do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
Ceda al debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dijo, que otra menos casta
Ose vivir con el ejemplo mio.

VIII.

La avaricia.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano
Que en ímpia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano.
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Erídano á su boca;
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.

Tú que espantado de su pena admiras
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte, y á la vista sobre:
¿Como de muchos Tántalos no miras
Ejemplo igual? y si codicias uno,
Mira al avaro en sus riquezas pobre.

IX.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta
Busca á su ilustre fé mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta,
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De tí, dulce Mausolo, dividirme.
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

X.

Ariadna.

¿A quien me quejaré del cruel engaño,
Árboles mudos, en mi triste duelo?

¡Sordo mar! ¡tierra estraña! ¡nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Do no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Teseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entretanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XI.

Orfeo.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Ródope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio:
Sereis testigos largo tiempo, fio,
De mi dolor y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envío.
Así cantando llora el Tracio amante,
Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena;
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XII.

La tempestad y la calma.

Yo ví del rojo sol la luz serena
Turbarse, y que en un punto desfallece
Su alegre faz, y en torno se obscurece
El ayre con tiniebla de horror llena:
El austro proceloso ayrado suena,
Crece su furia, y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
Mas luego ví romperse el negro velo
Deshecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
Y de nuevo esplendor ornado el cielo
Miré, y dije: ¿quien sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XIII.

Horacio Cócles.

Con prodigioso ejemplo de osadía
Un hombre miro en el romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.
Ni la enemiga fuerza le desvía,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dejar no le consiente
La dificil empresa en que insistia.

Oigo del roto puente el son fragoso,
Cuando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo tiempo escucho del gozoso
Pueblo las voces, que aclamando grita:
Viva Horacio, de Horacio es la victoria.

XIV.

Al Guadalquivir.

Tú, á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apoló;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

DE BALTASAR DE ALCAZAR. *

REDONDILLAS.

En Jaen, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y direte, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este caballero
Un criado Portugues....
Pero cenemos, Ines,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion;
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Ines, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De que taberna se trajo?
Mas ya.... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo,
No tiene vino mas bajo.

* Sevillano: vivia á principios del siglo 17, y se ignoran las demas circunstancias de su vida.

Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Sola una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿que viene ahora?
La morcilla: gran señora,
Digna de veneracion.
¡Que oronda viene y que bella!
¡Que traves y enjundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Como la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Que llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas á cebar lechones.
El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí.
¿Como te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¿Como me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial:
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Que suavidad! ¡que clareza!
¡Que rancio gusto y olor!
¡Que paladar! ¡que color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es estremo,
El de Pinto no le iguala:
Pues la aceytuna no es mala,
Bien puede vogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que suelés,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya, Ines, que habemos cenado
Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Ines hermana,
Que el Portugues cayó enfermo...
Las once dan; yo me duermo,
Quédese para mañana.

OTRAS REDONDILLAS

Del mismo.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,

Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene;
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mi nueva cierta;
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido,
Y así de nuevo les pido,
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo:

Voyle puntales poniendo,
Porque no caygs tan presto.
Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

DE GUTIERRE DE CETINA.

MADRIGAL.

Ojos claros serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por que si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos
Mas bellos pareceis á quien os mira,
¿Por que á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mirais, miradme al menos.

DE LUIS MARTIN.

MADRIGAL.

Iba cogiendo flores
Y guardando en la falda
Mi ninfa, para hacer una guirnalda;
Mas primero las toca
A los rosados labios de su boca,
Y les da de su aliento los olores;

Y estaba (por su bien) entre una rosa
Una abeja escondida,
Su dulce humor hurtando;
Y como en la hermosa
Flor de los labios se halló, atrevida
La picó, sacó miel, fuese volando.

OBSERVACIONES.

JUAN DE MENA.

MUERTE DEL CONDE DE NIEBLA.—Esta jornada sobre Gibraltar fue uno de los sucesos mas notables y funestos del reinado de don Juan el segundo. Pereció en ella el Conde de Niebla don Enrique de Guzman, y su muerte desgració los festejos que á la sazon ocupaban á la corte en Toledo, entristeciendo á todos de tal manera que, segun la expresion del Físico del Rey, *no se veia cosa que de afliccion no fuese* (*). Sucedió esta catástrofe en 1436.

En la narracion de ella nada puso el poeta de invencion propia sino el diálogo entre el piloto y el Conde. Dió en esto una muestra no equívoca de juicio y de cordura; porque hay hechos que pierden en ser engalanados y sacados de la noble sencillez de la verdad. La accion del Conde que, puesto ya en salvo, perece por ir al socorro de sus compañeros, es por ventura uno de ellos. Pero si la fantasía del autor se ha abstenido de tocar á las circunstancias de la accion, se desquita en el estilo, que es animado, vivo y poético, segun lo permitia la infancia del arte; y en el tono de los versos, que tienen ya un número y una fuerza no conocidos antes. Baste por ejemplo este, que Virgilio no desdeñaría:

Con crines tendidos arder los cometas.

(*) Centon epistolario: epist. 69.

El simil de los diferentes rios que vienen á confundir sus aguas y su nombre en el Duero, es muy nuevo y feliz, y su expresion en algun modo filosófica:

Despues de juntados llamámoslos Duero,
Hacemos de muchos una relacion.

La respuesta del Conde al piloto podria ser mas corta y ofrecer mas variedad; sobre todo en el principio que no es mas que una segunda enumeracion de señales de mal tiempo. Al fin entra ya en el tono que le corresponde, y aquellos versos

A vueltas del tiempo mejor que perdemos,
No los agüeros, los hechos sigamos:
Y pues una empresa tan santa levamos,
Cual otra en el mundo, &c.

hacen recordar la réplica indignada de Hector á Polidamante en la Ilíada (*). *El mejor de los agüeros*, dice el héroe troyano al adivino, *es combatir por la patria:* pero aqui el poeta griego, como le sucede casi siempre con sus imitadores, deja detras de sí, y á una inmensa distancia, al escritor español.

MUERTE DE LORENZO DÁVALOS. — Este trozo de poesía es mucho mejor que el anterior: mas firmeza en la diccion, mas fluidez y número en los versos, mas interes y ternura en el estilo. La intencion de imitar á Virgilio es aqui tambien mas manifiesta. Pero aunque el poeta castellano sea aqui mas feliz que en otras partes de su obra, no tanto que se acerque, ni aun de lejos, á su admirable modelo en el pasage que imita. Los lamentos de la madre de Eurialo en el libro nono de la Eneyda, no han tenido hasta ahora quien los iguale. Pero si Juan de Mena se queda tan inferior en la parte dramática, no asi en la pintoresca; y un artista inteligente preferiria sin du-

(*) Lib. 12.

da la composicion del escritor castellano á la del latino. Una muger anciana en una muralla, rodeada de soldados, y desolándose al ver la cabeza de su hijo llevada en una pica por los enemigos en el campo, no produciría en un lienzo el efecto que aquel cuerpo sangriento tendido en las andas, y la venerable matrona saliendo del desmayo que al principio le causa su vista, y besando la boca fria de su hijo, como para llamarle á la vida y comunicarle su aliento.

Pero dejando á parte estas comparaciones, siempre por su naturaleza vagas é imperfectas, el episodio de Juan de Mena tiene ya bastante mérito en sí mismo para justificar la especie de celebridad que aun disfruta. La sensibilidad del poeta se ha comunicado á los historiadores; y al mencionar el encuentro en que el desgraciado Dávalos fue muerto, dan una lágrima á su acerbo destino, y recuerdan las flores que la musa castellana esparció sobre su tumba. Era este joven nieto del buen condestable don Ruy Lopez Dávalos, camarero del Infante don Enrique de Aragon, y muy querido de su Señor. Herido en una refriega que hubo entre las gentes del Infante y del Condestable don Alvaro de Luna el año de 1441, fue llevado á Escalona, donde á poco murió de sus heridas, sin embargo del cuidado que de él tuvieron sus vencedores. El Condestable le hizo un entierro magnífico, y envió el cadaver al Infante, que se hallaba en Toledo, donde el poeta supone los lamentos de la madre.

EL MARQUES DE SANTILLANA.—*Soneto.*

Esta composicion vale muy poco; pero es la prueba mas incontestable de que entre nosotros se conocian los metros italianos antes de que los introdujese Boscan, y por eso se le ha dado lugar en esta coleccion.

DON JORGE MANRIQUE.— *Coplas.*

Al ver el título de esta obra, se esperan los sentimientos y la intencion de una elegía, tal co-

mo el fallecimiento de un padre debia, inspirar á su hijo. Pero las coplas de Manrique son una declamacion, ó mas bien un sermon funeral sobre la nada de las cosas del mundo, sobre el desprecio de la vida, y sobre el poderío de la muerte. El metro en que estan hechas es tan cansado, tan poco armonioso, tan ocasionado á aguzar los pensamientos en concepto ó en epígrama, que contribuye no poco á disminuir el gusto de su lectura, y por esta razon no se ha incluido toda entera. Sin embargo, ha obtenido siempre un grande aprecio entre los amantes de nuestras antigüedades, y seguirá mereciéndole de los inteligentes. La razon de ello es que la diccion en el tono y direccion que el autor ha querido tomar, es igual, firme y perfecta, que la lengua parece que ya está fijada, que los pensamientos son altos y generosos, y que el trozo en que saliendo de las máximas vagas y triviales, hace aplicacion de ellas á las cosas de su tiempo, toca casi en lo sublime. No hay nadie de los versados en la literatura de aquel siglo que no sepa de memoria el pasage: *¿ Que se hizo el Rey don Juan? Los Infantes de Aragon ¿que se hicieron? &c.* El modo noble y circunspecto con que habla del Condestable don Alvaro, sin embargo de la larga enemistad que hubo entre él y su familia, hace honor á su corazon y á su caracter.

GARCILASO.

ÉGLOGA PRIMERA. — La mejor composicion de este escritor, y acaso de la poesía castellana en el género bucólico. Todo está dicho ya sobre esta égloga. Los comentadores han apuntado una por una las frecuentes imitaciones que hay en ella de los poetas antiguos, especialmente de Virgilio; y los hombres de gusto delicado han señalado la naturalidad y verdad que hay en las imágenes, la dulzura en los afectos, la belleza y armonía de los versos, la propiedad, elegancia y correccion del estilo. Ningun artificio, ninguna afectacion, ningun exceso; todo tan conveniente y apropiado al género, todo tan natural y verda-

dero, que el que lee estos versos parece que se los encuentra por sí mismo. Algunos, quizá mas escrupulosos que sensibles, han notado la falta de unidad que hay en el objeto de la composicion, y los versos, aunque pocos, que duros ó prosáicos desdicen de los demas. Hombres sobrado austeros por cierto, si no se dejan ganar por la ternura, por la armonía y por la bella sencillez é ingenuidad del poeta. Cuando se comparan los sonidos inciertos y balbucientes de los autores que preceden con los cantos de Salicio y Nemoroso; el paso dado por Garcilaso parece de un gigante, y no se extraña la admiracion y el entusiasmo que causaron en sus contemporáneos. Lo que tal vez fuera de desear es que este paso se hubiese dado en algun género mas importante; en la lírica elevada por ejemplo, en la tragedia ó la epopeya. La poesía castellana hubiera tomado entonces otro tono y otro caracter: pero esta reflexion, aun caso de ser fundada, nada tiene que ver con el verdadero mérito del escritor.

FRAGMENTO DE LA ÉGLOGA SEGUNDA.—Los defectos de composicion, de versificacion y de estilo que tiene esta segunda composicion de Garcilaso son tantos y tan visibles, que atropellando por los respetos de comentador, ya Herrera se atrevió á manifestarlos, aplicándole los versos latinos de Cátulo sobre Quincia:

Quinctia formosa est multis: mihi candida, longa,
Recta est; hæc ego sic singula confiteor:
Totum illud formosa, nego.

Hay en ella, sin embargo, trozos dignos del cantor de Salicio; y de ellos se ha entresacado el presente como el mas señalado, y como ejemplar de narracion sencilla y pastoril llena de abundancia, de sensibilidad y de jugo. Los tercetos estan generalmente bien hechos, y algunos son delicadísimos. No hay oido ni corazon, por duros que sean, que se resistan al escuchar aquel *Vosotros los de Tajo en su ribera* imitado del *can-*

tabilis Arcades de Virgilio, donde el poeta español no pudiendo igualar al latino en fuerza y concision, le aventaja en gracia y en suavidad. Toda esta relacion de Albanio está tomada de la prosa octava de la Arcadia de Sanázaro con alguna corta diferencia en el final y en el desenlace.

DE LA ÉGLOGA TERCERA. — Este bello diálogo pastoral es una graciosa y bien entendida imitacion de la égloga séptima de Virgilio. Las octavas de que se compone son las primeras bien hechas en castellano, así como los tercetos de la égloga anterior son los que tienen el mismo mérito. Aquí la versificacion y el estilo se mueven con mas firmeza que en las otras obras de Garcilaso, y se conocen las fuerzas que su talento iba adquiriendo con el ejercicio.

CANCION. — Si esta obra se considera como una cancion elegíaca y amatoria, destinada á producir el efecto tierno y halagüeño que se busca ordinariamente en las obras de esta especie, no hay duda que decae mucho del mérito y estimacion en que es generalmente tenida. Pero si se la considera como un poema moral destinado igualmente á enseñar que á deleitar, en que el autor, bajo la alegoría de un combate entre la razon y el apetito, manifiesta la agitacion y los males á que se expone el que se deja vencer de una pasion, ya tiene otro aspecto mas interesante, y el poeta no aparece tan desigual á su argumento.

De aquí la diferencia de los juicios que de ella se han hecho. Un crítico moderno que reune á la literatura mas acendrada un talento eminente y un gusto exquisito, la llama á boca llena *malhadada*, y no halla en ella sino frialdad y afectacion, y á veces tambien bajeza; añadiendo que Garcilaso aquí parece mas bien un doctor que discurre y argumenta cual pudiera hacerlo en una aula, que un poeta que produce cuadros vivos y animados. Si este juicio parece severo en demasía, el de don Juan Bautista Conti por el

extremo contrario no deja de ser tambien excesivo. «Esta cancion en su totalidad, dice el «humanista italiano, es de las obras mas bellas «que puede ostentar la poesía, y una utilísima «leccion de moral. Está escrita en el género líri«co mas sublime que se conoce..... Ninguna «poeta que yo sepa ha pintado mas vivamente «una pasion de amor desordenado y sin corres«pondencia.»

Puede seguirse á mi parecer un dictámen medio entre estos dos extremos; y el poema ofrece en su idea principal, en su contextura, en sus pensamientos, y á veces tambien en sus imágenes y versos, bellezas bastantes para adquirirse la atencion y aprecio de un lector imparcial, ó á lo menos indulgente. Lo que hay en él mas defectuoso es la ejecucion; la cual, prosáica en partes y algun tanto seca, no corresponde al cuidado que debe ponerse en esta clase de asuntos, que por lo mismo que son austeros y graves, exigen mayor esmero en el modo de desempeñarlos y de amenizarlos. Herrera notó ya algunos de estos versos bajos y prosáicos: pudieran notarse mas; pero siendo fáciles de conocer, y por otra parte bastantes en número, no hay necesidad de recargar con ellos esta nota ya demasiado prolija.

ODA. *La flor de Gnido.* — Si en la cancion anterior se ve al poeta volar no muy seguro por las regiones vagas de la metafísica y de la alegoría, en esta oda, cuyo argumento convenia mas á su caracter y estudios, se le vé manejar la lira de Horacio con tanta facilidad como gracia, y seguir con el mayor desahogo y felicidad las huellas del poeta latino. Compúsola en favor de un amigo á quien una dama de Nápoles desdeñaba, para persuadirla á que fuese menos esquiva con él. Todo en ella es dulce y apacible, como convenia al argumento que se proponia, todo ameno y florido como el título que lleva á su frente. Dispuesta con la mas ingeniosa contextura, ejecutada en una diccion pura, fluida y suave, llena de imágenes vivas,

propias y oportunas, y cantada en un ritmo, usado entonces la primera vez, y el mas gracioso y apacible que se conoce entre nuestras combinaciones métricas; nada faltó á esta linda poesía, si es que tambien acertó á conseguir de la dama con su halago lo que antes no habian podido los rendimientos y obsequios del galan. Pero esto es dado pocas veces á los versos, y mucho menos si es otro quien los hace.

Fr. LUIS DE LEON.

ODA PRIMERA.—Bellísima composicion, llena de agrado, de seso y de dulzura, que deja muy atras á todas las que se han hecho en alabanza de la vida rústica, sin exceptuar la de Horacio *Beatus ille*, que ha sido el modelo de todas. El poeta latino, que sin duda tiene mas poesía de estilo que su imitador, no ofrece la misma variedad ni el mismo interés, y destruye al fin el efecto de su descripcion con el rasgo satírico que la termina, tomando su poema en aquel punto el caracter de una declamacion artificiosa. Con otra ingenuidad, otra efusion y otro efecto habla Horacio del campo cuando exclama en la sátira de los votos: *O rus, ¿quando ego te adspiciam?* La oda castellana no se recomienda ni por lo sonoro de la versificacion, ni por la elevacion y pompa del lenguage. Todo en ella es sencillo, sin ambicion ni aparato. ¡Pero qué raudal tan puro, tan copioso y tan facil! ¡Como se conoce que el poeta tiene todo su placer en la medianía, en el estudio y en el retiro! ¡Como los hace amar sin otro secreto que el de amarlos él, y concertar sus pensamientos, sus imágenes y su expresion con el sentimiento que le inspira, y con los objetos que canta! Nada de mas, nada de menos, y todo en el modo propio y conveniente. Es una música suave y deliciosa que sale del corazon, y va derecha al corazon sin esfuerzo y sin estudio. La imitacion de esta poesía requiere un talento y un gusto el mas exquisito: á nada que suba ya no es ella; á nada que baje ya no es poesía.

ODA SEGUNDA. — Otra imitacion de Horacio mas rigorosa y ajustada á su original que la anterior, pero aplicada á objetos y tiempos diferentes. La justa celebridad que disfruta es consiguiente á la maestría con que está ejecutada. No se puede negar, sin embargo, que considerada por algunos aspectos queda inferior á la oda latina. El ritmo escogido por Luis de Leon es mas gracioso que robusto, y el argumento pedia que fuese mas robusto que gracioso. Los objetos que pinta el español son mas generales, y por consiguiente mas vagos: en él se ve el movimiento y aparato en grande de la invasion proyectada: en el latino los campeones que han de buscar y castigar á Páris. Esto es mas determinado, y la fantasía lo concibe y se lo imagina mejor. En toda composicion en que se trata de hombres es preciso ver hombres, y en la oda española no se ven. El Conde don Julian *atento á la venganza y no á la fama*, único personage que señala el Tajo en contraposicion con Rodrigo, no es figura que pueda sufrir comparacion con los dioses y con los héroes señalados por Nereo, y contrastados en su vaticinio con el afeminado troyano.

Jam galeam Pallas et ægida
Currusque et rabiem parat.....
Urgent impavidi te Salaminius
Teucerque, et Sthenelus sciens
Pugnæ.
Ecce furit te reperire atrox
Tydides, melior patre:

Esta desventaja está compensada en Luis de Leon con haber dado al vaticinio y al vaticinador un interés que no tiene el de Horacio. El rio que habla ha de padecer en la invasion, y su lenguage, su acento, sus afectos son consiguientes á esta posicion bien entendida, de que resulta en la oda española un tono mas vivo y mas apasionado.

Marmontel en el artículo *lírica* de la Enciclopedia ha hecho mencion de ella con elogio; y aun da á entender, para encarecerla mas, que sir-

vió de modelo á Camoens para su célebre prosopopeya del gigante Adamastor. Es de presumir que el literato frances no hablase aquí sino de oidas, y sin haber leido por sí mismo la composicion de que trata; pues á haber sido así, la hubiera dado por lo que era, por una bella imitacion de la oda de Horacio, y no otra cosa. El supone á Camoens posterior á Fr. Luis de Leon, y en eso tambien se engaña, porque fueron exactamente contemporáneos, y el español murió catorce años despues que el portugues. Ignoraba igualmente que las poesías de aquel fueron impresas por primera vez cerca de medio siglo despues del fallecimiento de Camoens, y por consiguiente que, aun dado caso que el episodio de la Lusíada se hubiese escrito despues de la oda, no es por ningun aspecto probable que el poeta épico, ni en Europa, donde se cree que compuso los primeros cantos de su inmortal poema, ni en las extremidades del Asia donde le acabó, tuviese noticia de la composicion castellana. A tales equivocaciones se expone un escritor, aunque sea del mérito de Marmontel, cuando trata de una literatura que no conoce. Estos desaciertos eran entonces muy comunes en los extrangeros que hablaban de nuestras cosas: hoy dia las estudian y las conocen mejor.

ODAS TERCERA Y CUARTA.—Nada casi hay que decir sobre estas dos hermosas composiciones, sino que son una muestra de la dignidad y elevacion que adquiere la poesía, cuando se ocupa de los astros y de otros grandes objetos naturales. El escritor aquí no aspira á mostrarse astrónomo ni físico, quizá aunque quisiese no pudiera, pero es enteramente poeta. La una es inspirada por la admiracion, la otra por el deseo impaciente de saber y de inquirir. La primera es mas fluida y mas dulce; la segunda mas cortada y mas impetuosa; y esta diferencia de estilo y de movimiento es una prueba feliz del instinto y gusto del escritor. Es bien lírica al modo antiguo aquella especie de episodio, en que, con ocasion de mentar

el trueno, pasa á describir rápidamente una tempestad de verano, y entra despues en la marcha que tenia tomada desde el principio.

El verso último de la primera desdice de los demas por su aspereza y falta de acentuacion.

ODA QUINTA.—Aunque tan corta, sería la mejor de todas si tuviese un poco mas de esmero en la versificacion, que es lánguida y falta de cadencia. Aquí el poeta desaparece enteramente: óyense las quejas lastimeras de los discípulos que lloran su desamparo, se ve al maestro divino subir por los aires, desaparecer entre las nubes, y ellos quedar como en tinieblas sin la luz que los guiaba. El cuadro es grande y completo, y solo consiste en unas pocas pinceladas dadas con gusto y maestría. El sabor que de estos cortos lamentos queda en la fantasía y en el oido es verdaderamente exquisito.

Una de las dotes mas apreciables de todos estos poemas líricos es el tino y economía con que los pensamientos y las imágenes se producen y se distribuyen; sin que, una vez dado el fin á que aspira el poeta, haya nada que falte al desempeño, ni nada que descomponga el efecto por exceso ó redundancia, ó por mala colocacion. Este arte le aprendió Luis de Leon con el estudio profundo que habia hecho de los antiguos, y los escritores que le siguieron le descuidaron demasiado: á pocos de ellos y en pocas composiciones habrá que dar la misma alabanza.

COPLAS.—Imitacion de los metros antiguos castellanos, que manifiesta con su superioridad la perfeccion que habian recibido la lengua, el estilo y la poesía. ¿Cual es la composicion del siglo XV que en este género pueda ni aun de lejos compararse con esta? En las ediciones del poeta se intitula *Imitacion de diversos*, con el fin acaso de darle el aspecto de un juguete sin objeto y sin consecuencia; como que desdecia del estado, profesion, estudios y carácter del autor. Sea así en buen hora: mas no por eso dejará de ser un

ejemplar exquisito de gracia, de elegancia y de amable galantería. Los pensamientos, con efecto, estan tomados de diferentes autores que han glosado con mas ó menos felicidad el epígrama de Virgilio *Collige virgo rosas*; pero aquí estan mejorados en expresion y en delicadeza. En Horacio, por ejemplo, se halla:

Dices, heu (quoties te speculo videris alterum)
Quæ mens est hodie, cur eadem non puero fuit?
Vel cur his animis incolumes non redeunt genæ?

que se comparen estos versos con la copla que empieza: *Cuando os viéredes perdida*, y se conocerá facilmente si el poeta español ha sabido añadir belleza á lo que tomaba de su modelo.

Ay por Dios, señora bella,
Mirad por vos mientras dura
Esa flor hermosa y pura,
Que el no gozalla es perdella.

La idea viene de Virgilio; pero Luis de Leon, con menos elegancia á la verdad, le iguala en gracia y le aventaja en viveza.

FRANCISCO DE LA TORRE.

ÉGLOGA. — Al ver la poca proporcion que hay entre la parte descriptiva de esta composicion y su parte dramática, la uniformidad, la afectacion y aun mal gusto en los lamentos de los interlocutores, lo seco é incompleto de la conclusion, y en fin, la prolijidad de los períodos poéticos, encadenados entre sí de un modo tal que no parecen formar mas que uno solo; se pensaría facilmente que esta égloga es el bosquejo de una composicion concluida en partes, y en partes incompleta, y descorregida como cosa de primera intencion. Dirían tambien ademas que estaba

viciada por el descuido y la ignorancia de los copiantes. Pero de cualquiera causa que esto provenga, los defectos indicados son incontextables; y acaso por ellos parecerá á algunos demasiada indulgencia haberla colocado aquí.

La idea primordial, sin embargo, no carecia de ingenio ni de interés: un triste que se queja de desvíos, una ninfa que llora desprecios, y despues otro que se junta con ellos atormentado de ausencia, alternando sus lástimas y consolándose recíprocamente con ellas, presentaba una escena natural, interesante y variada. Pero el autor no supo ó no tuvo tiempo de llenar este plan; y dando rienda á su gusto y talento de pintar y describir, puso todo su esmero y cuidado en la pintura de la hora y del lugar, descuidando á sus pastores que, debiendo ser los objetos de mas resalto, quedan eclipsados con la brillantez de los accesorios. De manera que mas parecen servir de ocasion al poeta para lucirse, que ser como debieran el argumento y fin principal de su estudio é imitacion. Este defecto se hará cada vez mas frecuente en las églogas de los poetas que siguieron á Garcilaso; por ejemplo, en las de Espinel, Lope de Vega y Esquilache. Ellos harán gala de su talento, de su agudeza; pondrán á los pastores en lugar suyo, y no se pondrán en lugar de los pastores; y la poesía bucólica, en vez de ser la pintura agradable y natural de la naturaleza campestre, será una arena en que se combata á quien luce mas en conceptos, en lujo de fantasía, en flores de cortesanos, y hasta en doctrina y en pedantería.

Esta égloga de Tirsi por lo menos está libre de semejantes defectos. Las galas que la adornan son todavía naturales: los períodos poéticos, mirados cada uno por sí, son bellos, numerosos y elegantes; las estancias generalmente bien hechas, la poesía de estilo brillante y florida. Aquellas *palabras escapadas de un mar de llanto y de penas*; aquella *rosa sustentada con el nectar de la aurora*; aquel *ahinco del pecho levantado*; aquel *sosegado volver de ojos*, son expresio-

nes nuevas, llenas de vida y de color, y no las encuentra sino un verdadero poeta.

CANCION PRIMERA. — *La Tórtola.* — La mas dulce melancolía parece que ha dictado este poema, cuyo tono carecía entonces de ejemplo entre nosotros. El autor, sin duda, le aprendió en su propio caracter y en los sentimientos tiernos de su corazon; y los que como él se hallan dotados de esta sensibilidad profunda y exquisita que se agrada en la soledad y en el retiro, se ceba dulcemente de sus penas, se imagina hallar donde quiera compañeros y partícipes de sus males, y habla con ellos como si le pudieran entender, estos darán á tan bellos versos el valor y el mérito que en sí encierran, y que es mas facil de sentirse que de explicarse. No insistamos por tanto en ello. Solo en desengaño de los que todavía atribuyan estas poesías á Quevedo, pondremos aqui algunos versos de la *Silva funeral á la tórtola* (*) compuesta por él, á fin de que cotejados con los de la cancion, se palpe la inmensa diferencia que hay entre unos y otros, el gusto distinto, la fantasía diversa.

Al tronco y á la fuente
Mas que su arena y que sus verdes hojas
Honraron tus congojas,
O tórtola doliente.
Tu voz acompañaba al monte seco,
Dabas que hacer al eco;
Usurpaban los prados
El nombre de leales
De tu fé y tu firmeza.
Nunca se vieron, nunca los cuidados
Las penas y los males,
Sino es en tu tristeza
Hartos de sentimiento:
Pues fué tanta tu pena
Que le daba a esta arena
Honra sino ornamento, &c.

(*) Quevedo: Musa tercera.

Preciso es dejarlo aqui, porque sería imposible leer mas; y basta este trozo para demostrar la imposibilidad de que un mismo objeto produzca en una misma fantasía tan distinta inspiracion. La exageracion, los conceptos, la ingeniosidad, la afectacion, forman el caracter de la silva: ¿y la cancion? La cancion es la misma sencillez, la ternura misma: en ella cada estancia es un lamento, y cada verso un gemido.

CANCION SEGUNDA. — *La Cierva.* — Inferior á la anterior en dulzura y en afecto, le es muy superior por la composicion, cuyo objeto está mejor determinado, pintado mas al vivo, y muestra mejor progreso en su movimiento y en su fin. No se puede solemnizar con mas poesía la muerte de un animal silvestre, ni darle mayor interés. Aqui la versificacion tiene alguna mas variedad que en la anterior, donde como todo es constantemente elegíaco, es toda quebrada é incierta: en esta se percibe generalmente mas número y resonancia; sin que por eso deje el poeta de dar á su estilo el movimiento conveniente segun el sentimiento que le anima: obsérvense bien las dos últimas estancias; la una llena, asiática, ondeante; la otra cortada, y por un feliz instinto como penosa.

Que del siempre rabioso
Trance mortal, salieron muy triunfantes.

Es lástima que este *muy* haga prosáico y trivial un verso, que deberia ser el mejor por ser el último.

ODAS. — Gracia, sencillez, facilidad en la primera y en las dos últimas: un pensamiento único y fácil de comprenderse, desenvuelto y fecundado con algunas pocas imágenes naturales y apacibles: la versificacion florida y agradable. En este autor se hace mas sensible la diferencia que nuestros antiguos ponian entre la oda y la cancion, á la cual daban siempre mas solemnidad, mas grave-

dad é importancia. La misma diferencia de tono y de intencion se notan en las canciones y odas del portugués Camoens: diríase que en las unas se seguian las huellas de Petrarca, y en las otras se tomaba á Horacio por modelo.

La segunda oda dirigida á Tirsis es de un tono muy diverso. El asunto probablemente es alegórico; pero no se resiente en manera alguna de la frialdad que desluce ordinariamente á la alegoría. Si el poeta no intentó otra cosa que imitar la oda de Horacio *O navis*, nos dió por cierto un modelo muy feliz de como deben hacerse estas imitaciones. Todo es aquí interesante, todo parece nuevo; y la imaginacion con ser tan viva, se ve subordinada á la fuerza y al calor de la expresion que todo lo anima y vigoriza.

Este es uno de los diferentes ensayos en que el autor se probó á escribir composiciones líricas sin la sujecion de la rima. No en todos es tan feliz como en éste, y así es poco de extrañar que ni entonces ni ahora haya tenido muchos que le sigan. Algun otro coro hay por este estilo en las *Nises* de Bermudez, y uno en esdrújulos en la *Dorotea* de Lope. Melendez en nuestros dias, que ha ensayado en sus odas tantos ritmos diferentes, ha dado alguna muestra por este gusto. Mas yo no le conozco aficionados, ni es muy facil que los tenga. Desnudas como ya se hallan del prestigio de la música, las composiciones líricas son cabalmente las que mas necesitan del halago de la rima, y solo puede suplirse este vacío á fuerza de tino y acierto en el asunto, en los pensamientos, imágenes y expresion, y sobre todo de instinto y tacto exquisito en la combinacion de las palabras y de sus sonidos. Sin esta combinacion es imposible producir aquella música grata al oido, que no le deja echar menos el efecto mas determinado y positivo de la consonancia. Aun así, es preciso para percibirlo un gusto no menos fino en los lectores que talento en el escritor.

SONETOS. — Modelos excelentes de estilo pastoril, en que campean alternativamente la senci-

llez, la gracia, la melancolía y la ternura. Estas dotes les bastan sin que sea necesario buscar en ellas la composicion artificiosa, la graduacion perfecta y la conclusion fuerte é interesante, que el legislador del parnaso francés ha señalado como requisitos precisos de esta composicion. El soneto para nuestros poetas ha sido una clase de metro, y no un género de poesía.

SONETO OCTAVO.—*¡Oh si al menos en este monte yerto, &c.* — El autor emplea algunas veces este mismo pensamiento propio de su caracter melancólico y sensible; pero nunca tan felizmente como en este lugar. El desaliño mismo y abandono que tienen los versos, contribuyen admirablemente á producir el efecto que se busca; mas esmerados y sonoros no estarian tan bien.

SONETO NOVENO. — Es traduccion libre de este otro italiano, escrito por Benito Varchi

LE DOLCI RIMEMBRANZE.

Questo è, Tirsi, quel fonte in cui solea
Specchiarsi la mia dolce pastorella;
Questi quei prati son, Tirsi, dov'ella
Verdi ghirlande a suoi bei crin tessea.
Qui, Tirsi, la vid'io mentre sedea,
Quivi i balli menar leggiadra e snella;
Quinci, Tirsi, mi rise, e dietro a quella
Elce s'ascose si, ch'io la vedea.
Sotto quest'antro al fin cinto d'allori
La mano, ond' ho nel cor mille ferite,
Mi porse lieta e mi baciò la fronte.
All'antro dunque, all'elce, ai prati, al fonte,
Mille spargiendo al ciel diversi fiori,
Rend'io di tanto don grazie infinite.

FERNANDO DE HERRERA.

CANCION PRIMERA.—Ha sido considerada siempre como una de las mejores imitaciones de poe-

sía antigua que hay en castellano. Los críticos la señalan como un modelo; los jóvenes la estudian con admiracion, y la aprenden de memoria. Sin duda hay en ella bellezas superiores, acreedoras á todo aplauso: movimiento rápido y verdaderamente lírico, imágenes grandes y oportunas, diccion alta, poética y sostenida, versificacion sonora y magestuosa. A estas prendas admirables de ejecucion, se añade la de una invencion feliz y oportuna en la contraposicion de las dos rebeliones mitológica é histórica, y en la sencillez y desahogo del plan que deja impresa en el ánimo la serie de pensamientos é imágenes del poeta, sin confusion ni fatiga. Fuera quizá de desear alguna mayor oportunidad y conveniencia en el modo de enlazar las dos masas que forman la comparacion. Anunciar Apolo al campeon del Olimpo en el mismo acto de solemnizar sus triunfos, que ha de venir con el tiempo un valor terrestre y mortal que obscurezca y desluzca el suyo, no parece propio ni de la ocasion ni del lugar. Tambien pudiera pedirse alguna mas vivacidad de colores y de fantasía en la parte respectiva á la insurreccion morisca. Los dioses y los gigantes estan retratados de un modo, que contra la intencion del poeta, eclipsan á los bárbaros de las Alpujarras, y á su vencedor don Juan de Austria. En suma, el episodio fabuloso está mejor tratado que el histórico, sin duda por mas poético. Este es un escollo frecuente en semejantes aplicaciones: así sucedió á Rioja en la cancion á las ruinas de Itálica, así al inglés Dryden en su oda á Santa Cecilia; siendo de los tres Herrera quien ha vencido mejor la dificultad, y dado un remate menos violento á su composicion. Pero estas observaciones, lejos de darse aquí como una decision, solo se presentan como dudas que se proponen á los inteligentes y se dejan sometidas á su juicio.

Del rey de la onda egea
La indómita pujanza.

Y mas adelante

Tú solo á Oromedonte
Trajiste al hierro agudo de la muerte
Junto al doblado monte.

se ve en estos ejemplos y otros que pudieran citarse, el cuidado de Herrera en dar á los versos cortos el realce y gravedad conveniente componiéndolos de palabras de gran sonido. Sin esta atencion, las estancias por su cortedad y por ser compuestas de mas versos breves que largos, decayéran necesariamente y no corresponderian á la magestad del asunto.

CANCION SEGUNDA. — Esta es ya la verdadera oda; no un remedo de la poesía griega ó latina, fundado en su mitología, y por lo mismo atenido á recursos ficticios ó alegóricos, y á medios indirectos y de convencion. Aquí el poeta, lleno de un entusiasmo ferviente y religioso, se considera el órgano de todo el pueblo cristiano, y eleva á la divinidad los sentimientos de alegria, de gratitud y maravilla que le exaltan por la victoria conseguida sobre los turcos en las aguas de Lepanto. El caracter en gran parte, y las expresiones estan tomados de la poesía hebráica, y apropiados al argumento y á la situacion del modo mas feliz. Herrera fûe el primero que ensayó este gusto en nuestra poesía, y le ensayó con una composicion magistral. Es de ver en el mismo poema, y estudiarse con cuidado el artificio oculto con que el escritor desde la proposicion clara y sencilla de su argumento pasa con un desorden aparente de un afecto á otro, del odio á la indignacion, del recelo á la confianza, de la execracion á las bendiciones, de la arrogancia del bárbaro y sus campeones, que está pintada á maravilla, al valor de España y de su héroe, mas grande aquí en solos dos versos que en todos los encarecimientos y ficciones de la oda anterior. Pero desde el principio hasta el fin predomina en la obra el sentimiento religioso que la ins-

pira, y Dios es siempre á quien el poeta viene á parar como el asilo, el escudo, el vengador de su pueblo. Las formas que la poesía toma son líricas, descriptivas ó dramáticas, segun conviene á los objetos que alternativamente conmueven la fantasía del poeta, y dan á su obra una admirable variedad. ¡Que tesoro de expresiones nuevas y enérgicas! —*Prevaleciendo en vanidad y en ira.* — *Que sus aras afea en su victoria.* — *En el mar ondoso hagamos de su sangre un grande lago.* — *Y de sus pinos ir el mar desnudo;* y otras ciento de igual ó mayor atrevimiento y viveza.

Despues de considerar tantos y tan admirables aciertos, ¿podríamos llevar la atencion á esta ú otra locucion penosa, ó á algun otro verso algo desmayado por falta de fuerza en la rima, ó de número y cadencia en el sonido? Semejante examen en una obra de este mérito y caracter tocaria por ventura en irreverencia y sacrilegio.

Y el árbol que mas yerto se sublima. — Aquí la palabra *yerto* se toma por *erguido*, del latino *erectus*, de donde los italianos tomaron su *erto* y nosotros *yerto*, usado frecuentemente en este sentido por Herrera, por Francisco de la Torre, y otros poetas del siglo XVI. Tambien ha de hallarse en la misma acepcion en alguna de las crónicas del siglo XV, quizá en la de don Álvaro de Luna.

CANCION TERCERA.—El mismo caracter de poesía que la anterior; pero expresando un sentimiento contrario: allí la exaltacion, la alegría, aquí la desolacion y el abatimiento; por lo mismo en esta habrá menos movimiento y variedad, pero mas unidad y sencillez: la marcha del poeta es mas clara y se percibe mejor. Los portugueses habian ofendido á Dios con su codicia y su soberbia, y el que da y quita á su arbitrio la fuerza y la gloria, ha levantado el ánimo de los africanos, para que con pecho constante y atrevido

No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los bárbaros rompen el ejército portugués; y son muy de notar la rapidez y energía con que estan expresados los efectos del combate.

La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó denuedo,
Mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos por ventura los famosos,
Los fuertes, los bellgeros varones? &c.

Este movimiento, supuesta ya la derrota y el estrago, es por cierto bien poético y oportuno; y el recuerdo de las virtudes y gloria de los vencidos comparándolos con su ignominia y abatimiento presente, demas de ser tan grato á la imaginacion que se complace en estos contrastes, sirve en gran manera para confirmar la idea principal del escritor, que es la de engrandecer el poder de Dios sobre todo otro poder. Viene en fin á dar realce á este pensamiento, y como á poner de manifiesto toda la intencion del poeta, la comparacion verdaderamente oriental del cedro, á la que no hay otra alguna que iguale ó exceda en castellano. Una semejante tiene Jáuregui en su cancion á la muerte de la reina doña Margarita, y Melendez en su oda primera á las artes la del Aguila nueva que ensaya su vuelo en los aires: una y otra son largas y bellas, y acaso superiores á la de Herrera en limpieza de ejecucion, mas no tan ricas en pompa y en fantasía.

El tono de la última estancia es mas firme y resuelto que en las demas, y como que toca en duro: así convenia sin duda á la idea de venganza que viene á templar la afliccion, y á la fiera amenaza con que la composicion se termina.

No se ponen aquí por evitar prolijidad los pasages de la Escritura que Herrera ha imitado en estas dos canciones. Los estudiosos que quieran conocerlos pueden acudir al segundo tomo de la coleccion de Conti, que se tomó el trabajo de buscarlos y de ponerlos todos en sus observaciones.

ELEGIA PRIMERA. —Esta es la primera obra de su género en castellano, que presenta un tono de solemnidad y una elevacion filosófica y poética, que levanta el ánimo á grandes pensamientos, y á un tiempo le agrada y le sorprende. Desde la afliccion profunda en que se halla el poeta, considerando los mejores años de su vida mal perdidos en pasiones infelices y ciegos devaneos, se eleva por grados á contemplar los estragos del tiempo en la vida humana, y su poder é influjo en los grandes acontecimientos y vicisitudes asombrosas del mundo. Puesta ya en esta altura su fantasía, se arroja por los tiempos pasados y por los presentes, y vaga y se espacia por los hechos que mas ayudan á manifestar este poder. Todo este trozo es rico por la muchedumbre y variedad de las alusiones históricas, ingenioso sobremanera por el artificio de las transiciones, altamente poético por el estilo que está lleno de imaginacion y de fuego, y muy agradable por los versos, los mas bellos tal vez que han salido de la pluma de Herrera. Despues de un vuelo tan alto y tan sostenido el poeta vuelve á entrar en su primera idea

Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo aunque procuro á mi despecho
Librarme de ellos, &c.

y pasa naturalmente á la pintura de su incertidumbre y de su perplejidad para seguir el camino de la virtud y de la razon; de la agitacion de sus deseos y de sus pasiones; y de la envidia que le causan los pechos firmes y virtuosos que estan á prueba de estas inquietudes. El los compara al Olimpo, á cuya cima no alcanzan los vientos, mientras que se mira tristemente á sí mismo arrastrándose por el suelo, y alejado de alcanzar aquel estado sereno y venturoso.

Así esta elegia, compuesta de pensamientos y sentimientos tan nobles, y de recuerdos tan grandes y tan célebres, era preciso que tomase un to-

no y estilo correspondientes á ellos, y saliese de los límites asignados al género á que corresponde. El instinto poético, mas seguro y mas grande que las reglas, lo prescribe así cuando conviene; y tendría por cierto un rigor sobrado injusto, si culpásemos á Herrera por habernos dado esta magnífica composicion con el nombre de elegía.

Los muros de Micenas estimada. — Este epíteto es débil, y parece solo traido por la rima. El terceto pudiera haberse omitido tambien, ó á lo menos mejorarse variándole, para que no fuese el mismo pensamiento que el del anterior en otros términos.

Y al fin siente. — *El hierro no una vez la gran Cartago.* — Alude á la expedicion de Cárlos V sobre Tunez, que está tan inmediata á donde estuvo Cartago.

El impio cimbro: los holandeses en la rebelion contra España en 1568...

Culpa de quien pudiendo la maltrata, &c. — Alude á las contradicciones y desgracias experimentadas por don Juan de Austria.

El engaño tanto. — *Puede que al mismo vencedor destierra.* — Alusion á la desgracia y destierro del duque de Alba.

ELEGIA SEGUNDA. — Ya aquí la materia está mas en el campo de la elegía; y las prendas de la dama á quien se ama, el rendimiento de su albedrío al amor, la resignacion no solo tierna, pero tan gloriosa á las penas que se padecen, la consagracion de sus cantos á su querida, y la ilusion de hacer con ellos eternos su nombre y memoria, son objetos mas fáciles de ajustarse al caracter tierno y melancólico del género. Ellos son los que llenan el cuadro de esta elegía; pero la ejecucion está muy distante de la belleza y acierto que hay en la anterior. El principio es sin disputa alguna malo, y da lástima ver á Herrera decir, hablando de su Luz, que

Con el inmenso andar le abrasa el pecho,
Quedando toda en sí nevada y fria.

concepto falso y pueril, indigno de su gusto y de su talento. Sigue despues prolija y penosamente hasta que el recuerdo del Petrarca y la pintura del Betis entrando en el mar, y el nombre de Garcilaso, empiezan á dar á los versos y al estilo el interés que antes les faltaban. Muéstrase en fin el poeta todo entero, cuando al referir la burla que hacia del amor en su estado anterior de libertad, añade en seguida:

Amor, que no comporta un atrevido
Y libertado pecho, el arco fiero
Torció, y al desarmar dió un gran sonido.

Este estallido del arco que no se espera, y que aun sin el auxilio de la armonía imitativa parece que se oye, acaba de excitar el numen del escritor; que desde allí corre animado y vivo hasta la conclusion. Esta es digna de un amante y de un poeta: él da gracias al cielo porque haya mostrado al mundo aquella estrella en su tiempo para perderse por ella; y pide al amor que cuando se halle en el trance de la muerte la manifieste su peligro, para que una sola lágrima suya le renueve la gloria de la vida.

ELEGIA TERCERA. — Es mucho mejor que la anterior: su argumento está mas determinado, hay mas sencillez, mas ternura, mejores versos, mejor estilo. Pudieran los pensamientos estar mas ceñidos, que pierden mucho dilatándose, unas veces por la necesidad del metro que es en extremo difícil de manejar, otras por el gusto particular del escritor que se complace en encarecer, amplificar y ostentar galas de lenguage, en que tanto sobresalia. Pero este defecto está sobradamente compensado con la suavidad general de los sentimientos, con la oportunidad de las ideas y de las imágenes, y con el acento melancólico que domina en toda ella. El verso de la entrada

Llora conmigo, amor, la pena mia.

sirve como de motivo á toda la obra, y repetido de cuando en cuando la sostiene en el mismo tono con tanta gracia como dulzura.

¿A do el coral lustroso y encendido,
Y el color dulce de suave rosa
Tiernamente tal vez descolorido?

Nunca se ha pintado con mas delicadeza y con mas concision la bella palidez de una dama, que en este último verso.

Mis quejas oiga el ímpetu sañudo, &c.—Los nombres de Vulturno, Iperion, Marte y Neptuno, primero con su sonido y despues con los recuerdos é ideas que excitan, vienen en estos versos á destemplar algun tanto la tierna y grata armonía de los demas: el exceso de poesía daña aquí al efecto, como le sucede frecuentemente á nuestro poeta.

Cándida Luna, &c.—Yo no conozco trozo ninguno en castellano que en entusiasmo, en poesía de estilo y en efecto pueda compararse á esta bellísima plegaria. ¡Oh que satisfecho debió quedar Herrera al hacer resonar las cuerdas de su lira con el verso tan valiente, tan pintoresco y tan lleno

¡Repara el carro instable de mi gemido!

Dió ausencia y soledad siendo su guia, &c.—Este final es tan defectuoso, que yo he sospechado siempre que habia alguna falta en el manuscrito que sirvió para la impresion de estas poesías, las que como es notorio no fueron publicadas hasta algunos años despues de su muerte. Era imposible que Herrera se olvidase hasta el punto de dejar una locucion tan viciosa, que destruye el buen efecto que debe buscarse siempre al terminar las composiciones.

ELEGIA CUARTA.—Si hay argumento alguno en que un poeta dotado de sensibilidad y talento pueda estar seguro de interesar y conmover, es

sin disputa alguna el de la elegía presente. La condesa de Gelves, la Luz, la Lumbre, la Estrella de Herrera muere, y su amante en pérdida tan grande canta su propia pena, y las raras prendas y virtudes que adornaban á su idolatrada Eliodora. Esta composicion pues debia ser en su género la obra clásica de nuestro escritor, y algunos críticos por ilusion y por respeto segun creo, mas que por sentimiento y conviccion, le han dado una absoluta primacía sobre las demas de su clase. No hay duda que brillan en ella tanto y mas que en cualquiera otra del autor su usado esmero en la diccion y en el estilo, la grandeza de las imágenes, la nobleza de los pensamientos, una acertada distribucion de ellos en un órden natural y sabiamente graduado; en fin buenos versos donde quiera, esto es versos de gran sonido, llenos de espíritu y nervio. Pero esto no bastaba para desempeñar debidamente el argumento fatal y lastimoso que se propuso el poeta. Echanse de menos en su obra las dos prendas mas esenciales que son el acento del dolor y el abandono de la tristeza y de la melancolía. Nada se queda en el ánimo, nada en el oido, y en vano seria buscar en toda ella un rasgo, una expresion sola, que salga del corazon y se dirija tiernamente á él. Así es que, despues de haber cantado tan docta y friamente, queda igualmente frio el que lee ó el que escucha, sin haber simpatizado una vez sola siquiera con los sentimientos del autor. *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi.*

No es mi ánimo faltar en modo alguno al respeto que se debe á un hombre tan eminente como Herrera. Pero que se comparen con esta elegía las Barquillas de Lope compuestas á un asunto semejante, y se verá como á pesar de su prolijidad, de su desigualdad, y de sus frecuentes resabios de mal gusto, presentan de cuando en cuando rasgos de afecto, de melancolía y ternura que se quedan grabados dulcemente en el corazon y en la memoria, y producen un efecto harto mas análogo al argumento, que los magestuosos y esmerados encarecimientos de Herrera,

Por estas consideraciones debiera haberse omitido esta elegia en la coleccion presente. Mas la celebridad y aprecio en que comunmente se la tiene, la constituye ya entre las clásicas; y el colector ha creido que debia sacrificar respecto de ella su propio dictamen al de los otros, y ponerla en el mismo lugar en que ellos la ponen.

ÉGLOGA VENATORIA. = Este poema singular y aun extraño por su forma y sus colores, fue dado á luz por Herrera en la impresion que hizo de algunos de sus versos en 1582. Yo ignoro de donde tomó la idea de él; pero es cierto que no se parece á ninguna égloga de las conocidas. La escena es en el campo, y todos sus accesorios estan tomados de la naturaleza campestre: el actor es un cazador que dirige requiebros y quejas á una cazadora; y las imágenes, las alusiones y hasta la forma misma de que se revisten sus ruegos, todo está tomado del ejercicio venatorio con mucha propiedad y elegancia. En medio de esta extrañeza se advierte con placer que los afectos tienen un calor, una vivacidad y un despejo que no son frecuentes en Herrera, al paso que muchos de los períodos poéticos corren tambien con mas facilidad y dulzura que en otras obras suyas.

Mas tú habites el bosque obscuro y prado,
O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado:
El bosque y prado del amor testigo
A amarte aprenderán tambien conmigo.
. . . . . .
No dudes, ven conmigo, Ninfa mia,
Yo no soy feo aunque mi altiva frente
No se muestre á la tuya semejante:
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

Á no saberse tan de positivo que la égloga presente era de Herrera, nadie diria que eran suyos estos y otros pasages, señalados por su calor, por su novedad ó por su elegancia, y con un caracter enteramente distinto del que se observa en sus demas versos. Es lástima que no diese otra disposicion á su poema, cuyas formas y movimientos son generalmente líricos; que no se vea mas coherencia y artificio en la serie progresiva de los cuadros que presenta; y que la versificacion no sea mas igual, ya que es tan brillante y tan bella á veces. Sin estos defectos la obra seria tan clásica como original.

IDILIO.=No tiene los trozos de resalto que hay en la égloga; pero tampoco adolece de los defectos que ella. Su disposicion es mejor, su tono mas natural, mas igual su ejecucion. Los versos corren con una suavidad, una fluidez, y una ternura que encantan. Alzase algun tanto de tono en aquel pasage = *Las torres que el Tebano alzó primero*, &c., que podria de pronto parecer impropio de un idilio; pero es preciso acordarse de que es un numen el que habla en él, y ya entra en la conveniencia debida. Por cualquiera parte que se mire esta flor de la corona poética de Herrera, si no es la mayor ni la mas brillante, es la mas pura á lo menos.

SONETO *de Baltasar de Escobar*. = Herrera compuso un número crecido de sonetos, dignos de estudiarse por las dotes de lenguage y estilo que los caracterizan; pero que no ofrecen otra prenda alguna que llame particularmente la atencion. Los cuatro que se han intercalado aquí entre sus demas composiciones, se han puesto como muestra, el primero de diccion y de armonía imitativa, el segundo de robustez y grandeza de pensamiento, el tercero de imaginacion y fluidez, el cuarto de sentimiento y de pasion. Este de Escobar en alabanza del vate sevillano es harto mejor que todos ellos. Su soltura, su gracia y su armonía se dejan sentir hasta de los oidos mas

duros, y estas cláusulas sonoras se graban en la memoria con una facilidad y un halago que dan demostracion de su belleza. No se conoce ninguna otra obra de este escritor; pero por esta muestra se ve que tenia un bello talento y sumamente ejercitado.

FRANCISCO DE RIOJA.

SILVAS. = Podemos considerar estas composiciones como los primeros ensayos de poesía descriptiva en castellano. Aunque haya anteriores muchos trozos de este caracter, el intento de pintar y describir la naturaleza, está en ellos subordinado á la intencion patética ó moral, narrativa ó dramática de las composiciones en que respectivamente se hallan. No así aquí en que el objeto natural es lo principal y lo demas accesorio. Propónese el escritor pintar á la imaginacion y dar belleza é interés poético ya á una rosa, ya á un clavel, ya á un jazmin; y á pesar de la pequeñez y poca importancia del objeto, lo consigue á fuerza de imaginacion, de delicadeza, de armonía, y á veces de sentimiento. Sírvanos de ejemplo la silva primera dirigida á la rosa. ¿Que ofrece esta flor á nuestra vista y á nuestro agrado? Sus formas, su color, su fragancia y su frescura. Pero la fantasía del poeta embellecerá todo esto haciendo que las hojas sean plumas de las alas del amor, oro de su cabello los estambres que encierra en su caliz, y el color la sangre de la diosa de Citeres. El interés se aumentará con el tono y la intencion; la silva es ademas una pequeña elegia sobre la corta duracion de una flor tan hermosa, y toda ella en el estilo mas galano y poético, sin dejar de ser fácil y natural, y en versos los mas bien construidos; de modo que la imaginacion, el sentimiento, y la armonía se reunen á desempeñar el intento del poeta, y á mostrar su eminente talento y su gusto exquisito.

Iguales prendas, y aun superiores, se encuentran en las demas silvas, donde á la sensacion que le causan los objetos que describe, se le ve unir

con el tacto mas fino, unas veces los sentimientos de su amor como en las del clavel y del jazmin, otras una moral dulce y afectuosa como en las del verano y de la arrebolera. Yo ignoro á que uso ó costumbre alude el poeta cuando trata de las navegaciones y viages de esta florecilla; pero en verdad que la disuade de ellos con harta viveza y gracia.

¡Oh como es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que impío roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú admirable y vaga,
Dulce honor y cuidado de la noche, &c.

Esta palabra *vaga* está aquí en la acepcion de *hermosa*, como en italiano. No tengo presente haberla visto usada así en ningun otro escritor nuestro; como tampoco la expresion *á su talento* por *á su arbitrio*, que se halla mas adelante en la epístola moral á Fabio, y es igualmente italiana.

Supérfluo sería hablar de la variedad y artificio con que se siguen y enlazan los períodos poéticos; y de la armonía y número apacible de los versos, á veces exquisito y nuevo, como en estos,

Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas tiende y rompe el ponto en Chio.

los cuales ciertamente no necesitan de que venga á darles realce y agrado la rima de los que conciertan con ellos.

No deja de encontrarse sin embargo algun otro descuido en estas delicadas composiciones. Tal cual verso disonante como este:

Liberal escondid en su cerco ulado;

tal cual resabio de gongorismo como en estos:

Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo.

Mas, apartando la atencion de estos lunares casi imperceptibles, concluyamos con observar que Rioja no tuvo modelo ninguno á quien imitar en este género, y que los que le han querido seguir despues en él, se le han quedado muy atras en delicadeza y gusto.

SONETOS.—El primero está tomado de la oda de Horacio *Extremum Tanaim si bibéres, Lyce* (*); y á la verdad que la imitacion no puede hacerse con mas desembarazo y maestría, y muestra el sobresaliente talento de Rioja.

¿Audis quo strepita janua, quo nemus
Inter pulcræ situm tecta vémagiat
Ventis?

Oye con que ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se extiende,
Y que apenas la puerta me defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.

Aqui el poeta español es por lo menos igual al latino.

Ingnatam Venerí pone superbiam,
Ne currente retro fumis eat rota.

Pon la soberbia, ó Layda, y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa, &c.

Aqui Rioja es sin disputa superior: la imagen de que se vale Horacio es desabrida y desengañada, y por lo mismo dura: la castellana es tierna y mas conveniente al tono y al accento de toda la composicion.

(*) Lib. 3, oda 10.

El segundo soneto es un bellísimo idilio que manifiesta el interés é importancia que con solo el lenguage poético y el tono sentimental se puede dar á una idea sencillísima y á un objeto poco importante.

CANCION A LAS RUINAS DE ITÁLICA.=Esta composicion bellísima es en la opinion general una de las joyas mas preciosas de nuestro Parnaso, y en concepto de muchos la mejor. Todo en ella es igualmente grande y magestuoso; el asunto, la idea, la contextura, la ejecucion. El aspecto y contemplacion de las ruinas de cualquier pueblo célebre previenen por sí mismos el ánimo á la meditacion y á la melancolía; mucho mas si tiene motivos particulares de interés para el que le contempla. Aquí el poeta se muestra desde el principio conmovido tristemente con los objetos que tiene delante de sí, y los recorre y describe con el acento solemne y doloroso que conviene á los sentimientos que le agitan. Lo primero es lo material de las ruinas: despues el movimiento, el concurso de gentes, y los espectáculos que animaban aquellos sitios tan desiertos ahora: luego los grandes nombres de Trajano, Adriano y Teodosio vienen á ennoblecer el argumento, que acaba de tomar todo su realce con la comparacion que hace el poeta de aquellas ruinas con las de Atenas y Roma, cuyo aplauso y lamento entreteje en su obra con inimitable maestría. La fantasía así exaltada, ya no se satisface con estos grandes y dolorosos recuerdos, y hace intervenir á los númenes en el interés de la catástrofe que llora. Una voz sobrenatural lamentará en medio del silencio de la noche la caida de Itálica, los ecos del contorno repetirán tristemente aquel ilustre nombre, y las sombras que yacen entre sus ruinas les responderán con gemidos.

La poesía no alcanza á mas. Y si de esta disposicion tan magnífica y poética al mismo paso que natural y sencilla, se pasa á los primores de ejecucion, el escritor se nos presenta todavía mas

grande, y toda alabanza que se le dé parece escasa y supérflua. ¡Qué gravedad y nobleza en aquellas largas estancias donde se espacia á su placer el raudal numeroso de los períodos poéticos que en ellas se comprenden! ¡Con qué gusto están puestos en medio aquellos tres versos cortos como para amenizar algun tanto con su gracia y armonía la sobrada austeridad que resultaría si todos fueran mayores! Y en medio de la llenura y curso de la versificacion, nótese como en la primera estancia le rompe con aquella trasposicion enfática del principio, y con las bellas pausas y apoyaturas que se ven en la misma estancia, en la siguiente, y en los ecos de la penúltima; todas convenientes y propias para expresar, ya el dolor que le embarga, ya el agolpamiento de los objetos que se le presentan á la vez, ya en fin, la importancia de la idea á que corresponde la palabra en que se para.

Fuera por demas hablar de la parte de fantasía, puesto que hasta el menos inteligente percibe la vivacidad, la riqueza y la variedad de las imágenes en que abunda este poema; las cuales, hallándose incorporadas en la diccion, no parecen buscadas ni traidas como por fuerza á enriquecer un asunto de suyo esteril y seco. ¿Qué necesidad tenia el poeta de valerse aqui de este arbitrio? Su asunto le basta, su dolor le inspira, su imaginacion le pinta cuanto escribe. Asi es que todo en esta composicion siendo tan grande y tan escogido, parece hecho sin esfuerzo y sin artificio. Una vez situado el poeta delante de su objeto, y hallada la relacion que hay entre uno y otro, lo demas nace espontáneamente sin el menor indicio de fatiga. Lo mas notable es la felicidad de algunas expresiones y palabras que, siendo en lo comun bajas y triviales, aqui por el lugar en que están puestas, y por los accesorios que las acompañan, se hacen tan nobles como expresivas. *El amarillo jaramago* afrentará los templos de las falsas divinidades; el *vil lagarto* hará su morada en las mismas casas donde rodaron las cunas de oro y marfil de los Césares, y

donde ellos en otro tiempo se veían adornados con jazmines ó con laureles.

Este despedazado anfiteatro. — Solo el que haya visto el local á que se refiere, puede penetrarse bastantemente de la propiedad que hay en esta expresion enérgica: porque el aspecto que tiene aquel monumento no es tanto de una cosa destruida por la accion lenta del tiempo, como de haber sido rota y dispersada por las manos de la venganza y del furor.

Las torres que desprecio al aire fueron. — Este verso es el único que á mi parecer desdice algun tanto de los demas. En su sentido obvio y natural quiere decir que las torres eran despreciadas del aire, y ésto no es consiguiente á la intencion del escritor. Si quiso decir que las torres despreciaban los ímpetus y embates del viento, como parece mas natural, ya entonces la frase es obscura, y tiene sus visos de gongorismo. Acaso el autor escribió *hicieron* en lugar de *fueron*, y el sentido así presentaría menos dificultades.

La última estancia no pertenece ya á la obra; y por su objeto, su ejecucion y su estilo está enteramente fuera del cuadro que el autor se propuso. Nosotros ignoramos la historia de este poema: tal vez encargado Rioja de escribir versos al martir san Geroncio, prelado de Itálica, le sirvió esto de ocasion y motivo para emplear su fantasía en las ruinas y antigüedades del pueblo, y no tuvo arte ó voluntad para enlazar lo uno con lo otro. En tal caso esta mala estancia habrá sido la causa del poema, y como sin ella no le tendríamos, podríamos llamarla *felix culpa*.

Itálica pereció: lo poco que el tiempo y los hombres han dejado de ella será al fin devorado tambien; pero esta cancion durará, y con ella el nombre de su autor; y mostrará á cuantos hombres de gusto y de imaginacion lean en lo venidero versos castellanos, los bellos y grandes sentimientos que aquellas mudas ruinas supieron inspirar al Genio poético de la Andalucía.

Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt.

EPÍSTOLA MORAL.—Es bien glorioso para Rioja que lo poco que se conserva suyo sea siempre clásico y magistral. Su mejor obra es esta epístola; la mas perfecta sin duda que hay de su género en la antigua poesia castellana. Cualquiera que esté versado en las obras de Séneca el filósofo, advertirá facilmente lo mucho que nuestro autor le debe en máximas y pensamientos: pero están puestos en castellano con un tacto y un gusto tan fino, que no se resienten nunca de aquel caracter de afectacion y de hipérbole que tienen por lo comun en el moralista latino; muy diferente de lo que sucede á Quevedo, que en sus imitaciones de Séneca se muestra frecuentemente no menos contagiado con los vicios de estilo de su modelo, que penetrado de su doctrina.

Por mas que se encarezca el mérito de esta epístola, todo parece poco, cuando una vez leida se consideran las bellezas que en sí tiene. El intento es noble y elevado, los pensamientos con que le desempeña son igualmense nobles, selectos y oportunos; las máximas y las sentencias sobremanera puras y virtuosas; las imágenes, en fin, las alusiones, todo el ornato, aplicados con la mayor sobriedad y con la mas sabia inteligencia. Póngase la atencion despues en el modo con que todo está ejecutado, y admirará mas todavía el valiente desembarazo y la sin igual destreza con que el poeta, á pesar de la sujecion á que le obliga el dificil metro que ha elegido, anda, vuela, sube, desciende, segun su argumento y sus ideas lo requieren, sin divagar nunca, sin decaer jamas, sin entregarse á una lozania importuna por buscar la amenidad, sin dar en sequedad por buscar la sencillez. La pesada cadena del terceto, que ordinariamente es tan árdua para los poetas como penosa para los lectores, parece aqui un juguete y un adorno que sirve á la grandeza y al movimiento. Ni un ripio de palabra, ni un ripio de idea, ni una frase impropia, ni una voz que no esté en su lugar. Nada hay aqui que escoger; todo es igualmente bello, todo igualmente nervioso: si un terceto sorprende por la idea, el otro

agrada por la imagen; éste se hace valer por la expresion, aquel por una limpieza y resolucion que le constituye proverbial. Perfeccion sublime que eleva y enagena el ánimo, y que igualmente le desespera.

¿Nos atreverémos, sin embargo, como en desquite de esta admiracion, á buscar algun lunar en una obra tan bien acabada? Si esto es permitido, yo diría que aquellos versos

No porque así te escribo hagas concepto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fue difícil á Epicteto.

bajan algun tanto del tono general de la epístola, y en mi dictamen tocan en prosáicos.

BERNARDO DE BALBUENA.

ÉGLOGAS. — *El Siglo de oro* es uno de los muchos libros que en los siglos XVI y XVII se escribieron entre nosotros á imitacion de la Arcadia de Sanázaro. Pero pobre y casi extravagante en su invencion, desnudo de interés, y generalmente afectado y vicioso en su estilo, cayera como la mayor parte de los otros en el justo olvido en que duermen, á no ser por las églogas con que le enriqueció su autor, dignas de su talento poético, y apreciadas siempre en extremo por los inteligentes. Esta obra, ya muy comun con la reimpresion que la Academia española ha hecho de ella en 1821, era rarísima al tiempo que se formó esta coleccion, y estimada y buscada con anhelo por los curiosos de nuestras antigüedades. Por este motivo se entresacaron y pusieron aquí estas siete églogas completas, teniendo en consideracion el gran deseo que habia entonces de poseer y disfrutar unos poemas tan raros y aplaudidos; pues á no ser por esta circunstancia, tres ó cuatro á lo mas bastarían para nuestro propósito.

La poesía de Balbuena, en cualquiera género que se ejercite, no se parece nunca á la de los demas escritores; siempre se distingue por una

cierta novedad y extrañeza agradable, que le dá un caracter original y aumenta prodigiosamente su realce. Comparar la blancura de una frente á los jazmines, á la nieve, á la plata, es cosa que se ve en cualquiera otro poeta: pero compararla á

Los remansos mas hermosos
De la leche cuajada,
Cuando temblando apenas deja verse.

solo se encuentra con igual gusto que admiracion en Balbuena.

El candor inocente de los pastores y su ignorancia rústica estan expresados á veces con aquella sencillez, aquella naturalidad, aquel gracejo, propios de este género, y muy raros ó difíciles de encontrar en otros escritores; como cuando un pastor hablando de un vaso en que están esculpidas las tres diosas delante de Páris, dice:

A juzgar no sé qué las tres le llaman;
Una pienso que es madre de Cupido,
No sé las otras dos como se llaman.
Por ser mi vaso, como ves, polido,
Al labio hasta ahora no ha llegado,
Que en mi zurron guardado le he tenido.

O como cuando otro dice á su pastora:

Si por ventura alguno te dijere
Que en su huerto las rosas siempre viven,
Dile tú, Filis, que engañarte quiere.

Pero esta amable simplicidad degenera mas de una vez en una rusticidad grosera, indigna de la urbana amenidad del escritor, é insufrible en poesía. Ningun bucólico que yo sepa se ha atrevido á decir *de migas el estómago aforrado*, ni á hablar en sus églogas de *grillos* ni de *ranas*. Balbuena lo hace sin escrúpulo, y sus pastores entonces dejan de ser personages del siglo de oro, y entran en la realidad de nuestros rudos y agrestes ganaderos.

Sobresale sin duda en las descripciones, y en donde quiera las presenta naturales, ricas y brillantes; pero aquí se le encontrará en otro defecto, menos repugnante sin duda al gusto y al oido, pero igualmente contrario á la índole del poema pastoril. Cuando Rosanio en la égloga primera expresa que es medio dia dice:

Ya en lo mas alto del dorado cielo
La carroza del sol, fuente del dia,
Sigue con ruedas de oro el claro vuelo.

no es ya Rosanio el que habla, es Balbuena, como si sacara de su trompa épica los ecos con que cantó despues las hazañas de los héroes de Roncesvalles.

Rayos, que haceis estremecer el cielo,
Pues los de amor pretenden destruirme,
Matadme;

Dice Graciolo en la égloga septima, y estos versos figurarían bien en el discurso mas alto y apasionado de una tragedia.

Estas pocas observaciones bastarán en cuanto al estilo de las églogas de Balbuena, tan bello y natural en partes y en partes tan defectuoso. En cuanto á la invencion, la disposicion y diálogo, no pueden comparárselas ningunas otras en castellano; y en esta parte Balbuena se acerca mas que ninguno á los escritores antiguos. La primera y la sesta son un modelo de todas estas cualidades; y si nuestro autor hubiera sabido animar sus composiciones bucólicas con una ternura mas viva, con unos rasgos de sentimiento mas apasionados, Garcilaso mismo tendria que cederle la primacía.

CANCION. — Está tambien en el *Siglo de oro*, y es una imitacion de la del Petrarca *Chiare fresche e dolci acque*, no indigna de aquel bello

modelo si se atiende á la facilidad y desembogo de su ejecucion. Pero como Balbuena, segun ya hemos indicado, no ponia bastante calor en los afectos, aquí está falto tambien de aquella sensibilidad, y tierna melancolía que respiran tan dulcemente en la composicion italiana. La mejor estancia en la española es la cuarta: véase aquí la que le corresponde en el original, y los dos poetas podrán compararse mejor untre sí.

Da' be' rami scendea,
Dolce nella memoria,
Una pioggia di fior sovra 'l suo grembo;
Ed ella si sedea
Umile in tanta gloria,
Coverta gia dell amoroso nembo.
Qual fior cadea sul lembo,
Qual sulle treccie bionde;
Che oro forbito e perle
Eran quel di' a vederle:
Qual si posaba in terra, e qual sull onde:
Qual con un vago errore
Girando parea dir: qui regna amore.

Boscan que, segun la ingeniosa expresion de Herrera, *se atrevió á traer las joyas de Petrarca en su no bien compuesto vestido*, imitó tambien esta cancion en la suya de *Claros y frescos rios*; pero con la desventaja consiguiente á la pobreza y sequedad de su ingenio y á la infancia y rudeza del arte. Él se queda detras de Balbuena á una distancia infinitamente mayor que Balbuena de Petrarca.

PABLO DE CÉSPEDES.

POEMA SOBRE LA PINTURA.— En la historia de nuestras bellas artes tiene Céspedes, como pintor y escultor, un lugar bastante honroso y distinguido. Fuera todavía mas eminente el que ocuparía en él Parnaso como poeta, á conservarse entero el poema didáctico que compuso sobre la pin-

tura, del que no han quedado mas que estos pocos fragmentos, publicados por su amigo Francisco Pacheco, y despues reimpresos diferentes veces. No se sabe que el poema se acabase ni se perfeccionase: Pacheco insertó y colocó en su libro, segun convenia á su propósito, los trozos que habian llegado á sus manos anteriormente, y por ellos no se puede atinar con la idea general que el poema tendria, con la disposicion de sus partes, con su enlace y progresion, ni en fin, con la extension que el autor le habia dado. En vano en nuestros dias un escritor exacto y laborioso, el señor Ceau, al publicar los opúsculos de Céspedes, quiso dar á estos fragmentos una especie de órden, y presentar en algun modo el todo que componian. A pesar de su trabajo y de sus conjeturas siempre resulta que no son otra cosa que trozos correspondientes sin duda á un mismo objeto, pero sin trabazon ninguna entre sí, y demostrando abiertamente los grandes vacíos que debe haber de unos á otros.

Asi como se hallan, y á despecho de su incoherencia y correccion, son de lo mas precioso que tiene nuestra poesía, y muestran en su autor un talento muy grande, un gusto acendrado, y el discípulo mas aventajado que Virgilio ha tenido entre nosotros. Propúsose como modelo las Geórgicas, y de ellas aprendió el secreto de vigorizar y amenizar los preceptos, ya con las galas del lenguage, ya con los colores de la imaginacion, ya con el halago del número y de la armonía. Tambien tomó de ellas el camino de espaciar el ánimo de los lectores de cuando en cuando en grandes episodios, que variando y enriqueciendo la materia, dan descanso y reposo en medio de la aridez de la doctrina. El ha sabido trasladar felizmente á sus octavas aquel nervio, aquel color, aquel acento, aquel gran gusto en fin que se admira en el autor latino; y cuando se lee el trozo de la duracion de la tinta ó el de la pintura del caballo, se cree oir en castellano la voz y los acentos de la musa mantuana. Compárense con las octavas en que se acuerda de Cilaro, de Saturno y de

los caballos de Aquiles, estos versos de Virgilio que tuvo presentes para hacerlas:

Talis Amyclei domitus Pollucis habenis
Cyllarus, et quorum Graii meminere Poetæ,
Martis equi bijuges, et magni currus Aquilli;
Talis et ipse jubam cervice effudit equinâ
Conjugis adventu pernix Saturnus, et altum
Pelion hinnitu fugiens implevit acuto:

y se verá que ninguno de los traductores ó imitadores castellanos de aquel gran poeta se le ha acercado tanto como el pintor cordobés. Ni necesita, para manifestarse grande y producir igual efecto, valerse de los pensamientos é imágenes de Virgilio. Considéresele en las octavas en que habla de Cartago, de Homero, y aun del mismo poeta latino, comparando la duracion de los escritos con la de las ciudades, los mármoles y los edificios, y se le verá volar con sus propias alas y manifestar allí cuanto es su calor, cual su fantasía, cual su gusto en versificar, y de cuanta fuerza y mérito es su estilo.

Otro de los trozos que mas sobresalen, no tan brillante á la verdad como los ya citados, pero mas difícil de desempeñar y felicísimo en su ejecucion, es la descripcion de los instrumentos que sirven para la pintura. Un junco, un pincel, un cuchillo boto, la paleta, la piedra de moler los colores, la concha en que se han de tener, el vaso en que se han de conservar, son de suyo objetos tan técnicos, tan materiales, tan poco susceptibles de imaginacion y poesía, que se hace tanto mas admirable la habilidad y maestría con que la pluma de Céspedes sabe hacerlos interesantes y poéticos.

Es mas que probable que este poema ni se acabó ni se corrigió: la prueba de ello para mí son la especie de lunares que se advierten en él, los cuales en un escritor del gusto y talento de Céspedes, hubieran desaparecido al concluirse y reverse. No era posible que él dejase en la magnífica y pintoresca invocacion la falta de cons-

truccion gramatical que hay en ella, y sobre todo los dos versos que la terminan:

De tí mi inculto ingenio, enfermo y poco
Fuerzas alcance: yo á tí solo invoco.

Con mas infelicidad todavía concluye el pasage de la duracion de la tinta, donde despues de decir que la pluma de Virgilio es la que ha dado la eternidad á Eneas, añade:

No el único
Pasage, y la creciente del Numico.

Semejantes versos tan desiguales á los demas, por no decir tan ridículos, se ve palpablemente que son renglones puestos á la ligereza por el ahinco de acabar y con intencion de corregirlos despues. Injuria sería al ingenio de tan gran poeta pensar de otro modo, y creerle satisfecho con estos imperfectísimos finales.

Desdice tambien, aunque no por igual motivo, la octava del mismo pasage de la tinta que empieza: *Humo envuelto en las nieblas. &c.* porque toca en declamacion vaga con resabios de mal gusto.

Estos lunares, repito, y algun otro periodo que aquí y allá se encuentra menos esmerado ó vestido, no deben considerarse como defectos del escritor, ni tampoco del poema, pues que estan en unos fragmentos incompletos y dispersos. ¿Quien va á buscar ni á acusar las incorrecciones que los grandes pintores dejan en sus borrones y bosquejos? Estos pedazos de poesía no son otra cosa: Se han hecho sin embargo estas observaciones en obsequio de la juventud á quien la obra presente se dedica; pero sin que menoscaben en lo mas mínimo el alto aprecio que merecen unos rasgos tan bellos y un hombre tan eminente, respetado tanto en su tiempo por su ingenio, por su habilidad, por sus letras y por sus virtudes. *

(*) Por las alabanzas que Francisco Pacheco tributa en su libro á Céspedes, se puede venir en conocimien-

POESÍAS DE VARIOS.

La mayor parte de las piezas que se comprenden bajo este título son pastoriles, y todas presentan con mas ó menos ventaja, pero siempre en un grado bastante distinguido, el caracter y dotes de este género, demasiado frecuentemente tratado por nuestros poetas. Dejando á parte las canciones de San Juan de la Cruz, que por la calidad de su autor, por su estilo, y por el sentido místico que encierran, se ponen fuera de la crítica literaria; sobresalen entre las otras por su mérito particular la égloga de *Tirsi* de Francisco de Figueroa, la *cancion de Nerea* de Gil Polo, y la *fábula del Genil* de Pedro de Espinosa.

La primera, ademas de su juiciosa disposicion, de sus bellas y naturales imágenes, y de la propiedad y sencillez del estilo, tiene el mérito de sus versos, que son los primeros endecasílabos libres de rima que se han hecho bien en castellano. Ni los de Garcilaso, ni los de Boscan, ni tampoco los de Acuña, estan construidos con el esmero, el artificio y la armonía correspondiente para poder ser leidos. Estos de Figueroa ya son otra cosa, y se graban en el oido y en la memoria de un modo tan fácil y halagüeño, que es una prueba incontestable de su mérito.

to de la gran reputacion que tenia entonces nuestro poeta. Tambien le dirigió Pacheco una epístola sobre la envidia, que empieza:

Pensé, y mi pensamiento no fue vano,
Levantar el espíritu caido,
Mediante el favor vuestro soberano.
Puer entre Apolo y vos está partido
El poder, á mi musa dad aliento, etc.

Algunos tercetos de ella estan incluidos en el artículo *Esgrimidores* del Diccionario del señor Ceau: el todo vale poco, y por eso no se ha insertado en nuestra coleccion.

El pasage que empieza *Mas asi va, &c.*, es tomado de la oda de Horacio á Albio Tibúlo en que le dice: (*)

Sic visum Veneri; cui placet impares
Formas atque animos sub juga aheneа
Saevo mittere cum joco.

La ampliacion que el poeta español da á la sentencia es felicísima, y hace que entre naturalmente en el argumento, y se haga palpable con la oportunidad del ejemplo. El *ella se fue* hablando de la desengañada Clori que se parte llorosa, levantando los ojos al cielo y tal vez pidiendo venganza; el *pero bien se la doy* que tan oportunamente le sigue, son expresiones que en medio de su naturalidad hacen por el lugar en que están puestas, y por el corte y apoyatura que dan al curso de la diccion, un efecto enérgico y poderoso.

La composicion siguiente de Gil Polo conocida con el nombre de *cancion de Nerea* es la expresion de los mismos sentimientos, pero con mucha mas amenidad, mas gracia, mas delicadeza y primor. Aquí el pastor que ama y la pastora que desdeña estan á la vista uno de otro, y la obra toma el interés de un poema dramático. El lugar de la escena, la ninfa que juega con las ondas á la orilla del mar, Licio que la contempla mudamente primero, y despues prorrumpe en sus quejas y en sus ruegos; los sentimientos tan naturales y delicados, sin dejar de ser ingeniosos, que acompañan su discurso, el ceño y desabrimiento con que ella le hace callar, quedando los dos en la misma posicion que estaban al principio, todo está pintado de un modo tan exquisito, en una versificacion tan fluida, tan fácil y graciosa, que no es de extrañar la aceptacion y el aplauso que esta lindísima poesía ha tenido en todos tiempos de inteligentes, de aficionados, y de todo hombre de buen sentido y sana razon.

(*) Lib. 1. Oda 33.

Solas tres quintillas podran acaso no contentar á un gusto demasiado severo. Las dos que aluden al rapto de Europa y á la catástrofe de Hipólito, por no ser objetos al alcance de un pastor; y la que empieza *Pero cuanto digo yo*, por bajar algun tanto de tono, y ya no parecer mas que una prosa rimada: tan difícil es revolotear junto á la yerba y las flores, sin tocar á veces en la tierra. Todo lo demas de la cancion es verdaderamente oro puro.

Fábula del Genil.—Ingeniosa y original composicion: fáciles y numerosas octavas: estilo florido y conveniente, diccion pura. Podia haber mas viveza y color en la expresion de los sentimientos; pero todo lo cubre la parte descriptiva, que es excelente por su novedad, por su riqueza y su perfeccion. Es sin disputa alguna de las mejores composiciones de aquel tiempo, y de las que dejan el espíritu mas satisfecho despues de leidas.

LUIS BARAHONA DE SOTO.—*Égloga.*—Publicada antiguamente entre las flores de poetas ilustres de Pedro de Espinosa, elogiada sobremanera por Luzan, y reimpresa despues en el Parnaso Español, esta égloga tenia entre nuestros humanistas una especie de celebridad clásica, con la cual se ha condescendido al incluirla en esta coleccion. Una ninfa muerta, á quien las divinidades de los bosques, saliendo de los árboles en que estan metidas, cantan y lloran á su vez; y, despues de haber cumplido con esta triste solemnidad, se vuelven á esconder en los huecos mismos de sus encinas, era un argumento nuevo al paso que sencillo, y que por su naturaleza y por la calidad de los interlocutores, podia ser enriquecido con todas las galas del sentimiento y de la fantasía. Pero la ejecucion está muy lejos de corresponder á la idea y á la disposicion. Hay tan poca música y elegancia en los versos; son los períodos tan penosos y desabridos; hay en fin tan poco calor, tan poca animacion que, á pesar de algunas imágenes tomadas de los

antiguos, y empleadas sin gusto ni oportunidad, su lectura fatiga, y es de las cosas generalmente aplaudidas la que menos halago presenta, y la que con menos gusto y satisfaccion se lee.

DON JUAN DE ARGUIJO. — *Sonetos.* — Parecen ecos de la poesía antigua, reproducidos con la mayor bizarria por la musa castellana. Algunos de ellos son muestras sobresalientes de composicion, y todos de diccion poética y de elegancia; es el estilo creado por Herrera, pero en su mayor perfeccion, y los versos tienen todo el color de que es capaz la poesía, sin tocar en afectacion ni en pesadez. El último soneto hecho á una avenida del Guadalquivir es singular por su forma y su construccion: un pensamiento, una plegaria, un período; pero este período tiene tal riqueza de expresion, y tal valentía en sus sonidos, que apenas habrá otro que le iguale en nuestra poesía. Estas breves muestras que han quedado del talento de Arguijo, nos le presentan muy superior á la mayor parte de los ingenios que con tanta nobleza y generosidad él protegia y recompensaba. Pocos ó ningunos tuvieron entonces este gran gusto en el decir, y es lástima por cierto que no le emplease en obras de otra importancia y extension: su gloria ganára mucho en ello, y nuestras letras tambien.

INDICE.

A donde te escondiste. . . . . pág. 266
Agora con la Aurora se levanta. 73
Aguas claras y puras. 235
Al tiempo que la dulce primavera. 78
Aquel que allí ves al cerco trabado. 8
Aquel que en la barca parece sentado. . . 1
A quien me quejaré del cruel engaño. . . . 316
A quien no hizo remover la planta. 307
Aquí yacen de Cárlos los despojos. 74
Así cantaba en dulce son Herrera. 160
A tí, clavel ardiente. 164
A tí de alegres vides coronado. 311
Aunque pisáras, Layda, la sedienta. . . . 176

Baña llorando el ofendido lecho. 315
Bella es mi Ninfa, si los lazos de oro. . . . 100
Bien debes asconder, sereno cielo. 147

Cantemos al Señor, que en la llanura. . . . 116
Castiga el cielo á Tántalo inhumano . . . 315
Con prodigioso ejemplo de osadía. 318
Corona del cielo 106
Cuando con mil colores divisado. 287
Cuando con resonante. 112
Cuando contemplo el cielo. 67
Cuando será que pueda. 70
Cuantas veces te me has engalanado. . . . 100

De aljaba y arco, tú, Diana armada. . . . 152
Del mar las ondas quebrantarse vía. 134
Deseais, Señor Sarmiento 323
Desiertas selvas, monte yerto y frío. . . . 317
De Tyrsis y Damon el dulce canto. 216
Díme, cabrero, es tuyo aquel ganado. . . . 188
Díme, pastor, á un pecho alborotado. . . . 204
Díme, rústico y nuevo cabrerizo. 209
Doliente cierva, que el herido lado. 94
Do vas? do vas, cruel? do vas? refrena. . . 134

El aspereza de mis males quiero. 50
El dulce lamentar de dos pastores. 25
El fuego que emprendió leves materias. . . 175
El pastor mas triste. 104
El sol del alto cerco descendia. 157
En el campo ventoroso. 281
En Jaen donde resido. 320
En una noche escura. 265
Esta amorosa luz serena y bella. 135
Esta es la justicia. 263
Esta es, Tirsis, la fuente do salia. 104
Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora. . 178
Estoy pensando en medio de mi engaño. . 128

Fabio, las esperanzas cortesanas. 181
Filis, mas bella y mas resplandeciente. . . 102
Filis rigurosa. 108
Flérida, para mi dulce y sabrosa. 47
Folgaba el Rey Rodrigo. 65
Fonseca, ya las horas. 170

Gracias al cielo doy, que ya del cuello. . . 60

Hermosas ninfas, que en el rio metidas. . . 59
Hondo Ponto, que bramas atronado. . . . 123

Iba cogiendo flores. 325

Labra Artemisa el grande mausoleo. 316
Las bellas Hamadriades que cria. 297
Lejos de vos é cerca de cuidado. 13

Mi propio amor entiendo que es la cierta. . 103
Mira con cuanta priesa se desvia. 312
Mira, Filis, furiosa. 94
Moza tan fermosa. 13
Mueve á la alma un deseo que la inclina. . . 239

No lo tendré, pastor, mas encubierto. . . . 223
No temas, ó bellísimo Troyano. 312

¡O dulces prendas por mi mal halladas. . . . 59
¡O en pura nieve y púrpura bañado. 165
Ojos claros serenos. 325

Ojos, que ya no veis quien os miraba. . . . 278
¡O mal seguro bien! O cuidadosa. 173
Ora, Salicio, escucha lo que digo. 39

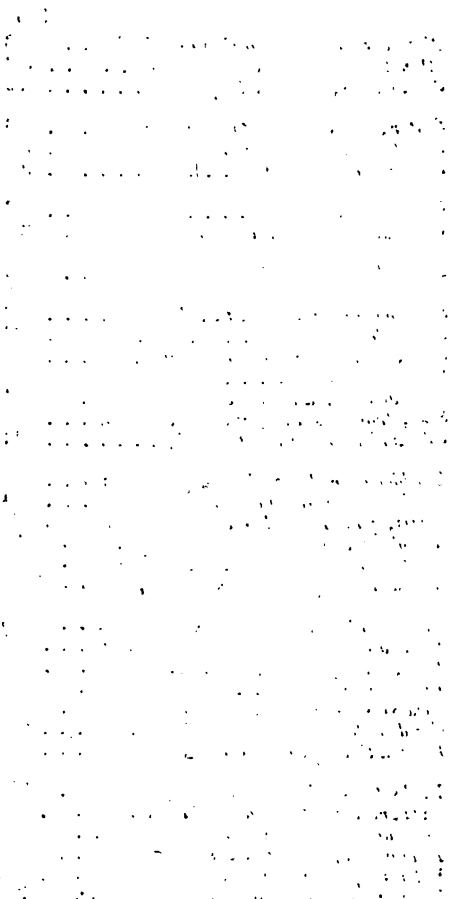
Pastor, que ves en esta y en aquella. . . . 103
Pues la luz que escogí por cierta guia. . . . 141
Pura encendida rosa. 163

Que descansada vida. 62
Quien pudiera poner en la memoria. 198

Recuerde el alma adormida. 15

Saca, pastor, y templa tu vihuela. 229
Sale de la sagrada. 98
Salve, sagrado y cristalino rio. 99
Si de mi baja lira. 55
Si lo que el alma me revela, cuando. 101
Sube, frondosa vid, y en extendido. . . . 177
Sube gimiendo con mortal fatiga. 314

Tambien entre las ondas fuego enciendes. . 289
Tirsi, pastor del mas famoso rio. 274
Tirsis, ¡ah Tirsis! Vuelve y endereza. . . 95
Tórtola solitaria, que llorando. 88
Tristes horas y pocas. 168
Tú, á quien ofrece el apartado polo. . . . 319

Victorioso laurel, Dafnes esquiva. 313
Vierte alegre la copia en que atesora. . . . 313
Viste, Filis, herida. 96
Viuda sin ventura. 107
Viva yo siempre ansi con tan ceñido. . . . 102
Voz de dolor y canto de gemido. 124
Vuestra tirana exencion. 74

Ya el sol revuelve con dorado freno. 260
Ya la gran noche pasaba. 10
Yaces al fin, ó del valor latino. 127
Yo ví del rojo sol la luz serena. 318
Y dejas, pastor santo. 72
Y aunque en la proporcion generalmente . 249